

SHUSAKU ENDO

CUANDO SILBO



Lectulandia

Una novela sobre la pérdida de la inocencia.

Ozu es un veterano nostálgico de la Segunda Guerra Mundial cuyo hijo, el ambicioso doctor Eiichi, trabaja en un moderno hospital. Cuando Ozu se encuentra por casualidad con un amigo de su infancia, se avivan en su memoria los recuerdos de Aiko, la chica de la que se enamoró en su juventud.

Aiko, ahora de mediana edad y enferma de cáncer, ingresa en el hospital en el que trabaja el hijo de Ozu, que a diferencia de su padre ha abandonado los valores tradicionales y es un profesional agresivamente ambicioso. Eiichi debe escoger entre respetar a su padre o avanzar en su carrera utilizando a Aiko para probar peligrosos medicamentos experimentales.

Romántica y triste a la vez, *Cuando silbo* es una sutil muestra del conflicto entre los valores tradicionales y modernos en Japón.

Lectulandia

Shusaku Endo

Cuando silbo

ePub r1.0
orhi 20.02.2019

Título original: 口笛をふく時
Shusaku Endo, 1979
Traducción: Vicky Vázquez

Editor digital: orhi
ePub base r2.0



más libros en lectulandia.com



Críticas

«Uno de los mejores novelistas contemporáneos.»

Graham Greene

«De todos los novelistas japoneses, Shusaku Endo es el más próximo a los lectores occidentales.»

Francis King, *The Spectator*

«Menos mal que todavía tenemos novelistas que celebran las virtudes de la civilización y del comportamiento decente de las personas. Pocos novelistas contemporáneos lo hacen de forma más satisfactoria que Shusaku Endo.»

Allan Massie, crítico literario y escritor

«Increíble... como una nota de violín en medio del caos.»

A Room of One's Own

«Muestra que Endo puede ser poeta y también biógrafo, dibujando personajes y lugares que se ajustan a una visión de la vida cambiante e individual.»

Sunday Times

«Otra gran obra de uno de los autores más brillantes de Japón, te llega al corazón.»

The Telegram

«Una emotiva historia sobre la desaparición de la inocencia y una fe inquebrantable.»

Sunday Telegraph

«Endo consigue mostrar una historia que funciona en todos los sentidos.»

The Scotsman

PREFACIO

Algunas veces aún...

Algunas veces, por la tarde o avanzada la noche, cuando voy de camino a una cita o de regreso a casa, paso por el hospital universitario en el que estuve ingresado hace quince años.

En esos instantes no puedo limitarme a pasar por ahí sin más. A veces le pido al conductor que pare y me quedo mirando la base del largo muro gris y observo cómo parpadean las luces de las ventanas del hospital.

Pasé tres años allí, por lo que conozco el tipo de vida que se lleva detrás de cada una de esas ventanas. Recuerdo las manchas de las paredes de las habitaciones, el haz de luz que proyectaban las bombillas eléctricas, el olor del éter, los susurros procedentes del puesto de las enfermeras. Casi puedo oír todavía las voces de los pacientes charlando en la sala, e incluso recordar los temas de los que hablaban.

Aún hoy me siento atraído por los hospitales, y algunas de mis novelas transcurren en ellos. Allí la gente debe desprenderse de los adornos de la sociedad y luchar cara a cara con la enfermedad. Allí el presidente de la compañía y el político deben llevar pijama y bata. El privilegio social no sirve para nada a la hora de combatir la realidad de la enfermedad. Las operaciones son dolorosas para todos los individuos, y todos odian las inyecciones. Las sumas de dinero o el poder no tienen influjo alguno en el miedo al dolor y la muerte.

En 1950 fui a Francia desde Lyon para estudiar literatura cristiana francesa del siglo xx. Durante las vacaciones de verano de mi segundo año en Lyon, hice un viaje inolvidable recorriendo el campo en el que está basado la gran novela de Mauriac: *Thérèse Desqueyroux*. Cuando volví del viaje, me sentía muy débil. Estaba tan cansado que no tenía energía para levantarme de la cama al despertarme por la mañana.

El invierno siguiente, un día fui a pasear con un amigo. De pronto recordé algo que tenía que hacer, de modo que volví corriendo a mi dormitorio. Allí tosí y expulsé una pequeña cantidad de sangre. Pero mi mente se negó a unir este incidente con cualquier idea relacionada con una enfermedad, porque no tenía dinero para costearme un médico si estaba enfermo, y tenía miedo de no poder seguir con mis estudios.

Después de pasar dos años y medio en Lyon, fui a París. Estaba febril todo el tiempo, así que fui a ver a un médico, que diagnosticó mi problema como una enfermedad del pulmón y me ingresó en el hospital de inmediato.

Tenía la esperanza de continuar mis estudios en París, pero mi salud no lo permitió. Pasé el invierno de mi último año en Francia en un hospital parisino. Los médicos me dijeron que no podía volver a Japón antes de la primavera, pero un

estudiante japonés empobrecido no tiene dinero extra como para desperdiciarlo. Al final, con la ayuda de un académico japonés de literatura francesa, pude subirme a un barco mensajero y volver a Japón en febrero de 1953. Durante un año entero estuve postrado en cama sin poder hacer nada, pero poco a poco fui recuperando las fuerzas, y en 1954 publiqué mi primera obra de ficción, un relato corto titulado «Aden Made» [«Para Aden»]. Así comenzó mi carrera literaria.

En 1958, exactamente un año después de escribir *Umi to Dokuyaku* [*El mar y veneno*, 1972], participé en una Convención de Escritores de Asia y África que se celebró en Tashkent. Al año siguiente, tras publicar *Kazan*, me fui con mi mujer de viaje por Europa y la Tierra Santa. En Roma cogí un resfriado que no acababa de remitir, y cuando volví a Japón el médico me dijo que mis pulmones habían sufrido una recaída. Me pasé los siguientes tres años en la cama de un hospital, y en 1961 me hicieron tres operaciones importantes...

Siempre hay que tener en cuenta las primeras palabras que uno pronuncia cuando se despierta de la anestesia. Antes de la primera operación decidí que, cuando llegara la hora, impresionaría a mis familiares y amigos murmurando algunas palabras profundas como «¡aunque Endo muera, la Libertad nunca morirá!», como declaró una vez el patriota japonés Itagaki Taisuke, o «¡más luz!» a la Goethe. Pero de alguna forma, lo ideal y la realidad nunca coinciden, y cuando por fin abrí los ojos tras la operación, lo único que pude decir fue: «¡ah, duele!».

Las transfusiones que me hicieron durante estas operaciones fueron suficientes como para sustituir del todo las reservas de sangre de mi cuerpo. Mi familia conservaba la esperanza de que, si la sangre cambiaba, el individuo se transformaría también. Me contaron la decepción que se llevaron al no ver ese resultado.

Como las dos primeras operaciones no habían tenido éxito, el médico me dejó a mí la decisión final de someterme a otra operación, mostrando poco optimismo ante el posible éxito de la tercera. Mi esposa me contó más tarde que casi se había resignado ante la idea de quedarse viuda.

Cuando llegó el momento de operarme por última vez, me colocaron en una cama con ruedas y me llevaron a la sala de operaciones, como en las dos ocasiones anteriores. Pero esta vez, para variar, al despedirme de mi mujer y ver cómo se cerraban las gruesas puertas de la sala de operaciones, me sobrevino la sensación de haber contemplado el mundo por última vez. En ese instante pensé en mi trabajo con cierto remordimiento. ¡Había tantas cosas que quería escribir!

Durante la operación, mi corazón se paró por unos segundos. Los médicos pensaron que había muerto, pero la suerte estaba de mi lado y conseguí sobrevivir.

Me extirparon un pulmón entero en las operaciones. Mi médico me ha obligado a dejar de fumar. Pero el cáncer de pulmón aparece porque la gente tiene pulmones, y alguien como yo, que tiene un pulmón menos que cualquier persona normal, podría permitirse fumar el doble que esa persona normal, *n'est-ce pas?*

Tokyo
Shusaku Endo
Primavera de 1978

PRÓLOGO

—Disculpe...

Ozu abrió los ojos lentamente. En algún momento se había quedado dormido en el tren bala. El sol sombrío de invierno brillaba por encima de la superficie grisácea del lago Hamana, donde flotaban dos o tres barcos.

—Disculpe... —El hombre que hablaba tenía una expresión amable—. ¿No es usted... el señor Ozu?

—Hum. —Ozu parpadeó intentando recordar el nombre de su interlocutor. Con los años se estaba volviendo cada vez más olvidadizo. La gente solía iniciar conversaciones similares con él. Recordaba haber visto esa cara antes, pero por mucho que lo intentara no lograba acordarse del nombre de la persona o su relación con ella. Estas situaciones eran cada vez más frecuentes.

—Soy Ueda. Supongo que no me recuerdas. —El hombre parecía confuso—. Íbamos juntos a la escuela Nada... Soy Ueda.

—Ah. Eres... eh... eres... eh... —Ozu tartamudeaba. Pero ni el nombre de Ueda ni el rostro de este hombre en su época de escolar habían quedado grabados en su memoria.

—Te he visto hace un rato al pasar por aquí de camino al vagón restaurante, y sabía que nos habíamos visto antes. Estaba comiendo cuando de repente caí en la cuenta. Íbamos a clases diferentes, pero...

—¿De veras?

—Estábamos en la misma habitación cuando fuimos de excursión con el colegio. —Ueda trató de refrescarle la memoria—. Perdiste la cartera.

—¿Ah sí?

—¡Sí! La buscamos por todas partes. Eso hizo que llegáramos tarde, y el viejo Rata de Agujero se enfadó muchísimo. —Ueda posó la mano en el hombro de Ozu y le hizo apartarse para dejar pasar a una mujer que iba al lavabo.

—Rata de Agujero. ¡Me acuerdo de él! El profesor de gimnasia...

Sí, aquello había ocurrido, ¿no? Una sonrisa mezcla de satisfacción e incomodidad asomó a los labios resecaos de Ozu. Rata de Agujero. El profesor de gimnasia. Los estudiantes lo llamaban así porque su cara era idéntica a la de una rata trepando por un agujero.

—¿A qué se dedica ahora?

—Oh, ¿no lo sabes? Murió en la guerra. En China.

—¿Ah sí? —Ozu dejó escapar un suspiro—. No he visto a ningún profesor de Nada desde hace mucho...

—¿No vas a reuniones?

—A ninguna. Nadie me invita.

—Eso es terrible. —Ueda se quedó mirando a Ozu por un instante—. Deben de haber olvidado incluir tu nombre en la lista de correo. Se lo diré a los organizadores. ¿Podrías darme una de tus tarjetas de visita?

El tren dejó atrás el lago Hamana. El humo procedente de las chimeneas de las fábricas flotaba en el aire y se movía con lentitud. Lejos de allí, los edificios blancos de una zona de viviendas en construcción se estiraban bajo el sol de la tarde.

—La escuela Nada ha cambiado mucho desde que estudiamos allí. Se ha convertido en una escuela de primera categoría.

—Eso parece. Por aquel entonces recibíamos a todos los estudiantes que no podían entrar en otras escuelas...

Ueda le dijo que iba a bajarse en Nagoya y volvió a su vagón. Ozu se quedó mirando la tarjeta de visita que le había dado y se sumergió en los recuerdos de los treinta años anteriores.

¡Vaya, la escuela Nada!

Casi le costaba imaginar que hubiera ido a una escuela como esa.

A veces oía hablar de la Escuela Superior Nada^[1] o leía algo sobre ella en las revistas semanales. Al contrario que en la época en la que había asistido Ozu, ahora parecía ser una escuela que atraía a los mejores estudiantes. Era la primera del país por índice de estudiantes que accedían a la Universidad de Tokio. Ozu incluso había oído hablar de padres que habían venido desde la región de Kansai sólo para que sus hijos pudieran entrar en esa escuela en concreto.

—No puedo creer que tú fueras a Nada, papá —le había dicho a Ozu su hijo en incontables ocasiones.

—¿Por qué no?

—Para empezar, esos tipos son nuestros mayores rivales —había respondido su hijo con resentimiento en la época en la que se pasaba todo el tiempo estudiando para los exámenes de acceso a la universidad—. Oí que en un año en Nada te enseñan tanto como en una escuela normal en dos años. Supongo que no era así antes, ¿verdad?

—¿En mi época...? No, no era así exactamente —recordó Ozu, negando con la cabeza—. Era más relajado por aquel entonces. Nos dividían en cuatro clases, A, B, C y D, según nuestras notas. Los más listos estaban en la clase A. Las clases C y D eran para los estudiantes tontos.

—¿Siempre estuviste en la clase D, papá?

—No siempre. Me movía entre la B, la C y la D.

Realmente su alma máter había sido algo relajada en aquellos años.

Aquel edificio color crema construido en un pinar al borde del río Sumiyoshi. A su derecha se encontraba el pabellón para practicar judo. Lo habían colocado ahí porque la escuela había sido construida por Jigorō Kanō, el fundador del judo. Este deporte era una asignatura obligatoria para todos los estudiantes. En la época de Ozu, el profesor era... ¿cómo se llamaba? El señor Gutter.

Ozu cerró los ojos y trató de recordar el himno de la escuela. Pero aquel himno que tantas veces había cantado en aquellos días se negó a asomar de nuevo por su envejecida cabeza. En lugar de eso, de pronto se acordó de la inscripción de once palabras atribuida al gran Kanō que colgaba en el salón de actos: «Poder para el Bien: Gloria para Uno y para los Otros».

No había ido a la escuela en mucho tiempo.

Nunca había ido a una reunión.

No sabía nada de la mayoría de los estudiantes que habían ido a clase con él.

¿Cómo se llamaba el profesor de Física? Ozu no lograba acordarse, pero el apodo seguía con él: Máscara de Gas. Se había casado cuando Ozu iba a tercero.

El profesor de arte, al que llamaban La Sombra porque el cuero cabelludo asomaba a través de las sombras de su pelo fino, hablaba de Turner en su clase sin parar. El subdirector, al que apodaban Brillante porque su cabeza brillaba como la piel de una mandarina, daba clases sobre los túmulos antiguos.

Durante las clases, los estudiantes de los grupos C y D gastaban bromas o bien se echaban una siesta.

—¡No tiene sentido enseñaros nada! —dijo un día un profesor exasperado—. ¡No entendéis nada de lo que os explico!

Ozu era uno de esos estudiantes a los que era inútil enseñar. Luego estaba Shibusaka. Y Satō. Y Tsukawa, al que apodaban Mono. Y Llorón. Y... ¿cómo se llamaba? Aquel chico al que transfirieron a Nada en tercero...

UNO

LA ESCUELA SECUNDARIA NADA

«Estábamos en la hora de estudio cuando entró el director seguido de un chico nuevo, que llevaba un atuendo provinciano, y de un bedel que traía un gran pupitre consigo. Los que estaban dormitando se espabilaron y todo el mundo se puso de pie, fingiendo que les habían interrumpido en su tarea.

El director nos indicó por señas que podíamos volver a sentarnos y luego se dirigió al jefe de estudios.

—Señor Roger —le dijo a media voz—, le traigo a este alumno para que se encargue de él. Va a entrar en quinto. Si aprieta en el estudio y se porta bien, se le podrá pasar a la clase de los mayores, que es la que le corresponde por su edad.

El nuevo, a quien casi no habíamos podido ver porque se había quedado en un rincón, detrás de la puerta, era un chico de pueblo, como de unos quince años, y más alto que cualquiera de nosotros. Llevaba flequillo, como un cura de aldea, y tenía un aire modoso y encogido.»

Madame Bovary, la novela de Flaubert, empieza con esta escena. Esta tarde, en el tren bala, mientras Ozu rebobinaba la película en su mente, la escena que reflató lentamente en su memoria, como si se tratara de una burbuja, también pertenecía al día en que había llegado a clase un estudiante nuevo.

Fue durante la asignatura de Arte. Ozu y los demás estudiantes de la clase C del tercer curso reprimían bostezos al escuchar las explicaciones del viejo profesor al que llamaban La Sombra.

—Veréis, el pintor inglés Turner... No importaban los contratiempos que tuviera, sabéis... —Inclinaba la cabeza hacia atrás y podía verse a través del pelo fino su bronceado cuero cabelludo—. Nunca flaqueaba, ¿sabéis? Por ejemplo...

Desgraciadamente, Ozu no recordaba en absoluto cómo había continuado la explicación de La Sombra. En momentos como ese, Ozu, al igual que el resto de sus compañeros de la clase C, había sido uno de los que bostezaban y se metían el dedo en la nariz.

Los estudiantes de Nada que tenían mejores notas acababan en la clase A. Los estudiantes menos buenos en la clase B. Los que no tenían remedio iban directos a las clases C y D.

—Turner se esforzaba mucho. De modo que si vosotros hacéis un esfuerzo... podréis acabar en la clase A el próximo año.

La Sombra decía estas palabras con el propósito de animarles, pero nadie le escuchaba. ¡Si la clase durara un minuto menos! ¡Si llegara de una vez la hora de comer! Eso era lo único en lo que pensaban.

—¡Ahhh, ahhh! —De pronto, un estudiante que estaba sentado en el centro de la clase dejó escapar un bostezo de lo más ruidoso, como el bramido de una vaca.

—¿Quién ha sido? —La Sombra estaba furioso—. ¡Esos sonidos tan maleducados son... indecentes!

En ese preciso instante se abrió la puerta y apareció el subdirector con un estudiante nuevo. Exactamente igual que en la primera escena de *Madame Bovary*.

—Descanse. —El subdirector hizo un gesto con la barbilla para señalar al chico que llevaba un uniforme de color gris apagado—. Es un estudiante procedente de la Escuela Secundaria Kakogawa. Se llama Fletán.

Una risa sofocada procedente de las mesas recorrió el aula como las olas de un estanque al arrojar un guijarro. ¿Fletán? ¿Qué clase de nombre era ese? ¡Este chico tiene un nombre muy raro y una cara muy rara, como de pez!

El chico permaneció de pie a un lado del atril con la espalda arqueada y los ojos adormilados, como los ojos saltones de un pez en una pecera.

—Debéis ser amables con Fletán y ayudarle en todo hasta que se habitúe a la escuela. —La vista aguda del subdirector localizó un asiento vacío detrás de Ozu—. Siéntate ahí detrás por ahora y atiende a la lección en silencio.

De vez en cuando oían a través de la ventana la voz chillona del suboficial asignado a la escuela dando órdenes.

Sí. La guerra interminable contra China aún continuaba. Hacía poco que habían asignado a un comandante alistado para unirse a los dos instructores del Ejército retirados en Nada.

—Como veis, Turner...

Cuando se fue el subdirector, La Sombra ya había olvidado que estaba riñendo al estudiante que había bostezado, y volvió a sumergirse en las lecciones sobre la vida que tanto aburrían a sus alumnos.

Ozu no pudo evitar sentirse irritado, ya que el estudiante nuevo se balanceaba en la silla sin parar detrás de él. Lo que más le molestaba era el ligero olor que llenaba el ambiente tras de sí. Era un olor extraño, como una mezcla de rábanos y sudor.

—¡Eh!

De pronto, Ozu sintió un dedo dándole golpecitos en la espalda. Al volverse se topó con la cara con ojos de pez adormilado.

—¡Eh!

—¿Sí?

—¿Qué está enseñando ahora?

—Arte —respondió Ozu en voz baja para que La Sombra no lo oyera.

Se hizo el silencio. Durante ese rato se mantuvo la irritación de Ozu a causa de los crujidos que oía y el extraño e indescifrable olor.

—¡Eh!

De nuevo los golpecitos en la espalda.

—¡Qué!

—¿Qué hora es?

Ozu no respondió. Por muy estudiante de Kakogawa que sea, tenía mucha cara, dándome golpecitos en la espalda y fastidiándome con sus preguntas. ¡Qué desfachatez!

Sin previo aviso, se oyó un sonido largo, quejumbroso y ridículo cerca de la mesa de Fletán: «cooo-oooh». Ozu no fue el único en oírlo. El «cooo-oooh» que había sonado tan afligido, como si un pato se aclarara la garganta, retumbó dos veces seguidas por toda la clase, dejando a todos los estudiantes boquiabiertos. Se giraron hacia el sitio del que procedía, conteniendo la risa.

—¿Qué ha sido eso? —Con una expresión feroz, La Sombra agarró los bordes de su escritorio con ambas manos—. Quienquiera que haya hecho ese extraño sonido, ¡que se levante ahora mismo!

Fletán se levantó torpemente, con los ojos adormilados.

—¡Tú!

—Sí, señor —respondió Fletán con tristeza—. Me ha rugido la barriga.

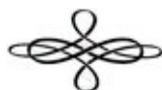
Un torbellino de risas recorrió el aula, pero la expresión de La Sombra era despiadada.

—Yo no hice que rugiera. Mi barriga rugió por sí sola.

—¡Siéntate!

—Sí, señor. —Fletán se sentó en silencio. Nadie pudo seguir atendiendo la lección. Mientras el profesor continuaba con su «como veis, Turner», los estudiantes sacaban la lengua y hacían muecas, abriendo mucho la boca y girándose para mirar a Ozu y a Fletán.

—Como veis, Turner era un gran hombre...



Después de clase...

Los estudiantes salieron por la puerta principal de la escuela y atravesaron el pinar, volviendo a casa como una procesión de hormigas a lo largo de la carretera paralela al cauce del diminuto río Sumiyoshi. En aquella época los chicos de Kansai llevaban uniformes de color amarillo claro, polainas y unos zapatos pesados que parecían botas militares.

Aunque a primera vista eran idénticos, al observarlos de cerca era fácil distinguir a los estudiantes de la clase A de los de las clases C y D. Los chicos que se pavoneaban como gallos, con la cabeza alzada, avanzando hacia la estación de tren siguiendo las estrictas directrices de la escuela, eran por lo general los brillantes alumnos de la clase A. Algunos miraban tarjetas de vocabulario en inglés para memorizar palabras mientras caminaban.

Más atrás, los chicos que llevaban la mochila colgada del hombro despreocupadamente se hablaban a gritos con voces extrañas y se paraban de vez en

cuando. Por supuesto, esos venían de las clases C y D.

Pero de forma inesperada, algo iba a pasar.

Al llegar al punto en el que la carretera paralela al río Sumiyoshi, que estaba seco salvo los días de lluvia, cruzaba con la carretera que conectaba Osaka y Kobe, la procesión de estudiantes aminoró la marcha repentinamente. Había un pequeño puesto que vendía bollitos de mermelada, y el olor dulzón de la confitura y la harina calentándose estimuló las fosas nasales de los hambrientos estudiantes. La escuela prohibía comer fuera, de modo que no debían pararse. Si les hubieran sorprendido en ese puesto, los habrían arrastrado hasta el despacho del director, y en el peor de los casos habrían sido expulsados durante un día.

Así que...

Cuando los estudiantes llegaron a este punto, aminoraron el paso y las fosas nasales se les ensancharon, dándose por satisfechos con el ligero olor.

Ozu, que aquel día caminaba un poco apartado de los otros, se unió a ellos. Aún estaba en edad de crecer y a las tres de la tarde tenía muchísima hambre. También él cerró los ojos e inhaló el dulce aroma.

Alguien le dio un golpecito en la espalda. Se giró. Era Fletán.

—¿Tienes diez sen? —murmuró Fletán, con los ojos soñolientos como de costumbre.

—Sí.

—¡Pues cómprate uno!

—No podemos —Ozu agitó la cabeza—. Si un profesor te pilla, la has hecho buena. Y algunos de los alumnos mayores hacen de espías. Me pillarían seguro.

—Sí, pero... —murmuró Fletán guiñando los ojos, incómodo— ¿qué tiene de malo comer algo que quieres comer?

—¡Pues que está mal!

—¿Qué tiene de malo comprar bollos?

—¡Pues que somos estudiantes de secundaria!

—Si está mal que un estudiante de secundaria compre bollos, ¿entonces quién puede comprarlos?

Ozu se quedó mirando la cara de pescado de Fletán y sus ojos soñolientos y no supo qué contestar.

Cuando pasaron por el puesto de los bollos, Ozu percibió un aroma diferente. Era el olor corporal habitual de Fletán.

—¿Tú te... bañas?

—¿Yo? No me gustan los baños.

Cuando llegaron a la carretera, Ozu preguntó:

—¿Vas a coger el tren? —Él iba a coger el tren marrón y destartalado que bajaba hasta la carretera de la escuela cada día.

—Sí —asintió Fletán.

—Yo vivo en Nishinomiya. Cojo el tren hasta San-chōme, en Nishinomiya.

—¿Ah sí? Yo vivo en Shukugawa.

—Shukugawa está en la misma dirección a la que voy yo.

Pero a Ozu no le hacía mucha gracia la idea de subirse al tren con este chicoapestoso. Un grupo numeroso de chicas que estudiaban en Kōnan se subía una parada antes para volver a casa. ¿Qué cara pondrían cuando olieran la fragancia de rábano en vinagre que procedía de Fletán?

Aquellas chicas con sus uniformes blancos de marinero. Chicas jóvenes, de hombros redondos y pechos generosos. Por alguna razón, Ozu se ponía totalmente rígido cuando iba en el mismo tren que ellas. Aunque tenían la misma edad, las chicas eran cada día más bonitas, mientras que los chicos se volvían más y más feos. Les salían granos y les cambiaban las voces, y a veces Ozu deseaba poder ocultar su cuerpo flacucho de la vista de las chicas.

Cinco o seis estudiantes de Nada habían llegado ya a la parada y estaban esperando el tren.

—Al mediodía me entra mucha hambre —murmuró Fletán, afligido.

—¡No dejes que ruja tu estómago!

Un tren que parecía un viejo tranvía oxidado paró en la estación provocando un sonoro chirrido.

Ozu subió primero, intentando deshacerse de Fletán. Pero fue inútil. Fletán le pisaba los talones, sorbiéndose los mocos mientras se agarraba al asidero. Había tres chicas con uniforme de marinero sentadas frente a ellos. Las faldas les llegaban por las rodillas de manera decorosa.

—¡Esos bollos tenían una pinta! —exclamaba Fletán sin darse cuenta del bochorno que sentía Ozu—. Me gustan mucho las cosas dulces como esa, o el Calpis...

—Ajá.

Las chicas sofocaron una risita, dirigieron una mirada rápida a Ozu y Fletán y volvieron a bajar la vista.

—Mañana es el examen de mates, ¿sabes? —Ozu hacía lo posible por cambiar el rumbo de la conversación con Fletán, que seguía abstraído pensando en los bollos.

—¿Ah sí? —Fletán se limitó a pestañear y continuó—: ¡Mañana encontraré la forma de comprar unos bollos!

—Inténtalo y verás lo que pasa cuando te pille un profesor. ¡Te pillarán de verdad!

—No me pillarán... Voy a comprarlos.

—¿Cuándo?

—Pues... durante la clase —dijo Fletán con indiferencia.

«Este tipo es tonto», pensó Ozu.

Las chicas seguían con la vista baja, pero sin duda estaban escuchando la conversación. Sus mejillas coloradas temblaban a causa de las sonrisas burlonas.

Fletán se tambaleó ligeramente cuando el tren llegó a una curva. Las chicas con traje de marinero hicieron una mueca al percibir la combinación de olores de rábanos en vinagre y sudor.



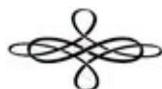
Ah, sí. Así eran las cosas.

El tren bala se alejó de Nagoya y atravesó a toda velocidad un trecho de marisma sombría. Ozu observó la oscura cordillera y sonrió con tristeza al recordar la cara de un viejo amigo que ya no estaba en este mundo.

Era un tipo extraño.

¿Qué estaría haciendo ahora Fletán si siguiera vivo? ¿Sería un hombre de mediana edad, medio calvo y agotado como yo?

Al día siguiente, según recordó, trajo consigo a la escuela un gato...



Sí, al día siguiente tenían el examen de matemáticas. Antes de que comenzara la clase, Fletán volvió a susurrarle a Ozu:

—¡Voy a comprar unos bollos, de verdad!

—¡No lo hagas! ¡No puedes!

—Sí que puedo. He traído un gatito en una caja.

—¿Un gatito?

—Sí. Lo escondí detrás del campo de tiro con arco.

—¿Qué piensas hacer con un gato?

Fletán le dirigió una sonrisa astuta y movió la cabeza.

La primera clase era Historia. Después venía el examen de matemáticas. El hinchado profesor al que llamaban Pez Globo escribió los problemas en la pizarra y distribuyó las hojas de respuesta entre los alumnos.

Ozu echó un vistazo por encima a los problemas, pero de los cuatro que había, ni siquiera entendía dos de las preguntas. Miró a su alrededor. Hashimoto, el alumno que estaba sentado a su derecha, estaba haciéndole señales frenéticamente para que le dijera las respuestas. Ozu negó con la cabeza. Alguien dejó escapar un suspiro bastante audible.

Justo en ese momento se oyó un «miau» procedente de la ventana de la clase. Los estudiantes guardaron silencio por un instante oyendo cómo el gatito maullaba buscando a su madre, pero algunos de los chicos no tardaron en estallar en carcajadas.

—¿No podéis quedaros callados? —les riñó Pez Globo.

¡Miau! ¡Miau! ¡Miau!

El gato maullaba sin cesar debajo de la ventana.

—¡Profesor! —Un alumno se levantó. Su expresión era completamente seria—. ¡Por favor, haga algo con ese gato! Si no, ¡no seré capaz de resolver los problemas por culpa del ruido!

—¡Sí! —Otros se unieron a la protesta—. ¡Es muy escandaloso, profesor!

El señor Pez Globo no tenía ni idea de qué hacer. Se acercó a la ventana e inclinó su enorme cuerpo para asomarse al otro lado.

En ese instante, Ozu notó cómo Fletán se movía detrás de él. No era posible que un tipo con unos ojos adormilados como los suyos fuera capaz de ser tan ágil. Antes de que los demás se dieran cuenta, Fletán ya había salido del aula.

El profesor se giró y contempló a sus mocosos con ojos tristes. Entonces se dirigió a uno de los estudiantes de la primera fila:

—Tú, sal y haz que se vaya ese gato.

—Si lo hago, no tendré tanto tiempo para hacer el examen como los demás. ¡No es justo!

El chico que había junto a él, un estudiante lleno de granos llamado Sonoda, levantó la mano y dijo mofándose:

—Profesor, si me pone un sobresaliente en el examen, me libraré de ese gato.

A los estudiantes de la clase C les encantaba ver las expresiones confusas y consternadas de sus desafortunados profesores. Habrían deseado que el gatito maullara aún más alto, si hubiera sido posible. O mejor aún, que aquel ridículo examen hubiera sido víctima del caos producido por el gato y no hubiera contado para nada. Los alumnos no estuvieron nunca tan unidos como en momentos así. Era entonces cuando ponían en práctica obedientemente el lema de la escuela que proclamaba el maestro Kanō: «Poder para el Bien: Gloria para Uno y para los Otros».

El señor Pez Globo observó con escepticismo al grupo de alumnos y dijo sin alzar la voz:

—¿Alguno de vosotros trajo a ese gato?

—¡Vaya idea! —respondió uno de los chicos con una voz extraña. Los demás le abuchearon, siguiéndole la corriente.

—¡No nos acuse de algo que no hemos hecho!

—¿No? Bueno, está bien, está bien. —El profesor de matemáticas alzó las manos para reprimir el ataque, que se asemejaba al de unas abejas enfadadas en una colmena—. ¡Silencio! ¡Seguid haciendo el examen!

—¿Y qué pasa con el gato?

—Yo me lo llevaré. Y escuchad, no quiero ninguna tontería en mi ausencia. Si intentáis hacer algo, me enteraré. —El señor Pez Globo se giró al llegar a la puerta para enfatizar sus palabras y entonces salió al pasillo a regañadientes.

Los gritos llenaron la clase.

—¡Maúlla más fuerte, más fuerte! —le decía uno de los chicos al gato. Algunos se apresuraron a copiar las respuestas de sus compañeros ignorando las advertencias:

—¡No copies esa! ¡Me he inventado la respuesta!

De todos los estudiantes, sólo Ozu estaba nervioso. Si Fletán no tenía cuidado podría toparse con el señor Pez Globo en la entrada. Si eso ocurría, el Fletán que acababa de llegar a la escuela sería castigado severamente.

¿Pero qué estaba haciendo?

Sólo con mirar a Fletán, Ozu apenas podía creer que un chico tan tonto y con unos ojos tan adormilados pudiera ser tan astuto.

Los maullidos del gatito que estaba bajo la ventana cesaron. El profesor de matemáticas lo había cogido y repetía: «Shh, shh».

—¡Profesor, lléveselo lejos de aquí! —gritó un chico en dirección a la ventana.

La puerta del aula se abrió en silencio y asomó la cara de Fletán, que parecía una castaña cubierta de gotas de sudor. Llevaba en la mano una bolsa de papel llena de bollos.

—¡Los tengo!

—¡Idiota! —dijo Ozu, haciendo un chasquido con la lengua—. ¿Qué piensas hacer si te pillan?

—¡No me pillarán!

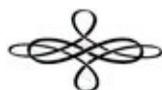
—¿No te has encontrado al profesor?

—Lo vi venir hacia mí, pero corrí a esconderme. Por los pelos.

El olor fragante de los bollos flotaba desde la mesa de Fletán. El estómago de Ozu rugió.

—¡Dame uno!

—¡No! —replicó Fletán con frialdad—. «El que no quiera trabajar, que no coma». Pero te vendo uno por cinco sen.



Dos días después del examen de matemáticas, el señor Pez Globo castigó a Fletán delante de toda la clase.

Aunque la práctica se haya suprimido en las escuelas hoy en día, a menudo los estudiantes de aquella época recibían castigos físicos por parte de sus profesores. Nada no era una escuela atípica; el castigo físico era algo corriente en otros centros de secundaria. Ningún padre venía a quejarse porque su hijo hubiera sido agredido físicamente. Y un día después del castigo, los mismos estudiantes harían alguna otra travesura sin preocuparse, aunque acabara en otro castigo. Así eran las cosas en aquellos tiempos.

Aquel día en concreto, el señor Pez Globo entró en clase visiblemente nervioso.

—¡Levantaos! —exclamó Sakata, el delegado de clase. Los estudiantes se levantaron con poco entusiasmo uno o dos centímetros del asiento y volvieron a dejarse caer.

—Hoy... —El señor Pez Globo colocó en la mesa las hojas de respuesta del examen que habían hecho dos días antes y pasó la vista por la clase sin piedad— tengo algo que decir antes de empezar la clase. Nunca dije que tuvierais que sacar un sobresaliente en los exámenes, pero según los resultados del último, la nota más alta de la clase dista mucho de ser perfecta. Está por debajo del cincuenta por ciento.

Los chicos acercaron las cabezas como tortugas bebé y escucharon el sermón del profesor. Las charlas de este tipo eran muy frecuentes para los estudiantes de la clase C, por lo que ninguno se esforzó mucho por atender. Se sentían como un hombre que bosteza bajo un alero mientras espera a que pase el chaparrón repentino.

—Los estudiantes de la clase A hicieron el examen en veinte minutos. ¿Cómo os hace sentir eso? ¿No os da vergüenza oírlo?

—No mucho —murmuró Ozu para sí. Y no era el único: todos los alumnos pensaban lo mismo. «Jo, profesor. No hay ningún motivo para enfadarse tanto... Tómesele con calma». Así era como se sentían. Que los estudiantes de la clase A empollen los libros. Nosotros lo haremos a nuestra manera, relajados y con calma.

—Pero el motivo de que esté tan enfadado hoy no es el hecho de que vuestras notas sean tan bajas como siempre. Me he resignado a aceptar que las clases C y D se nieguen a estudiar y saquen malas notas.

«Bueno, ¿entonces por qué está tan enfadado, profesor?».

—Lo que me enfurece de verdad... —el señor Pez Globo hizo una pausa— es que uno de vosotros escribió cosas frívolas y completamente insultantes en el examen. Atended todos. ¡Fletán, ven aquí!

Todos se dieron la vuelta sorprendidos. Al oír la llamada del profesor, Fletán caminó hacia el atril con los ojos adormilados.

—¿Tú eres Fletán?

—Sí, señor.

—Dile a todos lo que escribiste en la hoja de respuestas.

Fletán permaneció en silencio. Tenía el aspecto de siempre, como si fuera un pez muerto. El señor Pez Globo cogió la primera hoja de respuestas de la pila y le dijo a Fletán que la leyera.

—¿No vas a leerla?

—Eh... —Fletán cogió la hoja de respuestas y le susurró al señor Pez Globo—: Cuando dice «leerla», ¿se refiere a hacerlo en voz alta o para mí?

—¡Léela en voz alta!

—Yo, eh... —Fletán meneó la cabeza incómodo—. Me da vergüenza leerla. Lo escribí para que lo leyera usted, no para enseñárselo a todo el mundo.

—¡No me respondas! Si tus respuestas te dan tanta vergüenza como para no poder leerlas, ¿por qué las escribiste?

Los ojos de los demás alumnos estaban llenos de curiosidad e interés mientras escuchaban esta conversación entre el señor Pez Globo y Fletán.

—Vale, la leeré. «Demuestra las siguientes ecuaciones». —La voz de Fletán era como el zumbido débil de los mosquitos que rodean el borde de un alero—. «Dado el triángulo de ángulo recto con los lados x , y y z como se muestra en la ilustración, x^2 más y^2 es igual a z^2 ».

—Esa es la pregunta. Ahora dinos cuál fue tu respuesta.

Fletán bajó los ojos y guardó silencio. Los demás chicos también guardaban silencio, aguantando la respiración.

—¡He dicho que qué escribiste!

—Sí, señor.

—Nada de «sí, señor». ¿Cuál fue tu respuesta a la pregunta?

—Eh... yo, eh... respondí: «Así es, yo también lo creo».

Al principio Ozu no entendió lo que estaba diciendo Fletán. Era obvio, a juzgar por las caras de los demás alumnos, que ellos estaban en las mismas. Pero de pronto cayeron en la cuenta. La respuesta de Fletán para todas las preguntas del examen de matemáticas había sido: «Así es, yo también lo creo», y nada más.

Las carcajadas retumbaron por toda la clase. Muchas de las travesuras de los chicos de la clase C habían hecho estallar la furia de sus profesores en el pasado, pero nadie había escrito nunca «así es, yo también lo creo» como respuesta en un examen.

—¡No os riáis! —gritó el señor Pez Globo a los estudiantes, furioso como nunca lo habían visto—. ¡Hay un límite a la hora de burlarse de un profesor! ¡Fletán, prepárate! —El profesor golpeó a Fletán en la mejilla con su enorme mano. Sonó como una galleta de arroz rompiéndose.

—¡Te quedarás ahí de pie durante una hora!

Los estudiantes de la clase C se comportaron especialmente bien durante el resto de la clase. Nadie escupió ni se pasaron imágenes cuestionables. Reprimieron sus bostezos con la vista baja y contemplaron con mirada ausente las figuras de la pizarra, que parecían jeroglíficos.

De vez en cuando Ozu miraba a Fletán, que seguía de pie junto al atril. Aunque acababan de abofetearle con fuerza hacía sólo un momento, Fletán mantenía su mirada adormilada. Daba pena verlo, como un burro atado a un árbol en una tarde abrasadora de verano.

«Me pregunto qué le estará pasando por la cabeza a ese tipo», se dijo Ozu.

Mientras el señor Pez Globo escribía números y dibujaba triángulos en la pizarra, de vez en cuando lanzaba miradas severas a Fletán, como si temiera que pudiera estar tramando algo. Ni siquiera entonces alteró Fletán su expresión plomiza.

Por fin la clase terminó. Cuando el profesor salió del aula, Fletán volvió a su asiento.

—¿En qué estabas pensando? —le preguntó Ozu.

Fletán bajó la vista y murmuró:

—¡Sigo pensando que mis respuestas estaban bien!

DOS

«A LOS SIETE AÑOS, SEGREGAR LOS SEXOS»

Desde aquel incidente, Fletán y Ozu, que era de naturaleza conservadora, se convirtieron en unos camaradas de lo más curiosos.

En su fuero interno Ozu estaba casi convencido de que Fletán era un completo idiota. Pero su otra mitad sentía algo que podría interpretarse como envidia por la astucia burlona de la que él carecía. Y Ozu no era el único en experimentar estas emociones; toda la clase comenzó a sentirse igual con respecto a este estudiante desaliñado y de ojos adormilados procedente de otra escuela.

—Eres muy raro. —Ozu y Fletán habían empezado a volver a casa juntos al salir de la escuela. Ozu entornó los ojos y observó a su sucio amigo y murmuró—: ¿Estás seguro de que no estás un poco chiflado?

—¡No me llames chiflado! —replicaba Fletán haciendo un mohín.

—Quizá no lo estás, pero los profesores no pegan a nadie tan a menudo como a ti. ¿No te duele?

—Claro que duele, pero me pegan tanto como lo hacían en mi antigua escuela, así que estoy acostumbrado.

—Como hoy en el entrenamiento. ¿Por qué lo has hecho? Sabías que acabarían pegándote si lo hacías.

—Sí, bueno, supongo que sí —asintió Fletán, con los ojos tan soñolientos como de costumbre. Pero aunque asentía con la cabeza, resultaba evidente, a juzgar por su expresión inmutable, que no se sentía avergonzado ni le preocupaba en lo más mínimo que acabaran pegándole.

Habían tenido entrenamiento aquella tarde. Un sargento mayor retirado llamado Hippo, que siempre llevaba un arco sin plumas en la mano, había ordenado a los estudiantes de la clase C que se arrastraran una y otra vez. El dolor que sentían en las rodillas y los brazos se hizo insoportable mientras agarraban el rifle y se arrastraban por el suelo cubierto de grava.

—¡Si seguís arrastrándoos como ranas aplastadas, os haré repetirlo una y otra vez! —Sus botas crujían mientras el entrenador Hippo vociferaba detrás de los alumnos—. ¡Los estudiantes de la clase A se movían con más energía! ¡No tenéis remedio!

¿Por qué tanto ruido? ¡Venga ya! ¡No puedo hacer esto con el estómago vacío! Los estudiantes refunfuñaban para sí, sin atreverse a decir nada en voz alta. Al terminar la sesión, el entrenador les hizo tomar posiciones para practicar la puntería. Los chicos dispararon desordenadamente utilizando la armería o los pinos como objetivo.

—Ahora entrenamiento de ataque. ¡Preparad las bayonetas!

¡Por Dios bendito! ¿Es que va a hacernos correr otra vez? ¿Por qué no suena la campana?

—¡Atacad!

Al cargar contra los otros, Ozu se dio cuenta de que Fletán estaba a su lado, corriendo de manera desordenada y haciendo ruido con los pesados zapatos. Después lo perdió de vista. Más tarde, cuando los estudiantes se pusieron en fila y recitaron sus números, el joven se había evaporado como un fantasma.

—¡Falta un hombre! —gritó el entrenador Hippo, primero con sorpresa, y después con nerviosismo—. ¿Dónde está?

Diez minutos más tarde, sacó a Fletán a rastras de la parte trasera de la armería. Se había escondido durante el ataque.

—Es que estaba agotado. Las piernas no me respondían.

Fletán guiñó los ojos mientras ponía excusas al entrenador Hippo. Pero evidentemente el sargento mayor le cruzó la cara con una mano que se asemejaba más a la garra de un oso.

Como de costumbre, aquel día Ozu subió al tren con Fletán.

Buscando a las chicas de Kōnan incesantemente, sus cuerpos se tensaron mientras se agarraban al asidero. Pero por algún motivo, en el tren no había nadie que llevara un uniforme de marinero.

—¿Por qué no vienes a mi casa hoy? —Fletán invitó a Ozu—. El Santuario Ebisu está al lado, y hay puestos que venden salchichas y dulces. ¡Es genial!

El Santuario Ebisu era el santuario Shinto más grande y más antiguo de Nishinomiya, y constituía un santuario oficial del gobierno de alta categoría. Ozu recordó que su madre solía llevarlos a él y a su hermano a rezar a un santuario para Año Nuevo.

—El viejo del puesto de las salchichas te cobra según el número de palitos que quedan después de que te las hayas comido. Pero no tiene muy buena vista, y el otro día tiré algunos palitos al suelo y no pareció darse cuenta. No se enteró de nada. — Fletán se agarraba del asidero con una mano mientras utilizaba la otra para explicar cómo se metía las salchichas en la boca. Ozu, que estaba hambriento, casi podía oler la salsa de las salchichas y el aceite caliente. Después agitó la cabeza con rapidez.

—Oh no. ¡No! Intenta asomarte a uno de esos puestos con el uniforme de la escuela. ¡Alguien te pillaré seguro!

—Pues dejamos las mochilas y los sombreros en mi casa.

—¿En tu casa?

—Sí, no hay nadie salvo mi madre y mi hermana mayor.

—¿Tu padre está trabajando?

—Mi padre... —La soledad asomó a los ojos de Fletán por primera vez—. Murió cuando era pequeño.

—Oh. ¿Tu hermana va a la escuela?

—No. Se casó, pero ahora su marido está en el Ejército.

En la ventana del tren aparecieron hileras de casas bañadas por el pálido sol de la tarde. Ozu pensó en el día anterior, cuando había visto que un hombre de su vecindario se iba para unirse al Ejército y estaba rodeado de parientes y vecinos que ondeaban una bandera. Japón estaba luchando en arenas movedizas en esta guerra con un país que se encontraba muy lejos, al otro lado del mar.

—Venga, vamos a comprar unas salchichas. Tienes diez sen, ¿verdad? —preguntó Fletán.

—Sí, pero...

—Si no es suficiente, cogemos un libro de mi hermana y lo vendemos en una librería de segunda mano.

—¿De verdad haces cosas así?

—Sí, a veces.

El tren retumbó levemente y se detuvo para indicar a los estudiantes de otra escuela que subieran. Perteneían a la Escuela Secundaria K. y por algún motivo no se llevaban bien con los estudiantes de Nada.

—¡Eh! «Calpis es el sabor de un joven amor». ¡Qué risa! —Uno de los chicos de la escuela K. vio a Ozu y Fletán y exclamó—: ¡Mirad! ¡Los chicos de la escuela Nada nos están mirando! —La mirada ausente de Fletán posada sobre ellos fue el pretexto que utilizaron para empezar una pelea.

—Ignóralos —dijo Ozu en voz baja—. Finge no haberlos visto.

Pero cuando el bando de Nada se limitó a no hacerles caso, sus oponentes estallaron de júbilo ante su éxito.

—¡Vaya olor! Esos tipos deben de haberse tirado un pedo o algo. ¡Apestan!

El resto de los pasajeros guardaron silencio, incómodos. Ozu susurró: «¡Vámonos!» a Fletán y ambos se dirigieron a la puerta del lado contrario. Si esto desembocaba en una pelea, tenían todas las de perder. Sus oponentes eran tres chicos corpulentos, y Fletán no sería de mucha ayuda.

Cuando el tren llegó a la siguiente parada, un bosquecillo de pinos junto al río Ashiya, Ozu salió disparado por la puerta. Fletán le siguió torpemente.

Un hilito de agua fluía por el lecho blanco del río. Un hombre atravesaba el bosquecillo en bicicleta.

—¡Nos están siguiendo! —susurró Fletán, mirando hacia atrás—. ¿Qué hacemos?

—¿A qué te refieres? —gritó Ozu enfadado—. Si nos enfrentamos a ellos nos aplastarán. Tenemos las de perder. ¿Crees que eres capaz de pelear?

—No, pero estoy acostumbrado a que me peguen, así que me da igual.

—¡A ti te dará igual, pero a mí no!

Había una valla de madera a su derecha. Las enormes mansiones de los ricos de Ashiya estaban alineadas en el vecindario. Por algún motivo no había un alma a la vista en la carretera larga y blanca que corría paralela a la orilla del río.

—¡Eh! ¡Esperad, chicos de Nada! —Los tres jóvenes que les seguían el rastro gritaron de pronto—. ¡Parad!

—¿Qué pasa? —Ozu no tuvo más remedio que girarse—. ¿Qué queréis?

—¿Os pensáis que podéis espiar a la gente y luego iros sin más?

—Sois vosotros los que empezasteis a espiar.

—¿Ah sí? ¡Si queréis empezar algo, nosotros lo terminaremos! —Uno de los chicos, que llevaba la mochila colgada al hombro, corrió en dirección a Ozu y Fletán e intentó bloquearles el camino—. ¡De cabeza al lecho del río!

—¡No! ¡Cobardes! Vosotros sois tres. ¿Vais a luchar tres contra dos?

—¡Bueno, entonces iremos uno contra uno! —Este chico parecía estar acostumbrado a las peleas. Colocó la mochila debajo de un pino y saltó hacia el lecho del río, que estaba lleno de malas hierbas y guijarros—. ¿Venís? ¡Uno contra uno!

Ozu no tuvo más remedio que soltar su mochila y quitarse la chaqueta. No confiaba en su habilidad para pelear, pero habiendo llegado tan lejos, tenía que resolver el asunto de una manera u otra. Mientras bajaba en dirección al río, Fletán cogió una piedra del borde de la carretera y se la tiró al oponente de Ozu.

—¡Au! —Desvió la piedra con el brazo y llamó a sus camaradas—. ¡Ese está tirando piedras! ¡El muy canalla!

Los otros dos chicos agarraron a Fletán por detrás y le sujetaron los brazos llevándolos a su espalda. Fletán forcejeó, gritando como una rana aplastada. Ozu atacó a su adversario, pero el chico le esquivó y le dio un golpe en la rodilla con sus enormes zapatos. Luchando uno contra el otro, rodaron por el lecho del río.

—¡Dejadlo ya! —gritó una ama de casa desde el otro lado de la orilla—. ¡Que venga alguien! ¡Unos escolares se están peleando!

Cinco minutos más tarde...

Ozu estaba tendido en el lecho del río, contemplando el cielo del atardecer. Sorprendidos por los gritos de la ama de casa, los chicos de la Escuela Secundaria K. habían golpeado y pateado a Ozu y Fletán y después huyeron como un torbellino.

Pero el disgusto y la tristeza de haber sido golpeado provocaron una cicatriz en el corazón de Ozu, como si lo hubieran marcado con un hierro candente. El humo de la humillación aún ardía en esa cicatriz.

—¡Idiotas! —murmuró, colocando ambas manos por debajo de la cabeza y observando el cielo azul—. ¡La próxima vez les partiré sus podridas cabezas en pequeños triángulos! —Pero Ozu era consciente de que su propia timidez le imposibilitaba vengarse, incluso en el caso de que volvieran a verse. Ser consciente de ello era lo que más le mortificaba.

—¡No lo olvidéis!

—Oh, déjalo ya —dijo Fletán de improviso detrás de él. A pesar de los golpes que habían recibido, el tono de su voz no había variado en lo más mínimo—. No vale la pena indignarse tanto por tan poca cosa.

—¿Quieres que las cosas sigan igual? Eres una desgracia para tu escuela. —Ozu no reflexionó en lo disparatado que resultaba tratar el tema del honor de la escuela en un contexto tan absurdo—. ¿Es que no tienes ningún tipo de orgullo escolar?

—No hay orgullo escolar en una pelea —respondió Fletán guiñando los ojos.

—Vale, déjalo pasar. ¡Pero un día les haré pagar esto!

—¿Tú? ¿Y cómo piensas hacerlo?

—Voy a pensar en una manera. «Porque me gusta pensar».

Ozu se levantó y miró a Fletán. El hombro de su uniforme estaba roto y la sangre rezumaba por el dorso de su mano.

—¡Eh, estás sangrando!

—No importa. Vámonos.

—¿No tienes un pañuelo?

—No.

—Se ha roto tu uniforme.

—Sí. Mi hermana volverá a coserlo.

Se pusieron en marcha y Fletán se lamió la herida del dorso de la mano como un perro.

La carretera blanca que seguía el curso del río en dirección a la estación era larga y, como siempre, no había nadie más.

—¿Te duele? —preguntó Ozu con preocupación. Fletán meneó la cabeza, con los ojos soñolientos. Ozu insistió—. La gente se dará cuenta cuando nos subamos al tren. ¿Por qué no compramos un apósito en una farmacia?

A lo lejos, el tren llegó a la parada y salieron dos chicas que llevaban uniformes de marinero. Empezaron a caminar hacia Ozu y Fletán balanceando sus bolsos rojos.

—¡Oh no! Vienen chicas de Kōnan. —Ozu se puso tieso y posó la mirada en el lecho del río mientras caminaba. En momentos así, cuando era consciente de la presencia de otros, no se sentía capaz de mirar a nadie directamente a la cara.

Al pasar junto a ellas, Ozu pensó que había sentido la blancura de sus uniformes de marinero rozando su piel, y percibió una fragancia dulce y amarga a la vez.

—¡Vaya! —exclamó una de las chicas.

Ozu no podía imaginar que en aquel momento se determinaría el rumbo de la vida de Fletán.

—¡Oh, vaya!

En los tres años que había estudiado en la escuela secundaria, Ozu nunca había intercambiado una palabra con una chica de Kōnan. Y ahora...

—¡Oh, vaya!

Eso dijo una de las chicas de uniforme blanco al pasar junto a Ozu y Fletán.

—Este chico se ha hecho daño. ¡Está sangrando!

Ozu se quedó helado por la sorpresa y permaneció tieso sin moverse.

—Sí. —Fletán, siendo como era, se apresuró a esconder la mano en su uniforme.

—Si haces eso te ensuciarás la ropa. —La chica que hablaba estaba bronceada y tenía los ojos grandes. Abría mucho los ojos y hablaba con él como si nada, como si se estuviera dirigiendo a su hermano. Las cosas no eran así. En aquella época estaba

mal visto que un chico adolescente caminara con una chica o incluso intercambiara unas palabras con ella.

—Tienes una gasa, ¿no? La cogiste hoy en la enfermería —dijo, dirigiéndose a la otra chica—. Podemos dársela.

—Sí. —Su amiga era menuda y parecía amable. Empezó a rebuscar en su bolso y sacó algo—. Aquí está. —Le ofreció la gasa a Fletán—. Puedes usar esto.

Confuso, Fletán tartamudeó:

—Gra... gra... gracias.

—Oh, no, no puedes atarla de esa manera. Trae, yo lo haré por ti. —La chica de ojos grandes se acercó a Fletán, que permanecía inmóvil en la cima de la vergüenza. Ozu contemplaba la escena boquiabierto, sin poder creerlo.

—Ya está. Adiós. —Las chicas se fueron antes de que Fletán pudiera darles las gracias. Los dos chicos se quedaron inmóviles durante un rato, incapaces de decir una palabra.

Al fin Ozu habló.

—Oye, tú.

La gasa blanca envolvía la sucia mano derecha de Fletán. La blancura de la gasa le hacía daño a Ozu en los ojos.

—¡Ha sido... increíble!

—Ajá...

—¿Cómo que ajá? ¡No puedo creerlo! Apuesto a que eres el único alumno de Nada que ha conseguido que una chica de Kōnan haga algo así por él.

—¿Tú crees?

Las chicas ya estaban muy lejos. No se molestaron en mirar atrás.

—¿Qué estás mirando embobado como un idiota? Vámonos.

—¿Esas chicas —preguntó Fletán con la voz ronca— en qué curso están?

—No sé. Quizá en tercero o cuarto. Pero bueno, ¿qué has sentido cuando se ha acercado a ti y te ha puesto la gasa en la mano?

—Ha sido... como si estuviera soñando.

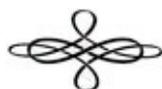
—No lo dudo. ¡No lo dudo! ¡Definitivamente ha sido algo más que un sueño!

Después de subir al tren, Fletán, con sus ojos adormilados, aún permanecía en silencio.

—Vaya, ¡es verdad eso de que una herida puede acabar dándote suerte! —dijo Ozu.

—Ajá.

—¿Eso es todo lo que puedes decir? ¿«Ajá»? Chico, ¡realmente tienes un problema!



Así empezó todo. Ese fue el comienzo.

Al aproximarse a Kyoto, el tren pasó junto a un lago y entró en un túnel. Algunos de los pasajeros bajaron sus maletas del compartimento superior y se prepararon para bajar.

Los recuerdos de hacía treinta años, acompañados de una nostalgia agridulce, volvieron a la vida en el corazón de Ozu. Recordó con una claridad dolorosa la cara poco impresionante de Fletán y su indescriptible olor corporal. Cosas que había olvidado entre los recuerdos de su juventud cubiertos de polvo a lo largo de los años.

Hasta nosotros tuvimos esa edad una vez. Un joven de pelo largo y una chica que parecía ser su pareja pasaron junto a él en dirección a la salida. Ozu los miró y pensó en sí mismo a esa edad.

¿Qué había pasado después de aquel incidente?

Después... sí. ¿No había ido a casa de Fletán?

Se bajó del tren en Nishinomiya Ni-chōme y atravesó el solar repleto de malas hierbas, y entonces entró en casa de Fletán por primera vez. Era la última de cuatro edificaciones idénticas. Recordó que cuando abrió la puerta de cristal de la entrada, el olor del baño flotó hacia él.

La habitación de Fletán, de cuatro esteras y media, estaba en lo alto de una oscura escalera. Había una fila de botellas llenas de tierra en su escritorio.

—Tienen hormigas dentro. —Fletán señaló con cuidado las botellas, como si fueran objetos de gran valor. Había enjambres de hormigas moviéndose afanosamente a través de la tierra de las botellas.

—Están haciendo nidos, ¿lo ves?

—¡Eh, esta habitación apesta!

—Eso es lo que dijo mi hermana. Se enfadó mucho. Tengo un ratón escondido.

Oyeron a una mujer, al parecer la hermana de Fletán, tosiendo en la planta de abajo.

Fletán cogió furtivamente una caja de cartón del cajón de su escritorio. El ratón tenía los ojos rojos y se escondía entre las hojas de col mordisqueadas.

—Se llama Príncipe Kari.

—¿Príncipe Kari no es el ratón que tiene Dankichi en los tebeos de acción?

—El mismo. Lo compré en el Santuario Ebisu.

—Tu olor corporal viene de toda clase de cosas mezcladas, ¿verdad?

La hermana de Fletán los llamó desde el pie de la escalera.

—Venid a tomar un té.

—No queremos té. Vamos a ir a Ebisu ahora, así que déjame dinero.

—¡Idiota! ¡Deja de hablar así! —replicó su hermana, furiosa.

—Siempre está igual. —Fletán se encogió de hombros—. Histérica.

Los recuerdos de Ozu en lo relativo a lo que ocurrió en el Santuario Ebisu eran más difusos. Los chicos dejaron las bicicletas en un aparcamiento demasiado largo y oyeron los gritos de los vendedores ambulantes que ofrecían falsificaciones de

linimentos. En uno de los lados, había dos o tres puestos en los que se vendían guisos y salchichas. El viento los abanicaba.

—Me gustaría saber cómo se llama esa chica de Kōnan —murmuró Fletán, dejando caer al suelo furtivamente otro palito de salchicha—. Me pregunto si podría volver a verla.

Ozu se sintió un poco celoso.

—¿Qué harías si pudieras?

El viejo del puesto de las salchichas, que había mantenido la cabeza baja mientras echaba harina en la carne, levantó la vista y chasqueó la lengua.

—Puedo hacer la vista gorda con uno o dos palitos, pero te has pasado. Ya van cinco...

Ozu aún se acordaba. A veces, después de aquel día, cuando viajaban en el tren apretujados de vuelta a casa y se acercaban al río Ashiya, la cara de pez de Fletán se convertía en el vivo retrato de la súplica y le suplicaba a Ozu:

—¡Oye! ¡Por favor, bájate conmigo!

—Mañana tenemos examen. Tengo que ir a casa.

—No tardaremos. Esperaremos sólo cinco trenes. O incluso tres. Si no se baja del tercer tren, me rindo.

—¿Qué piensas hacer si te la encuentras?

Ozu accedió a sus súplicas sintiendo una punzada de envidia y se bajó en Ashiya con su desaliñado amigo.

Había una arboleda de pinos alineados en la orilla del río Ashiya. Las mansiones majestuosas, en silencio incluso al mediodía, se extendían en la distancia a ambos lados del río. Las vallas de las mansiones producían sombras muy visibles en la carretera de granito blanco.

Aparentemente, Ozu acompañaba a su amigo con gran reticencia, pero en realidad él también estaba deseando volver a ver a las chicas. Quería verlas y que hicieran algo por él como lo habían hecho por Fletán.

Los dos estudiantes se ocultaron bajo la sombra de los pinos en la orilla del río, esperando en silencio a que el siguiente tren parara en la estación...

El desvencijado tren marrón. Parecía una señora mayor que llevara un niño a la espalda atado con correas, con un montón de paquetes. Resollando, subió la cuesta poco pronunciada y al fin llegó a la parada de la estación con un ligero traqueteo. Bajaron tres o cuatro pasajeros y cada uno se fue por su camino.

—En ese no —murmuró Fletán desconsolado, con los ojos empañados.

—¡Ya te lo dije! —Ozu se enfrentó a Fletán enfadado—. No tiene sentido esperar.

—Pero un día se bajaron aquí... así que sus casas deben de estar cerca. ¡Y si sus casas están cerca de aquí, tendrán que pasar por esta carretera!

A simple vista, la lógica de Fletán parecía irrefutable, de modo que dejaron de hablar y esperaron en vano a que llegara el segundo tren. Cuando vieron que las chicas tampoco aparecían en ese, el absurdo debate volvió a comenzar.

—Sus casas no están por aquí. Seguramente vinieron a hacer un recado cuando se bajaron aquí la otra vez.

—¿Un recado? —objetó Fletán apenado—. ¿Como qué?

—¿Cómo voy a saberlo? A lo mejor fueron a casa de una amiga o a estudiar flores o a clases de piano. Las chicas a esta edad van a clases de piano y arreglos florales, ya lo sabes.

—¿Piano...? —Fletán se sentó en la orilla del río y suspiró, como si la imagen de esas chicas tomando clases de piano simbolizara la felicidad.

Los estudiantes de instituto de hoy en día probablemente considerarán la actitud de estos jóvenes de hace más de treinta años como tonta y anticuada, pero la mente de los japoneses en aquella época todavía estaba impregnada con la creencia de que los chicos y las chicas debían separarse a los siete años. En aquella época era difícil que un chico y una chica de esa edad hablaran, y mucho menos que caminaran cogidos de la mano.

Esperaron tres días. Esperaron cinco días. Pero por algún motivo las chicas nunca volvieron a bajarse del tren.

Mientras esperaban sin resultado, Ozu descubrió en Fletán una extraña obstinación que no resultaba evidente a juzgar por su apariencia externa. Finalmente, su insistencia se vio recompensada.

Aquel día observaron una vez más, sin muchas esperanzas, cómo se alejaba el tercer tren. Enfadado por su propia insensatez, Ozu decidió no seguir llevando a cabo esta inútil tarea.

—¡Me voy a casa! —Empezó a bajar por el dique del río Ashiya, dejando a Fletán detrás, reacio a seguirle. Justo en ese momento, un cuarto tren apareció a lo lejos con lentitud y subió la colina con su característico traqueteo.

—¡Espera!

—¡No! ¡No aguanto más esta tontería!

Al llegar a la parada, el tren frenó con un chirrido. Si se apresuraba, Ozu podría subir a bordo antes de que empezara a moverse de nuevo. Pero albergaba un pequeño atisbo de esperanza en su corazón, y esa ligera esperanza hizo que avanzara con lentitud.

Tres figuras vestidas con un traje de marinero salieron del tren, una tras otra. El sol le daba en los ojos y no podía verlas bien, pero cuando las chicas se pusieron en marcha y avanzaron hacia él, hablando entre ellas, Ozu supo enseguida que dos de ellas eran las chicas a las que buscaban.

Ozu se dio la vuelta, confundido. Fletán, fiel a su costumbre, se escondió rápidamente bajo la sombra de los pinos de la orilla. Ozu corrió en la misma dirección.

Las chicas debían de haberlo visto huir. Si se acordaban de él, seguramente lo habrían reconocido como uno de los chicos a los que les habían dado la gasa en la carretera que había junto al río. Pero las chicas siguieron caminando y hablando entre

sí. Pasaron junto a los pinos en los que se escondían Ozu y Fletán como si no hubieran visto nada.

—¿Lo ves? ¡Te dije que tuvieras cuidado! —Ozu oyó la voz de una de las chicas desde su escondite detrás del tronco de un pino. No había duda de que se trataba de la joven bronceada y de ojos grandes.

Hubo silencio durante un buen rato. Entonces Fletán se acercó a él haciendo crujir las hojas como un insecto que trepa para salir de la tierra.

—¡Vamos a seguir la cola! —le susurró a Ozu, que vio cómo la frente de Fletán estaba cubierta de una fina capa de sudor.

En el argot de los estudiantes del área de Kansai de aquella época, «seguir la cola» quería decir seguir a las chicas como si fueran una tortuga siguiendo la cola de un conejo. Sólo seguirlas, sin decirles una palabra. Eso era «seguir la cola».

Las tres chicas ya estaban a bastante distancia. La carretera blanca paralela al cauce del río se estrechaba. Las piernas torneadas cubiertas por medias negras avanzaban sin parar debajo de las faldas de sus uniformes de marinero.

—Seguimos la cola... —Ozu tragó saliva— ¿y luego qué?

—No sé, pero sigamos la cola.

—Diles algo.

—¿Yo? —Fletán meneó la cabeza, sintiéndose incómodo—. No podría hacer algo así.

Las chicas no parecían darse cuenta de que las estaban siguiendo. Llegó un momento en que dos de ellas se detuvieron, se saludaron con la mano y bajaron por una carretera a la derecha. La que quedaba era la chica bronceada de ojos grandes. Paró y se colocó bien el bolso. Ozu y Fletán también se detuvieron rápidamente. Cuando ella reanudó la marcha, los dos la siguieron a la misma velocidad. La distancia que había entre ellos se mantenía: ni muy larga ni muy corta. Así era cómo los estudiantes seguían la cola en aquella época.

Cuando la chica cruzó un puente en la dirección opuesta a la orilla del río, Ozu y Fletán se agacharon rápidamente detrás de la puerta de una mansión para evitar que los viera. Finalmente, entró en un edificio de ladrillos cubierto de hiedra. Los chicos se lanzaron a correr espontáneamente.

La casa era una mezcla de estilo japonés y occidental, con una estructura de tipo europeo construida sobre una base de madera. Las residencias de clase alta de este tipo eran bastante frecuentes en Shukugawa y Ashiya.

—Pone «Azuma». Qué nombre más raro. —Fletán suspiró al observar el poste iluminado. Entonces una sonrisa asomó a su cara cetrina, como si acabara de descubrir algo muy importante—. ¡Su nombre es No sé qué Azuma!

Aguzaron el oído, pero no se oía ningún ruido en el interior. Había tanto silencio como en una casa vacía.

Fletán extendió la mano y acarició el muro con ternura.

—¿Qué haces?

—Esta pared... —murmuró Fletán para sí mismo—. Mi chica puede haberse recostado contra ella.

—¡Idiota! —Ozu estaba furioso, aunque ni siquiera sabía por qué. Tal vez las palabras insolentes que había pronunciado le habían ofendido. ¡«Mi chica»! ¡Todavía no era la chica de nadie!

—¡No digas «mi chica»!

—¿Por qué no?

—Es muy vulgar.

—Bueno, ¿cómo quieres que la llame? ¿«Nena»? Eso suena más vulgar todavía. —Fletán pasó dos dedos por el muro, deteniéndose al llegar a la caja donde dejaban la leche junto a la puerta. Abrió la caja y sacó una botella.

—¿Qué estás haciendo? ¡Te van a pillar!

—¡Esta botella de leche! —susurró Fletán con intensidad—. Quizá haya puesto los labios en ella para beber.

—¡Idiota! Quizá haya puesto los labios en ella para beber. ¡O quizá lo haya hecho su padre!

—¡Bueno, a lo mejor...!

De repente ladró un perro dentro de la casa. Era el ladrido agudo de un cachorro.

—¡Toby, Toby! —dijo una voz femenina.

Ozu y Fletán se acercaron aún más para oír la voz. Era la suya.

—¿A que sería genial?

—¿El qué?

—Vivir en una casa como esta y tener un perro. Nosotros somos demasiado pobres como para tener uno. Hasta tengo que esconder a mi ratón...

Esa casa parecía verdaderamente la cúspide de la felicidad inalcanzable para estos dos chicos. Ninguno sabía nada aún sobre la vida o el significado de la felicidad.

TRES

EL HIJO

El viaje de negocios de Ozu duró sólo dos días. Pero cuando volvió a Tokio y se dirigió a casa después de parar en la oficina, se sintió como si hubiera estado fuera mucho tiempo.

—¿Dónde está Eiichi? —preguntó a Nobuko mientras se quitaba los zapatos.

—Es viernes —respondió su esposa, cogiendo los zapatos y sonriendo ante la mala memoria de su marido—. Ya sabes que tiene turno de noche en el hospital.

—Ah —asintió Ozu—. Es verdad. —Quería preguntar algo más, pero no lo hizo. Se acordó de que la noche antes de que se fuera de viaje, había discutido con su hijo por una tontería. Había venido a casa a cenar por primera vez en mucho tiempo.

Años atrás, Ozu lo había considerado como un hijo leal, pero a partir de la época en la que Eiichi se estaba preparando para acceder a la Facultad de Medicina, Ozu empezó a cuestionar gradualmente las ideas de su hijo. Le parecía que su propio progreso era el objetivo principal en la vida de Eiichi, aunque Ozu no estaba seguro de si toda la profesión médica compartía esa visión.

Al contrario que su hermana mayor, Yumi, Eiichi había comenzado a estudiar intensamente en el instituto. Fue gracias a su esfuerzo que consiguió entrar en la Facultad de Medicina K., pero a cambio perdió todas sus amistades. Los que solían venir a casa empezaron a mantener las distancias cada vez más.

—Eso es porque no son como yo —solía decir Eiichi—. Tienen la vida resuelta gracias a los contactos que tienen sus padres o familiares. Pero papá no puede hacer nada por mí. Los amigos son los amigos, pero al final lo más importante eres tú mismo.

—Si es así como piensas, vas a quedarte muy solo en la vida —murmuraba Ozu en esas ocasiones. Pero su hijo dejaba entrever una sonrisa de hielo en las comisuras de sus labios.

—¿Me estás diciendo que los pusilánimes como tú no estáis solos en la vida, papá? Yo no podría soportar la vida que llevas. —Ozu aún recordaba las palabras de su hijo.

La discusión de la otra noche fue del mismo estilo. Empezó en la mesa con una conversación acerca del hospital. Eiichi había hablado de forma irrespetuosa sobre un paciente de avanzada edad que no tenía posibilidades de recuperarse, y Ozu le había reñido. Ozu volvió a recordar la discusión.

Se cambió de ropa. Su mujer le sirvió una taza de té en la sala de estar, y mientras miraba el correo que había llegado en los últimos dos días, preguntó:

—¿Alguna novedad?

—La verdad es que no. La contrapuerta del piso de arriba se atasca. He llamado para que venga un carpintero, pero es imposible encontrar uno.

—Tienen pocos empleados. Ahora mismo están haciendo obras de construcción por todas partes. No tiene sentido que vengan sólo por una contrapuerta.

Mientras Ozu sorbía el té ruidosamente, Nobuko se acordó de repente de algo.

—Ah sí, pasó algo extraño. Recibimos tres llamadas telefónicas muy raras.

—¿A qué te refieres con «raras»?

—Sonaba el teléfono, pero cuando lo cogía, colgaban.

—A lo mejor se equivocaron.

—Pero dije «casa de los Ozu», y entonces hubo un silencio absoluto al otro lado, como si estuvieran esperando una señal o algo así. Yumi se asustó.

Cuando Yumi volvió a casa aquella noche, la familia, exceptuando al hijo mayor, se sentó a la mesa para cenar.

—Creo que ni siquiera los médicos deberían ser el último mono durante tanto tiempo. —Ozu era el único que estaba animado, y se llevaba una copa de sake a los labios—. Muchos jóvenes de la edad de Eiichi ya tienen un sueldo más que generoso, pero él todavía no puede sustentarse a sí mismo.

—No puede hacer otra cosa —Yumi defendió a su hermano—. Es el tipo de vida que ha elegido. Dice que como no eres médico, no puede usar tu influencia para conseguir un puesto en el hospital como hacen los demás. Su objetivo es ascender en la Facultad de Medicina.

—Pero es muy difícil convertirse en profesor o adjunto en la Facultad de Medicina, ¿no? Se tardan diez o doce años.

—Por eso está esforzándose al máximo para conseguirlo.

—Está bien que trabaje duro —interrumpió Nobuko—, pero me preocupa su salud.

—Siempre dice que va a triunfar en la vida cueste lo que cueste. —Yumi soltó los palillos y se levantó para ir a buscar otra botella de sake.

—Él es así —murmuró Ozu exasperado.

—No se parece en nada a ti. Es un chico inteligente. —La esposa de Ozu parecía orgullosa—. Y es muy estudioso.

—Algunas personas se aíslan del mundo para tener éxito en la vida. ¿De qué le servirá hacerse famoso en la universidad si se pierde todas las cosas buenas de la vida?

—Los tiempos han cambiado. Los jóvenes ya no son capaces de sobrevivir sin competir entre ellos. Verdaderamente no hay nada que pueda hacer Eiichi.

Ozu guardó silencio al oír las palabras de su mujer. Siempre tenía la sensación de que su esposa no estaba satisfecha porque él no esperaba progresar. Su insatisfacción se había transformado en una obsesión por defender a su hijo mediante comentarios como el que acababa de hacer.

—Dices que estamos viviendo malos tiempos. ¿Quieres decir con eso que piensas que los días de guerra que vivimos de jóvenes eran mejores?

—Eso no es lo que he dicho. Simplemente nos tomábamos las cosas con más calma en aquellos tiempos.

¿De verdad habían sido esos años tan tranquilos y sencillos? ¿Esos días en los que las ciudades japonesas ardían en llamas, cuando la gente huía en tropel atravesando el humo, cuando los soldados inexpertos como Ozu recibían palizas a diario en las barracas de la mano de sus superiores?

—Sí, ya. Siempre estás hablando de los días de la guerra, papá. —Yumi trajo la botella de sake. Como de costumbre, se puso de parte de su madre—. Eran tiempos muy diferentes. No hay punto de comparación.

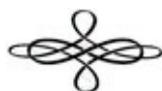
La cara de pez y los ojos soñolientos de Fletán volvieron a aparecer en la mente de Ozu. ¿Qué dirías si aún estuvieras vivo?

Después de cenar, cuando Ozu estaba frente al televisor, sonó el teléfono.

—A lo mejor es esa dichosa llamada otra vez.

—Yo lo cogeré. —Ozu levantó el auricular en el recibidor—. ¿Diga? Casa de los Ozu.

Nadie respondió. La persona al otro lado del teléfono guardó un completo silencio, como decía su esposa. Quienquiera que fuera parecía estar esperando en silencio a recibir una señal. Al cabo de un rato, colgaron con un golpe seco.



El doctor Ii hacía la ronda en el hospital cada miércoles. Esos días Eiichi y todos los que trabajaban en el dispensario se reunían y esperaban a que apareciera el médico. Aquellos días, los que tenían pacientes a su cargo estaban más tensos de lo normal. Repasaron una vez más el valor de una semana de informes y resultados de análisis de sus pacientes. Repasaron todo eso y después buscaron las palabras más precisas que podrían utilizar en sus informes.

Por fin se abrió la puerta al otro lado del pasillo. El doctor Ii apareció envuelto en una bata blanca acompañado del doctor Uchida, el jefe del dispensario.

—¿Con qué planta empezamos hoy?

—Comenzaremos con la sala de tuberculosis, en la segunda planta.

Un joven empleado del dispensario avanzó como un ratón bailarín y llamó al ascensor.

A esta hora las salas del hospital estaban en silencio, sorprendentemente. Guiados por el médico, la procesión de batas blancas avanzó por el vestíbulo rompiendo la ausencia de ruido con el chirrido de sus zapatos.

Eiichi caminaba entre ellos y observaba la fornida espalda y los anchos hombros del doctor Ii. La seguridad que poseía el hombre que ostentaba el poder en el Segundo Departamento de Cirugía radiaba de esa espalda y esos hombros.

«Un día de estos te convertirás en alguien como él», se dijo Eiichi. Y se imaginó a sí mismo en su lugar, caminando a la cabeza del grupo de batas blancas, con un hombro ligeramente alzado.

El médico entró en la habitación de postoperatorio de un paciente que se había sometido a una cirugía para extirpar un pulmón. Maki, el supervisor en prácticas, le siguió rápidamente con un sobre de placas de rayos X. El resto del grupo se quedó atrás y escuchó con atención la conversación entre el médico y Maki.

—La evolución desde la operación ha sido buena. —Maki le dio al médico el termómetro que colgaba de la cama—. La hemorragia ha remitido por fin. La fiebre también ha bajado. La presión arterial y los procesos cognitivos son normales. No obstante, creo que habrá que drenar el pulmón.

El médico colocó su nuevo estetoscopio alemán en el pecho del paciente y asintió.

—Han pasado cuatro días desde la operación, ¿verdad?

—Sí, señor.

El médico se sacó el estetoscopio de las orejas y se dirigió al paciente.

—Parece que evoluciona bien. Se sentirá mejor en una o dos semanas. Está muy bien, se lo aseguro.

Los ojos del paciente brillaron de felicidad. El doctor Ii asintió con la cabeza y salió de la habitación.

El grupo entró en una sala grande. Había seis camas colocadas una frente a la otra. Los pacientes, que llevaban mascarillas estériles, se giraron al unísono en dirección a ellos. La enfermera jefe había ordenado a los pacientes con riesgo de contagio que las llevaran cuando los médicos hicieran su ronda.

Esta vez Tahara se separó del grupo y se colocó junto a la almohada del hombre mayor al que estaba supervisando.

—¿Siguen saliendo bacilos en los análisis? —preguntó el doctor Ii.

—Sí. Detectamos cinco en el análisis de la semana pasada. Hace cuatro semanas eran tres.

—¿Qué medicación le estáis dando?

—Usamos Isconth y Bethion, pero creo que habrá que encontrar un sustituto para el Bethion tarde o temprano.

Las caras de los empleados del dispensario se tensaron. Tahara, un empleado cualquiera del centro, estaba sugiriendo cambiar la medicación que el médico había prescrito para su paciente. Estaba oponiéndose directamente a las órdenes del doctor.

—No, el Bethion va bien por ahora. —El doctor Ii no alzaba la voz delante de los pacientes como lo hacía cuando llamaba a alguno de sus empleados para reñirles en clase, pero su frente enrojeció significativamente—. Si usamos un medicamento tras otro se creará una bacteria resistente en el paciente y seremos incapaces de tratar el problema. —El médico remarcó estas palabras para que los empleados las oyeran y avanzó hasta la siguiente cama.

Mientras examinaban a los seis pacientes, todo el grupo se dio cuenta de que el Viejo —así era como solían llamar los trabajadores al médico supervisor— se había puesto de mal humor.

El doctor Uchida, jefe del dispensario, se volvió hacia Tahara con los ojos llenos de furia. ¿Por qué demonios has tenido que hacer un comentario tan estúpido? Eso es lo que decía su mirada. Cuando un empleado nublabla el estado de ánimo del médico, no había forma de hacer que volviera a brillar el sol. Todo el mundo lo sabía, pero Tahara, ya fuera intencionadamente o no, había metido la pata.

La procesión de daimyōs pasó una hora y media haciendo las rondas en cuatro alas del hospital y otras tres habitaciones especiales. Eran más de las doce del mediodía cuando por fin acabaron.

—Tahara, espera un momento. —El doctor Uchida volvió al dispensario después de acompañar al doctor Ii a su oficina y llamó a Tahara. Los demás se levantaron y se fueron a comer.

Eiichi se sentó solo en la esquina de la cafetería y comió arroz con curry mientras esperaba a Tahara. Los dos iban a la misma clase en la Facultad de Medicina, pero en el fondo Eiichi se burlaba de su patético compañero. Sin embargo, por el momento tenía que lidiar con él para preparar un trabajo titulado «Tratamiento químico postoperatorio de la fístula traqueal» que debían entregar al médico. Ese era el motivo por el que Eiichi lo pasaba tan mal cuando su compañero cometía errores tan estúpidos como el de hoy.«»

Terminó de comer su arroz con curry y, mientras apuraba su vaso de agua, vio cómo aparecía la espalda encorvada de Tahara en el mostrador de los vales de comida. Eiichi hizo un gesto con la mano y su compañero arrastró los pies hasta la mesa cubierta de suciedad.

—Te han echado la bronca, ¿verdad? —preguntó Eiichi preocupado mientras daba golpecitos con la uña al cigarrillo.

—Sí.

—¿Por qué le dijiste eso al Viejo?

—Es que... todo el mundo sabe que el Bethion no sirve como tratamiento para la tuberculosis —respondió Tahara con voz débil mientras bajaba la cabeza—. Por mucho que lo intentara, no haría efecto en mis pacientes. Preferiría usar Ethambutol.

—El Viejo dice que el Ethambutol sólo debe utilizarse para casos críticos.

—Yo diría que un paciente con una clara tuberculosis ya es un caso crítico. Pero sabes tan bien como yo que el motivo por el que el Viejo sigue utilizando el Bethion es porque la compañía farmacéutica que lo fabrica le costea sus investigaciones.

Eiichi encendió el cigarro y guardó silencio. No le hacía falta que Tahara ni ningún otro le dijera que una serie interminable de análisis habían demostrado que el Bethion era inútil como tratamiento para la tuberculosis. Era un medicamento que pertenecía a la familia Thibion, y el Thibion había dejado de utilizarse incluso en Alemania, donde se había fabricado por primera vez. Pero el equipo del dispensario

ignoraba alegremente el hecho de que aún lo utilizaran, porque sabían que los fondos de investigación para el dispensario procedían de la compañía farmacéutica.

—Pero... —Eiichi hizo una mueca y observó su cigarro encendido. Ambos se quedaron callados por un instante, mirando por la ventana—. Mira, Tahara —murmuró Eiichi sin apartar la vista del cigarro—. No hagas ninguna tontería.

—¿Qué quieres decir con eso?

—No quiero que vuelvas a mencionar ese medicamento.

—Pero soy el médico responsable de ese anciano, y como tal, me gustaría verlo recuperarse.

—Ya lo sé. Sé cómo te sientes, pero al fin y al cabo, ahora mismo formamos parte de una organización. La organización del dispensario. No puedes ir por ahí hundiendo el sistema.

—No pretendo hundir ningún sistema...

—Entonces no compliques las cosas para el jefe del dispensario. Él piensa en tu futuro. Eres consciente de eso, ¿no? —Eiichi hizo una pausa—. Pero si el Viejo se enfada contigo, el doctor Uchida no podrá hacer nada por ti.

—Eso es lo que me ha dicho el doctor Uchida. —La risa de Tahara tenía un toque de tristeza. Se sirvió un poco de té en la taza y añadió—: Me ha dicho: «Si sigues actuando así, nunca podrás avanzar».

—¿Lo ves? Ahí lo tienes. Porque se reflejará en tu futuro.

—¿Pero qué pasa con el paciente? —Tahara se llevó la taza a los labios.

—Piénsatelo. Yo no te diré nada más sobre el tema. —Eiichi se levantó y se estiró—. Bueno, creo que me iré a la biblioteca.

—Eres bueno.

Eiichi se giró al oír el comentario inesperado de Tahara.

—¿Qué?

—Lo tienes todo pensado.

—¿Ah sí?

—Llegarás lejos en este dispensario.

Eiichi salió de la cafetería sin responder. Al otro lado del largo pasillo se agolpaban en las ventanas tanto enfermeras como pacientes vestidos con kimonos largos y acolchados. Seguramente estaban mirando cómo los empleados jugaban al voleibol en el patio.

«Llegarás lejos en este dispensario». Las palabras de Tahara resonaban en los oídos de Eiichi. Podían ser palabras de envidia o de sarcasmo, dependiendo de cómo las interpretara.

Exacto. Mi intención es llegar lejos, se repetía Eiichi a sí mismo, imaginando el rostro de Tahara. ¿Qué tiene eso de malo? Al hablar visualizó la manera confiada de caminar que tenía el doctor Ii. En veinte años, la figura que haría las rondas y encabezaría un grupo de empleados sería la suya.

—Doctor Ozu, de cirugía. Doctor Ozu. —El altavoz le llamó—. Por favor, contacte con la operadora. Doctor Ozu, de cirugía. Doctor Ozu.

Eiichi descolgó el teléfono de línea interna al final del pasillo.

—Soy Ozu.

—Tiene una llamada —dijo la voz de la operadora al otro lado.

—¿De quién?

—La enfermera Keiko Imai, de medicina interna. —Percibió duda y vergüenza en su voz—. Dice... que tiene que hablar con usted urgentemente.

—Pásemela, por favor. —Eiichi reprimió su sensación de disgusto y agarró con fuerza el auricular.

—Soy yo. —No tardó en oír la voz de Keiko.

—¿Qué quieres? —dijo Eiichi con frialdad—. Estoy ocupado.

—Doctor, por favor, veámonos esta noche.

—¿Esta noche? Esta noche no puedo.

—Sólo te pido diez minutos.

Siguieron regateando y finalmente Eiichi colgó tras acceder a ver a Keiko a las cinco de la tarde.

Muchacha testaruda. Pensó en la cara de Keiko al borde de las lágrimas. Cuando lloraba parecía un mono, y se ponía tan fea que irritaba a Eiichi. Había dejado de sentir cualquier forma de apego por esta enfermera. «Ahora tengo que verla esta tarde», pensó. Fue a la estación de enfermería, en la segunda sala, sin pasar por el dispensario.

Estaba echando un vistazo a los análisis de sus pacientes cuando entró el doctor Uchida.

—Ven un momento —lo llamó para que saliera—. Qué desastre. Para Tahara sobre todo. El Viejo estaba de un humor pésimo.

—Hace un rato le di una charla a Tahara en la cafetería.

—¿Ah sí? ¿Y qué dijo?

Eiichi dudó un momento y luego respondió:

—Bueno, es bastante testarudo.

—Es cierto. Hay que vigilar a los hombres como él.

—Lo siento mucho.

—No me refería a ti. —El jefe del dispensario sonrió irónicamente y le dio unas palmadas a Eiichi en el hombro—. No tienes de qué preocuparte. El Viejo parece confiar en ti, y creemos que tienes muy buenas perspectivas de futuro.

—Sí, señor. —Eiichi hizo una inclinación con la cabeza y observó cómo el doctor Uchida bajaba las escaleras.

Los pacientes descansaban de una a tres de la tarde. Todas las salas del hospital estaban en silencio.

Eiichi abrió un libro en la biblioteca. Se sentía apesadumbrado al reflexionar sobre su relación con Keiko Imai, a la que tendría que ver más tarde.

La relación había durado seis meses. Había estado con otras enfermeras antes, pero ninguna le había dado tantos problemas al acabar la relación como la implacable Keiko.

Salió de la biblioteca y volvió a pasar por la segunda sala para echar un vistazo a sus pacientes. El periodo de descanso llegaba a su fin, y el alboroto volvía a llenar la sala.

Eiichi tenía cinco pacientes a su cargo, de los cuales tres eran casos de tuberculosis pulmonar. Dos de ellos esperaban una cirugía. A uno le darían el alta pronto.

Para ser sinceros, a Eiichi ya no le interesaban los pacientes con tuberculosis. Cada vez había menos casos debido a los antibióticos y el diagnóstico preventivo, y el tratamiento era prosaico. No había futuro en ese campo, de modo que había decidido centrarse en el terreno del cáncer. La universidad había planeado construir un centro para el cáncer en el futuro. Sus compañeros del dispensario esperaban que se construyera con ansia. La cirugía del futuro se concentraría en el cáncer, el corazón y el cerebro.

Uno de sus pacientes actuales era un hombre mayor con cáncer de pulmón. Era un funcionario de alto rango que trabajaba para una gran corporación. Probablemente habría que operarle pronto. Pero evidentemente le habían dicho que tenía tuberculosis. Tarde o temprano tendrían que contarle la verdad a su familia.

Eiichi fue a la habitación del anciano, situada en la esquina de la tercera planta. Había una mujer joven colocando flores en un jarrón. Era la hija del paciente.

—Hola. —Eiichi sonrió y echó un vistazo a la habitación—. ¿Qué tal está?

El anciano trató de incorporarse en la cama. Estaba adormilado.

—No se levante.

—Sigo igual, pero esta tarde tosí un poco de sangre.

Eiichi colocó el estetoscopio en el pecho del paciente. La hija, que había permanecido a un lado con las manos tras la espalda, dijo con preocupación:

—Doctor, dice que el dolor se ha extendido a los brazos.

—Puede ser neuralgia. —Eiichi se mostró alegre deliberadamente y ladeó la cabeza—. No hay de qué preocuparse. El dolor desaparecerá.

—No es cáncer, ¿verdad? —El paciente se dejó caer y observó con atención la expresión de Eiichi—. Un amigo mío murió de cáncer de pulmón... Siempre se quejaba de que tenía dolores en el pecho y los brazos...

—El dolor que caracteriza el cáncer de pulmón es más agudo —replicó Eiichi sin que su sonrisa se desvaneciera—. No hay necesidad de preocuparse. Déjelo todo en nuestras manos.

El rostro de la hija reveló alivio y confianza. Es una buena hija, murmuró Eiichi para sí. Entonces los ojos de Keiko aparecieron ante él y bajó la vista rápidamente.

—Doctor, ¿habrá que operarme?

—Esa es la razón por la que está hospitalizado, ¿no?

—Si la operación sale bien, ¿podré trabajar como antes?

—Por supuesto. Podrá jugar al golf y hacer todo lo que quiera.

Eiichi se había acostumbrado a mentir a los pacientes de cáncer. Mentirles era parte del trabajo de un médico.

—Cuídese. —Eiichi salió de la habitación y no volvió a pensar en el destino de aquel anciano. Allí uno no podía permitirse simpatizar con el futuro de cada individuo.



Aquella tarde se encontró con la enfermera Keiko Imai en el salón de té que había enfrente del hospital. El salón estaba lleno casi en su totalidad de hombres y mujeres que habían salido del trabajo. Keiko le esperaba en una esquina a lo lejos, mirando hacia la puerta. Cuando Eiichi se acercó, ella alzó el rostro y sonrió con tristeza.

—Lo siento —se disculpó.

—No pasa nada, pero no tengo mucho tiempo. El jefe del dispensario quiere verme. —Eiichi mintió para hacer que la conversación fuera breve. Se sentó.

Después de que el camarero les hubiera tomado nota, Keiko guardó silencio por un instante.

«Keiko se ve tan vivaz con su uniforme blanco. ¿Por qué se vuelve tan monótona cuando se pone su ropa?», pensaba Eiichi con amargura. Lo cierto era que había perdido el interés y el cariño que sentía hacia Keiko. Lo único que quería era irse de aquel salón de té tan rápido como le fuera posible.

—Bueno, ¿de qué querías hablarme?

—¿Por qué no has venido a verme últimamente? —Keiko apretó los labios y se quedó mirando la taza de café que tenía delante. Sus ojos reflejaban su decepción.

—¿Cómo que por qué? —Eiichi estaba claramente molesto—. Te lo he dicho una y otra vez. Tengo muchos pacientes de cirugía y estoy muy ocupado.

—Eso es mentira. —Keiko agitó la cabeza con violencia—. La enfermera Sekiba de cirugía es amiga mía. Esta semana sólo ha habido una operación.

Eiichi vaciló por un instante.

—No sé lo que habrá dicho la señorita Sekiba, pero en el dispensario tenemos mucho trabajo al margen de las operaciones. Tenemos que escribir informes y preparar los seminarios de investigación.

—Has preparado seminarios de investigación otras veces, y aun así tenías tiempo de verme. —Una lágrima rodó por la mejilla de Keiko mientras removía el café con la cuchara.

—Oh, vamos. —Eiichi bajó la voz, consciente de que podían oírles a su alrededor—. No hay razón para llorar.

—Si no quieres seguir viéndome, ¿por qué no lo dices claramente?

Eiichi sintió la necesidad de zanjar el tema y dijo:

—Pensaba que eras más abierta.

—¿Qué quieres decir con eso?

—¿No crees que estás siendo un poco egoísta? Me llamas sin pararte a pensar en mi posición. No tienes ni idea de la vergüenza que he pasado, ¿verdad?

—Lo siento... —respondió Keiko en voz baja, bajando la mirada—. Pero estoy muy triste.

—Eso es ridículo. No hay motivo para estar triste. ¿No basta con pasarlo bien juntos?

—No quiero ese tipo de amor.

—No seas tonta. No empecé a salir contigo con la idea de enamorarnos. Todo el mundo lo hace, ya lo sabes. —Las palabras «odio cómo me incordias» subieron por su garganta, pero Eiichi se las tragó. ¡Esta mujer se piensa que somos amantes sólo porque nos hemos acostado tres o cuatro veces!

—De todas formas, para aclararlo ya: no quiero que vuelvas a molestarme.

—Lo sé. —Keiko había permanecido sentada con la cabeza inclinada, pero de pronto levantó la vista y unos ojos llenos de odio encontraron los suyos—. ¡Lo sé todo!

—¿Saber qué?

—Que has estado viendo a la hija del doctor Ii últimamente. —Las palabras de Keiko sonaron de pronto descaradamente maliciosas—. Es cierto, ¿me equivoco?

Confundido, Eiichi desvió la mirada instintivamente.

—¡Tonterías! ¿Dónde has oído semejante rumor?

—Eso no importa.

—Recuerdo haber bailado con ella en la fiesta del dispensario, pero no fui el único. Todo el mundo bailó con ella. No me gusta que exageres las cosas. —Eiichi mantuvo la cabeza gacha y evitó la mirada de Keiko mientras ofrecía su explicación apresuradamente—. Y además, está muy feo decir algo así sobre la hija del doctor Ii.

—Bueno, lo siento, pero al fin y al cabo sólo soy una enfermera. ¡No estoy a la altura de la hija de un médico!

—¡No hables así! —Al oír su voz, una pareja que estaba sentada detrás de ellos se giró para mirarlos. Eiichi encendió un cigarrillo que no quería fumar, pero que le ayudaría a ocultar su vergüenza.

—Alguien te vio paseando con ella en Shibuya.

—¿En Shibuya? Ah, sí. El doctor Ii me pidió que la acompañara para comprarle un baúl.

—Y tú siempre estás dispuesto a hacer la pelota cuando algún alto mando te da órdenes, ¿eh?

Eiichi se levantó furioso.

—Me voy. No puedo permitirme perder el tiempo en un lugar como éste. —Cogió la cuenta de la mesa y se dirigió al mostrador. Keiko le siguió implacablemente. Eiichi la ignoró, pagó el café y salió.

—¡Lo siento! —Keiko volvía a disculparse con voz lastimera, acelerando el paso para alcanzar el ritmo de las zancadas de Eiichi—. No quería decir eso.

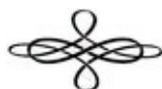
—Ya es un poco tarde para eso. —La voz de Eiichi era fría—. No quiero volver a verte. Adiós.

El semáforo del cruce cambió de rojo a verde y la gente se movilizó para cruzar la calle. Eiichi caminó entre la multitud y se dio cuenta de que Keiko ya no le seguía.

«¡Bueno, se acabó!», murmuró para sí mismo. «Pero me pregunto quién le contó que me había visto con la hija del Viejo».

Pensó en el rostro pálido y alegre de la hija del doctor Ii. Era cierto que la primera vez que tuvo contacto con ella fue cuando la ayudó a elegir una maleta para el Viejo, que se iba a una convención de medicina en Nueva York. En el camino de regreso habían parado para tomar un té, pero...

Pero también era verdad que a Eiichi se le había pasado por la cabeza lo mucho que le beneficiaría profesionalmente conocer mejor a la hija del Viejo.



Cuando Eiichi volvió a casa aquella noche, sus padres y su hermana habían acabado de cenar y estaban tomando un té en la sala de estar.

—Bienvenido a casa. ¿Has cenado?

—Comí en el hospital —respondió Eiichi con una brusquedad particular. Se lavó las manos en el baño concienzudamente y después hizo gárgaras. Preocuparse por la higiene era casi una manía para él a causa de su profesión, o quizá se debía a que los médicos eran así.

—Tu padre ha traído dulces. ¿Quieres uno? —preguntó su madre al oír que Eiichi salía del baño e iba directo a su habitación en el segundo piso. Tanto la madre como la hija eran conscientes de que Eiichi había estado evitando a su padre últimamente.

—Claro, comeré un poco.

Cuando Eiichi entró en la sala de estar, Ozu se percató del brillo de las gotas de agua en el pelo de su hijo. Antes de haberse ido en viaje de negocios se había dado cuenta de que Eiichi había perdido algo de peso.

—Me imagino que el turno de noche te resulta agotador —le dijo, tratando de averiguar su estado de ánimo.

—No, no mucho —respondió Eiichi distraído mientras cogía el periódico vespertino y empezaba a leerlo.

—Los dulces están deliciosos. —Yumi intentó reunir las piezas de la conversación desmenuzada—. Las cosas dulces ayudan cuando estás muy cansado.

Eiichi no respondió a su hermana. Se metió en la boca un trozo de dulce que había traído su padre.

—¿Has tenido alguna operación hoy?

—No.

—Me imagino que acabarás agotado cuando tienes que operar, ¿no?

—Depende de la operación —respondió a su padre con poco entusiasmo.

—Supongo que tienes muchas operaciones de cáncer.

—No se limitan a eso. Como somos el último eslabón, tenemos que ayudar en todo.

—Pero ahora que los analgésicos han avanzado tanto, debe de ser mucho más cómodo para los pacientes. Cuando yo estuve en el Ejército, una semana después de que llegara, había un tipo al que le habían quitado el apéndice. No usaban analgésicos allí y al parecer era muy doloroso.

Eiichi siguió con la vista fija en el periódico y no respondió. ¿Vamos a tener que oír historias de la guerra otra vez? Su padre volvía a «aquella época» cada vez que tenía ocasión. Hablaba de esos días como si hubieran sido el único periodo de su vida. Eso siempre ponía a Eiichi de mal humor.

—En aquella época realmente no había nada que pudieras llamar medicina, ¿sabes?

Nobuko fue la única en interceder asintiendo con un murmullo.

Eiichi guardaba silencio, por lo que Ozu decidió pensar en otra cosa. Cuando estábamos en el Ejército nos golpeaban cada día, así que nos volvimos insensibles al dolor hasta cierto punto. Los jóvenes de hoy no saben lo que es aguantar.

El teléfono sonó en el recibidor.

—Quizá sea la persona que llama siempre. —Yumi se levantó intranquila—. ¡Lo odio! Descuelgo el teléfono y no responden. ¿Por qué hacen eso?

—¿No te lo imaginas? —dijo su madre con preocupación—. Algún perverso...

—Eso es ridículo. —«Esas llamadas podrían ser la forma que tiene Keiko de acosarme», pensó Eiichi para sí mismo. Esa mujer tan testaruda era verdaderamente capaz de hacer algo así.

CUATRO

AUNQUE SOBREVIVIMOS

La guerra se extendió por Europa el año en que Ozu y Fletán empezaron el cuarto curso en la escuela. Las hostilidades ya no se limitaban al conflicto entre Japón y China.

De pronto aumentó ostensiblemente el número de estudiantes de la clase A que planeaba presentarse a los exámenes de acceso para la Escuela Naval de Cadetes y la Academia Militar.

Evidentemente, Ozu y Fletán no tenían el más mínimo interés por las notas o las actividades de la inagotable clase A.

—Nosotros nunca conseguiríamos acceder a las escuelas del Ejército o la Armada.

Habían desestimado la más mínima esperanza no sólo de entrar en las academias del Ejército y la Armada, sino también de obtener buenas calificaciones. Sus profesores parecían tener las mismas pocas esperanzas en lo relativo a sus alumnos inferiores.

—Al menos intentad aprobar. No pretendemos que entréis en una o dos escuelas de prestigio. Seguramente ni siquiera haya muchas posibilidades de que entréis en un instituto normal. Id a un colegio privado que se ajuste a vuestras capacidades. Más vale ser cabeza de ratón que cola de león —murmuraban los profesores con un tono medio alentador, medio desesperado. Pero el instructor y el oficial militar asignado a la escuela eran otra historia.

—¡En estos tiempos tan urgentes... —el instructor Hippo puso en fila a Ozu, Fletán y el resto de alumnos de la clase C— los inútiles como vosotros sois basura humana! Muchos de los hombres de la clase A se están planteando cambiar la escuela que habían elegido y asistir a una academia del Ejército o de la Armada. ¡Pero a ninguno de vosotros se os ha pasado por la cabeza! ¡Ah, no! En vez de pensar, preferís pasar los días holgazaneando. ¡Zánganos, eso es lo que sois! —A menudo hacía comentarios cáusticos como ese.

—Viejo buitres asqueroso.

—¡Me encantaría aporrearle la cabeza!

Los estudiantes murmuraban insultos contra el instructor Hippo una vez acabado el entrenamiento, después de que se les ordenara que se retirasen. Pero ninguno de ellos era lo suficientemente valiente como para aporrearle la cabeza al sargento mayor retirado.

A pesar de eso, un día Fletán llevó a cabo una de sus trastadas extravagantes. Ocurrió al mediodía cuando sonó la campana que indicaba el final del recreo.

Fletán y Ozu estaban tumbados en el césped, junto al campo de tiro con arco, hablando de la chica Azuma. Desde aquel día no habían vuelto a seguirla, pero aunque no la habían visto durante todo ese tiempo —o quizá debido a ello— la conexión que tenían ambos con ella se había mantenido.

—Me acerqué a su casa el otro día, pero no la vi.

—Tú no te das por vencido, ¿verdad? —Ozu estaba harto de la insistencia de Fletán, pero curiosamente no estaba celoso. En vez de eso sentía simpatía hacia su desaliñado amigo, que amaba a la misma chica que él.

—Volvamos a clase. —Ozu se levantó y Fletán empezó a caminar pausadamente hacia el edificio. Al pasar por la armería se asomaron por la puerta entreabierta, de la que colgaba un candado, y vieron dentro al instructor Hippo escribiendo algo en su libreta. El entrenador inspeccionaba el estado de las armas de los estudiantes de vez en cuando.

—Es Hippo —susurró Ozu.

—Sí —asintió Fletán con sus ojos soñolientos. Y entonces Ozu vio cómo extendía las manos con brusquedad y cerraba la puerta. Pero eso no fue todo. A continuación sus manos ajustaron el candado con un chasquido.

—¡Eh! —gritó Ozu horrorizado—. ¿Qué haces? ¿Qué has hecho? ¡Has puesto el candado! Hippo no podrá salir. ¡Se ha quedado encerrado en la armería!

El edificio de la escuela había engullido a la mayoría de los estudiantes. Ozu era el único que había visto lo que acababa de pasar.

—Vaya... Han sido las manos. Se movieron solas y lo encerraron sin saber lo que estaban haciendo.

—¿De qué hablas? ¡Larguémonos de aquí!

Los dos chicos se escabulleron tan rápido como les fue posible. Los hombros de Ozu se agitaron al entrar volando en el edificio de la escuela.

—¡Ahora sí que la has hecho buena! Se quedará encerrado en la armería hasta que alguien lo saque. ¡Si se enteran de que has sido tú, te expulsarán!

—¡No le digas nada a nadie!

—No lo haré... ¡Pero eres un caso!

Durante la clase, Ozu no escuchó casi nada de lo que se explicó sobre gramática japonesa. En circunstancias normales le costaba entender las explicaciones del profesor, incluso si prestaba atención. Pero hoy era diferente, como si tuviera la mente en otra parte.

Incluso Fletán estaba tranquilo, cuando normalmente no paraba quieto en el asiento detrás de él. Se hundió en su silla y esperó a que terminara la clase.

Faltaba poco para que acabara cuando entró alguien y le dijo algo al profesor.

—¿Alguno de vosotros —el profesor se giró hacia sus estudiantes— ha cerrado la puerta de la armería?

Los estudiantes miraron al profesor sin comprender.

—Alguien cerró la puerta de la armería mientras el instructor militar inspeccionaba las armas de fuego. Me han dicho que el instructor se pasó una hora aporreando la puerta pidiendo auxilio.

Las carcajadas sonaron por toda la clase.

—¿De qué os reís?

—¡Y usted, profesor! —chilló alguien—. ¡Usted también se está riendo!

—¡No me estoy riendo!

—He visto cómo se reía. De todas formas, es un castigo divino.

—¿Y por qué es un castigo divino?

—¡El cielo está castigando al instructor por llamarnos zánganos todo el rato!

—¿De qué estás hablando? ¿Significa eso que uno de vosotros es el culpable?

Los silbidos y abucheos recorrieron el aula como una ola.

—¿Por qué siempre nos echa la culpa a nosotros?

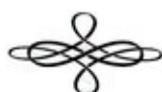
—¡Eso! ¡A lo mejor lo hizo alguien de la clase A!

—¡Ya es suficiente! —El profesor agitó la mano, perplejo—. Si vosotros lo negáis, es suficiente para mí... —Se giró hacia el mensajero—. Por favor, dígame al instructor militar que no fue nadie de esta clase.

El mensajero asintió y salió de la clase. El profesor de gramática esbozó una débil sonrisa y dijo:

—Escuchad. Tenéis que dejar de hacerles jugarretas al instructor militar y al mayor. Acabará afectando a vuestras notas cuando las envíen a las escuelas de alto rango.

Ozu dejó escapar un suspiro de alivio y se volvió en el asiento. Los ojos de Fletán estaban más adormilados que nunca. Tenía el rostro impasible, como si no hubiera pasado nada.



Aquel año y el año siguiente, la situación mundial cambió bruscamente. Las tropas alemanas que ocuparon Polonia dieron un cambio radical e iniciaron una guerra relámpago contra Bélgica y Holanda, y en un abrir y cerrar de ojos ocuparon París.

—¡Genial! —Una mañana, alguien trajo a clase una fotografía en color de un Messerschmitt alemán. Los estudiantes se congregaron alrededor y la contemplaron con los ojos muy abiertos. Las victorias gloriosas de las fuerzas alemanas aparecían cada día en negrita en los periódicos. Ozu y sus amigos leían las historias y el corazón se les desbocaba. No se imaginaban que un día su propio país se vería envuelto en una lucha a muerte porque Japón acabaría aliándose con Alemania.

—Ahora Japón es la primera potencia en Asia. Ahora Alemania controla a Europa. —Las ventanas del salón de actos vibraron con el aplauso de los estudiantes. Asistían a una conferencia impartida por un periodista corresponsal, ataviado con una polaina, que acababa de volver de China. Hasta el momento, los estudiantes de la

escuela secundaria no habían oído nunca las palabras «militarismo» o «fascismo». Tampoco les habían contado la resistencia que habían encontrado las tropas japonesas en China, ni las verdaderas intenciones del Canciller Hitler y su Nazismo. Así que no tenían ni idea de que pronto se tambalearían en el precipicio de un valle oscuro. Los estudiantes de la clase A, más perspicaces, ingresaban en academias militares, mientras los estudiantes chapuceros de las clases C y D los miraban por el rabillo del ojo para después recibir el verano del cuarto curso.

La situación en los hogares se restringió bastante. A las mujeres se les prohibió hacerse la permanente. Los miembros de la Liga Patriótica de las Mujeres repartían folletos en lugares públicos que decían «¡El lujo es nuestro enemigo!» Pero las vacaciones de verano eran las vacaciones de verano. El día que acabaron los horribles exámenes, las cigarras emitían sus sonidos estridentes desde los pinos del jardín de la escuela, y las gigantescas nubes de verano flotaban en la calidez del cielo azul.

Ozu, Fletán y los demás estudiantes salieron volando de los edificios de la escuela, henchidos de libertad.

—¡Vacaciones!

—¡Sí!

—¿Qué hacemos?

—¡Vamos a la playa!

Metieron sus trajes de baño en las mochilas. Había varios lugares a los que se podía ir a nadar en el área Kansai. El mar no estaba tan sucio como hoy en día. Bastaba extender el pie para acabar en una playa bonita.

—¿Por qué no vamos a la playa de Ashiya y nos tomamos una sidra?

—A lo mejor la vemos.

—A lo mejor.

Ambos sabían, por supuesto, que había muy pocas probabilidades. Desde aquel día no habían vuelto a ver a las chicas en el tren. Una de las razones principales era que se había añadido una hora extra de trabajo en clase al empezar el cuarto curso, por lo que cogían el tren a una hora distinta que las chicas.

En vez de tomar el Ferrocarril Nacional, se dirigieron a la playa de Ashiya por la Línea Hanshin, que circulaba cerca de la costa. Ya había una multitud de personas bañándose en el mar y el agua reflejaba los rayos de sol. Había varias cabañas de cañas alineadas a lo largo de la playa blanca, y los chicos las utilizaron para dejar las mochilas y quitarse la ropa. A los pocos minutos, Fletán ya estaba bebiendo con ansia una botella de sidra.

—Te ves muy sucio cuando estás desnudo. Deberías intentar lavarte de vez en cuando por lo menos. —La cara de Ozu reflejaba compasión al contemplar el cuerpo esquelético de su impresionante amigo. Pero Fletán se quedó impassible.

—Cuando me meta en el agua será como si me lavara.

Entonces extendieron los brazos y salieron corriendo hacia el lugar de la orilla en el que rompían las olas espumosas.

—¡Eh, cuidado! ¡Me has tirado arena a la cabeza! —gritó a Fletán un hombre que estaba tomando el sol.

Cuando llegaron al mar, se salpicaron el uno al otro durante un rato y después se lanzaron a nadar a braza.

«¡Vacaciones de verano!», pensó Ozu. Un sentimiento de placer le recorrió el cuerpo. Se acabaron las clases repugnantes por una temporada. Se acabó tener que escuchar las voces soporíferas de sus profesores. Los exámenes ya no le torturarían. Al parecer, los miembros de la clase A estaban pasando las vacaciones lidiando con los preparativos para los exámenes de acceso, pero él era feliz dejándoles a ellos esas cosas.

Fletán, que estaba nadando junto a Ozu, estalló en carcajadas de repente.

—¿De qué te ríes?

—¿Eh?

—¿De qué te ríes?

—¡No te oigo!

Nadaron un poco más y volvieron a la playa.

—Eres muy raro. ¿Qué haces riéndote así mientras nadas? —preguntó Ozu.

—Te comunico que estaba llevando a cabo un experimento de física.

—¡Física! ¡Tú! ¿Qué tipo de física?

—Has oído hablar de los lanzamisiles, ¿verdad? Dicen que Alemania tiene lanzamisiles.

Antes de que comenzaran las vacaciones, el profesor de Física les había hablado de los lanzamisiles como si se tratara de un chisme. Claro que a Ozu le había interesado más bien poco aquel tema tan aburrido...

—Por lo tanto —continuó Fletán con expresión seria—, he llevado a cabo un experimento de lanzamisiles.

—¿Cómo lo has hecho?

—Probé a tirarme un pedo en el agua mientras nadaba. ¡Y realmente me hizo avanzar más rápido!

La arena de la playa estaba tan caliente como el metal abrasador. Había un chico jugando con su perro en la orilla. Los niños apilaban montones de arena y construían montañas pequeñas.

—¡Eh! —De repente, Ozu se giró hacia Fletán—. ¿A qué escuela vas a intentar entrar?

—Mi familia es pobre —respondió Fletán con tristeza—. Es probable que no intente entrar en ninguna. Seguramente mi tío accedería a pagarme los estudios si fuera un buen estudiante... Pero con mis notas es imposible.

Ozu guardó silencio y contempló el océano y las nubes de verano. Si Fletán no seguía estudiando, en tres años tendría que examinarse para alistarse en el Ejército. Pero al mirar su cuerpo flaco, era imposible imaginarse a Fletán con un uniforme militar.

—Bueno —dijo Ozu en voz baja—, deberías estudiar un poco.

—No me gusta estudiar.

—A mí tampoco.

Se quedaron callados durante un rato. El calor que producía el sol no tardó en secar sus cuerpos mojados.

—¡Oh! —gritó Fletán de pronto.

—¿Qué pasa?

—¡Es ella! —Fletán miraba la parte de playa que se extendía a su derecha. Tenía la boca abierta del asombro.

Era ella. Llevaba un bañador negro y un gorro de baño blanco. Estaba metiéndose en el agua con la amiga que la acompañaba el día que se encontraron junto al río en Ashiya.

—¡Sí que lo es! —De los labios de Ozu salió un sonido que podía interpretarse como un jadeo o un suspiro—. ¡Es ella!

Fletán ya estaba de pie y se había lanzado a correr por la arena. Ozu le siguió. Se detuvieron y observaron con envidia durante un instante cómo jugaban las chicas en el agua. Querían decirles algo, pero ninguno se atrevía a hacerlo.

Las nubes eran de un color blanco puro, y flotaban en el horizonte como si se tratara de hielo resquebrajado. El viento traía consigo las voces de la gente que jugaba en la playa, que a su vez se entremezclaban con el sonido de las olas rompiendo en la orilla. Ozu cerró los ojos e inhaló la brisa. Aquí no había clases aburridas ni exámenes temibles. Ni tampoco eran audibles las pisadas de la guerra.

Los gorros de baño que llevaban las chicas se veían juntos entre las olas. Estaban nadando mar adentro.

—¡Vamos! —Fletán se lanzó contra una ola que se aproximaba. Ozu le imitó.

Las algas se les pegaron a las piernas y tragarón un poco de agua salada. Sorprendentemente, las chicas nadaban muy bien y avanzaban mar adentro sin dificultad.

Ozu, que no era particularmente bueno nadando, se ponía cada vez más nervioso a medida que se alejaba de la orilla, y de pronto cambió de dirección. Fletán no se dio cuenta y continuó siguiendo a las chicas. Cuando Ozu se acercó lo suficiente a la orilla como para dar pie, miró hacia atrás y vio a las dos chicas agarrándose a una boya que flotaba muy lejos.

Fletán seguía nadando.

Ese chico...

¿Estará bien? No nada tan bien como yo. Está dando lo máximo de sí aunque no sepa nadar bien. Está intentando llegar a la boya.

¿De verdad te gusta tanto?

Una ola considerablemente grande se tragó a Fletán. Su cabeza rapada flotó por encima de la ola y después se hundió.

¿Qué está haciendo? ¡Será idiota!

Ozu aún no se había dado cuenta de que Fletán se estaba ahogando. Pero cuando vio que volvía a la superficie y agitaba los brazos como loco, Ozu pensó: «¡Maldita sea!».

Está gritando algo. Está gritando «¡ayuda!».

La siguiente ola enterró a Fletán, pero la cabeza y los brazos volvieron a atravesar la superficie del agua.

Las chicas se separaron de la boya. Habían oído los gritos de Fletán y fueron a intentar ayudarlo.

Ozu gritó a un hombre que remaba un bote:

—¡Mi amigo! ¡Se está ahogando!

—¿Qué? ¡Ahogando! ¿Dónde?

—¡Allí!

En aquel momento, las chicas llegaron hasta Fletán, pero les costaba manejar su cuerpo de pez.

—¡Ya voy! —El barquero remó a gran velocidad, dirigiéndose a las tres cabezas que subían y bajaban.

Ozu vio cómo el barquero llevaba a Fletán a la playa. Uno de sus brazos descansaba alrededor del cuello del hombre. Tras ellos venían las chicas, empujando el bote hacia delante mientras nadaban.

—No deberías lanzarte a mar abierto si no sabes nadar muy bien —refunfuñó el barquero al dejar a Fletán bajo el cuidado de Ozu—. Unos segundos más y habría sido el fin.

—Sí, señor.

Las chicas se colocaron junto al cuerpo extendido de Fletán. Ozu se sonrojó y se disculpó.

—Lo siento.

—Nos alegramos de que esté bien. —Sus voces aún sonaban tensas por la agitación, aunque Fletán parecía estar recuperándose—. No sabía qué hacer —dijo la chica Azuma—. ¡No paraba de retorcerse! —Entonces exclamó sorprendida—: ¡Oye, yo te conozco!

—Sí. —Fletán tenía la vista nublada—. Me diste una gasa.

—¡Ay, no puedo creerlo! Cada vez que te vemos nos traes problemas. —Las chicas se echaron a reír alegremente. Sus bañadores negros estaban mojados y dejaban entrever claramente el bulto de sus pechos.

Ozu se envalentonó y dijo:

—Últimamente no vais mucho en tren.

—¿Qué quieres decir?

—Queríamos agradeceros lo de la gasa, pero nunca os veíamos.

—Nos dijeron en la escuela que tomáramos el tren a una hora diferente. Y además... —la chica que no se llamaba Azuma (Ozu sólo sabía su apellido) se burló de ellos— cuando vamos en el mismo compartimento... los chicos de Nada apestaís.

—¿Apestaís?

—Sí. Estáis sudados y oléis mal. Es horrible. ¿Verdad, Aiko?

Aiko Azuma esbozó una amplia sonrisa, pero no respondió.

—Nosotros no apestamos... —empezó a decir Ozu, pero cerró la boca. Era Fletán el que apestaba. «Por favor, no me confundáis con Fletán», murmuró para sí.

—¿Y por qué hacéis siempre ruidos raros y os colgáis de los asideros del tren? ¡Molesta mucho!

—Nunca hemos hecho eso —replicó Ozu vacilante.

—Mentiroso. ¿Y aquella vez que tú y este tipo os escondisteis en la orilla del río Ashiya? Lo sabemos todo. Seguisteis a Aiko hasta casa y después merodeasteis alrededor, ¿verdad que sí?

—¡No es cierto!

—¡Y encima robasteis una botella de leche!

Ozu se puso como un tomate y bajó la vista. Las chicas los miraron con desprecio. No sabían absolutamente nada sobre psicología masculina. Los chicos armaron jaleo en el tren y las siguieron únicamente para llamar su atención. Ozu tenía grabada en su mente la imagen de la diminuta cabeza de Fletán mientras avanzaba mar adentro de manera frenética, y apenas sabía nadar...

—Vámonos. —Aiko pareció aburrirse con la conversación y apremió a su amiga.

—Vale. Adiós. —Se levantaron y se sacudieron la arena que se les había pegado a las piernas blancas. El cielo era azul, y oían las voces de la gente que nadaba en el mar.

—¡Esperad! —imploró Fletán incorporándose—. Os invitamos a una sidra.

—Nosotras no tomamos eso —rechazaron bruscamente—. No queremos destrozarnos el estómago.

Ozu y Fletán observaron con resignación cómo jugaban en el mar las diminutas figuras de las chicas. Les habría gustado hablar más con ellas, pero Ozu era consciente, para su desgracia, de que las chicas no tenían el más mínimo interés por ellos. Podía haber sido su primera punzada de amor. Pero si lo que sentía podía denominarse amor, realmente era muy extraño, ya que Ozu no estaba celoso de Fletán, que estaba locamente enamorado de la misma Aiko. Más bien sentía una especie de afinidad hacia él, ya que compartían las mismas penas y alegrías.

—Bueno, —espetó Ozu con una voz que no era ni un jadeo ni un suspiro—, hiciste un buen trabajo nadando por ahí. —La zona en la que Fletán había estado a punto de ahogarse era profunda y estaba llena de olas peligrosas. Muy diferente al área más cercana a la playa—. Estarías histérico.

—Ajá.

—Pero las chicas son muy frías, ¿verdad? Esas dos no tienen ni idea de por qué nadaste tan lejos.

Fletán, que tenía la cara apoyada en la arena, no respondió. Tenía pegotes de arena en la espalda. Esa espalda, delgada y desgarrada, parecía cargada de tristeza. Ozu percibió con pena la aflicción de su amigo.

—Al menos hemos descubierto su nombre —le dijo intentando animarle—. Sacamos algo de esto. Aiko Azuma. Qué nombre más raro. —Intentó escribirlo en la arena con el dedo—. No servirá de nada de todas formas.

—¿Por qué no?

—Las chicas se casan en cuanto acaban la escuela. Encuentran a alguien estupendo de Ashiya o Mikage, o quizá un soldado. Todas las chicas de Kōnan son así. Pero falta mucho para que ninguno de nosotros empiece a ganar dinero.

Fletán escuchaba a Ozu en silencio con la barbilla apoyada en las manos.

—Adiós —murmuró con tristeza.

—¿Ya te vas?

—No, yo no. Las chicas han salido del agua y se dirigen a las cabañas para cambiarse. Se van ya.

—¿Qué vas a hacer?

—Vamos a seguirlas.

—Conseguirás que se enfaden.

—No me importa. Vamos a seguirlas.

Ozu sabía cómo se sentía Fletán. No podían reprimir el deseo de seguir a las chicas, aunque sabían que les odiarían y acabarían despreciándoles por ello.

Esperaron de pie junto a las cabañas durante casi diez minutos. Éstas producían sombras negras en la arena blanca. A los chicos no les había llevado nada de tiempo cambiarse.

Junto a las cabañas habían crecido algunas onagras vespertinas. Las moscas atacaban en enjambre una cáscara de sandía que habían tirado.

Cuando Aiko y su amiga volvieron a aparecer, llevando su ropa de estilo occidental y con las mochilas al hombro, dirigieron una mirada rápida a los chicos y dijeron:

—Hasta luego.

—Eh... ¿a dónde vais?

—A casa, dónde si no.

—Os acompañamos.

—¡No! ¡Dejadnos en paz y no nos sigáis!

La carretera que seguía el curso del río brillaba a causa del sol. Aiko y su amiga caminaron por los puntos en los que había sombra. Los saltamontes chirriaban posados en los juncos de la orilla del río. Por la tarde temprano no se oía un ruido en las mansiones que franqueaban la carretera.

Ozu y Fletán comenzaban a desesperarse. Las chicas no se habían girado ni una sola vez, por lo que sabían que seguirlas era una mala idea. Pero el hecho de saberlo hizo que su insistencia creciera. Sus mentes funcionaban como la de un chico que atormenta deliberadamente a la chica que le gusta.

Si las chicas apretaban el paso, Ozu y Fletán a su vez aceleraban. Si las chicas iban más espacio, los chicos también lo hacían. Mantenían la misma distancia en todo

momento.

La carretera era blanca y las mansiones proyectaban sombras negras sobre ella. Dos trabajadores estaban echándose una siesta debajo de los pinos que crecían en la orilla del río.

—No os dais por vencidos, ¿verdad? —La amiga de Aiko no pudo aguantar más y se giró para hablarles.

Ozu y Fletán se detuvieron, guardando silencio obstinadamente.

—¿Qué queréis?

—No estamos haciendo nada malo —respondió Fletán en voz baja—. No tenéis motivos para enfadaros.

—¡Nos chivaremos!

—¿A quién?

—¡A vuestros profesores en Nada!

—¿Y qué?

—¡Sois unos indecentes!

—¿Indecentes?

—Cualquiera sabe que es indecente perseguir a las chicas en épocas de emergencia como ésta. —Se giró hacia Aiko y dijo bien alto—: ¡Corramos!

Cuando las chicas salieron corriendo, Ozu y Fletán se lanzaron a perseguirlas al trote. Sus corazones se aceleraron con la emoción, como un perro cuando persigue un conejo.

—¡Eh! —gritó Fletán mientras corrían—. ¿Qué tiene de indecente hablar con vosotras? ¿Qué tiene de malo estar juntos? ¡No haremos nada malo!

Las chicas siguieron corriendo hasta llegar a un puente y volvieron a ponerse en marcha sin responder. La casa de Aiko se encontraba al otro lado del puente.

De pronto, un joven vestido con un uniforme blanco emergió de las negras sombras de una mansión al otro lado de la orilla. Llevaba una gorra y una espada corta colgada de la cadera.

Ozu y Fletán supieron nada más verlo que el uniforme blanco pertenecía a la academia naval que estaba fuera de su alcance.

El joven se detuvo y sonrió a las dos chicas, que corrían en dirección a él. Las saludó y hablaron de algo como si se conocieran. Las chicas se volvieron. Era obvio que estaban hablándole al joven de Ozu y Fletán.

¿Qué es esto? ¿Qué está pasando? Los chicos tardaron un momento en comprender la situación. No entendían de qué podían conocer las dos chicas a este cadete naval tan elegante.

El joven del uniforme blanco miró a Ozu y Fletán. Su expresión era feroz. Esa mirada penetrante destacaba en un rostro visiblemente bronceado.

Ozu y Fletán se quedaron helados y boquiabiertos. No tenían elección: debían darse la vuelta y retirarse ignominiosamente, como un chucho al que hubieran golpeado en la frente.

El cadete naval del uniforme blanco desapareció por un lado de la calle en sombra, con la espada corta colgando. Las chicas le acompañaron, una a cada lado. El calor se hizo insoportable, y el chirrido de las cigarras, procedente del jardín de una mansión, se volvía cada vez más fuerte.

—¿Quién demonios era ese? —espetó Fletán sentándose junto al tronco de un pino al lado del río—. ¿Se piensa que puede ir por ahí con chicas sólo porque es un cadete naval? Éstos son tiempos de emergencia, ¿sabes?

Pocas veces había visto Ozu a Fletán enfadado, y le parecía bastante divertido.

—Bueno, estamos en el mismo barco.

—No, no lo estamos. —Fletán negó con la cabeza—. No somos soldados. Pero ese tipo es un soldado, así que se encuentra en una posición diferente.

—A lo mejor es su hermano.

—¿El hermano de quién?

—¡El de ella!

—¿Tú crees? —Los ojos de Fletán reflejaron alivio—. Bueno, si es su hermano no pasa nada.

—¿De verdad te gusta tanto Aiko?

—Estoy loco por ella. —Fletán miró hacia el río avergonzado—. Cada vez que escucho una canción, pienso en ella.

—¡Date ya por vencido! Ni siquiera le gustas. No hay esperanza por mucho que la quieras.

—¡Ya lo tengo! —Fletán se incorporó de repente. La firmeza de su expresión dejó a Ozu asombrado—. ¡Voy a intentar entrar en la academia naval!

—¿En la academia naval? ¿Tú?

—¡Sí, yo! Me convertiré en un cadete naval como ese asqueroso. Y entonces ella se lo planteará.

—¿Plantearse el qué?

—¡Casarse!

—¿Casarse contigo?

—¡Exacto!

Ozu se quedó estupefacto y no supo qué decir. En primer lugar, para un estudiante de secundaria el matrimonio era un evento tan lejano como un sueño. Y no podía llegar a imaginar a Fletán casándose.

—¿Crees que puedes pasar la prueba física de la Armada —murmuró Ozu con lástima— con ese cuerpo? ¡Y el examen de la academia es tan difícil como en las escuelas más exigentes!

—Saldré a correr cada día. Así me pondré en forma. —Pero a pesar de sus palabras, Fletán no parecía muy motivado para enfrentarse a los exámenes de la academia.

Sin embargo, cuando terminaron las vacaciones de verano y empezó el curso siguiente, Fletán volvió con la cara bronceada, aunque sus ojos aún se veían

soñolientos y seguía oliendo a sudor. Contó que había estado entrenándose cada día corriendo por su barrio. Al oírle, Ozu pensó en la diminuta cabeza de su amigo siendo zarandeada por las olas mientras intentaba nadar hasta el fondo. Y supo que Fletán no mentía.

—Hoy le he mandado una carta de amor —confesó Fletán a Ozu—. Le decía que iba a demostrarle que podría ingresar en la academia naval.

Pero Aiko no respondió a la carta de amor de Fletán. Una vez más, su rostro adoptó una expresión lastimera.

CINCO

EL ACERCAMIENTO

A Eiichi le gustaba subir a la azotea encima de la sala y observar la distribución de edificios blancos que conformaban el complejo del hospital. Hoy, tras el almuerzo, subió y miró a su alrededor, apoyado contra la barandilla. Vio cómo salía humo blanco de una chimenea grande que estaba situada entre los edificios del pabellón. Vio enfermeras y médicos que llevaban batas y uniformes blancos. Los pacientes, vestidos con sus largas batas, paseaban por la plaza entre flores y árboles.

Detrás del laboratorio de investigación se extendían los edificios parduzcos de la universidad. Eiichi se había acostumbrado a contemplar esa escena desde hacía diez años, cuando entró en la Facultad de Medicina. De alguna forma, su vida había empezado allí, y allí tendría que permanecer en el futuro. Hablando claro, para Eiichi el mundo era ese hospital, y en él estaría determinado su destino.

—Me gusta mucho el hospital por la tarde —le había dicho Tahara una vez—. Por la tarde hay luz en todas las ventanas del hospital. Parece un barco gigante flotando en el mar durante la noche. Y detrás de cada una de esas ventanas, nacen niños y muere la gente. Todos luchando contra la enfermedad, el enemigo del ser humano. En momentos así siempre pienso en un médico como alguien que ayuda a esas personas.

Eiichi se rio para sus adentros al oír las palabras de Tahara, llenas de sentimentalismo.

—Hay límites a la hora de ayudar —se mofó Eiichi—. Los médicos no deben involucrarse demasiado en los problemas de los pacientes.

—¿Por qué no?

—Si quieres diagnosticar y tratar a tus pacientes como debe ser, no debes consentirlos. A veces tienes que ser duro.

—Ya lo sé, pero... —murmuró Tahara con tristeza—. Al final, el médico no puede evitar sentir cariño por sus pacientes.

—Pero un médico no puede permitirse centrarse mucho en sus pacientes y mimarlos. Sinceramente, creo que lo más apropiado para un médico sería pensar en sus pacientes de la forma en que un joyero piensa en los relojes que está reparando.

—¡Pero los pacientes son personas! —Tahara sacudió la cabeza—. No son relojes. No sufren sólo por la enfermedad. ¡La vida está en el centro de todo! Y si no tenemos en cuenta esa vida cuando tratamos a los pacientes...

La expresión inquieta de Tahara puso a Eiichi furioso.

—¡Un médico no puede llevar toda esa carga sobre sus hombros! Un médico no es un cura o un columnista que da consejos sobre el mal de amores. Cuando llega un paciente al hospital, no me interesa nada salvo su enfermedad. Si tuviera que pararme

a pensar en sus vidas más allá de eso, tendría dificultades para encontrar el tratamiento apropiado... No se puede cargar con todo.

—Tú eres fuerte —respondió Tahara con envidia—. Nunca seré tan fuerte como tú.

A Eiichi le daba igual ser fuerte o no. Para él, los hombres como Tahara eran excesivamente sentimentales y tímidos.

Al fin y al cabo... —Eiichi observó el hospital desde la azotea y volvió a murmurar para sí— algún día triunfaré en la vida. Cueste lo que cueste. Cueste lo que cueste...

El sol del atardecer dejó manchas naranjas en la ropa blanca que había colgada en la azotea. Cuando Eiichi pasaba junto a la colada y abría la pesada puerta de metal, salía el olor a desinfectante que impregnaba todo el hospital.

Cuando Eiichi pasó por la sala de enfermeras, la enfermera jefe, que estaba al teléfono, se giró hacia él.

—Ah, el doctor Ozu acaba de llegar —le dijo a su interlocutor—. Doctor Ozu, es el doctor Uchida. Le gustaría verle ahora mismo.

—¿El doctor Uchida? ¿Qué querrá? —Temió recibir una reprimenda acerca de cualquier asunto relacionado con sus pacientes. Se apresuró a atravesar el patio iluminado por el sol hasta llegar al dispensario. El doctor Uchida estaba sentado en su silla giratoria.

—¡Ah! —El médico aplastó el cigarrillo en una lata abollada y se levantó—. ¿Te importaría ir al consultorio de oftalmología?

—¿Oftalmología?

—Eso es. La hija del Viejo ha venido a hacerse un reconocimiento. Al parecer tiene un pedacito de hierro o algo así en el ojo. Vino sin avisar y conseguí que la atendiera Saeki, de oftalmología, pero... Me gustaría que estuvieras presente y te aseguraras de que no mete la pata.

—Sí, señor. —Eiichi asintió y se dirigió a la puerta de la oficina del dispensario.

—Si las circunstancias lo permiten, llévala a casa.

—¿A la hija del Viejo...?

—Podría tener problemas para llegar a casa si le vendan el ojo. Pensé en pedirle a Tahara que lo hiciera, pero no es muy hábil, así que me gustaría que te encargaras tú. A menos que alguno de tus pacientes tenga problemas especiales.

—No... Ningún problema. —Eiichi avanzó por el pasillo y pensó en la cara de la joven a la que había acompañado a unos grandes almacenes para comprarle una maleta al doctor Ii, para su viaje a América. Ella le había contado que había acabado la universidad hacía dos años. Después de hacer el recado, habían tomado un té en un salón y ella le había hablado de sus vacaciones en Suiza cuando estaba en el colegio. Le había confesado con una expresión graciosa que lo que más le gustaba en el mundo era esquiar y el jazz.

Cuando llegó a la consulta de oftalmología, Eiichi se abotonó la bata y abrió la puerta con suavidad. Oyó las voces del doctor Saeki y la joven hablando detrás de la pantalla de un solo panel.

—Bueno, no creo que haya daños en el globo ocular, pero le daré un medicamento por si acaso. No tiene alergias, ¿verdad?

—No.

—Seguramente la venda no le hará falta. Pero al menos esta noche, no mire mucho la televisión ni haga cosas así. —El doctor Saeki se levantó y le dio el nombre de la medicación a la enfermera. La joven se inclinó y salió de la sala con la enfermera. Entonces vio a Eiichi detrás de la pantalla.

—¡Ah!

—Me he pasado a verla. —Eiichi se giró hacia el doctor Saeki con una sonrisa—. Soy Ozu, del Segundo Departamento de Cirugía. El doctor Uchida me pidió que le presentara mis respetos.

—Es un detalle por tu parte —dijo Saeki con cierto sarcasmo en la voz— haber venido hasta aquí.

En el pasillo, Eiichi se dirigió a la enfermera de oftalmología que los acompañaba.

—Gracias. Me hago cargo a partir de aquí.

—Pero la medicación...

—Yo le haré la receta. De lo contrario tendríamos que hacer esperar a la hija del doctor Ii en la farmacia... —Descolgó el teléfono del pasillo y llamó a la farmacia del hospital para que se dieran prisa en preparar la medicina. Eiichi siempre era muy astuto en asuntos como aquel.

—¿Le gustaría pasarse por el despacho de su padre? Aunque no estará allí... El doctor Ii ha ido hoy al Ministerio de Bienestar Social.

—Creo que me iré directamente a casa. —Inclinó la cabeza, ajustándose la venda del ojo de una forma extraña.

—Entonces conseguiré el tratamiento enseguida. ¿Cómo deletrea su nombre? —Eiichi confirmó que se llamaba Yoshiko y se apresuró en ir a la farmacia.

«No puedes dejar pasar las oportunidades», repetía para sí mismo. El doctor Uchida quería que la acompañara a casa porque es la hija del Viejo. ¡Pero puedo aprovechar esta ocasión para avanzar profesionalmente!

—Hay dosis suficiente para tres días. —Cuando volvió al pasillo vacío, donde le esperaba Yoshiko, le tendió el recipiente con los medicamentos y explicó—: Aquí tienes una medicina para aplicártela en el ojo y otra para tomarla.

—¿Tan mal estoy?

—Nada de eso —rio, y meneó la cabeza—. De haber sido por mí, no le habría dado ningún medicamento. Lo importante es que no utilice el ojo en lo que queda de día. No vea la televisión, como le ha dicho el doctor Saeki.

—Oh, vaya —rio ella—. Esta noche dan un programa que quería ver.

—¿Cuál era?

—Saldrá Sammy Mercy. Me encanta la forma en que toca la trompeta.

—Bueno, podría escuchar el sonido sin mirar la pantalla. —E inmediatamente se ofreció—. Le conseguiré un disco suyo para compensar.

—¡Oh! —Miró a Eiichi sorprendida—. No tiene por qué hacerlo.

—Quiero hacerlo. ¿Por qué no vamos a comprar uno ahora? Hoy no tengo nada que hacer. —La experiencia le dictaba a Eiichi que era mejor llevarse a rastras a una mujer sin darle tiempo a pensar. Si hubiera dicho algo corriente como «déjame acompañarte a casa», ella habría sabido que se trataba de un discípulo de su padre haciendo la pelota.

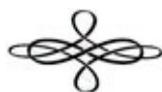
Eiichi inició la marcha primero. En ese momento salía de una habitación una enfermera que conocía de vista. Al verlos, se detuvo, se inclinó en silencio y siguió su camino.

—¡Eh! —Eiichi llamó a la enfermera, quitándose la bata—. Perdona, ¿podrías dejar esto en la sala de enfermeras del Segundo Pabellón?

—Sí.

—Y dile a la enfermera jefe que hoy ya no volveré.

La enfermera asintió y se marchó. En la mente de Eiichi, los pacientes que estaban a su cargo habían dejado de existir.



Cogieron un taxi enfrente del hospital y se dirigieron a Shinjuku.

—Su padre es una persona increíble. —Eiichi miró a Yoshiko, que estaba sentada detrás de él con las rodillas muy juntas—. Los jóvenes no somos capaces de seguir su ejemplo. Además de examinar pacientes y operar, hace un hueco en su agenda para dar clases y conferencias. ¡Y lo hace todo con tanto entusiasmo!

A todas las hijas les gustaba que adularan a su padre, estimó Eiichi para sus adentros. Seguramente esa noche le contaría a su padre todo lo que le habría dicho. Debía sopesar sus palabras cuidadosamente.

—Llamo a su padre Superman.

—¡Qué horror! —rio Yoshiko mientras contemplaba el paisaje desde la ventanilla—. Sí que está muy ocupado. Madre siempre se queja. Dice que no puede estarse quieto ni un momento.

—¿También es así en casa?

—Sí. Odia estar inactivo. Incluso los domingos llama a alguien del dispensario para jugar al golf o al tenis. Y a su edad...

—¿De veras? —Eiichi se sintió algo incómodo—. ¿Qué empleados del dispensario juegan con su padre?

—¿No lo sabe? —respondió Yoshiko inocentemente, tocando con el dedo ligeramente la venda del ojo—. Juega al golf con el doctor Uchida o el doctor Kanda,

y al tenis con el señor Yoshikawa o el señor Kurihara.

Dado que Uchida, Kanda y Yoshikawa eran hombres importantes en el dispensario y habían sido los superiores de Eiichi durante varios años, le pareció lógico que se relacionaran con el Viejo. Pero Kurihara...

—¿Así que se había colado en la casa del Viejo?

Kurihara había llegado al dispensario un año antes que Eiichi. Su padre era el presidente de una farmacéutica bastante grande. Eiichi se había enterado hacía dos años, cuando el padre de Kurihara estuvo ingresado en el hospital con una úlcera de estómago. El doctor Ii lo había tratado como un paciente especial, haciéndose cargo de las pruebas y la operación él mismo.

—¿El señor Kurihara va a su casa a menudo?

El taxi avanzaba, deteniéndose de vez en cuando ante las señales de tráfico de las calles cerca de Shinjuku. Eiichi pensó en la cara de Kurihara, serena, como la del hijo de un burgués, y contorsionó la boca al hablar.

—Sí. Dijo que se le daba muy bien esquiar, y prometió invitarme alguna vez.

—Qué bien.

Qué bien, había respondido, pero le costaba trabajo ocultar su desagrado.

Hay tantos jóvenes en el dispensario..., se dijo Eiichi. Pero si el Viejo permite que Kurihara vaya a su casa... quizás esté pensando en él como marido para su hija.

Eiichi se volvió taciturno y guardó silencio durante un rato. Los hijos de perra que tenían a sus padres detrás para apoyarles siempre llegaban antes. Y luego estoy yo. La vieja gloria de mi padre no me ha ayudado ni un ápice. Tengo que conseguirlo todo por mí mismo.

—¿Ha jugado usted al tenis con el señor Kurihara?

—Sí.

Se imaginó a Yoshiko y Kurihara vestidos de blanco con una raqueta en la mano.

Al llegar a Shinjuku se bajaron del taxi. En la tienda de discos de K. Bookstore encontraron el disco que estaban buscando.

Pero Eiichi, que se había mostrado alegre hasta hacía unos minutos, ahora sentía su orgullo herido. Los que estaban en el último eslabón de la cadena como él no eran conscientes de que algunos de los empleados del dispensario mantenían una relación amistosa con el doctor Ii y su familia. Y cabía la posibilidad de que algún día esa gente formara una camarilla que controlara el destino de aquellos que estaban por debajo, como Eiichi.

Eiichi se sentó frente a Yoshiko en el salón de té que pertenecía a la librería, sonriendo sólo con el rostro.

—¿Le gusta la trompeta?

—Sí, me encanta. Si hubiera nacido hombre la tocaría con toda seguridad.

Al igual que Eiichi y Yoshiko, había hombres y mujeres sentados a su alrededor. Hablaban de algún asunto frente a un café o un zumo.

—¿Va a conciertos alguna vez?

—A veces. Pero me cae una buena en casa si llego muy tarde.

—¿Con Kurihara o algún otro? —preguntó con aire despreocupado mientras se llevaba la taza de café a los labios.

—Me ha llevado un par de veces, pero dice que prefiere la música clásica. ¡Tiene una colección de discos impresionante!

Eiichi reflexionó sobre la sensación de desagrado que estaba experimentando e hizo un cálculo rápido de cómo debía actuar a continuación. «Lo más lógico sería unirse a los que podían acceder a la casa del doctor Ii —pensó—. Otro método sería quitar de en medio a Kurihara y hacer suya esta mujer». Pero ahora no debía precipitarse.

—¿Cuánto tiempo —preguntó de repente— voy a tener que llevar esta horrible venda?

—Si hay inflamación, tendrá que esperar a que baje la hinchazón. Pero el doctor Saeki dijo que no había daños, así que supongo que podrá quitársela en un par de días. Eso sí, llámeme primero.

—¡Oh, menos mal! Verá, el sábado que viene conoceré a un posible marido. —Pronunció las palabras como una niña pequeña y entonces rio como una niña—. Tengo que conocerle. Una amiga lo organizó. ¿Cree que está bien conocerle a pesar de que ya he decidido rechazarlo?

—Bueno, Yoshiko —dijo él, llamándola por su nombre por primera vez—. ¿Significa eso que te gusta algún otro?

—¡Ah no! Para empezar, me miman demasiado.

El salón de té empezó a llenarse de gente, de modo que se levantaron para irse. Eiichi se ofreció a llevarla a casa, pero ella rechazó la oferta diciendo que tenía que hacer otro recado y al acabar cogería un taxi.

Al separarse de ella, Eiichi se dio cuenta de que esta vez no había hecho nada para impresionar a Yoshiko, y se arrepintió. Había desperdiciado un tiempo precioso en el taxi y en el salón de té con una conversación común y corriente. Había echado a perder una oportunidad bien merecida.

Éste es el tipo de cosas..., se repetía a sí mismo, que te va a dejar en la misma miserable posición que la de Tahara...



En el dispensario pasaron tres o cuatro días monótonos del veranillo de San Martín. No había operaciones importantes ni cambios repentinos en el estado de sus pacientes. Pero el pecho de Eiichi había empezado a alojar un cambio. La presencia de Kurihara le irritaba, mientras que antes apenas le había prestado atención.

Kurihara no parecía ser un miembro del dispensario que destacara demasiado a ojos de Eiichi y sus compañeros. La manera en que parecía estar satisfecho consigo mismo indicaba que pertenecía a una familia adinerada. Era amable y rebosaba de

alegría, y se llevaba bien con todo el mundo, pero no había nada en él que llamara la atención. Eiichi no lograba recordar haberle oído aportar algo excepcional en las sesiones de investigación o en las reuniones del dispensario. Los empleados como él normalmente trabajaban durante un periodo breve de tiempo en la universidad y después relevaban a sus padres en el trabajo, dirigiendo clínicas locales u hospitales privados. Kurihara tenía las espaldas cubiertas con un productor farmacéutico bastante grande, por lo que Eiichi y los demás daban por hecho que en el futuro acabaría trabajando en esa compañía.

Desde su último encuentro con Yoshiko, Eiichi se había sentido molesto con el chaval. Eiichi tenía la corazonada de que Kurihara iba a convertirse en otro obstáculo entre él y su futuro, aunque él no lo supiera.

«¡No, espera!», murmuraba Eiichi para sí cada vez que veía a Kurihara en el dispensario o en la sala de enfermeras. Sólo porque este tipo conozca a la hija del doctor Ii no significa que en el futuro vaya a convertirse en el mandamás por aquí...

Pero pronunciar estas palabras no lograba acallar el desasosiego de su corazón, y el desagrado que sentía no desaparecía.

Daba la sensación de que los días tranquilos del veranillo de San Martín iban a durar eternamente, pero de pronto ocurrió un incidente inesperado.

Aquella mañana, cuando Eiichi fue a la sala de las enfermeras, la enfermera jefe lo llamó.

—Ay, doctor Ozu —tartamudeó la enfermera jefe. Parecía tener dificultades para hablar—. Es uno de los pacientes del doctor Tahara...

—¿El anciano?

—Sí. Me han ordenado cambiarle la medicación. Vamos a dejar de darle Bethion y lo sustituiremos por Ethambutol.

—¿Cambiar la medicación? ¿Quién le dijo que hiciera eso?

—El doctor Tahara. Pero estoy segura de que fue el doctor Ii el que decidió usar Bethion. ¿Cree que lo ha hecho sin su permiso?

Eiichi se quedó callado durante un instante.

—Si es así, tendré problemas —dijo la enfermera.

—Vale. Yo me encargo. Por favor, no hable de esto con ningún otro médico hasta que averigüe qué ha pasado.

Recordó con intensidad el instante en que Tahara había llevado la contraria al Viejo durante sus rondas.

Menudo idiota... ¡Qué estupidez!

Tahara no estaba en el dispensario. Eiichi fue a buscarlo a la biblioteca. Lo encontró en una esquina con la cabeza enterrada en un libro.

—¡Eh! —Llevó a rastras a su enclenque amigo hasta una escalera en penumbra.

—¿Qué pasa? —La corbata de Tahara colgaba torcida por encima de su camisa blanca, ligeramente sucia.

—¿Le dijiste a las enfermeras que usaran Ethambutol?

—Así es. —Tahara miró a Eiichi y asintió.

—¿Contabas con el permiso del doctor Uchida?

—No.

—¿No crees que habría sido mejor pedirle permiso? —sugirió Eiichi modestamente.

—Pero el paciente —Tahara agitó la cabeza con una firmeza atípica en él— es mi responsabilidad. Le cambié la medicación bajo mi autoridad.

—Cuando el Viejo y el doctor Uchida se enteren, no se tragarán eso.

—Me da igual. El Bethion no le está ayudando nada con su enfermedad...

—Esa no es la cuestión.

—¡Esa es precisamente la cuestión! —Tahara tanteó el bolsillo buscando un cigarrillo, pero no lo encontró. Eiichi le tendió uno del paquete que acababa de comprar y se lo encendió con su propio mechero.

—No puedes tomar decisiones por tu cuenta. Sólo somos unos empleados del dispensario del Segundo Departamento de Cirugía.

—Por eso tuve que decirle al doctor que el Bethion no era lo apropiado. Delante de todo el mundo.

—Ya lo sé.

—Pero nadie dijo nada. Y Uchida se puso hecho una furia. —Tahara contempló su cigarro y pronunció las palabras como para sí mismo en vez de para Eiichi—. Por eso no tengo elección. Tengo que hacerlo así.

—Tienes que reconsiderarlo.

—No, ya he tomado la decisión.

—¿Ah sí? Bueno, si es eso lo que piensas, yo no interferiré. Llegamos a este dispensario a la vez, y hemos estado colaborando en ese informe. Por eso me preocupo por ti. Pero ahora me lavo las manos.

—No te causaré problemas. Esto es cosa mía. —Tahara tiró el cigarro al suelo y lo aplastó con el zapato sin pulir. Después su figura encorvada se marchó hacia la sala de lecturas.

Eiichi salió de la biblioteca preguntándose si debía guardar silencio acerca de este asunto o informar al jefe del dispensario. Si hacía lo segundo, delataría a Tahara, pero si se lo guardaba para sí tendría problemas por haber hecho la vista gorda.

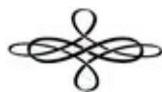
No quiero convertirme en un perdedor por esto.

Volvió al hospital. Pensativo, inclinó la cabeza ante los hombres que estaban limpiando el edificio con trapos desinfectados.

¡Ya sé!

Se le ocurrió una idea. Ya sé... Lo consultaré con Kurihara. Me desharé de esta responsabilidad y se la endosaré a esa alma afable.

Sería su forma de vengarse de Kurihara. Aquel tipo era su superior, después de todo. No tenía nada de raro consultarlo con él.



Al mediodía el hospital se llenaba de actividad como en ninguna otra hora. Los pacientes esperaban como ovejas en el pasillo a que los llamaran del ala de reconocimiento para pacientes externos. Un niño lloraba en brazos de su madre; las enfermeras iban arriba y abajo. Eiichi veía escenas como ésta a diario.

—¿Cuándo acabará los reconocimientos el doctor Kurihara? —preguntó a una enfermera de pacientes externos.

—Tiene otros dos pacientes esperando.

—¿Puede decirle que le estaré esperando en el vestíbulo? —Eiichi observaba con aire ausente a los pacientes en el pasillo mientras daba caladas a su cigarro. Un hombre de mediana edad estaba leyendo una revista o un periódico, esperando su turno pacientemente. Un hombre que llevaba el cuello vendado estaba inmerso en sus preocupaciones.

—Disculpe —Eiichi se giró al oír la voz. Una mujer elegante que llevaba un vestido japonés le miró a la cara con una sonrisa—. ¿Es ésta la sala de reconocimiento prequirúrgico?

—Así es.

—Muchas gracias —dijo educadamente. Se sentó en el borde de un sofá que estaba vacío y cerró los ojos. Tenía una expresión cansada y estaba pálida.

Después de esperar durante quince minutos, se abrió la puerta de la sala de reconocimiento prequirúrgico y apareció el cuerpo ligeramente fornido de Kurihara.

—¿Querías algo?

—Sí —Eiichi asintió, inquieto—. Hay algo de lo que me gustaría hablar con usted. ¿Va a volver al dispensario?

—Esa es mi intención, sí.

—Entonces podemos hablar allí. —Bajó la voz mientras caminaba junto a Kurihara—. En realidad es sobre Tahara.

Le explicó la secuencia de los hechos.

—No hay forma de persuadir a Tahara, así que no sé qué hacer al respecto.

—Pero... —Kurihara se detuvo. Los ojos estrechos de su cara rolliza pestañearon y miraron a Eiichi—. ¿Por qué me estás contando esto? ¿No deberías decírselo al doctor Uchida?

Kurihara se veía claramente sorprendido. No tenía ni la menor idea de por qué Eiichi, que hasta ahora no había tenido relación con él, había acudido a él para hablar de este asunto.

—Es que si se lo digo al doctor Uchida, Tahara recibirá algo más que una riña. —Eiichi adoptó una expresión de tristeza deliberadamente—. Tahara y yo hemos estado juntos desde el colegio. Y como estamos trabajando juntos en un informe, me gustaría que este tema se resolviera en privado.

—Pero esto es algo que inevitablemente acabará sabiéndose. Qué desastre. Si tal y como dices está decidido, lo más probable es que no cambie de opinión aunque hable con él.

—Probablemente, pero como usted es mi superior en el dispensario, me gustaría que pensara en ello.

—Yo no puedo hacer nada.

—¿No podría mediar con el doctor Ii?

—¿Por qué yo?

—Bueno, oí que iba a casa del doctor a menudo... —A Eiichi no se le escapó la sonrisa afable que cruzó las mejillas de Kurihara.

—¿Cómo sabes tú eso?

—Pues lo mencionó la hija del doctor el otro día, cuando vino para un reconocimiento. Está deseando que la lleve a esquiar un día.

—El doctor ha sido muy amable con mi padre... pero creo que no serviría de nada que yo sacara el tema. El Viejo es como es.

—Me gustaría que lo intentara igualmente. La verdad es que no sé qué hacer. He estado dándole vueltas, y he llegado a la conclusión de que lo único que podía hacer era pedirle ayuda a usted.

—Bueno, no te hagas muchas ilusiones —respondió Kurihara con la mano metida en el bolsillo de su bata. Eiichi se inclinó y se fue.

¡Eso ha estado bien...! Eiichi evaluó interiormente el éxito de su plan al volver al segundo pabellón. A partir de aquí Kurihara tendría dos opciones: guardar silencio o informar del incidente al jefe del dispensario. Si no decía nada, le caería una reprimenda por ocultar algo que sabía. Si le preguntaban a Eiichi, podría excusarse diciendo «yo informé al doctor Kurihara».

Pero si Kurihara le contaba todo al doctor Uchida, el asunto llegaría a oídos del doctor Ii y se encargarían de Tahara como era debido. Entonces los que simpatizaban con el pobre Tahara se volverían contra Kurihara por haberle delatado. Fuera cual fuera el resultado, la persona que más iba a sufrir en este asunto era Kurihara. Pero el muchacho era tan amistoso que no sospechaba nada.

Soy malo, realmente malo... Eiichi se burlaba de sí mismo con una fina sonrisa en los labios. Pero no tengo un padre que pueda respaldarme como Kurihara. Por padre tengo a un hombre que se regodea en la mediocridad. ¡No tengo otra forma de sacar ventaja!

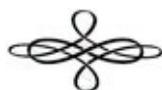
Aquella tarde, Eiichi examinó a sus pacientes y confirmó que no había problemas urgentes. Cuando llevaba a cabo los reconocimientos era un médico fiel a su deber, un médico con el que podían contar sus pacientes hasta el final.

—Doctor, cuando me ponga bien, me gustaría invitarle a mi casa en Itō —le dijo el anciano con cáncer mirando a su hija al acabar el reconocimiento—. Y me gustaría que viniera a trabajar a la clínica de mi empresa.

—Ya hablaremos de eso cuando llegue el momento —se reía Eiichi—. Ahora concentrémonos en reponerse tan rápido como podamos. —Pero Eiichi sabía mejor que nadie que a su paciente le quedaba poco tiempo de vida.

Cuando Eiichi volvió al dispensario, tanto el doctor Uchida como Kurihara habían salido. El asiento de Tahara estaba vacío. El resto de los empleados estaban concentrados en sus propias tareas con caras tristes. Nadie dijo nada, pero todo el mundo parecía haber oído lo de Tahara.

Al poco rato, el doctor Uchida volvió solo. Al ver a Eiichi hizo una mueca y movió la cabeza. Eiichi supuso, a juzgar por su expresión, que el asunto había acabado de la peor forma. Sin duda Tahara acabaría en una clínica diminuta o en otro hospital...



A Eiichi le tocaba el turno de noche aquel día. Si no había alteraciones repentinas en el estado de sus pacientes, el médico del turno de noche debía acompañar a la enfermera de noche a hacer las rondas de todos los pabellones cuando se apagaban las luces a las nueve.

—¿Todo bien? —Las caras de los pacientes danzaban una por una bajo la luz azul de la linterna de la enfermera. En alguna ocasión el televisor seguía encendido en una de las habitaciones.

—Por favor, váyase a dormir ya.

—No puedo dormir. ¿Le importaría darme un somnífero?

Eiichi oía conversaciones así entre la enfermera y los pacientes y después volvía a la sala de guardia. Ésta sólo tenía una cama como las de las habitaciones del hospital, y un armario rudimentario con ropa.

Eiichi se lavó las manos, abrió la mochila y dio un sorbo a la botella de whisky que tenía en el bolsillo. Después se dispuso a leer un libro.

Alguien llamó a la puerta.

—¿Quién es? —preguntó con cautela.

—Tahara.

—Abrió la puerta. Tahara estaba frente a él, agotado.

—¿Dónde has estado? Pensaba que le había pasado algo a alguno de tus pacientes.

—Lo siento.

—¿Qué quieres?

—Siento haberte molestado esta mañana. He estado hablando con el doctor Uchida sobre varias cosas hasta ahora.

—¿Y? —Eiichi sirvió algo de whisky en una taza que había en el fregadero y se la ofreció a Tahara—. Bebe un poco. Yo beberé de la botella... ¿Y qué te ha dicho?

—Tengo que dejar el dispensario —respondió Tahara sin energía.

—¿Dejar el dispensario?

—Sí. Y me dijo que hay un puesto de trabajo para un director de dispensario en una clínica privada en la Prefectura de Fukushima, y que por qué no lo solicitaba. Me consoló diciendo que me iría bien coger experiencia en la provincia y volver después al dispensario... En resumen, que me han echado. Imaginaba que lo harían.

—¿Qué le dijiste?

—¿Qué podía decir salvo que lo entendía? De todas formas, ya lo tenían decidido. Ambos guardaron silencio durante un rato. Eiichi bebió whisky de la botella.

—No sé qué decir.

—No te preocupes. Sabía que tendría que arreglármelas cuando ignoré tu consejo. Pero me siento mal por el informe en el que teníamos que colaborar.

—Eso no importa...

—Pero no me arrepiento de lo que he hecho —murmuró Tahara, bebiéndose el whisky de la taza de un trago—. Creo que habría acabado mucho más insatisfecho si hubiera seguido suministrando Bethion a ese paciente.

—Cada uno hace lo que cree correcto.

—Exacto —asintió Tahara—. Cuando esté en el hospital de Fukushima, querré ser un médico que trabaje por sus pacientes. Me da igual si mi vida entera acaba enterrada en el olvido por ello. Prefiero eso a ser un médico que trabaja para su propio beneficio.

—Un médico que trabaja para su propio beneficio, ¿eh? —Eiichi curvó el labio ligeramente—. Bueno, tú dalo todo.

SEIS GRADUACIÓN

Ahora que habían pasado los años, la memoria de Ozu era poco clara respecto a los sucesos que habían ocurrido entre los chicos y Aiko desde que acabaron las vacaciones de verano hasta fin de año. Con una excepción.

Lo que sí recordaba era la segunda carta de amor que escribió Fletán. No. Para ser exactos, Fletán no la escribió por sí solo. Había plagiado algunos fragmentos de «Cómo escribir cartas», un suplemento que venía en una revista femenina que estaba leyendo su hermana. Y también intercaló pasajes de canciones populares revisados por Ozu.

«Si la luna fuera un espejo, me gustaría ver tu rostro reflejado en ella». Había sacado este fragmento de la canción popular *Si la luna fuera un espejo*.

«Te escribo esta carta esta tarde mientras la lluvia remite. El jardín está repleto de fragancias procedentes de las hojas de los árboles, y de forma inexplicable te conviertes en el eje de mis pensamientos» y otras frases igual de cursis sacadas del suplemento de la revista femenina.

Pensándolo bien, la carta empezaba diciendo «Mi muy Estimada Señora: Dispensada con los preliminares formales» y acababa con un «Mis más sinceros respetos». Fletán había copiado esas frases de algún sitio, y por aquel entonces los chicos no entendían lo absurdo que era escribir «Mi muy Estimada Señora: Dispensada con los preliminares formales» en una carta de amor.

Durante el descanso del mediodía, después de que hubieran salido todos del aula, Fletán copió la carta varias veces hasta obtener una perfecta. Entonces fue con Ozu a echarla en el buzón.

La dirección garabateada en el sobre era:

Señorita Aiko Azuma

Ashiya

Condado de Muko

Provincia de Hyōgo

Se oyó un ligero golpeteo al caer el sobre dentro del buzón. Los chicos suspiraron aliviados.

—Me pregunto si la leerá.

—Claro que la leerá.

—Aunque no la lea, no se le ocurriría tirarla.

—Claro que no.

Pero Fletán acarició el buzón con la mano varias veces para serenarse.

Al día siguiente Ozu estaba ansioso por llegar a la escuela.

—¿Te ha respondido?

—Todavía no.

—La enviamos ayer, así que la recibirá hoy. Seguramente tarde un día en leerla y escribir una respuesta. Deberías recibirla un par de días después.

Pero pasaron cinco, seis días. Y de nuevo, como con la primera carta, Fletán no recibió respuesta de Aiko Azuma. Cada mañana, al encontrarse con Ozu, Fletán negaba con la cabeza con los ojos soñolientos.

Ozu, siendo como era, experimentaba dolor y alivio al mismo tiempo. Si Aiko respondía la epístola amorosa de Fletán, a Ozu se le partiría el corazón.

«No he recibido ninguna carta tuya, pero si te resulta difícil enviarme una respuesta, por favor, cuelga una tela blanca en el pino que hay junto a la estatua de Jizō, en la orilla del río Ashiya, el lunes que viene a las cinco. Si veo una tela blanca colgada, sabré que tu respuesta es “sí”». Fletán utilizó más o menos esas palabras —pero expresadas de una forma más torpe— en su siguiente carta a Aiko. Aquel lunes por la tarde, Ozu y Fletán se bajaron del tren en la parada del río Ashiya y corrieron hasta la ribera para examinar el pino.

No había nada colgado de la rama. Ninguna tela blanca, ni siquiera un viejo trapo.

En el quinto curso, el profesor a cargo de los estudiantes les daba un folio y les pedía que escribieran los nombres de las escuelas a las que querían ir.

Los miembros de las clases A y B acabaron rápido, puesto que ya habían elegido. Pero Ozu y el resto de la clase C tuvieron muchas dificultades a la hora de decidirse.

En aquella época, el Instituto Tokio Primero y el Instituto Kioto Tercero se conocían comúnmente como las «Barreras Infranqueables». Después iban el Instituto Sendai Segundo, el Instituto Okayama Sexto y el Instituto Kumamoto Quinto. Estas escuelas superiores estaban, evidentemente, fuera del alcance de los miembros de la clase C. Resignado, Ozu escogió el Instituto Himeji como primera opción y la Universidad Privada P. como segunda.

Al día siguiente se supo que los profesores habían estado hablando entre ellos sobre las elecciones de los chicos en la sala de profesores. Durante la clase de la mañana, La Sombra los miró con su rostro perpetuamente severo y dijo:

—Al contrario que los miembros de la clase A, habéis sido todos muy modestos eligiendo las escuelas. Verdaderamente es mejor ser cabeza de ratón que cola de león. No importa la escuela que elijáis. Si os esforzáis, seréis grandes. Incluso el pintor inglés Turner...

Pero el señor Pez Globo, algo sorprendido, llamó desde el atril:

—Fletán. No has puesto nada salvo la Academia Naval como primera opción. ¿Va en serio?

—Sí, señor.

—Verás, acceder a la Academia Naval es tan difícil como cualquiera de las escuelas de renombre. Sería una suerte que un tercio de la clase A lograra entrar. ¡Creo que en tu caso es imposible!

Fletán respondió tan bajo que no se le oyó.

—¿Qué has dicho?

—Sí, señor. He dicho «querer es poder».

Todos se echaron a reír escandalosamente. Ozu, que sabía lo que atesoraba el corazón de Fletán, y el señor Pez Globo fueron los únicos que no se rieron.

—«Querer es poder». Pero tú no quieres. Esas palabras son para la gente que se esfuerza.

—Sí, señor.

—¿No vas a intentar entrar en una escuela más accesible como los demás?

Fletán se mostró taciturno y no respondió. El señor Pez Globo suspiró.

—Por supuesto, es cosa tuya elegir la escuela a la que quieres ir...

Durante el descanso entre clase y clase, Fletán le dijo a Ozu:

—Que sepas que no estoy intentando acceder a la Academia Naval sólo por ella. Ya te dije que mi tío estaba dispuesto a pagarme los estudios, pero no quiero ser una carga para él. Y la Academia Naval no cuesta nada, ya sabes —explicó.

Ozu sabía desde el principio cuál sería el resultado. Supuso que probablemente habría un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que Fletán y él suspendieran el examen de acceso.

Pero la suerte y los milagros existen. Tal vez la persona de la Academia Naval que se administre los exámenes tenga mal la vista y lea una nota de 80 en vez de un 20. Cabía la posibilidad de que las respuestas aleatorias de Fletán fueran correctas accidentalmente. Su única esperanza dependía de este porcentaje de suerte y los milagros.

—¿Crees que lo harás bien en el examen físico?

—Lo único bueno que tengo son los ojos.

—No aprobarás sólo por tener buena vista. Tienes que ganar peso.

—Lo sé. Estoy comiendo cinco cuencos de arroz cada día.



El examen de acceso a la Academia Naval se dividía en dos partes. La primera se hacía en agosto, en los centros de cada provincia. Se realizaba un examen físico. Esta prueba era tan estricta que todos aquellos que no tenían buena vista o padecían alguna enfermedad, y todos los que no alcanzaban la altura o el peso mínimo, eran eliminados.

Los que pasaban la primera prueba hacían un examen en diciembre. Se examinaban de matemáticas occidentales, literatura japonesa y china, física, química y prácticamente el resto de las disciplinas académicas, de modo que los estudiantes que se presentaban tenían que estar familiarizados con muchas más áreas generales que los que intentaban acceder al instituto.

El cuerpo enclenque de Fletán parecía ganar algo de carne, quizá por su consumo acelerado de arroz. Al ser tan raquítrico, no podía evitar sufrir al comparar su físico

con el de los miembros de la clase A que iban a presentarse a los exámenes de acceso de la Academia Naval. Ozu cerró los ojos e intentó imaginarse a Fletán vestido con ese uniforme elegante y la gorra de cadete naval, con una espada corta colgada a un lado. Pero por mucho que lo intentara, era impensable...

Por fin llegó agosto. Había pasado un año desde aquel día de vacaciones de verano en que Fletán había estado a punto de ahogarse en el mar en Ashiya.

Un día tan sofocante como aquel de hacía un año, bajo el sol abrasador de la mañana, Ozu acompañó con gentileza a su amigo al lugar del examen, en la escuela secundaria de la provincia.

Ya fuera porque eran tiempos de guerra, o porque muchos otros querían poner a prueba su fuerza, había tantos candidatos entrando por la puerta de la escuela que Ozu sintió que las rodillas se le debilitaban. Los mejores estudiantes de todo Kobe formaron una fila, todos vestidos con uniformes caqui, y avanzaron con pasos calculados hacia el campo de atletismo. Incluso los estudiantes de la clase A, de la Escuela Secundaria Nada, se apartaron para observar con ojos asustados esta procesión abrumadora.

¡Fletán no lo conseguirá! A Ozu le parecía que todos los candidatos tenían más habilidades y un físico más adecuado para un cadete naval que su compañero.

—¡Eh! —Ozu se devanaba los sesos para ayudar a su amigo—. ¡No vayas al baño!

—¿Por qué no? Tengo que hacer pis urgentemente.

—¡Idiota! ¡Si haces pis perderás todo ese peso!

—¿En serio? —Fletán asintió agradecido—. Espera un segundo.

—¿A dónde vas?

—Me has dado una gran idea. Voy a beber más agua. ¡Así pesaré más! —Fletán corrió entre el resto de los candidatos en dirección a la fuente. Al llegar se subió los pantalones hasta la cintura.

—¡Au, duele! ¡Mi barriga chapotea! —Volvió con los labios llenos de gotas de agua.

Se oyó una campana pesada. Los candidatos formaron una fila en el soleado campo de atletismo y entraron en el edificio de madera de la escuela, desgastado por el clima.

—Cuando hagas la prueba de capacidad pulmonar, inspira profundamente y no dejes que salga el aire.

—Vale. —Fletán, con los ojos soñolientos, se colocó al final de la cola y entró en el edificio.

Esa mañana hacía un calor insoportable. Las cigarras estaban almorzando en el cerezo que había en la esquina del edificio de la escuela. Los amigos de los candidatos esperaban pacientemente bajo la sombra del árbol.

Una media hora más tarde, cinco o seis candidatos aparecieron por la puerta de la escuela. Otros dos o tres los seguían. Todos parecían avergonzados.

Un chico vio al amigo que le esperaba y corrió hasta él.

—Nada. ¡He suspendido!

—¿Qué ha pasado?

—Han sido los ojos. La prueba de los ojos.

—Si has cateado esa, ¿significa que no puedes seguir?

—Me dijeron «puedes irte a casa».

Pero el fracaso no parecía afectar demasiado a los dos chicos. El candidato podría haberse sentido humillado si hubiera suspendido el examen académico, pero suspender por miopía apenas hería su corazón. Era casi como si hubiera venido a hacer el examen de la Academia Naval únicamente para poner a prueba su fuerza.

Después de que dejaran marchar a veinte chicos miopes, hubo silencio durante un rato. Las voces de las cigarras marrones que almorzaban en el tronco brillante del cerezo se hicieron cada vez más audibles.

Me pregunto qué estará haciendo ahora. Ozu se imaginó el cuerpo raquíptico de su amigo de ojos soñolientos bajo el medidor de altura y escalando. «En este preciso instante —pensó Ozu— estarán diciéndole, como a los chicos miopes, “puedes irte a casa”».

Pero extrañamente, Fletán no apareció entre los grupos sucesivos de chicos que habían suspendido.

«Quizá... —pensó Ozu, y aunque no era él quien se estaba examinando, su corazón empezó a latir con fuerza—. Quizá ha sido lo suficientemente astuto como para engañar al examinador».

Eran casi las doce. De pronto los candidatos salieron de varias puertas diferentes. Más de la mitad habían suspendido. Los que pasaran las pruebas de hoy se presentarían a los exhaustivos exámenes internos al día siguiente.

—Voy a intentar entrar en una escuela de contabilidad.

—¡Los exámenes físicos no son tan duros como aquí!

Entre las voces de los chicos que se reían de sí mismos, Ozu alcanzó a oír esta conversación:

—¡Había un tipo muy raro en el examen!

—Ah sí. ¿Te refieres al tipo que se hizo pis? ¡Seguro que había estado aguantándose mucho tiempo!

—¿Qué pasó con él?

—No sé. Sólo vi al examinador riñéndole.

¡Era Fletán! Ozu cayó en la cuenta enseguida. No había ninguna duda. ¡Era Fletán!

Casi todos los candidatos habían atravesado el patio en fila. Los que salieron por la puerta, felices, con el pecho proyectado hacia fuera, habían pasado sin duda la prueba de hoy. Los que salían taciturnos y arrastrando los pies habían suspendido. Pero Fletán todavía no había abandonado el edificio.

Pobre chico... Ozu casi podía ver la fea figura de Fletán haciéndose pis encima durante el examen porque había bebido demasiada agua. Se imaginaba lo avergonzado que se habría sentido al posarse sobre él los ojos burlones de todo el mundo mientras le reñía el examinador. Todo por Aiko. Había hecho todo eso porque quería que Aiko le amara.

Ozu esperó de pie en el patio durante cinco minutos más. Finalmente, la extraña figura de Fletán salió del edificio. Desde la distancia, agitó los brazos en el aire y gritó:

—¡He aprobado!

Ozu abrió los ojos como platos.

—¿Qué? ¿Aprobado? ¿Tú?

—¡Sí! —Una mirada sincera de felicidad cubría el rostro de Fletán, que por lo general se mostraba impasible.

—No me lo creo. Estás mintiendo.

—¡Es verdad!

—Has tardado mucho en salir. Estaba convencido de que habías suspendido. Y cuando oí que alguien se había hecho pis durante el examen, estaba seguro de que habías sido tú.

—Ese... fui yo. Lo mojé todo. Hicimos una prueba de fuerza y me esforcé al máximo... ¡así que se me escapó!

Ozu miró a Fletán con asombro.

—Entonces los pantalones seguirán mojados.

—No. Hacíamos la prueba desnudos. Nos quitamos todo, así que no ensució los pantalones.

—Cuéntamelo todo. —Para Ozu no tenía sentido. ¿Cómo podía haber aprobado el examen riguroso del primer día este tipo cuyo cuerpo era la pobreza en sí misma, y que se había hecho pis en mitad del examen?

Fletán empezó a explicarlo todo en un susurro.

Los candidatos habían formado en el aula una fila que iba del uno al cien, y otra del cien al doscientos.

—¡Desvestíos! —había ordenado con severidad el examinador, un suboficial.

—¿Tenemos que... quitarnos la ropa interior también? —preguntó alguien.

—¡Sí! ¡No os dejéis nada puesto! —fue la respuesta.

Fletán había estado aguantando la necesidad de orinar durante varios minutos. Había bebido tanta agua de la fuente como para hacer estallar su estómago. Y entonces, cuando le pidieron que se quitara toda la ropa y revelara ante todos su cuerpo flacucho en toda su desnudez prístina, esa necesidad de orinar se volvió insoportable.

Debía aguantar hasta que lo pesaran. El primer chico de la fila se subió a la báscula y mientras le decían «¡Bien! Cincuenta y tres kilos», Fletán plantó los pies uno detrás del otro.

Cuando le llegó el turno, el suboficial que los examinaba lo miró y murmuró para sí en el dialecto de Kyushu:

—Menuda panza más hinchada.

Temía que el examinador descubriera que había estado bebiendo agua, pero cuando dijo suavemente «Bien, cuarenta y nueve kilos», Fletán respiró aliviado.

El accidente ocurrió diez minutos después. En la prueba de fuerza tenía que coger las asas de metal del medidor de fuerza y decirle al examinador el número que apuntaba la aguja. Fletán gruñó y se puso rojo como un tomate.

A causa del esfuerzo, perdió la sensibilidad de la parte inferior del cuerpo. En un momento, la orina salió a borbotones y le cayó por las rodillas hasta el suelo...

—¿Qué está pasando aquí? —gritó el examinador. El volumen de su voz atrajo las miradas de todos los candidatos hacia él—. ¡Te estás meando en el suelo!

A Fletán se le doblaron las rodillas. Quería cavar un hoyo y desaparecer en él. La orina comenzó a deslizarse por el suelo como una corriente.

—¡Qué haces! —volvió a gritar el examinador—. ¿No piensas limpiar este estropicio?

Fletán se puso los pantalones y corrió rápidamente hacia la puerta. En el lavabo del piso de abajo encontró un cubo y un trapo y volvió al aula.

—Lo siento, lo siento. —Se abrió paso entre los candidatos, quienes se echaron hacia atrás y lo miraban como si algo sucio se hubiera acercado a ellos.

El suboficial lo miró con el ceño fruncido mientras Fletán limpiaba el suelo con el trapo. Detrás de ellos se extendía la risa de los otros candidatos.

Entonces ocurrió.

—¡Basta! —exclamó una voz. Fletán se giró. Un oficial de mediana edad, vestido con un uniforme naval blanco, se acercó a él. El oficial frunció el ceño a los otros candidatos.

—¡Os habéis reído del accidente de este estudiante! Los hombres que se burlan de los errores de los otros no son aptos para entrar en la Academia Naval. Ni uno de vosotros ha intentado ayudar a este estudiante. ¡No hay excusa para reírse de los errores de los demás! —Habla en voz baja, pero con firmeza, y los candidatos se quedaron mudos. El oficial posó la mirada en Fletán, que seguía acuclillado en el suelo como una rana aplastada, únicamente con los pantalones puestos—. Sólo siento admiración hacia el espíritu de un hombre que agarra la máquina con tanto ímpetu que le hace perder el control de sus procesos corporales. ¡Sargento, dele a este hombre un aprobado en la prueba de fuerza! —Después de anunciar esto en voz alta para que los demás examinadores lo oyeran, se dio la vuelta y se marchó.

Durante un instante sólo hubo silencio alrededor de Fletán.

—Bueno. Has pasado la prueba de la fuerza. ¡Muévete! —El suboficial se rio y apremió a Fletán—. Pero primero lleva el cubo donde estaba.

—¡Sí, señor! —Fletán se fue cargando con el cubo y miró a su alrededor, en busca del oficial que le había ayudado, pero no lo encontró.

—¡Hum! —Al oír la historia, Ozu dejó escapar un sonido que estaba a medio camino entre un suspiro y un grito ahogado—. Parece que ese oficial viejo no estaba mal del todo.

—Ya te digo. Me hizo pensar que no estaría tan mal unirse a la Armada.

De repente a Ozu se le pasó por la cabeza que Fletán realmente podría conseguir entrar en la Academia Naval. Tal vez este tipo podría dedicar su vida a Aiko Azuma, como lo había hecho aquel día en Ashiya, entregándose al máximo al nadar entre las olas.

—¿Cómo son las pruebas físicas de mañana?

—Te hacen una radiografía. No hay problema.

—A lo mejor la pasas.

—Claro que la pasaré —respondió Fletán despreocupado—. En diciembre hay un examen académico. ¡Si apruebo ese, seré un cadete naval! ¡Entonces podré ponerme mi uniforme blanco y llevar la espada corta y me iré a casa de Aiko!

Aunque aún no habían acabado las vacaciones de verano, Ozu averiguó que seis de los quince miembros de las clases A y B que habían hecho el examen físico en el mismo sitio habían suspendido. De la clase C, Fletán había sido el único en presentarse, pero había aprobado.

Su euforia era tremenda.

Cuando empezó el trimestre del quinto curso, la noticia de que Fletán había pasado el examen preliminar para la Academia Naval (aunque no era el examen académico) mientras que varios estudiantes de la clase A habían suspendido, sorprendió a todos los miembros de la clase C.

—«Querer es poder». Cualquiera que sea la empresa que afrontes, debes querer. Los que no tienen esa voluntad nunca lograrán nada. —La Sombra no tardó en alabar a Fletán delante de toda la clase—. Es más que evidente que si cualquiera de vosotros hace un esfuerzo, no seréis inferiores a los estudiantes de la clase A. De la misma manera, Turner...

Todo el mundo sintió la necesidad de volver a valorar a Fletán. Ninguno había considerado la posibilidad de que pudiera pasar el examen físico de la Academia Naval, en las circunstancias que fueran, con un cuerpo raquítrico como el suyo.

—Cuando entre en la Armada —Fletán, siguiendo su estilo de siempre, se dirigió a todos como si ya hubiera aprobado el examen de diciembre— me convertiré en piloto. El futuro de la Armada no está en los barcos de guerra. Será la época del conflicto aéreo.

Todo el mundo sabía que Alemania había destruido las naciones de Europa con su Messerschmitt superior, pero nadie contradujo a Fletán. De cualquier forma, su popularidad subió como la espuma.

Ozu observó cómo la vida de Fletán sufría un cambio radical.

Había escenas que Ozu no había contemplado nunca. Entre las clases, Fletán memorizaba palabras en inglés a través de una colección de tarjetas que los

estudiantes llamaban «El librito de palabras de Akao».

—El examen de matemáticas Iwakiri es un poco complicado para mí. El de los gráficos tiene dibujos, así que es más interesante. Para gramática estoy leyendo el texto de Hōsaka.

Ozu escuchó con asombro las palabras que salían de los labios de Fletán. Nunca había oído a nadie de la clase C hablar de los libros que necesitaban para preparar los exámenes.

—¿De verdad has empezado a estudiar?

—No tengo elección. Si no lo hago, no aprobaré el examen de diciembre.

Hasta el momento, Ozu y Fletán habían estado al mismo nivel, pero ahora Ozu tenía la sensación de que Fletán se había convertido en un adulto de pronto.

—Has... cambiado.

—Bueno, dicen que el amor cambia a las personas. Si no estuviera enamorado de Aiko, sinceramente, no estaría estudiando. ¡A mí también me parece raro!

—¿Tanto quieres a esa Aiko?

Aiko Azuma. No habían vuelto a verla desde aquel día en la playa. Y a pesar de eso, su rostro se aparecía más vívidamente que nunca en la imaginación de Ozu y Fletán. Evidentemente, ella no tenía ni idea de que había provocado esta maravillosa transformación en la vida de un joven.

Llegó el otoño. Los ginkgos que se elevaban a lo largo de la carretera, junto a las vías del tren, dejaban caer innumerables hojas. Los álamos del patio de la escuela se tornaron amarillos. Las hojas de las eulalias junto a la orilla del río Sumiyoshi se marchitaban, volviéndose blancas.

Llegó diciembre. En el último momento, Ozu siguió el ejemplo de Fletán y echó un vistazo a «El librito de palabras de Akao» y compró un libro titulado *El estudio de las matemáticas a través de las gráficas*. Pero pronto asumió que no lograría entrar en el Instituto Himeji, su primera opción.

Era el dieciocho de diciembre. Fletán fue a la Estación Sannomiya y se subió al tren que llevaba a Hiroshima. Allí tendría lugar el examen de la Academia Naval.



Aunque a él no le afectaba, Ozu no pudo evitar estar nervioso los tres días después de que Fletán se marchara. Se imaginó a los candidatos sentados frente al folio del examen, rodeados del silencio del aula. Visualizó entre ellos a Fletán, con los ojos soñolientos. En la clase, la mesa de Fletán era la única vacía. Cuando el profesor pasó lista, sonrió y asintió.

—Ah, ha ido a Edajima, ¿verdad?

Las vacaciones de invierno se acercaban, pero durante esas fechas habría clases adicionales para los estudiantes que estuvieran interesados. Era un gesto paternal por

parte de los profesores, que querían ayudar a los estudiantes a prepararse para los inminentes exámenes.

Al fin, el primer día de las clases adicionales, llegó Fletán.

—¡Eh! ¿Cómo te ha ido?

Un corro de personas rodeó a Fletán.

—No muy bien. Estoy mareado. Los tres días pasaron volando.

—¿Qué pasa con el examen?

—No sé. No quiero pensar en ello.

Fletán parecía cansado y demacrado. Ozu le miró a la cara como todos los demás, y vio que su amigo había agotado más energía de la que tenía, y se dio cuenta de la desesperación con la que había luchado.

—Tal vez no lo consiga —confesó Fletán a Ozu cuando se quedaron solos—. Los problemas de matemáticas y la gramática eran muy difíciles. Escribí algo, pero apuesto a que los examinadores son muy estrictos.

—Pero la suerte te ha sonreído hasta ahora —le animó Ozu. Claro que la suerte por sí sola no era de mucha utilidad en un examen académico.

Fletán no volvió a asistir a las clases adicionales. Ozu se lo imaginaba sentado en casa, con expresión abatida.

Tres días después de que empezaran las clases adicionales, Ozu se subió al tren solo para volver a casa. En una de las estaciones del trayecto se subieron tres o cuatro pasajeros. Uno era un cadete naval vestido con un uniforme azul oscuro. Se agarró al asidero con una expresión adusta.

Ozu había visto esa cara antes. Era el cadete naval que había hablado con Aiko y su amiga aquellas vacaciones, después de que hubieran ido a nadar a Ashiya.

Ozu empezó a tener dificultades para respirar, como si una mano gigante le apretara el pecho. Pero el cadete se limitó a mirar por la ventana y no pareció acordarse de él.

Cuando el tren llegó a la estación del río Ashiya, el cadete mantuvo el cuerpo totalmente rígido al bajar del tren.

De pronto, Ozu tuvo un mal presentimiento, aunque no supo la razón de esa corazonada.

Fletán ha suspendido, fue lo que se le pasó por la mente en ese momento.

Dos de enero.

Su premonición se había cumplido. Fletán apareció en su casa por sorpresa.

—He suspendido.

De pie en la entrada de su casa, Ozu cogió el telegrama que le tendía su amigo de ojos soñolientos.

LO SENTIMOS. VUELVE A INTENTARLO.

Para Ozu, las palabras del telegrama, que le había entregado a Fletán el superintendente de su dormitorio, no eran más que un grupo de figuras sin vida.

—Salgamos.

Ozu no sabía qué decir para consolar a Fletán. En ese momento no le habría importado usar todo el dinero que había recibido como regalo por año nuevo para curar las heridas del corazón de su amigo.

—Tengo algo de dinero. Hoy te invito yo.

—Ajá. —Pero la voz de Fletán carecía de energía.

—¡Anímate! Siempre puedes repetir el examen de la Academia Naval. Tienes que estar contento de haber aprobado el físico. Si te tomas un año sabático y estudias...

—No puedo. —Fletán movió la cabeza débilmente—. No puedo seguir siendo una molestia para mi familia. No tengo padre, y mi hermana ha vuelto a casa. No puedo hacer el tonto eternamente.

—¿Pero no iba a pagarte los estudios tu tío?

—Si me hubiera ido bien en los estudios, podría pedírselo, pero... Bah, es igual. Cuando salga de Nada buscaré trabajo.

—¿Trabajo?

—Sí. Soy el único que puede mantener a mi madre y mi hermana...

Aunque era año nuevo, las calles estaban prácticamente desiertas. Había banderas japonesas colgadas en cada casa a causa de la guerra.

—¡Vamos al Santuario Ebisu! —Ozu le dio un codazo a Fletán, que caminaba con la cabeza inclinada—. ¡Eh! Podrás comerte todas las salchichas que quieras. ¡Va en serio lo de que tengo dinero!

Fletán sonrió con timidez.

—Prefiero ir a Ashiya.

—¿A su casa?

—Sí.

Extrañamente, había pocos pasajeros en el tren. Un hombre con la cara roja de beber sake por año nuevo tarareaba una canción y marcaba el ritmo con las manos.

—Pero si te pones a trabajar perderás tu aplazamiento militar para estudiantes. — Por fin Ozu puso voz a la gran preocupación que sentía por Fletán—. Te reclutarán.

—Pero... no puedo hacer nada para evitarlo.

—Si no vas con cuidado acabarás en el frente.

—Si me pusiera a pensar en eso no podría hacer nada. Me preocuparé cuando llegue el momento.

Se bajaron en la parada del río Ashiya. Al cruzar el puente miraron el lecho del río, desolado por el invierno. Aún había cañas largas de bambú decorando las puertas de muchas de las casas de la zona.

Cuando llegaron a la casa de Aiko, Fletán se detuvo en la puerta y miró la casa con atención.

—A lo mejor está dentro. —Y de pronto dijo—: ¿Llamamos al timbre?

—¿Qué? ¿Vas a... llamar al timbre?

—Es la última vez que voy a verla. Quiero despedirme.

Durante el tiempo que pasó entre que Fletán llamó al timbre y se abrió la puerta, Ozu pensó varias veces en salir corriendo. Pero Fletán permaneció quieto, con determinación.

Apareció una criada y los observó con desconfianza. Entonces dijo:

—La señorita no está en casa. Ha ido a Kioto.



Tres meses más tarde.

Ozu recuerda el día de la graduación.

En el salón de actos, el director y una persona en representación de los padres felicitaban a los estudiantes. Estaban situados debajo de la inscripción «Poder para el Bien: Gloria para Uno y para los Otros», atribuida a Jigorō Kanō, el fundador de la Escuela Secundaria Nada. Los estudiantes estaban sentados en filas perfectas, y se sentían extrañamente nostálgicos, meditando sobre sus recuerdos mientras escuchaban los discursos en silencio.

Ozu, que milagrosamente había sido admitido en la Universidad P., miró de reojo a Fletán, que estaba a su lado. Evidentemente, había estudiantes de las clases C y D que no habían logrado entrar en los institutos y que pasarían un tiempo estudiando e intentándolo otra vez. También había otros como Ozu que se habían deslizado en las escuelas preparatorias de universidades privadas con un nivel menor de exigencia. Sin embargo, el único chico que no iría a ninguna escuela y que iba a trabajar en una empresa era Fletán.

Después de la ceremonia, los estudiantes volvieron a clase, blandiendo sus diplomas. Al otro lado de las ventanas el cielo estaba despejado y el viento era frío.

—Aquí nos despedimos —dijo el señor Pez Globo en voz baja—. Tiene gracia. Dicen que los estudiantes que causan más problemas son los más difíciles de olvidar. Quizá es esa la razón de que no pueda evitar preocuparme más por vosotros que por los estudiantes de las clases A y B.

—¿Es eso cierto? —interrumpió alguien.

—¿Qué quieres decir? Os estoy diciendo cómo me siento, honestamente.

—¿Seguro que no está encantado de librarse de nosotros?

—Bueno, un poco sí —sonrió el señor Pez Globo—. Habéis sido un verdadero incordio.

Todo el mundo se echó a reír. Pero era una risa refrescante al recordar cada una de las trastadas que habían perpetrado durante los últimos cinco años. No recordaban con cariño las clases. Sus recuerdos eran más bien momentos en los que habían enfurecido a sus profesores y agotado su paciencia.

—Por favor, asegúrese de que no entre nadie como nosotros en Nada a partir de ahora.

—De acuerdo —asintió el señor Pez Globo—. Pero para un profesor, los estudiantes que no hacen más que estudiar y después a una escuela superior no son muy interesantes. No me gustaría ver a Nada convertirse en una aburrida escuela de primera categoría. En fin, no quiero que ninguno de vosotros se olvide de su alma máter. Venid a visitarnos de vez en cuando. —Colocó ambas manos en la mesa e inclinó la cabeza levemente, y después salió del aula.

—Vámonos —le dijo Ozu a Fletán, y salieron de la escuela.

—Supongo que no volveré a ver esta clase —sentenció Fletán, con los ojos soñolientos—. Y tampoco volveré a verte a ti.

—¡Pues claro que volverás a verme! —exclamó Ozu, agitando la cabeza—. Iré a visitarte a tu trabajo de vez en cuando.

—Pero se tarda mucho en llegar a Akō. —Con la ayuda de su tío, Fletán había conseguido un trabajo en una empresa de fabricación de sal en Akō.

—Siempre están los domingos.

—Me gustaría mucho que vinieras.

Como de costumbre, atravesaron la puerta de la escuela y caminaron a lo largo de la orilla del río Sumiyoshi con el resto de los estudiantes.

—¡Eh, mirad! ¡Lo están haciendo! ¡Lo están haciendo! —Fletán vio a los graduados alrededor del puesto de pasteles en la orilla del río, comprando bollos como locos. Gritó con alegría—: ¡Los profesores os van a echar la bronca!

—¡No! —respondió alguien—. Nos hemos graduado en Nada. Ahora vamos por nuestra cuenta. ¡Empezando desde hoy!

SIETE

CIERTA MUJER

La fiesta de despedida de Tahara se celebró en la tienda diminuta que vendía anguilas cerca del hospital. Quedaba bien decir que era una fiesta de despedida, pero en realidad era un encuentro para despedir a un compañero al que habían echado del dispensario.

El atardecer se había convertido en noche cerrada para cuando Eiichi terminó de trabajar en el hospital y se dirigió a la tienda. Empezaban a encenderse las luces en los pequeños edificios y las tiendas de la calle.

Cinco o seis empleados del dispensario estaban en una habitación encima de la tienda, esperando a que llegaran el jefe del dispensario y el doctor Ii. El ambiente de la habitación era melancólico. Algunos tenían un vaso de cerveza en la mano, pero la conversación era fragmentada y el grupo no llegaba a animarse.

—Pero el aire de Fukushima es bueno, y no hay contaminación. ¡Y podrás esquiar, suertudo! —dijo alguien intentando animar a Tahara, pero la conversación no pasaba de ese punto. Todos sabían la razón por la que habían enviado a Tahara a las provincias.

Media hora después llegaron el doctor Uchida y Kurihara.

—Sentimos llegar tarde. Perdón. —Uchida pidió disculpas a todos—. Por desgracia, el doctor Ii no podrá venir. Le ha surgido un imprevisto. Os manda saludos a todos.

No era propio del Viejo perderse la fiesta de despedida de un miembro de su propio dispensario que se va a ir lejos. Todos guardaron silencio cabizbajos por un momento.

—Bueno. Tahara, a pesar de su corta edad, va a convertirse en director de un dispensario en Fukushima. Nos gustaría que analizaras de primera mano la administración de los hospitales en las provincias y los problemas de los cuidados médicos en los pueblos rurales. —El doctor Uchida le sirvió a Tahara un vaso de cerveza—. Así, cuando vuelvas aquí, podrás poner en práctica lo que hayas analizado.

Eiichi estudió el rostro de Tahara desde donde estaba sentado, en la esquina de la habitación. Percibió una sonrisa triste en la cara de su amigo cuando el jefe del dispensario se dirigía a él.

—Kurihara —incómodo por el silencio, Uchida se giró y le habló a Kurihara, que estaba sentado a su lado—. Tú esquías bien. Supongo que irás al noreste bastante a menudo.

—No tan a menudo... Pero he estado en la montaña Zaō algunas veces.

—Pues la próxima vez que vayas, quiero que visites a Tahara y le des muchos ánimos.

—Sí, pensaba hacerlo. —Kurihara entrecerró los ojos y asintió. No pareció darse cuenta de que los empleados más jóvenes del dispensario estaban mirándolo de forma acusadora.

«¿Qué estás diciendo?», pensaban. Todos sabían que a Tahara lo habían expulsado porque Kurihara había informado al jefe del dispensario sobre el incidente con la medicación. No podía haber actuado de otra forma, pero debería haber hecho algo por defender a su subordinado.

Y aun así, parece como si no fuera responsable en absoluto de lo que ha pasado... Los empleados jóvenes del dispensario sentían que debían disculparse ante Tahara por no poder hacer nada. Eiichi percibió que este sentimiento se estaba convirtiendo en odio hacia Kurihara. Se rio por dentro con desdén.

En circunstancias normales, al finalizar una reunión como ésta, los empleados dirían «Doctor Uchida, ¿por qué no vamos a alguna parte?» y se aprovecharían de su amabilidad yendo en busca de una segunda e incluso tercera tanda de fiestas. Pero esa noche, cuando todo acabó, cada uno se despidió como él, agitando la mano y saliendo apresuradamente. Tahara sonrió débilmente y les dio las gracias a todos antes de desaparecer por las escaleras en dirección al metro.

—Ozu. —Ozu se dispuso a salir después de Tahara, pero le detuvieron las voces del doctor Uchida y Kurihara—. Si no estás ocupado, ¿querrías venir con nosotros? —El jefe del dispensario apagó el cigarrillo en el suelo y lo aplastó con el zapato—. ¿Qué dices?

—Vale.

Pasearon sin prisa durante un rato y después subieron las escaleras hasta el segundo piso de un edificio cuyo letrero rezaba «Chanson Snack».

Dentro sólo había una pareja cariñosa sentada en la barra.

Kurihara echó un vistazo a la sala.

—Podemos sentarnos allí en la esquina —le dijo al doctor Uchida.

Una vez sentados, Uchida pidió un Campari, y Kurihara y Eiichi whisky y agua. Del altavoz de la pared salía música francesa cutre que aumentaba la melancolía del establecimiento.

—Bueno. La forma en la que nos vamos a encargar de las cosas a partir de ahora... —El doctor Uchida se bebió de un trago su Campari y se dirigió a Eiichi—. Los empleados más jóvenes seguramente piensan que hemos actuado con frialdad, pero era lo único que podíamos hacer para mantener el orden en el dispensario.

—Lo entiendo.

—Sí, me imaginaba que lo harías. Pero estabas trabajando en un informe con Tahara, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces se nos presenta un problema, ¿no es así?

—Así es, pero pensaba reunir la información yo solo.

—¿De veras? —El jefe del dispensario asintió y lo consideró por un momento—. Todavía no he hablado del tema con el doctor Ii, pero ¿qué te parecería ayudar a Kurihara con su trabajo? Evidentemente el motivo sería completar el informe que tiene ahora entre manos...

—¿El informe del doctor Kurihara?

—Sí. Dentro de un tiempo construiremos un centro de investigación del cáncer en el hospital, pero primero hay que llevar a cabo muchos preparativos. Kurihara está trazando la relación entre los tratamientos anticancerígenas y la cirugía. ¿Te interesaría investigar en esa área?

Eiichi analizó con rapidez las palabras del doctor Uchida —o más bien, lo que implicaban. Así que el doctor Ii le había ordenado a Kurihara que enlazara la compañía farmacéutica de su padre y el nuevo centro de investigación del cáncer.

—¿Cuándo se terminará el centro?

—Esperamos que el año que viene. Por supuesto deberá ser nuestro dispensario y no otro el que tenga autoridad administrativa central. Eso es algo que tenemos que conseguir. Nos gustaría que nos ayudaras en esto. Le hemos hablado muy bien de ti al doctor Ii...

Tras separarse, Eiichi se dirigió al metro. Mientras esperaba en el andén a que llegara el tren, estuvo rumiando lo que le había dicho el doctor Uchida.

Tendremos un centro de investigación del cáncer en el hospital. El doctor Uchida y el doctor Ii quieren que su propio dispensario se encargue de la administración. Por eso tenían en tan alta estima a Kurihara. Tenía un fabricante farmacéutico apoyándole. Tendrán que solicitar una cantidad enorme de fondos para la investigación a cambio de usar medicamentos contra el cáncer fabricados por esa compañía farmacéutica.

Eso quiere decir que Kurihara va a ser cada vez más imprescindible para el Viejo. Esa idea le deprimía enormemente. Para Eiichi había dos grupos de personas: los que triunfaban gracias a la influencia de sus padres sin esforzarse, y los que, por mucho que lo intentaran, seguían siendo los vestigios de la humanidad porque no tenían a nadie que los apoyara.

«Como Tahara —pensó Eiichi—. ¿Y si le apoyaban como a Kurihara? Si fuera así, nunca lo habrían echado del dispensario como un par de sandalias viejas, exiliado en las provincias. Me pregunto si esto significa que voy a tener que pasar el resto de mi vida trabajando para Kurihara».

Valoró el grosor del muro que le bloqueaba el paso. La obstrucción parecía ser más fuerte de lo que había imaginado. La única forma de atravesarlo era conseguir el mismo tipo de apoyo que tenía Kurihara.

Una mujer... La idea le vino a Eiichi con una claridad apabullante al agarrarse al asidero del metro. Casarme. Tengo que encontrar una mujer que me ayude a escalar puestos. El rostro inocente de Yoshiko Ii apareció ante sus ojos una vez más. ¡Si

podiera casarme con su hija! Pero eso es más que imposible ahora mismo. ¿Quién podría imaginarse a la hija del médico casada con un simple empleado pobre del dispensario?

Era tarde cuando llegó a casa, y sus padres parecían estar durmiendo. Su hermana Yumi abrió la puerta.

—¿Quieres comer algo?

—No —respondió de forma huraña. Tenía ganas de pagar su mal humor con alguien—. Dame agua.

—Has estado bebiendo otra vez, ¿verdad?

—¿Qué más te da a ti? ¡Dame agua!

—Alguien te llamó —dijo Yumi mirándole a la cara—. Una tal Keiko. Enfermera. Eiichi pareció abatido y no dijo nada.

—Quiere que la llares.

Entró en la sala de estar y se bebió de un trago el agua que le había traído su hermana.

—Es inútil tratar contigo cuando estás enfadado. —Yumi siguió allí de pie—. ¿Ha pasado algo en el hospital?

—Déjame en paz. Vete a la cama.

Sonó el teléfono en el recibidor.

—Debe de ser ella, la enfermera... A lo mejor era ella la que hacía todas esas llamadas tan raras. ¿Ha pasado algo entre los dos?

Eiichi fue al recibidor sin contestar. Cuando descolgó, oyó la voz de Keiko decir «¿Hola?». Colgó sin decir palabra.



Al día siguiente, el doctor Ii hizo su ronda.

Como siempre, los hombres vestidos con sus batas blancas rodearon al médico en el pasillo del ala, donde se había hecho el silencio repentinamente. Desaparecían en una habitación y luego volvían a salir y se metían en otra.

Tahara ya no pertenecía a ese grupo. Un empleado del dispensario llamado Umemiya se había hecho cargo de los pacientes que trataba él.

El doctor Ii asentía con seguridad al oír las quejas de cada paciente. Ocasionalmente colocaba el estetoscopio en su pecho mientras hablaba con ellos, usando palabras que les garantizaban la recuperación.

Incluso cuando se sacó el estetoscopio de las orejas y le habló al presidente de una compañía con cáncer de pulmón, al que supervisaba Eiichi, el doctor Ii dijo:

—Cuando se ponga bien, me gustaría jugar al golf con usted.

De pronto, un atisbo de esperanza brilló en los ojos de ese paciente demacrado.

—¿Me pondré lo suficientemente bien como para jugar al golf?

—¡Claro! Bueno, sólo si sigue mis instrucciones y se cuida mucho...

Eiichi permanecía de pie a un lado respetuosamente, escuchando la conversación y registrando en su mente los comentarios que se debían hacer a un paciente incurable.

Pero cuando salieron al pasillo, el Viejo susurró:

—Doctor Uchida, ya va siendo hora de decirle la verdad a los familiares de este paciente... ¿Quién está en la siguiente habitación?

—Es una paciente nueva que llegó ayer. —Kurihara barajó las gráficas con las manos y respondió apresuradamente—. La enviaron a cirugía desde interna. No pudieron localizar un tumor en la exploración manual, pero dio positivo en el DKIK. Las imágenes en relieve indican cierto cambio patológico.

El médico asintió con gravedad y se detuvo en la puerta de la habitación privada. El nombre de la tarjeta era «Aiko Nagayama».

Cuando el grupo entró en la habitación, la paciente se incorporó y se ajustó la bata al pecho.

—Por favor, relájese —dijo el médico afablemente—. ¿Cómo se siente después de su primer día en el hospital?

—Dormí como un tronco, gracias. —Una sonrisa triste cruzó su rostro pálido. Era una mujer elegante de grandes ojos.

—¿Puede encoger las rodillas, por favor? —Kurihara y la enfermera jefe la ayudaron para facilitar la exploración del abdomen. Ella se sonrojó cuando le abrieron la bata y el pecho quedó expuesto a la mirada de todos esos jóvenes doctores. Pero el doctor Ii no le prestó atención y se inclinó hacia ella.

—¿Le duele aquí? —preguntó.

—Sí.

—¿Había tenido problemas de estómago antes?

—No. De pronto empecé a perder peso sin más.

—Ya veo...

Se hizo el silencio durante un instante. El Viejo frunció el ceño al examinar las radiografías de estómago.

—Vamos a hacer dos o tres pruebas. Por supuesto, no hay nada de qué preocuparse. Como mucho será una úlcera de estómago.

Pero todos sabían que estaba mintiendo. Las radiografías indicaban claramente que había una anomalía.

Al finalizar las rondas, cuando el grupo se estaba despidiendo del Viejo en la puerta del ala, de pronto el doctor Ii se giró.

—Señor Ozu.

El Viejo casi nunca se dirigía a la gente de posición tan baja como la suya, de modo que Eiichi temió haber metido la pata durante las rondas.

—Sí, señor —respondió, apartándose del grupo sin comprender.

—Verás. —Una sonrisa afable apareció en el rostro vigoroso del médico—. Quería darte las gracias por ocuparte de mi hija cuando se lastimó el ojo. Me pidió

que te agradeciera todo lo que hiciste.

—Fue un placer. ¿Cómo está?

—Como si no hubiera pasado nada.

Eiichi no sabía que la cara adusta del Viejo podía llegar a parecer tan alegre al hablar de su hija.

El doctor y el jefe del dispensario salieron del ala juntos y se encaminaron al laboratorio de investigación del edificio principal.

Los empleados del dispensario agitaron los brazos como si se hubieran librado de una carga pesada. Encendieron sus cigarrillos y cada uno se fue por su camino. Tenían media hora libre antes del mediodía.

«¡Vaya!», pensó Ozu, saboreando la satisfacción que crecía en él. «¡Así que no se ha olvidado del todo de mí!».

Aprovecha cualquier oportunidad. Si ahora se cruzaba de brazos y se relajaba, sería el fin de su relación con ella. Era mucho mejor considerar lo que le había dicho el doctor Ii como una oportunidad de oro.

Se acercó al teléfono rojo del pasillo. Tras titubear por un instante, miró su agenda y marcó un número.

Respondió una sirvienta. Tras una pausa oyó la voz de Yoshiko.

—¡Dios mío! —La inesperada llamada la sorprendió—. ¿Qué tal? —Le agradeció lo de aquel día en el hospital—. ¡Y me encanta el disco!

—No has vuelto al hospital desde entonces. Estaba preocupado por ti. ¿Cómo va el ojo?

—Esa medicina me curó por completo.

Esto agotaba los temas de conversación, y Eiichi temía tener que colgar, pero Yoshiko acudió al rescate.

—He empezado a dar clases de golf.

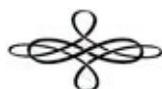
—¿Golf?

—¿Juegas?

—No. Me he planteado aprender, pero no es algo que pueda permitirse un médico pobre...

—No seas tonto. En el campo de práctica te dejan los palos. A mí me los presta un amigo. —Se quedó pensativa durante un instante—. ¿Te gustaría venir a jugar conmigo? ¡Sí, vamos! Este sábado... —le invitó inocentemente.

Eiichi colgó y se pasó la lengua por los labios. «Me alegro mucho de haberla llamado», pensó, deleitándose con el placer que sentía cuando conseguía algo...



El sábado de la cita fue en taxi al campo de práctica de golf, que se encontraba en un área cubierta de hierba. A través de la ventanilla vio a Yoshiko esperando en la

entrada. Llevaba pantalones y una gorra. La saludó con la mano y ella levantó ligeramente la suya a modo de respuesta.

—Es increíble —murmuró Eiichi mirando la multitud de hombres y mujeres que intercambiaban palos de golf en el césped verde.

Tal y como le había dicho Yoshiko, el campo de práctica ofrecía palos. Al no saber cómo funcionaba el juego, compró sólo un par de guantes, y siguiendo las instrucciones de Yoshiko, cogió un palo del número uno y se dirigió al campo.

—Voy a buscar un instructor.

—¿Un instructor?

—Sí. Tienen monitores profesionales.

Unos minutos después, llegó un joven bronceado y saludó a Yoshiko.

—Para empezar puede practicar el golpe que le enseñé la última vez y dominarlo del todo. —Miró a Eiichi—. Usted también puede probar. —El joven les enseñó cómo agarrar el palo, la posición de los pies y el movimiento del palo. Entonces dijo —: Ahora practiquen como les he enseñado.

A Eiichi no le entusiasmaba la idea de quedar como un zoquete delante de Yoshiko.

—Muy bien, señorita —alabó el monitor. Entonces, ladeó la cabeza y le dijo a Eiichi—: Lo siento, pero se mueve como un acordeón.

—¿Un acordeón?

—Sí. Agacha demasiado la cabeza. Manténgala en una posición natural. Pondré esto aquí y usted balancee el palo sin mover el cuerpo arriba y abajo. —Colocó su propio palo contra la cabeza de Eiichi. Yoshiko lo miró y se echó a reír.

Eiichi se desanimó por completo al ver que manejar los palos de golf, que parecían tan sencillos, era más difícil de lo que parecía. Yoshiko podía golpear las pelotas que iba colocando en el suelo, pero él le daba al aire. Y el monitor le ignoraba por completo mientras se concentraba en enseñar a Yoshiko.

—¿Por qué te has dado por vencido? —Yoshiko se metió con Eiichi al verlo de pie con el palo de golf entre las piernas, fumando un cigarrillo.

—Al parecer no se me da bien.

—No se preocupe. Es normal no darle a la pelota al principio. —El monitor no tardó en animarle—. Cuando se libere del acordeón, tendrá un buen estilo.

Eiichi volvió a coger el palo y se colocó frente a la pelota blanca. Estaba observándola cuando de repente se transformó en una pelota de tenis, y ante sus ojos apareció la cara de Kurihara manejando una raqueta.

¡Mierda!

Por primera vez, percibió una resistencia agradable en la madera y oyó un sonido estimulante.

—¡Buen golpe! —gritó el monitor—. Así se hace. ¡Ya lo tiene controlado!

Eiichi sonrió irónicamente y asintió. Yoshiko jamás sabría lo que había pasado por su cabeza al mirar la pelota blanca.

—El sonido del palo te indica cuándo te has colocado bien —añadió.

Practicaron hasta vaciar dos cestas de pelotas y después se relajaron en la recepción del campo de entrenamiento.

—Eres todo un atleta —dijo Yoshiko—. Le has dado a casi todas las pelotas de la segunda cesta.

—No soy nada bueno. —Eiichi forzó una sonrisa—. «Golpear con efecto», ¿se dice así? Cuando consigo darles, acaban yéndose hacia un lado. El monitor me advirtió que si estuviera en un curso, estaría recogiendo pelotas.

—Pero eres mucho mejor que yo.

—¿Cuántas veces has venido a practicar?

—Sólo cinco o seis. El señor Kurihara me trajo aquí la primera vez.

—El señor Kurihara te enseña de todo, ¿verdad?

La voz de Eiichi sonó sarcástica inintencionadamente, pero Yoshiko respondió con inocencia:

—Sólo a esquiar y a jugar al golf.

—Supongo que mantienes una relación más estrecha con el señor Kurihara que con el resto de los empleados del dispensario, ¿no?

—Bueno... Los demás apenas vienen a casa.

«Esta chica todavía no conoce la maldad en el mundo —pensó Eiichi—. Seguramente nunca ha experimentado el amor ni la ha traicionado ningún hombre».

—Pero llamar a casa al doctor Ii requiere mucho valor. Para nosotros, eres una mujer de otro mundo.

—¿Por qué? ¡Qué horror! —Yoshiko frunció el ceño y lo miró muy seria.

—Bueno, la vida no te ha presentado grandes dificultades. Y probablemente acabarás casada con un joven de una familia de bien —alguien como Kurihara— y vivirás feliz para siempre. Los miserables empleados del dispensario no podemos ni imaginar una vida como esa.

—¡A mí no me gustaría vivir una vida como esa! Quiero ser feliz, evidentemente, pero me compadecería de mí misma si acabara encontrando la felicidad de la manera más común. —Entrelazó las manos y apoyó la cabeza en ellas, riéndose de forma coqueta.

—Entonces, ¿qué clase de persona te gustaría como marido? —preguntó Eiichi como si nada, encendiendo un cigarrillo y apartando los ojos de los suyos.

—¿Qué clase de persona...? Alguien que se arriesgue.

—¿Que se arriesgue?

—Sí. Por algún motivo no me interesan las personas que lo tienen todo en bandeja de plata.

Eiichi pensó que había oído esas palabras antes. Ah, sí. Era una de las cosas que decían sobre el matrimonio las chicas jóvenes que no sabían nada del mundo y no habían experimentado la agonía de la existencia.

—¿Te hace gracia? —preguntó Yoshiko al ver la fina sonrisa de Eiichi.

—No. La verdad es que no. —Se puso serio de pronto—. Pensaba en lo claras que tienes las cosas.

—¡Pero estoy hablando de cosas de las que no tengo ni idea!

Él la observó mientras ella se ruborizaba ligeramente, y se le ocurrió que tenía posibilidades de seducir bastante rápido a esa jovencita tan dulce.

Aquel día se despidieron en el campo de práctica, pero Eiichi le pidió que volvieran a quedar.



Al día siguiente, cuando Eiichi volvió al dispensario, Kurihara, que rara vez iniciaba conversaciones con él posiblemente por ser su superior, se acercó y le dijo:

—Me han dicho que has ido a jugar al golf con la hija del doctor Ii.

—Sí. —Eiichi se sintió algo incómodo—. Llamó y me invitó...

—¿Ah sí? —Kurihara no dijo nada más sobre el tema, pero Eiichi percibió cierto descontento en su cara larga de muchacho—. Bueno, como te dijo el doctor Uchida, vamos a trabajar juntos en un informe...

—Estoy deseando empezar.

—¿Te acuerdas de la mujer que ingresó el otro día? Parece que se trata de cáncer de estómago...

—Ya veo. —Mientras hablaba Kurihara, Eiichi visualizó la cara de la mujer de mediana edad y ojos grandes que había visto el día que el doctor estaba haciendo las rondas. Se llamaba Aiko Nagayama.

—Estoy pensando en elegirla como caso para nuestra investigación. Es mi paciente, pero, ¿te gustaría ayudarme con ella?

—Claro.

Kurihara asintió con aire de superioridad.

—Bueno, mañana le haremos unas fotografías del estómago. Examínala bien antes.

Después de pasarse por las habitaciones de sus propios pacientes, Eiichi hizo lo que le había dicho Kurihara y llamó a la puerta de la habitación de la mujer. No respondió, así que la abrió lentamente. Había una maceta en el alféizar de la ventana. La mujer estaba durmiendo con la cabeza inclinada a un lado.

—¡Oh! —Los movimientos de Eiichi la despertaron, y se sentó en la cama, ajustándose el cuello de la bata.

—¿Cómo se encuentra? —Eiichi miró las flores del jarrón que habían colocado en el centro de la habitación—. Están muy bonitas, ¿verdad?

Sacó el estetoscopio y se lo colocó en las orejas.

—Mañana le haremos unas fotografías del estómago. Por favor, no tome nada para desayunar.

—Eh... ¿qué ha pasado con el doctor Kurihara? —preguntó con inquietud.

—El doctor Kurihara vendrá también, por supuesto. Desde hoy nos encargaremos los dos de sus pruebas.

—¿Tan mal estoy?

—No, no. El doctor Kurihara está muy ocupado, así que le estoy echando una mano. Yo soy Ozu.

Al oír el apellido Ozu, miró a Eiichi de forma misteriosa.

—¿Duele la cámara en el estómago?

—La verdad es que no. Claro que a las mujeres no les hace mucha gracia que la gente eche un vistazo a sus estómagos.

Ella se rio como una madre a la que su hijo le estuviera gastando una broma.

—No debe sentir vergüenza en un hospital. Tiene que ser valiente. —Éstas eran las palabras que le había dicho en una ocasión el Viejo a una paciente joven. Eiichi se las repitió textualmente a la mujer—. ¿Cuánto peso ha perdido?

—Unos cinco o seis kilos. Ni siquiera me di cuenta... Todo el mundo me decía que había adelgazado mucho.

Eiichi movió el estetoscopio.

—Normalmente la gente que convive contigo no se da cuenta cuando adelgazas. ¿Su marido notó algo?

—No —agitó la cabeza—. No tengo marido. Murió... hace mucho tiempo.

—Ya veo...

Estas conversaciones no tenían sentido. El doctor siempre hacía preguntas para relajar al paciente durante la exploración.

—¿Qué enfermedad tenía su marido?

—No era una enfermedad. —Sonrió con cierta tristeza—. Murió en la guerra.

Eiichi se quitó el estetoscopio. Pertenecía a una generación en la que los conceptos como «guerra» y «murió en la guerra» se antojaban muy lejanos. Siempre se rebelaba instintivamente hacia las personas de la edad de su padre que empezaban a contar historias de la guerra en cualquier contexto.

Un cierto aroma a perfume flotó en el aire cuando ella volvió a colocarse la bata tras la exploración. Él no lo había notado antes, pero la paciente parecía haber pulverizado perfume en la bata de hospital.

—Mi padre también estuvo en la guerra.

—¿En la Armada?

—No, en el Ejército. He oído tantas historias de la guerra desde niño que estoy harto de ellas. No me parecen reales.

—Supongo que no... —De nuevo apareció una sonrisa en sus mejillas—. Mi hermana pequeña dice que detesta oírme hablar de la guerra y nada más que la guerra... «¡La guerra terminó hace mucho!», me dice.

—Estoy de acuerdo. —Eiichi jugueteó con el estetoscopio dentro del bolsillo—. Bueno, nada de desayuno mañana. Después de hacer las fotos del estómago podría tener algo de fiebre, pero no tiene por qué preocuparse.

Cuando salió de la habitación ya no recordaba la cara de su paciente. Lo único que le importaba eran los gráficos que indicaban el estado de su enfermedad. Después de mirarlos en la sala de enfermeras, descolgó el teléfono y llamó a Kurihara al dispensario.

—Acabo de examinarla.

—¿Cómo está?

—Como indican los gráficos. ¿Usaremos mañana la cámara gastrointestinal GFT?

—Sí, eso había pensado.

—¿Les digo que preparen Opistan aparte del Atropin y el Puscopan?

—Bueno, siendo mujer... podría ser demasiado sensible. ¿Crees que deberíamos usar Opistan?

El tono de Kurihara era en todo momento el de un superior dando órdenes a alguien inferior. Eiichi se dio cuenta de que por muy bien que saliera un informe a partir de su colaboración conjunta, el mérito acabaría siendo del miembro más antiguo, Kurihara. Así eran las cosas en el dispensario.

«No dejaré que eso ocurra», se dijo a sí mismo al colgar el teléfono.

Cuando volvió a casa aquel día, más temprano de lo normal, los zapatos de su padre estaban colocados en la entrada.

—¡Oh, gracias a Dios! —Su madre apareció en la puerta de la cocina—. Tu padre no se encuentra bien y ha vuelto del trabajo pronto. Dice que ha vomitado.

—Ah.

—¡Échale un vistazo!

—¿Echarle un vistazo? No será nada. —Aunque Eiichi era médico, le molestaba tener que examinar a un miembro de su propia familia. Cada vez que su hermana se resfriaba, le decía que se tomara una medicina y se fuera a la cama.

—Tu padre quiere que le echés un vistazo. Por favor...

Eiichi se cambió de ropa y entró a regañadientes en la habitación en la que estaba echado su padre. Se había tumbado en su futón y estaba leyendo el periódico vespertino.

—Me ha dicho mamá que has vomitado.

—Sí, en el trabajo. De pronto me entró un dolor en el estómago. Justo después de comer.

Eiichi se sentó junto a la almohada de su padre, cambiando de sitio la cacerola que habían puesto ahí. Dentro había un periódico, pero vómito no.

—¿Qué has comido?

—Estaba con un cliente, así que comimos juntos en la cafetería del trabajo.

—¿Tu cliente se encontró mal?

—No lo sé. Se fue justo después.

—¿Alguien más de la oficina vomitó?

—No, yo fui el único.

Eiichi apartó las mantas y colocó las manos sobre el estómago de su padre. Ozu observó satisfecho los movimientos que hacía su hijo.

—Está un poco inflamado.

—No es nada, ¿verdad? Estoy en esa edad...

—Claro que no. —Eiichi esbozó una sonrisa burlona—. Si fuera cáncer tendrías otros síntomas diferentes. No comas nada esta noche y duerme. No creo que necesites tomar nada...

—¿Puedes saber sólo por el tacto si es cáncer o no? —preguntó Ozu mientras agarraba la manga de su hijo, que ya se iba.

—El treinta por ciento de las veces. Se sabe si hay pérdida de peso, o por el aspecto... —De repente pensó en la mujer a la que había explorado hoy—. Precisamente hoy estuve explorando el estómago de una paciente nueva que al parecer tiene cáncer de estómago. No podría saberlo sólo por el tacto, pero uno de sus síntomas era una bajada rápida de peso.

—¿Puedes hacer algo por ella?

—Bueno, si el cáncer se limita sólo a las membranas del estómago, hay posibilidades de que se recupere del todo. Pero seguramente se haya extendido...

—Qué pena. Supongo que no se lo has dicho, ¿no? ¿Es una mujer mayor?

—Tiene tu misma edad. Viuda. Dijo que su marido había muerto en la guerra. Ahora duerme un poco.

Su padre parecía querer seguir hablando, pero Eiichi se dio la vuelta y volvió a la sala de estar.

—¿Cómo está? —Su madre estaba apilando los platos.

—Algo le ha sentado mal. Estará bien —respondió con brusquedad.

—¿Puedo hacerle cereales de arroz?

—No le des nada de comer.

Encendió el televisor, pero no tardó en volver a apagarlo. El olor y la atmósfera de esa casa le asqueaban.

OCHO

EL NUEVO EMPLEADO

Después de que Eiichi saliera de la habitación, Ozu cerró los ojos e intentó dormir. Le había gustado que su hijo lo examinara. Últimamente Eiichi apenas le había dirigido la palabra, pero era muy agradable saber que mostraba cierta preocupación por él cuando estaba enfermo.

«Después de todo, hay algo de bondad en él», pensó.

Ozu cerró los ojos y colocó la mano en el estómago, que aún le molestaba, y poco a poco empezó a entrarle sueño. En ese estado de somnolencia volvió a venirle a la mente la imagen de Fletán.

A ver... ¿cuántos meses pasaron después de la graduación de Nada hasta que recibí una carta suya...?

Recordaba que, después de la graduación, pasaron un tiempo sin escribirse. Pero un día, durante las vacaciones de verano de la escuela preparatoria de la Universidad P., llegó una carta. El sello era de Akō, el lugar donde trabajaba Fletán, y había una instantánea dentro del sobre. Era una foto de la cara triste de Fletán, con el pelo alisado y un traje holgado.

«Cada día oigo discursos sobre el espíritu miserable del comerciante de Osaka. Voy a ahorrar un montón de dinero y hacerme rico». Fletán había garabateado estas palabras detrás de la foto. Y la carta relataba el tipo de formación que había recibido en la empresa durante los últimos dos meses.

El primer día de trabajo, el presidente les pidió a Fletán y a otros dos empleados nuevos que se presentaran en su oficina.

—Bueno. —Había un reloj de oro colocado en el escritorio, delante del presidente, un hombre de cincuenta años que tenía un diminuto bigote. Su charla fue breve—. En cuanto al espíritu de nuestra empresa, se basa en el hecho de que no desperdiciamos nada. Eso significa que no tiráis nada. Eso significa que ahorráis. Creé esta empresa con ese espíritu, así que quiero que cada uno de mis empleados trabaje con ese objetivo en mente.

El presidente miró a Fletán.

—¿Entiendes lo que quiero decir?

—No. —Los ojos de Fletán parecían soñolientos.

—Mirad esto. —El presidente señaló el traje de tres piezas que llevaba—. ¿Durante cuántos años diríais que he llevado este traje? —preguntó.

—Dos años —respondió Fletán.

«Un año», «tres años», respondieron los otros dos empleados.

—¡Mal! —El presidente meneó la cabeza—. Diez años. Recordad esto si compráis un traje y lo pagáis a plazos mensuales: si cepilláis el traje con cuidado cada

noche al llegar a casa, podréis llevarlo en condiciones durante diez años. No permitiré que ninguno de vosotros se compre un traje nuevo en los próximos diez años. Sin ese tipo de resolución, nunca ahorraréis.

—Sí, pero... —Fletán frunció los labios—. Cuando los pantalones se desgastan, se vuelven brillantes.

—En ese caso, coges un poco de harina y la espolvoreas en los pantalones, y después los sacudes con una toalla húmeda y el brillo desaparece. Mirad estos zapatos. Los he llevado durante siete años. Si tenéis cuidado al caminar y no sois unos holgazanes a la hora de cuidarlos, un par de zapatos os durará siete u ocho años. Esa es la mentalidad de esta empresa.

Los ideales del presidente —La tacañería es el espíritu de nuestra compañía— habían penetrado en los empleados, y en un santiamén, Fletán y los otros pasaron a formar parte de una compañía que los obligaba a recitar cada mañana las siguientes palabras:

1. No existe la basura.
2. Antes de tirar algo, piensa en darle un posible uso.
3. El que se ríe de un céntimo, llorará por un céntimo.
4. El polvo acumulado hace una montaña.

En la oficina, que no era más que una tienda antigua y oscura de la que se había apropiado la empresa, los empleados tenían prohibido por orden estricta del presidente tirar una simple página de periódico, un panfleto o un sobre que hubieran traído de fuera.

—Si guardáis los panfletos, podéis escribir una nota detrás —decía siempre el presidente a sus empleados—. En cuanto al correo que recibimos, si le damos la vuelta a los sobres, podemos utilizarlos para las cartas que enviamos. Si encontráis trozos de cuerda en la calle, traedlos. Podremos darles algún uso. ¡Eso es lo que llamamos la Vía del Comerciante!

Rara vez se permitía llamar por teléfono a los clientes.

—Si tenéis que ver a un cliente cerca de aquí, id caminando. Si está tan lejos que no podéis ir caminando pero no corre prisa, enviad una postal. Utilizad el teléfono sólo cuando no haya alternativa.

Al escuchar estas charlas del presidente, por algún motivo Fletán pensó de repente en sus compañeros de clase de la Escuela Secundaria Nada. Si quería triunfar como los que habían ido a escuelas superiores, no tenía más opción que hacerse rico. Y la tacañería del presidente de esta empresa aumentó enormemente el interés de Fletán.

«Así que ahora seré tacaño, ahorraré como el presidente y tendré éxito —había garabateado Fletán en la carta dirigida a Ozu—. Para mí el dinero no lo es todo, pero creo que cuando no lo tienes, los demás se burlan de ti, y no puedes valerte por ti mismo. Cuanto antes me independice, mayores posibilidades tendré de que ella se fije en mí. Todavía no la he olvidado. Pienso en ella cada día. Supongo que no llegaré a

casarme con ella, pero si vuelvo a verla, no me gustaría ser el tipo de persona a la que ella pudiera mirar por encima del hombro».

En la siguiente carta, Fletán le contó la admiración total que había desarrollado por el presidente.

«Dice que cuando sale con un cliente, siempre va a un restaurante *sukiyaki*. ¿Te imaginas por qué?».

Si hubiera, pongamos, cinco personas para almorzar, incluyendo a los clientes, el presidente haría una reserva para tres en el restaurante *sukiyaki*. Entonces haría que un empleado nuevo, como Fletán, comprara en secreto carne suficiente para dos en una carnicería y la trajera. Cuando no mirara la camarera, añadiría rápidamente la carne a la que habrían servido.

«Así puedes dar de comer a cinco por el precio de tres. Y el presidente se reía, porque podía servirse gratis toda la salsa de soja y el azúcar que quisiera. Me quedé muy impresionado».

Al leer las cartas, Ozu se sintió aliviado al ver que Fletán iba progresando en el nuevo entorno. Parecía ser el tipo de persona que se desenvolvía bien en cualquier ambiente. Pero evidentemente no se le ocurrió que Fletán pudiera acabar siendo engullido de verdad por el espíritu de la tacañería de su empresa.

Así que, cuando volvió a ver por fin a Fletán después de un largo periodo de tiempo, Ozu se llevó más de una sorpresa.

El día que Fletán volvió a Osaka desde Akō para el Festival Obon, Ozu fue a buscarlo a la Estación Sannomiya. Al llegar el tren a la plataforma, Ozu se inquietó por lo que pudiera pensar Fletán de su uniforme de la Universidad P.

En la plataforma del lado contrario había una pancarta con el mensaje «¡Saludos a los soldados que se marchan!» escrito en letras grandes. Debajo de la pancarta, una familia despedía a un hombre que llevaba un traje y el pelo muy corto. Estaba esperando el tren. Estaba claro que se iba a la guerra. Al verlo, Ozu empezó a sentirse mal por ser estudiante y bajó la vista.

El tren de Fletán llegó a la plataforma lentamente.

—¡Eh! —Ozu vio la cabeza de Fletán asomándose mientras agitaba la mano.

Su rostro poco impresionante no había cambiado nada. Llevaba un traje de segunda mano y zapatos rojos, y a Ozu le pareció como un niño disfrazado de adulto. Se había hecho la raya en medio y llevaba el pelo aplastado a cada lado gracias a una sustancia perfumada. Era exactamente el tipo de broma extravagante típica de Fletán.

—No te había reconocido, ¡en serio! Pareces un cantante pop.

—¿De veras? —Fletán se llevó la mano a la corbata con orgullo—. Se me ocurrió darle una sorpresa a mi madre. Estoy pagando todo esto en plazos mensuales.

—¿Vas a trabajar así cada día?

—¿Bromeas? Si lo hiciera, el presidente se enfadaría mucho. Un comerciante no puede llevar ropa elegante. En el trabajo llevas ropa de trabajo. —Fletán echó un

vistazo al uniforme de la escuela preparatoria que llevaba Ozu—. Aunque esto me gusta más —suspiró.

Salieron de la estación y fueron a un salón de té que había cerca de allí. Ozu se sentía orgulloso de poder ir libremente con otros adultos a los salones de té que estaban prohibidos para ellos durante la secundaria.

Una vez sentados en el reservado, Ozu sacó un paquete de cigarros Gold Kite y le dio golpecitos a uno de ellos con el dedo.

—¿Quieres uno? —Quería que Fletán viera que desde que había salido de la escuela secundaria, había cogido el hábito de fumar cigarrillos.

Fletán le dedicó una amplia sonrisa y sacó del bolsillo de su traje un paquete marrón amarillento. Era un paquete de cigarrillos Beacon, una marca aún más cara que Gold Kites.

—¿Qué es eso? Eres un poco extravagante, ¿no? —Ozu estaba sorprendido—. En tu carta decías que estabas entusiasmado por el espíritu de la tacañería... ¡pero no te estás ciñendo a él en absoluto!

—¡Te equivocas! Ésta es la forma en que lo hace un auténtico tacaño. —Fletán meneó la cabeza—. El presidente me lo enseñó. Si compras cigarros baratos como Gold Kite, te los fumas todos sin pensarlo. Pero si compras cigarros caros, apenas fumas y no se acaban. Además, queda bien sacarlos delante de la gente. Matas dos pájaros de un tiro.

Le mostró a Ozu el interior del paquete. No había tocado ni un cigarro.

De pronto, Fletán gritó:

—¡No tires la cerilla! Tienes que guardarlas con cuidado en una caja. En este mundo todo es útil, como esas cerillas usadas. Si las guardas, podrás encender un fuego debajo de la bañera.

Ozu reprimió una sonrisa al oír estas palabras, idénticas a las enseñanzas del presidente de la compañía. Miró a su amigo a la cara, pero la expresión de Fletán era totalmente seria.

Entonces se oyó un revuelo provocado por una multitud en el exterior. Vieron a través de la ventana a los miembros de la Liga de Defensa de las Mujeres, que llevaban banderas de papel con el sol naciente impreso en ellas. Parecían cansados.

—Alguien se va a la guerra —murmuró Fletán—. Están reclutando por todas partes.

—Sí...

—Es horrible. A lo mejor acabamos yendo nosotros.

Ozu asintió en silencio, pero todavía no podía imaginarse a sí mismo como soldado. Su situación era diferente a la de Fletán. Un gran abismo comenzaba a abrirse entre Ozu, que tenía un aplazamiento militar, y Fletán, que carecía de él.

—Ojalá acabara la guerra.

—Hablemos de otra cosa. —Ozu quería que el encuentro con Fletán, al que no había visto desde hacía tiempo, fuera más animado—. ¡Tus historias tacañas son

mucho más interesantes!

—Sí. ¿Te cuento lo de la prueba del presidente? Cogerá por sorpresa a un empleado nuevo y le hará una prueba rara. Dice que puedes saber al instante si una persona llegará a ser rica sólo con mirar su cartera.

—¿Qué clase de prueba es?

El clamor de la muchedumbre se desvaneció poco a poco en la distancia. Un cliente entró en el salón de té.

—Enséñame tu cartera.

—¿Mi cartera?

—Sí.

Cuando Ozu sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón, Fletán la miró con los ojos soñolientos.

—No. ¡Nada! —Agitó la cabeza con una expresión seria en el rostro—. Nunca serás rico.

—¿Por qué no?

—Hay cinco billetes de diez. Y tú tienes tres billetes de cincuenta, ¿no?

—Bueno... ¿y qué tiene de malo?

Fletán le devolvió la cartera y respondió en voz baja, como si estuviera enseñándole a su amigo una lección importante:

—Es lo que dice siempre el presidente. La gente gasta las monedas pequeñas con mucha facilidad. Cuando tienes dinero de poco valor, lo gastas como loco. Así que cuando consigues cinco billetes de diez, los cambias por una moneda de cincuenta sen. Cuando tienes dos monedas de cincuenta, consigues un billete de un yen. Cuando tienes diez billetes de un yen, los ingresas en el banco. Sin ese método, nunca se hará uno rico... Es totalmente cierto.

—Tienes en gran estima a tu presidente, ¿verdad?

—Sí, creo que es un gran hombre. Se entrega al máximo. Cuando alguien se entrega tanto, casi puedes sentirlo.

Personalmente, Ozu consideraba al presidente un avaro obsesionado con el dinero, pero no se atrevió a expresar su opinión. Le tranquilizaba ver que su amigo, que no había podido continuar los estudios, estaba satisfecho con su situación actual.

—Entonces te ha ido bien, ¿no? Lo de trabajar en una empresa.

—Sí, creo que sí.

Cuando se levantaron para marcharse, Ozu intentó pagar la cuenta, pero Fletán dijo:

—Yo me encargo.

—¡Si haces eso, estarás quebrantando tu espíritu de la tacañería!

—Hoy haré una excepción. Hace mucho tiempo me compraste una salchicha en el Santuario Ebisu. —Entonces Fletán miró a Ozu de manera acusadora al ver cómo tiraba el paquete de cigarrillos, ya vacío, a la basura—. No tienes remedio. Si guardaras ese paquete, podrías encontrarle un uso. Todo es útil en este mundo.



Pasaron varios meses. Se racionaron el azúcar y las cerillas, a los restaurantes sólo se les permitía abrir de cinco a ocho, y se amplió el periodo de entrenamiento militar en la Universidad P. El alboroto de la escena bélica se volvió más acusado. Pero la vida de un estudiante seguía siendo la vida de un estudiante.

Al principio, a Ozu le había costado acostumbrarse a la vida en la escuela preparatoria, pero con el tiempo hizo amigos nuevos. Estos amigos le enseñaron a saltarse las clases para jugar al mah-jong en el piso de alguno de ellos, o para jugar al billar. Cogió el hábito de fumar y aprendió a untar de aceite la gorra de su uniforme para hacerla brillar como el cuero.

De modo que, poco a poco, la figura con ojos soñolientos de Fletán se desvaneció de su memoria. Se volvió más descuidado a la hora de escribir cartas y la correspondencia de Fletán también llegó a su fin.

Un día soleado de septiembre, los novatos de la escuela preparatoria de la Universidad P. se dirigieron a Amagasaki para trabajar en una fábrica de municiones. La Universidad P. llevaba uno o dos años enviando a estudiantes a efectuar este servicio cada dos meses.

Los jóvenes, vestidos con uniformes militares, pasaban la mitad del día transportando materiales pesados desde el almacén hasta los trabajadores de la planta.

—¿Por qué tenemos que hacer esto? —se quejaban todos—. ¡Hacer que los estudiantes se encarguen de esto no va a ayudar al país!

Cuando estaban bañados en sudor, después de haber tragado una cantidad considerable de polvo del almacén, se les permitía marchar después de este trabajo físico al que estaban tan poco acostumbrados.

Una vez fuera, Ozu y cuatro o cinco de sus amigos tomaban el tren para ir al dormitorio universitario de alguno de ellos para jugar al mah-jong.

Al subir ruidosamente al tren, que estaba bañado por el sol, Ozu miró a su alrededor y entonces contuvo el aliento por la sorpresa.

Aiko Azuma estaba sentada en el centro del vagón del tren.

Había cambiado por completo. Su cuerpo ya no era el de aquella chica vestida con el uniforme de marinero que llevaba el bolso colgado mientras caminaba por la orilla del río Ashiya. Llevaba un kimono blanco puro y se había hecho la permanente. Estaba diciéndole algo a una mujer mayor que iba agarrada al asidero del tren. Sin saber que la observaban, a veces Aiko asentía, y otras miraba por la ventana con ojos tristes.

—¿Qué pasa? —le pinchó uno de sus amigos—. Vas a jugar al mah-jong, ¿no?

—Sí.

Pero la mirada de Ozu estaba fija en Aiko. Le maravillaba cómo había crecido y lo hermosa que estaba. La recordaba como cualquier otra colegiala, igual que el resto.

Pero al verla después de tanto tiempo, se dio cuenta de que había cambiado por completo, como una crisálida transformándose en una mariposa.

Cuando el tren llegó a la estación Kotōen, la mujer mayor que iba con Aiko le hizo señas y cogieron un fardo del estante. Las dos mujeres pasaron junto a Ozu y avanzaron hasta la puerta, sin advertir que él las estaba mirando.

—Ahora ten cuidado —le advirtió la mujer a Aiko—. Si te caes, harás daño al bebé que llevas dentro.

Aiko sonrió y asintió con amabilidad, y después salió por la puerta. Ésta se cerró.

«Al bebé que llevas dentro». Las palabras permanecieron en los oídos de Ozu. «Al bebé que llevas dentro». ¿Entonces ya se había casado? Ozu se sintió como si le hubieran golpeado la cabeza con una maza.

Durante varios días, Ozu debatió consigo mismo si debía contárselo a Fletán o no. Aunque era consciente de que probablemente Aiko acabaría casándose, le había causado mucha impresión encontrársela ahora que era la mujer de otro hombre. Era obvio cómo se sentiría Fletán si lo descubría, sobre todo al enterarse de que estaba embarazada.

Pero el hecho era que Ozu lo sabía. Y como lo sabía, era mejor decírselo a Fletán en ese momento.

«Verás, tengo algo que decirte. No te asustes. Me encontré a Aiko el otro día. No me vio, pero...».

Cuando echó la carta que contenía estas palabras en el buzón, el sobre emitió un golpe seco al caer. Ese sonido le recordó a aquella vez en la que Fletán había echado una carta de amor al buzón de la misma manera.

La respuesta tardó en llegar más de lo esperado. Pasaron tres días, luego cuatro, pero Fletán no envió ni una postal. Ozu sintió cómo la intensidad del dolor de Fletán se transmitía a sí mismo. Conociendo a Fletán, sin duda se habría quedado mirando la carta de Ozu con los ojos adormecidos. Ozu se imaginaba la escena con total claridad.

«¿Por qué será... —se preguntó Ozu un día—, que siempre me preocupo por él? Estoy estudiando en la Universidad P. y tengo una vida propia...»

Pero a pesar de todo, Ozu no podía evitar sentir que la relación entre Fletán y él era muy fuerte. Aunque a veces se olvidaba de él y ya no se escribían, tenía la sensación de que siempre había un motivo que los unía de nuevo...

Tres días después, por fin recibió una carta de Fletán. A Ozu le sorprendió que hubiera enviado un sobre marrón barato por correo certificado.

No había necesidad de enviarlo así...

Cuando Ozu lo abrió, encontró un giro bancario de diez yenes. La carta decía:

«Siento tener que pedirte esto, pero ¿puedes comprarle algo con este dinero? Mi jefe no me da tiempo libre para ir hasta allí, así que te pido por favor que lo hagas por mí. Y dile que rezaré para que tenga un parto fácil. Puedes comprarle algo al bebé. Por favor».

Ozu dedujo que el billete de diez yenes era fruto de los ahorros de Fletán. Seguro que lo había cogido de los ahorros que había estado acumulando desde su conversión a la tacañería.

¡Idiota!, quería decirle a Fletán mientras miraba el billete. ¿No crees que estás yendo muy lejos? No le interesas en absoluto. ¿Por qué gastar en Aiko el dinero que tanto te ha costado ahorrar?

Pero a pesar de reñirle, Ozu sintió una puñalada en el pecho, y recordó la diminuta cabeza morena de Fletán siendo zarandeada por las olas en Ashiya, cuando intentó perseguir a Aiko como loco.

—¡Este tipo es un auténtico incordio! —Ozu chasqueó la lengua y se sentó en la soledad de su habitación—. Se acabó. Después de esto, no pienso atender más peticiones estúpidas...

Ozu no tenía ni idea de qué comprar con el dinero. Fletán le había dicho que podía comprarle algo al bebé, pero habían racionado la ropa de bebé, y sin un cupón no conseguiría comprar nada en una tienda. Cada vez había más escasez de todo.

Se sintió agotado de tanto pensar y decidió darle a Aiko la carta tal y como la había recibido. Sólo eran diez yenes, pero si le explicaba a Aiko lo duro que había trabajado Fletán en Akō para conseguir ahorrarlo, entendería cómo se sentía Fletán.

El sábado por la tarde rechazó la invitación de sus camaradas malos y fue en tren a la parada del río Ashiya.

Como de costumbre, había poca gente en la carretera junto al río, y no se oía ningún ruido en las mansiones grandes y las casas de estilo occidental que estaban alineadas a ambos lados. Pero entre las casas podía verse que algunos habían sustituido las puertas de metal por unas nuevas de madera. Ozu cayó en la cuenta de que la causa era que se había pedido oficialmente que se entregara cualquier tipo de hierro para construir armamento. Y por primera vez, Ozu caminaba por la carretera solo.

El viaje le había hecho recordar las experiencias que había vivido con Fletán. El lecho del río, donde se habían peleado con los otros estudiantes; el punto en el que se habían encontrado por primera vez con Aiko; el puente por el que había aparecido el cadete naval... Cada uno de estos lugares despertaba una nostalgia indescriptible en el corazón de Ozu.

Cuando llegó a la casa se sintió ligeramente cohibido, pero llamó al timbre con determinación. La doncella que había conocido aquella vez abrió la puerta y asomó la cabeza por la rendija.

—¿Está la señorita Aiko? —preguntó Ozu tragando saliva. La doncella pareció asombrada al oír la pregunta.

—¿Puedo saber su nombre?

Cuando Ozu se lo dijo, ella respondió:

—Se ha casado... Vive en Nigawa.

—Nigawa... ¿Eso está cerca de Takarazuka?

—Sí.

Su rostro reflejó desconfianza cuando Ozu le pidió la dirección, pero dijo:

—Es Tsukimigaoka en Nigawa.

Ozu inclinó la cabeza y se giró con rapidez. Ella lo llamó.

—Eh... el apellido es Nagayama. —La doncella bajó los ojos y sonrió. Probablemente le había hecho gracia su salida precipitada.

«Idiota. ¡Ese Fletán!», murmuraba Ozu para sí mientras caminaba de vuelta por la carretera. Haciéndome pasar por esto. ¡Es humillante!

Perder el tiempo de esta manera... Ozu empezó a arrepentirse de haber desperdiciado la tarde de sábado con la vida amorosa de Fletán en vez de la suya. Y encima se trataba de un amor no correspondido. Pero no podía librarse de la sensación de que, en alguna parte, un tipo de ojos soñolientos estaba diciendo en susurros: «¡Por favor, no digas eso!».

Al atardecer se bajó del tren de la línea Hankyū en la Estación Nigawa. Había únicamente tres edificios enfrente de la pequeña estación: una panadería, una librería y un puesto de verduras. Ozu no veía más tiendas. Unos pinos rodeaban las casas de estilo occidental que se extendían a lo largo de la orilla del río, que era más pequeño que el río Ashiya. Ozu sólo había estado allí un par de veces, pero siempre se sentía como si se hubiera topado con un grupo de cabañas de verano en la montaña en un país extranjero.

Entró en la panadería Kimura para preguntar cómo llegar a Tsukimigaoka.

—Ah, ¿la casa de los Nagayamas? —El dueño de la panadería sabía la dirección de la familia del hombre con el que se había casado—. Ve por esta carretera a la derecha. Hay un estanque grande por allí. Si preguntas a alguien al llegar al estanque, encontrarás la dirección.

Avanzó por la carretera durante un trecho, como le habían indicado, y vio un estanque en medio de un bosquecillo. Al acercarse se fijó en que era un estanque bastante grande, con un letrero que ponía «Alquiler de Botes».

La nueva casa de Aiko era un edificio de estilo occidental con un muro muy alto. Ozu reprimió la misma necesidad de huir que había sentido antes y llamó al timbre.

Se abrió la puerta. Era Aiko. Llevaba un *obi* femenino y un lazo negro en el pelo.

—¡Oh! —Su voz denotaba sorpresa. Ozu se olvidó de sí mismo por un instante y contempló su rostro, que parecía mucho más joven que la última vez que la había visto.

—Te conozco. Ibas a Nada, ¿verdad?

—Siento molestarla. —Sin saber muy bien qué decir, Ozu inclinó la cabeza varias veces seguidas como un saltamontes—. La vi en el tren el otro día. Estaba con otra mujer mayor en el tren procedente de Amagasaki, y yo me subí al mismo vagón. Así que le escribí una carta a Fletán, y Fletán me pidió que le diera esto.

Aiko se quedó mirando a Ozu e hizo lo posible por aguantar la risa mientras escuchaba su explicación ininteligible.

—Me he perdido un poco. ¿Quién es Fletán?

—Un amigo. Estuvo a punto de ahogarse una vez en el mar en Ashiya...

—¡Oh, vaya! —Soltó una risita. Seguramente lo había recordado—. Por favor, pase.

—No. Sí. —Ozu parecía incómodo y permaneció firme—. Si no es ninguna molestia, estaré cinco o diez minutos.

—Por favor. —Bajó la mirada ligeramente. Al quitarse los zapatos en la entrada, Ozu temió que los calcetines estuvieran agujereados.

—Esto... Sólo le quitaré cinco minutos.

En la salita que se encontraba cerca de la entrada había varios sofás cubiertos con una tela blanca. También había un pergamino colgado con una inscripción que Ozu no pudo leer, y un reloj grande.

—¿Es ésta... —preguntó con gran turbación— la casa de su marido?

—Es la casa de los padres de mi marido —respondió con una expresión seria. Al decir la palabra «marido», a Ozu le pareció que Aiko de repente tenía muchos más años que él.

—No sabíamos que se había casado.

—Ah...

Hubo un silencio y Ozu, sin saber qué decir, sacó del bolsillo el giro bancario por valor de diez yenes. Estaba arrugado.

—Fletán me ha pedido... que le dé esto. Está trabajando en una empresa, en Akō.

—¿Pero por qué? —preguntó inclinando la cabeza—. ¿Por qué haría algo así el señor Fletán?

—Esto... él... —Ozu no encontraba las palabras. No sabía cómo explicarlo—. En la carta me pedía que le comprara algo a su bebé, pero como no sabía qué comprar, he traído el dinero sin más.

—Pero... ¿por qué? No lo entiendo.

Ozu cerró los ojos y dijo de carrerilla:

—Hace mucho, en el mar en Ashiya, atravesó nadando olas grandes aunque no sabía nadar muy bien. ¿Se acuerda? Y Fletán... se obligó a sí mismo a hacerlo porque quería hablar con usted. Lleva años diciendo que nunca olvidará la gasa que le dio aquella vez.

Al terminar de hablar, Ozu abrió los ojos. Aiko estaba sentada con las manos en las rodillas, observándolo completamente atónita.

—Pero... —Por fin abrió la boca y murmuró—: No... no puedo aceptarlo. Apenas les conozco.

—Por favor, cójalo. En la carta me decía que se lo diera costara lo que costara. —Colocó el giro bancario en su regazo y el papel se cayó hasta el suelo.

Guardaron silencio durante un rato. Ozu contempló el papel en el suelo.

—Muchas gracias —murmuró Aiko, inclinando la cabeza de repente y agachándose para coger el giro bancario—. Cuando nazca el niño le compraré algo...

Volvieron a quedarse callados. Ozu no era capaz de soportar el silencio y preguntó:

—¿Para cuándo tendrá el bebé?

Aiko, aliviada, sonrió y respondió:

—Faltan seis meses. Todavía queda mucho.

—Me imagino que su marido está muy contento.

—Bueno... está en Kure. No sé si podrá estar aquí cuando nazca el niño.

—¿En Kure...?

—Está en la Armada.

«Entonces aquella vez...», estuvo a punto de decir Ozu, pero a su pesar, mantuvo la boca cerrada. Recordaba a aquel cadete naval vestido con un uniforme blanco puro que había aparecido a un lado del puente, encima del río Ashiya.

—En ese caso —de pronto se levantó—, debería irme.

—¿Puede esperar un momento? —Salió de la salita.

«Bueno, le he dado el dinero, pero no pienso volver a hacer algo así nunca más», le advirtió a Fletán en silencio.

Aiko volvió con una estilográfica pequeña en la mano.

—Eh... ¿podría enviarle esto al señor Fletán, por favor? No tengo nada que darle. Mi padre me compró esta pluma en Shangai cuando estudiaba en Kōnan.

La estilográfica era diminuta y de color negro. Ozu se la guardó en el bolsillo y asintió.

Al llegar a casa, Ozu sacó la pluma del bolsillo y la colocó en una caja. Por lo que le había dicho ella, era de fabricación alemana. Parecía que la habían utilizado mucho, ya que tenía poca tinta. Pero sin duda se trataba de un objeto que Aiko tenía en gran estima y que había utilizado durante muchos años en clase, en la escuela femenina, o en su propia habitación para estudiar.

Antes de guardar la pluma en la caja, intentó imaginar lo que sentiría Fletán al recibirla. Y se preguntó qué había motivado a Aiko a regalársela a Fletán. Estaba seguro de que esta estilográfica, que ella seguramente ya no usaba, a partir de ahora se convertiría en una de las posesiones más preciadas de Fletán.

Una semana después de enviar la estilográfica, recibió una carta de Fletán garabateada como de costumbre. Le contaba que guardaría la pluma durante el resto de su vida. También le pedía a Ozu que lo perdonara y le prometía que no volvería a molestarle. Cuando terminó de leer la carta, Ozu sintió que había cumplido todas sus obligaciones para con su amigo.

Y el otoño llegó a su fin. Pero Ozu y sus amigos aún no eran conscientes de que se avecinaba un cambio decisivo en sus vidas.

Una mañana de diciembre, la madre de Ozu despertó a su hijo muy temprano.

—¡Despierta, despierta!

—Si es para ir a clase... —asomó la cara soñolienta de debajo del futón—. Voy a ir por la tarde. Déjame dormir un poco más.

—¡No es eso! ¡Japón ha entrado en guerra con América!

Salió de un salto del futón y agarró la edición extra del periódico que le tendía su madre. «7 de diciembre, Antes del amanecer: ESTALLA LA GUERRA EN EL PACÍFICO ENTRE JAPÓN Y AMÉRICA». Las letras en negrita resaltaban ante sus ojos.

—¡Vaya! —exclamó—. ¡Lo hemos hecho!

—¿Qué pasará? ¿Crees que te llamarán a filas? —Su madre estudió su rostro con inquietud—. Esto es terrible.

—¿Qué quieres decir? ¡Japón aplastará a América!

Engulló el desayuno y salió de casa a toda velocidad. Tal vez alguien de la escuela sabría algo más.

En la Estación Umeda, sonaba música de desfile de la Armada a través de los altavoces. Después de la canción, un boletín de noticias causó un gran revuelo entre los pasajeros. Al acabar el boletín, se oyó entre la multitud un grito espontáneo de «¡*Banzai!*».

Ozu fue a la escuela, pero no logró averiguar nada más. Y al parecer no se había decidido nada sobre la gran preocupación de los estudiantes: la cancelación de sus aplazamientos militares.

—¡Al fin ha llegado el momento de la confrontación entre la civilización espiritual de Japón y la civilización material de un país extranjero! —declaró el profesor de Filosofía ante su clase, alzando la voz en un crescendo—. La conquista de la edad moderna podría estar en juego en esta guerra. ¡Esta mañana pensé que la misión de Japón es asestar el golpe de gracia a la cultura extranjera, que ya ha llegado a un punto muerto en nuestro país!

Pero a Ozu y sus amigos les interesaba menos esta retórica tan compleja que las noticias sucesivas de la conquista militar.

NUEVE

LA FOTOGRAFÍA

Aquella noche, Eiichi, al que le tocaba el turno de noche, cenó en el restaurante chino mugriento que había enfrente del hospital. Después volvió al dispensario.

Las mesas abarrotadas de los trabajadores estaban alineadas ocupando la habitación. Había botellas de whisky y vasos esparcidos entre tubos de ensayo, libros y frascos de medicina.

Eiichi se llevó un cigarrillo a la boca. Al ver que no tenía cerillas, miró a su alrededor para ver si alguien se había dejado una. Fue entonces cuando se fijó en una lata de tabaco de pipa colocada en el escritorio de Kurihara.

Era una lata de tabaco de pipa americano. Recordaba haber visto algunas veces a Kurihara fumar en pipa además de cigarrillos.

Eiichi cogió la lata vacía, miró las palabras que había grabadas en ella y abrió la tapa. Dentro había una fotografía diminuta, que estaba cubierta por una capa fina de tabaco.

En ella se veía a una mujer que llevaba un abrigo, de pie con el mar de fondo. Sonreía mirando a la cámara, guiñando los ojos por el sol. Detrás de la foto, alguien había escrito con letra femenina: «Recuerdo de nuestro viaje a Shimoda».

Eiichi observó la foto durante un instante.

Creo que la he visto antes...

Estaba seguro de haberla visto antes, pero no lograba recordar dónde. A primera vista le había parecido Yoshiko. Sintió alivio al comprobar que no era ella.

Eiichi volvió a guardar la foto en la lata, pero volvió a sacarla y se la metió en el bolsillo. Cogió la lata, apagó las luces del dispensario y se dirigió al pasillo, que estaba desierto. Tiró la lata en una papelería, al otro lado del ala.

«Me pregunto si Kurihara se dará cuenta mañana de que la lata ha desaparecido», se dijo Eiichi. Pero suponiendo que lo hiciera, si no se altera, significará que la chica de la foto no significa nada para él.

No era consciente de estar haciendo algo malo. Sólo era una broma, nada más. Y no sentía ni pizca de curiosidad o interés en la chica de la foto.

Pero cuando subió las escaleras del pabellón y miró en dirección a la sala de enfermeras, de pronto pensó: «Vaya, ¿será esa chica una enfermera del hospital?».

—¿Algún cambio en los pacientes? —preguntó a la joven enfermera que estaba rellenando los registros del pabellón. Las enfermeras, aunque procedieran de diferentes secciones, acababan encontrándose tarde o temprano en los dormitorios.

—Bueno, estaré en la sala del turno de noche. —Y tras pensar un momento, sacó la mano del bolsillo y añadió—: Si pasa algo, llámame a ese teléfono.

La noche transcurrió sin novedades y llegó el amanecer. Eiichi se lavó las manos y pasó por la sala de enfermeras. Escribió «Sin cambios» en el registro nocturno, firmó y lo selló, y finalmente salió del hospital. Se tomó una taza de café «Morning Service» en un salón de té y volvió al trabajo.

Uno tras otro aparecieron los empleados del dispensario para empezar a trabajar.

—Buenos días. —Eiichi se levantó de la silla y saludó a sus superiores.

—¿Algún cambio anoche?

—No, nada.

—¿Cuál es el plan del día?

—Esta tarde hay una reunión del dispensario para hablar de la operación de pasado mañana.

Kurihara no había llegado aún. Evidentemente, nadie había notado que la lata de tabaco había desaparecido de su mesa. E incluso si se hubieran dado cuenta, no le habrían dado más vueltas.

El jefe del dispensario llegó e hizo una serie de llamadas telefónicas. Después salió a toda prisa y Kurihara apareció al fin. Dejó la mochila, puso en orden su mesa y abrió un cajón. Eiichi supo que acababa de darse cuenta de que no estaba la lata. Su rostro reveló sorpresa y miró a izquierda y derecha rápidamente.

—¿Alguien ha cogido una lata de mi mesa?

—Yo no —respondió un empleado sin mucho entusiasmo.

—Estoy seguro de que ayer la dejé aquí... —Kurihara inclinó la cabeza. Eiichi se metió la mano en el bolsillo. Sus dedos chocaron con el borde de la fotografía.

¿En qué departamento está esta enfermera?

Parecía poco probable que Kurihara preguntara por la lata si la foto no fuera importante para él. Eiichi se levantó y salió de la sala.

Estaba seguro de haber visto antes a la enfermera, pero sabía que no era de cirugía. Lanzó una mirada a todas las enfermeras con las que se cruzó al pasar por el vestíbulo. Ninguna era la mujer de la foto.

«¿Y si le pregunto a Keiko?», pensó de repente. Pero como acababa de romper con ella, se dijo que sería demasiado egoísta por su parte preguntarle algo así.

Comenzó otro típico día bullicioso en el hospital. Las salas de reconocimiento aún estaban cerradas, pero ya había pacientes externos esperando en los sofás del vestíbulo, y algunas personas haciendo cola en el mostrador de recepción. No había un solo día en que el hospital no estuviera lleno de gente sufriendo. Y Eiichi era uno de los médicos que aliviaban el dolor de esas personas.

—¡Doctor Ozu! —lo llamaron de repente. Se giró y reconoció a un paciente de cirugía al que habían dado el alta hacía un mes.

—Ah, señor Uno. ¿Cómo se ha sentido desde la operación?

—Las cosas van muy bien. He venido a hacerme una radiografía.

Eiichi asintió con una expresión seria.

—Tómeselo con calma durante tres meses.



Aquella semana había una operación programada para el viernes. Tenían que extirparle un pulmón a un paciente. Tres años antes, se había sometido a una toracoplastia, pero al parecer las cavidades de pus no habían desaparecido del todo. El estado del paciente había empeorado este año, por lo que era inevitable extirpar el pulmón.

El jefe del dispensario Uchida haría la operación, con la ayuda de tres empleados del dispensario. Eiichi era uno de ellos.

Las adhesiones de la pleura eran severas, y hacer una incisión en ellas requería mucho tiempo. La operación empezó a las diez de la mañana y continuó hasta casi las cuatro de la tarde. Para cuando terminaron la sutura y la enfermera se llevó al paciente, que seguía anestesiado, Eiichi y los demás estaban completamente agotados.

Los tres ayudantes se lavaron y volvieron al dispensario. Estaban tomando una cerveza que había traído la familia de un paciente cuando entró el jefe del dispensario.

—Parece que va evolucionando bien. Deberían haberle extirpado el pulmón desde el principio. Si el primer hospital no hubiera metido la pata, no nos habría costado tanto. —Se sirvió un poco de cerveza en un vaso y se la bebió.

—Parecía que en algún momento podría producirse una fístula traqueal —dijo alguien desde su asiento.

La fístula traqueal es una complicación que surge a menudo al extirpar un pulmón. Ocurre cuando la tuberculosis daña los tubos endotraqueales. En el caso de que se desarrollara una fístula, el tratamiento sería complicado. Cuando sucede eso, lo mejor es recurrir a la vieja técnica de la toracoplastia en vez de extirpar el pulmón.

—Por eso hay que atacar la tuberculosis pulmonar con medicación. Seguramente sufrió una recaída porque no supieron cómo usar los medicamentos adecuadamente. Pero la operación de hoy ha sido un éxito. —El doctor Uchida miró a todos con orgullo—. Ahora me voy a casa. —Empezó a despejar su mesa—. Tú también puedes irte, Ozu.

Eiichi ya tenía pensado irse a casa, por supuesto. El doctor encargado de la cirugía y el médico supervisor tenían permitido marcharse.

—Eso haré.

—Pareces contento. ¿Tienes una cita o algo así?

Eiichi sonrió irónicamente y metió algunos libros en la mochila. Llevaba un día recordándose a sí mismo que hoy había quedado con Yoshiko en el campo de golf.

«¿Dónde deberíamos ir después de la cena?», se preguntó. La idea de charlar en un salón de té había perdido todo el encanto para él, y al joven doctor le interesaban poco las películas.

Lo hablaré con ella por teléfono.

Se detuvo en el teléfono público del vestíbulo del hospital y esperó pacientemente junto a un hombre de mediana edad que parecía estar pegado al receptor.

Por fin lo dejó libre. Marcó el número que ya se sabía de memoria. Fue la misma Yoshiko la que descolgó.

—Residencia Ii. —Su voz sonaba agradable.

—Soy Ozu... —Y luego añadió—: Hemos quedado hoy, ¿recuerdas? —Habló en un tono animado que hasta a él le sonó chapucero—. ¿Dónde nos encontramos?

—No puedo ir... Lo siento —respondió sintiéndose incómoda.

—¿No puedes? ¿Ha pasado algo?

—Mi padre me ha dicho que tengo que ir a cenar con él y el doctor Kurihara y su padre...

En aquel momento, Eiichi sintió un enorme desprecio hacia la enorme cara y el cuerpo de Kurihara.

Eiichi odiaba a Kurihara.

Lo detestaba por haberse metido en medio, arrebatándole la cita con Yoshiko por la que tanto había trabajado y que ansiaba desde el día anterior. No, desde hacía una semana.

«Claro, puede hacerlo porque su padre es el presidente de una compañía farmacéutica», pensó.

El doctor Ii y el padre de Kurihara iban a reunirse para cenar y se llevaban a sus hijos. Eiichi no tenía ni idea de dónde iban a cenar, pero se imaginaba el tema de la conversación. Hablarían de la inversión para el centro de investigación del cáncer que iban a construir en la universidad. O bien de las expectativas que tenía el doctor Ii de llevar a cabo más pruebas con la medicación anticancerígena, la misma que producía la compañía farmacéutica del padre de Kurihara. Después de hablar de estos temas, la conversación podría girar en torno a la boda de Kurihara y Yoshiko.

Mientras Eiichi se imaginaba la escena, apretaba los puños de los celos que sentía. No eran celos por perder a Yoshiko. Eran los celos de un hombre sin apoyo hacia otro que triunfa porque cuenta con la ayuda de su padre.

¿Y qué pasa conmigo...? Si mi padre tuviera talento, no tendría que lidiar con ideas miserables como ésta.

«¿Y qué pasa conmigo...? Quiero desenvolverme en la vida como tú. Pero tengo que hacerlo todo yo solo», gritó para sus adentros al pensar en el cuerpo gordo de Kurihara y sus ojos estrechos. Por algún motivo, la imagen abatida de Tahara se le pasó por la cabeza en ese momento.

«Yoshiko no es la única chica en el mundo, —se dijo Eiichi—. Algún día la conseguiré, pero...» Pensó que esa sería la forma más cruel de vengarse de Kurihara. Pero sabía que actuar así podría perjudicarle a él mismo. Tiene que haber una forma más sutil de vengarse.

Volvió a descolgar el teléfono y llamó a la operadora.

—Con la sala de enfermeras del pabellón interno, por favor. —Metió la mano en el bolsillo del traje. La fotografía seguía allí. Mientras la rozaba con el dedo, cambió el tono y dijo—: ¿Es la sala de enfermeras? Póngame con la señorita Imai, por favor... ¿Qué tal estás? —Eiichi se dio cuenta de que Keiko se había quedado sin respiración por un instante—. No te he visto últimamente... Si tienes tiempo, ¿quieres cenar conmigo?

Seguía sin decir nada. Parecía estar sopesando sus intenciones en silencio.

—Si estás ocupada no pasa nada pero... La operación de esta mañana fue muy bien y estoy de muy buen humor... ¿Qué dices? ¿Vienes?

—Iré... —respondió Keiko en voz baja.

—Vale. Te espero en el Roppongi, aquel salón de té. Acabas el turno a las cinco, ¿verdad? Entonces a las seis te va bien, ¿no? —Habló sin darle tiempo a responder y colgó.

Yoshiko no es la única chica en el mundo, repitió para sus adentros. Y yo no soy la única manzana podrida que hay aquí, señor Kurihara. Has sido tú quien me ha conducido a esto...

Keiko llegó al salón de té Roppongi a las seis en punto, tal como había prometido. Al llegar a la puerta, permaneció muy quieta mirando a Eiichi, y luego se sentó sin decir palabra.

—Ha pasado mucho tiempo, ¿verdad? —Eiichi sonrió de manera sarcástica—. Vámonos de aquí. Me muero de hambre. La operación ha sido un éxito, pero estoy molido después de cortar la pleura.

Keiko apenas había tocado el té que le había servido la camarera cuando de pronto Eiichi se levantó para irse. En la calle paseaban hombres y mujeres vestidos a la moda. Unas nubes finas flotaban en el cielo del ocaso. Deseaba haber tenido esta cita con Yoshiko.

Sinceramente, no le gustaba esta Keiko que iba caminando junto a él. Se le helaba la sangre cada vez que se le acercaba, comportándose como si aún fueran amantes. En lo más profundo de su corazón brotaba una sensación desagradable. Se arrepintió más que nunca de haber cometido la estupidez de pedirle salir a Keiko. Cuanto antes se librara de ella, mejor.

Eiichi se tomó un sake en una tienda de sushi mientras Keiko comía.

—Te arrepientes, ¿verdad? —Él no había dicho nada, pero ella era lo suficientemente perspicaz como para leerle la mente—. Lamentas haberme pedido salir...

Eiichi murmuró para sus adentros: «Ya lo creo», pero le lanzó su sonrisa de siempre y dijo:

—Nunca te das por vencida, ¿eh? Me preguntaste lo mismo hace tiempo.

—¿Entonces por qué me colgaste cuando te llamé aquella noche?

—Te lo he dicho mil veces. No puedes llamarme a casa. Mi hermana... y mi madre escuchan la conversación.

—Antes no hacías eso. Estás mintiendo, lo sé.

Eiichi echó una mirada rápida al propietario de la tienda de sushi. Estaba dando machetazos con el cuchillo, como si no hubiera oído nada.

—Si lo sabes, ¿por qué has venido esta noche?

Ella agarró la taza con las dos manos y guardó silencio. Entonces dijo de repente:

—Me han pedido en matrimonio en el lugar donde me crié.

—¿En serio? —Se le iluminaron los ojos—. ¡Qué bien! ¿Lo has conocido ya? ¿Cómo es?

—Tiene una estación de servicio.

—Si es buen tipo, deberías casarte con él.

—Me imaginé que dirías eso —murmuró Keiko, mirando fijamente su taza—. Ahora pensarás que podrás librarte fácilmente, pero no es así...

—¿Por qué no?

—No dejaré que seas el único que se salga con la suya. ¡Te seguiré allá donde vayas!

Eiichi intentó reírse, pero no pudo. «Está hablando en serio», pensó.

—Vámonos. —Al levantarse y recoger la cuenta, Eiichi pensó: «Un obstáculo más. Primero Kurihara y ahora esta mujer». Ambos le bloqueaban el paso como un muro de ladrillos.

Al salir del restaurante, detuvieron un taxi cuya luz roja indicaba que estaba libre.

—A Harajuku —indicó Eiichi al conductor, cruzándose de brazos. Eiichi ya había llevado antes a Keiko al Mark, un hotel pequeño de Harajuku, de modo que ella sabía perfectamente qué iba a pasar cuando le dijo al conductor «A Harajuku». Pero no dijo nada ni se resistió.

«Si Yoshiko no hubiera faltado a la cita de esta noche, no estaría yendo a Harajuku con esta mujer», pensó Eiichi mientras contemplaba las luces de los carteles luminosos y las tiendas. No parece que vaya a poder ponerle las manos encima a Yoshiko, así que dormirá aquí con Keiko.

—Di algo. Odio cuando te quedas callado —susurró Keiko para que el conductor no la oyera. Se acercó a él para cogerle la mano izquierda. Al acordarse de su amenaza de no dejarlo marchar nunca, Eiichi la apartó.

El taxi pasó junto a los jardines exteriores del Palacio Imperial, giró por la carretera principal en dirección a Harajuku, y finalmente avanzó por un lado de la calle hasta pararse enfrente de un pequeño hotel. Eiichi pagó y, como siempre, atravesó la puerta del hotel con rapidez. Keiko enterró la cara en el cuello de su gabardina y le siguió manteniendo la distancia.

Una empleada del hotel los acompañó a su habitación. Eiichi se tomó una taza de té insípido.

—Ve al baño —señaló el lavabo diminuto con un gesto de la barbilla.

—¿Estás seguro de esto? —Los labios de Keiko dibujaron una sonrisa llena de sarcasmo—. ¿Seguro que no te importa volver a pasar por esto conmigo?

—¿Qué quieres decir con eso?

—Quieres romper conmigo, ¿no?

—Me da igual. Pero si eso es lo que piensas, ¿por qué has venido esta noche? Si te va a resultar tan doloroso, podemos irnos ahora mismo. —Se llevó un cigarrillo a los labios y siguió atacando—. Lo que vamos a hacer esta noche no es para tanto. Es como si un hombre y una mujer fueran juntos a cenar o a ver una película. Hay montones de doctores y enfermeras jóvenes que tontean así.

—Yo no soy como ellos.

—Idiota. ¿Por qué te crees tan especial? Todo el mundo lo hace. Por ejemplo, Kurihara, del dispensario... —Se llevó una mano al bolsillo y extendió la foto en la mesa manchada de té—. Está tonteando con esta enfermera.

Keiko miró la fotografía con los ojos llenos de curiosidad.

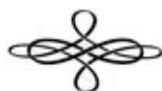
—¡Pero si es la enfermera Shimada!

—¿En qué departamento está?

—Otorrinolaringología... —Se detuvo y levantó la cabeza—. ¿Qué haces tú con esa foto?

Eiichi expulsó humo por la boca y respondió sin inmutarse:

—La encontré en un libro que me prestó Kurihara. Todos los empleados del dispensario son así. La verdad, no lo entiendo. Eres la única que se lo toma tan en serio...



Una hora más tarde...

Se oía el débil sonido de un tren a lo lejos. Tal como había entrado, Eiichi salió del hotel primero y avanzó por la oscura calle secundaria buscando un taxi. No le había importado mucho cuando estaban haciendo el amor, pero ahora que habían acabado, apenas podía soportar la presencia de Keiko junto a él. Le molestaba sentir su respiración en su piel.

Pero ha valido la pena... Oyó los pasos de Keiko detrás de él... Al menos he conseguido que me diera la información que quería. Supongo que tienes que acostarte con una mujer antes de lograr hacerla hablar...

Recordó las palabras que le había susurrado al oído mientras la abrazaba.

Apenas hablaron en el taxi. Cuando llegaron a la Estación Harajuku, le tendió un billete de mil yenes.

—Me voy a casa en tren. Con esto tendrás bastante para llegar al colegio mayor.

Ella le dijo algo cuando se giró para marcharse, pero se encaminó a la estación sin responder.

Así que es Nobue Shimada... Una enfermera de otorrinolaringología...

Una vez en la estación, apuntó el nombre en su libreta para no olvidarlo. Aún no estaba seguro de cómo utilizar ese nombre, pero de cualquier forma, ahora tenía en

sus manos un secreto de Kurihara.

El reloj del andén marcaba las once en punto. Yoshiko ya habrá vuelto a casa con su padre, y Kurihara estará en casa también.

El simple hecho de imaginar la conversación que habrían mantenido ambos con sus padres hacía que sus celos se dispararan. Han debido de cenar en un restaurante elegante en Akasaka o Yanagibashi. Casi podía ver a los cuatro intercambiando vasos de sake entre las luces brillantes. Al oír el sonido del tren llegando al andén, Eiichi recordó las luces tenues de la habitación de hotel que acababa de abandonar.

Cuando llegó a casa, vio que había un Corolla aparcado en la puerta. Eiichi lo reconoció: era el coche del médico del vecindario.

¿Está enferma mamá...?

Abrió la puerta y se encontró al médico calzándose para marcharse. Su madre y su hermana lo habían acompañado hasta la puerta.

—¡Ah! —exclamó su madre—. Tu padre vuelve a encontrarse mal y hemos llamado al médico.

El médico estaba ligeramente avergonzado.

—No pensé que tuviera que venir teniendo un médico en la familia, pero...

—¿Qué le ha pasado a mi padre?

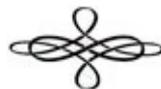
El médico respondió en voz baja:

—Parece que ha tosido un poco de sangre. Seguro que es del estómago. Le he dado una solución rápida, pero creo que debería hacerse unas radiografías en tu hospital.

—Ya lo examiné una vez que pasó lo mismo.

—No creo que sea nada serio. —El médico miró a la madre y la hermana de Eiichi—. Puede ser el inicio de una úlcera de estómago.

—Ya veo. —Eiichi asintió en señal de agradecimiento—. Lo llevaré al hospital en los próximos días.



Cinco días más tarde, Ozu llamó al hospital de su hijo para hacerse unas radiografías. Ya había estado en ese hospital, pero ésta era la primera vez que iban a hacerle unas pruebas.

Llamó al dispensario desde el vestíbulo, que estaba abarrotado, y Eiichi vino rápidamente a su encuentro. Se encargó de todas las formalidades necesarias para su padre y dijo:

—Haré que te hagan las radiografías enseguida.

—¿No debería mirarme un médico?

Eiichi pareció irritado al oír la pregunta de su padre.

—Resulta que yo soy uno de los médicos de este hospital. Por favor, haz lo que te digo.

Al avanzar por el ala en la que esperaban los numerosos pacientes externos, Ozu observó a su hijo, vestido con su bata blanca, que de vez en cuando inclinaba la cabeza ligeramente, y experimentó cierta satisfacción. «La manera de pensar de Eiichi es diferente a la mía en todos los aspectos, —pensó Ozu—, pero a su manera, está haciendo algo para ayudar a la gente».

—Está abarrotado, ¿no? En todas las secciones.

Eiichi pareció malinterpretar el comentario.

—Les he pedido que te hagan pasar enseguida.

—¿Estarás tú?

—Esa es mi idea.

Había seis pacientes sentados con la cabeza gacha esperando fuera de la sala de radiografías, que estaba indicada con una luz roja.

—Puedo esperar mi turno...

—Estoy ocupado. Por favor, entra ya.

En la oscuridad de la sala encontraron a dos hombres que llevaban protectores parecidos a los que usaban los receptores de béisbol.

—Doctor Tazu, éste es mi padre. —Eiichi presentó a Ozu.

Ozu permaneció quieto, rodeado por el equipo fotográfico, e inclinó la cabeza a modo de saludo.

—Les agradezco todo lo que hacen por mi hijo.

Se desnudó de cintura para arriba y se colocó en la plataforma de rayos X. Eiichi le ofreció a su padre una taza que contenía un líquido blanco y una diminuta pastilla, parecida a una judía, en una servilleta.

—Por favor, papá, tómate esto cuando te lo pida el doctor Tazu.

—Beba un poco.

El líquido era espeso y tenía un sabor desagradable. El doctor Tazu presionó las costillas de Ozu con los dedos.

—Beba un poco más y aguante la respiración —dijo.

Tuvo que cerrar los ojos y beber de ese líquido varias veces. Su hijo y el otro médico se susurraban conceptos médicos alemanes entre sí.

—Vamos a bajar la plataforma. Por favor, tumbese en una postura cómoda.

A lo mejor tengo cáncer. La idea se le pasó por la mente a Ozu de pronto.

—Aguante la respiración. Haremos una más.

«Si es cáncer, no pasa nada. He vivido una larga vida. Podría haber muerto durante la guerra», pensó Ozu. Como Fletán. Como murió Fletán por aquel entonces.

—Ya hemos terminado. —Al oír las palabras del doctor Tazu, Ozu se bajó de la plataforma de rayos X y se acercó a una cesta para coger su ropa interior.

—¿Es... malo?

—No hay nada de qué preocuparse. Hay una cicatriz en el duodeno de alguna herida pasada, pero no es nada serio.

Junto con la sensación de alivio, Ozu sintió una melancolía que le aprisionó el pecho al saber que tendría que seguir viviendo.

Al salir de la sala de radiografías con Eiichi, Ozu se limpió con un pañuelo los restos del líquido blanco de los labios.

—Gracias. —Asintió mirando a su hijo—. Ahora estoy más tranquilo, gracias a ti.

—Más tarde te conseguiré la medicación en la farmacia. Si vas a trabajar hoy, no comas nada más que un cuenco de fideos. Y nada de sake durante un tiempo.

—De acuerdo. —Ozu confiaba plenamente en su hijo—. ¿Qué vas a hacer ahora?

—Voy a la sala de cirugías. Allí están las habitaciones que superviso.

—¿Pasaría algo si fuera a echar un vistazo?

Eiichi sonrió débilmente al oír la inesperada petición de su padre, que parecía algo avergonzado.

—No hay problema. Pero no mires las habitaciones, por favor.

Ozu no tenía ni idea del tipo de trabajo que hacía su hijo allí cada día. Eiichi nunca hablaba sobre ello cuando estaba en casa. Pero ya que había venido hoy al hospital, Ozu quería ver el ala en la que se encontraban los pacientes de su hijo.

Atravesaron el largo pasillo y se subieron al ascensor.

«Ésta es la sala de tratamiento de radio», o «En esa sala examinan cuidadosamente todas las muestras de orina y sangre del hospital», explicaba Eiichi, y Ozu asentía. «Ya veo, ya veo».

Fuera brillaba el sol, pero en la sala de cirugía, donde había habitaciones a ambos lados, el pasillo estaba oscuro.

—¿Pasas todo el tiempo aquí?

—No. Normalmente estoy en el dispensario.

—Está muy tranquilo, ¿no?

—Ajá. Siempre es así. —Eiichi se llevó la mano al bolsillo de la bata y dijo con voz cansada—: Ahora tengo que ver a mis pacientes. —Dejó a su padre y entró en una de las habitaciones.

Ozu permaneció de pie un instante en la puerta del vestíbulo. Una mujer de la limpieza estaba fregando el suelo.

Se abrieron las puertas del ascensor al otro lado y apareció una mujer en bata, tendida en una camilla que llevaba una enfermera. Ozu vio su perfil de pasada y le dio la sensación de que la había visto antes en alguna parte.

Se parecía un poco a Aiko Azuma.

Pero la Aiko que había visto por última vez hacía treinta años era más joven, y no había motivo para que Aiko hubiera ingresado en este hospital.

La paciente y la enfermera entraron en una habitación, en el lado derecho del pasillo. Ozu bajó la vista y bajó por la escalera que había cerca de él.

Después de dejar a su padre en el vestíbulo, Eiichi examinó a dos de sus pacientes y posteriormente asomó la cabeza por la puerta de Aiko Nagayama.

—Ya hemos terminado con las pruebas —dijo la enfermera mientras sacaba la camilla al pasillo—. Se encontró mal dos veces.

—¿Pruebas? ¿Qué pruebas?

—La prueba del tejido del hígado.

—Nadie me había dicho nada...

—Pero el doctor Kurihara la pidió ayer.

Eiichi no dijo nada y se acercó a la paciente. Evidentemente, se había encontrado mal durante las pruebas, y el rostro y los labios estaban pálidos.

—¿Ha sido duro?

—Sí —respondió Aiko con desgana, todavía agotada por las pruebas.

—Como ya le dije, podría tener fiebre después de las pruebas, pero no es nada de lo que deba preocuparse.

—¿Cuáles fueron los resultados?

—Todavía no he hablado con el doctor Kurihara, pero... me imagino que estaban comprobando que no hubiera ningún problema en el hígado. Si hay que operar, necesitamos asegurarnos de que no afecte al hígado.

—Entonces... —Aiko titubeó—. ¿Habrás que operar?

—Es lo mejor. Así podremos eliminar todas las partes malas —mintió Eiichi, sonriendo. Probablemente pasarían por la formalidad de abrirla y después coserla rápidamente. El consenso unánime de la reunión del dispensario del día anterior fue que las células cancerígenas se habían expandido por todo el cuerpo.

A los pacientes se les decía que los médicos los operaban por úlceras de estómago. Durante la operación, una vez confirmada la sospecha de que era demasiado tarde como para detener la evolución del cáncer, quitarían una porción y después volverían a coser al paciente. Después de eso, el único recurso era utilizar medicación anticáncer, tratamientos de radio e inyecciones y transfusiones para aliviar el dolor. Finalmente, el paciente sufriría una recaída y moriría.

—Después de la operación, ¿cuánto tardaré en irme a casa?

—Bueno, ya veremos —Eiichi ladeó la cabeza ligeramente—. Tal vez dos meses. Si todo va bien, mes y medio.

—¿Tanto...? —Aiko parecía sorprendida.

—El periodo después de la operación es crucial.

—Hay algunos asuntos que... si no vuelvo a casa pronto...

Eiichi fingió no oírla. No había mentido al decir un mes y medio o dos meses. Pero esta mujer seguramente volvería a ingresar en el hospital seis meses después.

—Como le han hecho pruebas hoy, no la examinaré. Le traeré algo para la fiebre más tarde. Puede tomarlo si lo necesita.

Ya habían confirmado con los resultados del análisis de sangre que el hígado no funcionaba bien. ¿Pero por qué había ido tan lejos hoy Kurihara quitándole un trozo de hígado para una prueba de tejido?

Llamó al dispensario desde el teléfono de la sala de enfermeras.

—Sí, hicimos algunas pruebas. No te dije nada sobre el tema...

—¿Por qué no?

—Bueno —respondió Kurihara—, creo que al doctor Uchida le gustaría hablar de eso contigo.

DIEZ

LA GUERRA

1942 fue un año ajetreado. Comenzó con los japoneses, que habían ocupado Manila, enviando tropas a Burma y entrando triunfalmente en Singapur. Batavia y Rangoon también cayeron en manos de los japoneses.

Las calles bullían de excitación al oír las noticias de las conquistas una tras otra. Al atardecer, se organizaba una procesión de farolillos en varias localizaciones. Y en Europa, Alemania, aliada de Japón, había iniciado una guerra contra la Unión Soviética. Ningún japonés dudaba de la victoria.

Sin embargo, los problemas de la vida diaria se multiplicaron con rapidez. En comparación con los dos o tres años anteriores, cuando podían conseguirse artículos fácilmente, ahora parecía un sueño que desaparecieran tantos objetos de los estantes de las tiendas. Habían colocado carteles enormes en las estaciones de Sannomiya y Umeda con el eslogan «No queremos nada hasta que ganemos».

Como consecuencia de los tiempos que corrían, los periodos de entrenamiento militar y servicio social se ampliaron en la Universidad P. La administración publicó un decreto que estipulaba que ningún estudiante se graduaría si no participaba en el entrenamiento militar dos veces a la semana.

En las clases, los profesores se dividían en dos grupos: los que despreciaban estas actividades y los que las apoyaban activamente. La presencia de estas dos facciones incomodaba a Ozu y sus compañeros. Querían que la guerra acabara rápido, pero al mismo tiempo se sentían abrumados ante la majestuosidad del ejército japonés al desplegar su poder en Estados Unidos. Como aún se reconocían los aplazamientos militares de los estudiantes, les tranquilizaba saber que no los reclutarían, pero podrían perder ese privilegio si cambiaban las condiciones. Una sensación de aprensión pesaba sobre los estudiantes.

Un día lluvioso de junio, cuando Ozu volvió a casa después de clase, su madre se acercó deprisa a la entrada y gritó:

—¡Llama a Fletán ahora mismo!

—¿Qué pasa?

—Lo han reclutado.

—¿A quién? ¿A Fletán?

—Sí. Llamó hace un rato desde Akō.

Se quitó los zapatos rápidamente y corrió hacia el teléfono de la salita. Pidió a la telefonista que contactara con Akō, y mientras oía los tonos, Ozu empezó a encontrarse mal, como si algo que hubiera estado temiendo al fin acabara de suceder.

Por fin logró conectar con Akō y Fletán cogió el teléfono.

—¿Diga?

—¡Eh! Es horrible... —Ozu no sabía qué más decir.

—Sí. Voy a volver a Kobe esta noche. Tengo que ver a mi madre y mi hermana.

—La voz de Fletán sonaba sorprendentemente tranquila, tan soñolienta como siempre. Ozu se imaginaba la cara de pez de Fletán y sus ojos adormilados al otro lado del teléfono.

—¿Dónde te alistarás?

—En el escuadrón Kakogawa.

—¿A qué hora llegas esta noche? Te iré a buscar a la estación.

Fletán tardó un instante en responder.

—No. No sé qué tren voy a coger. Nos veremos mañana.

Ozu no sabía qué decir. Normalmente se felicita a los hombres que van a ingresar en el ejército, pero no era capaz de decirle algo que no sentía realmente.

«Es porque no tiene un aplazamiento militar», pensó, y se dio cuenta de que él no tenía excusa.

—Bueno, que no se te olvide llamarme mañana.

Colgó el teléfono. Su mente bullía sin cesar. ¿Podrá aguantar la dura vida de soldado con ese cuerpo? Bah, es listo. ¡Seguro que le irá bien!



La tarde siguiente, Ozu fue a la fiesta de despedida de Fletán. Pidieron comida y sake en el pequeño restaurante que había junto a su casa, pero aunque no era un evento muy importante, había bastantes personas. Entre los invitados se encontraba el presidente de la asociación de vecinos, un representante de la liga de veteranos y el presidente y varios empleados de la empresa en la que trabajaba Fletán. Su madre y su hermana permanecieron sentadas respetuosamente en una esquina. Ozu se sentó con ellas.

—En momentos así, con montañas de dificultades, apenas podemos contener nuestra alegría al saber que Fletán, de nuestro propio vecindario, va a alistarse en el ejército. —El discurso del presidente de la asociación de vecinos se alargó tanto como una vaca orinando. Habló de la época actual, ofreció consejo y apeló a la determinación como si acabaran de elegirlo primer ministro. Al acabar de hablar, lo relevó el representante de la liga de veteranos. Sus comentarios iban en la misma línea, como si fuera el ministro del Ejército.

Ozu soportó el calambre que sentía en las piernas mientras le lanzaba miradas a Fletán. Su cara había adoptado una expresión rara. No estaba seguro de si estaba escuchando los discursos o no, pero al observar sus ojos soñolientos, Ozu se acordó de las tardes soporíferas en clase, en la Escuela Secundaria Nada.

Una vez acabados los discursos, la hermana de Fletán continuó sirviendo sake a todo el mundo.

—Bebamos en honor al reclutamiento de Fletán... —El presidente de la compañía de Fletán ofreció un brindis. «Así que éste es el presidente tacaño que ha cogido Fletán como modelo», pensó Ozu mirando la calva y el cuerpo cuadrado, similar a un tanque pesado.

Reinó la confusión al pasar el sake por toda la habitación.

—Yo fui soldado —proclamó a plena voz el presidente de la asociación de vecinos— durante la última guerra de Europa. Nunca me enviaron al frente, pero... el dinero que ahorré en esa época me vino muy bien cuando me dieron la licencia.

—En qué lo gastaría...

El presidente de la asociación le susurró algo al oído a su vecino y luego soltó una risotada.

El presidente de la compañía se dirigió a Fletán desde el otro lado de la mesa. Éste estaba completamente borracho, a base de beber el sake que le iban pasando de izquierda a derecha.

—Normalmente no bebemos sake ni comemos dulces, pero podemos permitirnoslo por esta noche... Cuando estés en el ejército, te ingresaremos tu sueldo cada mes, así que sal ahí a servir a tu país y no te preocupes por ese detalle.

—Sí, señor.

—¡Es un joven admirable! —exclamó el presidente de la compañía para que todo el mundo lo oyera—. En mi empresa, educo a los nuevos empleados de manera estricta, pero él siempre ha escuchado atentamente lo que le decía.

Fletán miró a Ozu con ojos cansados. Mientras el presidente lo alababa, Fletán le sacó la lengua a Ozu sin que los demás lo vieran.

«A este tipo le irá bien incluso como soldado», pensó Ozu mientras asentía.

Cuando Fletán se levantó para ir al lavabo, Ozu le siguió hasta el pasillo.

—Oye, ¿te encuentras bien?

—Sí, es sólo que tengo sueño.

—No deberías beber mucho. No es propio de un soldado.

De pronto, Fletán le agarró la mano.

—¡Trabaja duro! —dijo.

Ozu se sintió azorado.

—¿Qué quieres decir?

—Y me llevaré su estilográfica. Si por casualidad te la encontraras, ¿se lo dirás?

—Claro —asintió Ozu.

A la mañana siguiente, Fletán se dirigió a la estación, a la línea de Hanshin. Le acompañaban miembros de la Liga Nacional de Defensa de las Mujeres, así como algunas personas de su vecindario. Llevaba por encima una bandera con el sol naciente en la que todos habían escrito frases de despedida la noche anterior.

Ozu iba a la cola de la procesión, recordando el día en que él y Fletán habían presenciado una escena similar desde la cafetería, en Sannomiya.

«A mí también me llegará el día en que tenga que alistarme», pensó Ozu. Ante sus ojos aparecieron imágenes de barracas y campos de batalla que antes le habían parecido muy lejanos.

—¡*Banzai!*

—Fletán... ¡*Banzai!*

Rodeado por los miembros de la Liga Nacional de Defensa de las Mujeres, Fletán inclinó su cabeza rapada a derecha e izquierda. Al fin llegó el tren y los pasajeros vieron cómo Fletán se subía con su tía, su madre y su hermana. La puerta se cerró.

Pasó un mes, luego dos, y no recibieron noticias de Fletán. Sin duda, al ser un nuevo recluta en el escuadrón de Kakogawa, estaría tan ocupado siempre que no tendría tiempo de escribir cartas.

Ozu también pasó los días en el entrenamiento militar y haciendo servicio social dos veces a la semana. La previsión para la guerra, cuyo inicio había sido impresionante, se tornó incierta después del punto de inflexión que había supuesto la batalla naval de Midway en el mes de junio. El cuartel general imperial siguió enviando informes de proezas militares exitosas, pero a partir de agosto, cuando los americanos invadieron Guadalcanal, comenzó a circular el rumor de que Japón estaba cada vez más cerca de la derrota.

A finales de año, Fletán envió una postal. El sello indicaba que había pasado la censura. Detrás había garabateado unas palabras con su caligrafía característica. Explicaba que estaba en Corea y que se estaba aplicando obedientemente a sus deberes militares, por lo que no debían preocuparse. «Escribo esta postal con la pluma que me diste».

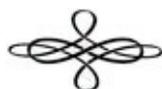
A Ozu le sorprendió descubrir que habían enviado a Fletán a Corea. Al parecer no le permitían decir cuándo se había marchado ni cuándo había llegado a Corea, porque no lo mencionaba. Sosteniendo la postal en la mano, Ozu se acordó de una escena de Corea que había visto una vez en una película: tramos infinitos de montañas desiertas.

«Escribo esta postal con la pluma que me diste». Sabía lo que estaba intentando decirle con esas palabras.

¿Acaso... todavía...?

Quería relacionar esas palabras con Aiko, pero se lo pensó mejor. Podría provocar un malentendido inapropiado.

El año siguiente, en la escuela preparatoria de la Universidad P., se daban algunas clases, en el sentido estricto de la palabra, pero eran muy breves, y después los estudiantes iban a trabajar a las fábricas de municiones. Alternaban el trabajo entre Amagasaki y Kobe cada semestre.



La comida empezó a racionarse estrictamente. En las fábricas en las que Ozu montaba partes de aviones, no se podían utilizar muchas de las máquinas, quizá por la escasez de materiales. Los estudiantes almorzaban al mediodía, escondiendo sus platos de soja para que no los vieran sus camaradas. Ozu podría haber traído un almuerzo mucho mejor de haber seguido viviendo en casa, pero para los residentes de los dormitorios, el almuerzo terminaba en cuanto se llevaban dos bolas de arroz pequeñas a la boca.

A las tres de la tarde, se repartía un cubo de crema de avena. Parecía agua blanca, pero nadie la rechazó.

¿Cuándo acabará la guerra? Nadie lo decía en voz alta, pero todos se formulaban la misma pregunta.

¡Si no acaba pronto, nos reclutarán también a nosotros!

Pero parecía que esa guerra sombría duraría eternamente...



Ozu recordó que poco después llegó una carta de Fletán.

Era una misiva de agradecimiento por el paquete que le había enviado Ozu. Había incluido una foto en la que se veía a diez soldados divididos en dos filas. Fletán estaba de pie en la fila de atrás, con aspecto de estar soñando. Soñar de pie no es algo muy común, pero esa fue la sensación que le dio a Ozu al verlo. Los demás soldados sonreían, con los brazos alrededor de los hombros. Ozu miró atentamente la imagen y al ver las insignias de tres estrellas que llevaban los soldados dedujo que eran soldados rasos y soldados de primera clase. Sólo Fletán y otro más llevaban una única estrella, símbolo del rango más bajo.

La cara de Fletán parecía hinchada. Ozu supuso al verla que estaría completamente agotado.

Ozu había oído hablar de cómo trataban a los soldados inferiores en el ejército. Daba igual lo habilidoso que hubiera sido el frágil Fletán en el campamento de instrucción. Su cara hinchada revelaba lo desgastado que estaba en comparación con los otros.

«Estoy bien y me dedico a mis deberes como soldado, así que no te preocupes por mí». Ozu no podía creer que esas palabras que estaba leyendo hubieran salido del corazón de Fletán. Seguramente lo puso para pasar la censura.

Oye, tienes que darte cuenta de cómo son las cosas en realidad. Casi podía oír a su amigo diciéndole esas palabras entre líneas. Una vez más, Fletán había usado la pluma de Aiko para escribir.

Los pies que se habían hundido en las arenas movedizas de la guerra acabaron siendo engullidos a una velocidad de vértigo. En Europa, las fuerzas aliadas invadieron Italia. *Il Duce* Mussolini fue destituido y el país se rindió. Incluso dentro

de Japón, sólo las autoridades militares y los periódicos mantenían un aire de optimismo. Era obvio que América había pasado de la defensa a la ofensiva.

Al comenzar el segundo trimestre, después de las vacaciones de verano, lo que más temían Ozu y sus compañeros de clase se hizo realidad. Se abolió el aplazamiento militar para los estudiantes de Humanidades de las universidades o las escuelas preparatorias.

—Al fin ha llegado vuestro momento de alzaros. Pronto llegará el día en que abandonéis el suelo de estas escuelas y os encaminéis al campo de batalla. Cuando eso pase, no olvidéis el orgullo que habéis sentido como estudiantes en la Universidad P. —El decano de los estudiantes se dirigió a plena voz a los alumnos de la escuela preparatoria en el campo de atletismo. Pero esas ideas eran imposibles. Eran los estudiantes los que habían sido reclutados, no el decano ni los profesores.

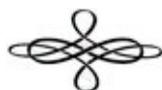
Ozu volvió a la casa de su familia en Kurayoshi, en la prefectura de Tottori, donde haría las pruebas de ingreso.

Le acompañaban dos hombres mayores del pueblo en el que había nacido su padre. Permaneció de pie en ropa interior en el salón de actos de la escuela primaria, junto a otros jóvenes. Se sometieron a una prueba detrás de otra.

Cuando lo examinaron para ver si tenía enfermedades venéreas o hemorroides, tuvo que quitarse la ropa interior y ponerse a cuatro patas como un perro.

Imaginó que lo clasificarían como Segundo Grado, ya que el cuerpo de los jóvenes que tenía alrededor era imponente. Pero cuando esperó impasible a que leyeran las clasificaciones, el examinador anunció en voz alta: «¡Cabo segundo!».

—¡Enhorabuena! —Los hombres que le habían acompañado le felicitaron con entusiasmo.



Ozu aún recordaba con claridad el primer día.

Una bandada de palomas se había reunido en el tejado negro de las barracas, arrullando suavemente. Habían colocado unos carteles en la plaza de armas que indicaban la prefectura de nacimiento, y Ozu y el resto de los reclutas formaron filas en cuatro columnas detrás de ellos.

—Ahora anunciaremos los nombres de los escuadrones a los que pertenecéis. Cuando se anuncie vuestro escuadrón, os alinearéis directamente enfrente de vuestro comandante.

Una vez determinados los escuadrones, Ozu y los demás siguieron por primera vez a sus comandantes a las barracas. Al entrar en ellas, volvieron a oír el arrullo de las palomas apiñadas en el tejado.

«¿Oiría Fletán el sonido de estas palomas..., —pensó Ozu— como lo estoy oyendo yo ahora?».

Había una mesa larga en medio de la habitación de las barracas. Olía a aceite y olor corporal. Colocadas a ambos lados de la mesa había camas hechas de esteras de paja.

—Soy Uchida, el comandante de vuestro escuadrón. —El sargento, muy bronceado, se colocó las manos a su espalda y comenzó a hablar—. El comandante de vuestro escuadrón es vuestra madre, así que deberéis acudir a mí por cualquier asunto.

De pronto, un cabo alto que se había colocado junto a Uchida bramó:

—¡Escuchad! Algunos de vosotros no os habéis puesto firmes mientras hablaba el comandante del escuadrón. Tal vez no hayamos ido a la universidad como vosotros, pero incluso antes de alistarnos sabíamos la postura adecuada que hay que adoptar ante nuestros superiores. ¡En el ejército, cuando escucháis las órdenes o instrucciones de un oficial, os ponéis firmes!

Cuando el sargento Uchida terminó su cansino discurso tan trillado, el cabo añadió:

—Ahora os entregaremos los uniformes. Doblad vuestra ropa de civil ahora y colocadla en la esquina de vuestro baúl. Cuando acabéis de vestiros, salid a la plaza de armas. ¡Allí os darán las armas!

Esa noche les sirvieron un banquete. Aparte del arroz, las judías y el guiso de cerdo que apenas habían probado en casa, les ofrecieron gelatina. Pero...

Sólo te tratarán bien el primer día. «¡Al día siguiente todo cambia!», le habían dicho sus predecesores. Así que la comida no les bajó por la garganta tan fácilmente.

—Cuando acabéis de comer, colocaos mirando en dirección a vuestra ciudad natal e inclinad la cabeza —les ordenó el comandante en voz baja—. Después de hacer eso, considerad perdida cualquier conexión con ese mundo.

Aquella noche, al cerrar los ojos para dormir por primera vez en sus esteras de paja, oyeron a lo lejos la larga llamada lastimera de la trompeta para indicar que se apagaran las luces.

*Los nuevos soldados,
qué adorables son
aquí tumbados...
¿Están llorando?*

Al percibir el olor del aceite, el sudor y de las mismas barracas mientras oía el sonido de la trompeta, Ozu pensó en la expresión que tenía Fletán en la fotografía de la compañía que le había enviado.

Cada noche, desde hace tiempo, ha oído el sonido de esta trompeta...

Entonces apareció ante sus ojos la carretera blanca junto al río Ashiya. Aiko Azuma, vestida con su traje de marinero, bajaba por ella con su amiga. Se paraban de vez en cuando, riéndose de algo.

Tengo que conseguir dormirme. Con un gran esfuerzo, hizo lo posible por ahuyentar sus recuerdos. Esos recuerdos tan lejanos...

Como habían temido, la atmósfera que habían recreado el primer día desapareció a la mañana siguiente. Ozu y los demás soldados novatos corrieron, trabajaron, les gritaron y golpearon, y no tuvieron ni un momento para sí mismos. Sólo podían descansar cuando iban al lavabo y después del canto triste de la trompeta para indicar que se apagaran las luces.

Les golpeaban cada día. Les golpeaban durante el entrenamiento y volvían a golpearles cuando regresaban a las barracas. El primer día, el sargento les había dicho que el comandante del escuadrón sería su madre, pero en vez de ponerles la mano encima, era el tipo de madre que se sentaba en su esterilla de paja y observaba cómo los sargentos y los cabos de primera clase infligían sus métodos personales de tortura hacia los nuevos reclutas.

—No tenemos estudios y no hemos aprendido nada, pero aunque no tengamos estudios, ¡nosotros no éramos perezosos e insubordinados como vosotros! —anunciaban los soldados más veteranos cada vez que le daban una paliza a Ozu o a cualquier otro estudiante. Y cuando los nuevos reclutas ya no podían más y acudían al comandante del escuadrón después de que desaparecieran sus palillos y su colada...

—Bueeeeno... No sé muy bien qué se supone que debo hacer, ya que no tengo estudios. —Incluso el sargento miraba en otra dirección.

Los nuevos reclutas no podían defenderse entre sí. Ni siquiera podían permitirse ayudar a alguien. Así que, con el tiempo, Ozu y sus contemporáneos olvidaron las ideas de camaradería de las que tanto hablaban en la escuela y el deseo de sacrificarse por los demás. Si alguien metía la pata, no era el único en ser castigado. Todo el grupo de nuevos reclutas se alineaba en dos filas, y después de una larga diatriba cada uno de ellos tenía que girarse y golpear al hombre que estaba a su lado.

Al llegar a este punto, Ozu cayó en la cuenta. La foto de la cara hinchada de Fletán que le había enviado de Corea. Esa cara no estaba hinchada sin más. Lo estaba a causa de los golpes.

Así que Fletán también está recibiendo a diario. Ozu se dio cuenta de lo que le había pasado a Fletán al observar a un tipo que se llamaba Yamamoto. Compartía barraca con Ozu y había ido a la universidad en Tokio.

Yamamoto se cansaba rápido durante las carreras matinales, posiblemente porque no era tan fuerte como los otros. Se quedaba por detrás, jadeando intensamente, y la distancia que había entre él y los demás se alargaba cada vez más.

—¿Qué haces, hijo de puta? —El comandante del escuadrón le dio un bofetón a Yamamoto cuando al fin logró llegar—. ¿Te crees que puedes luchar en una guerra así? Haz otra vuelta tú solo —gritó. Y Yamamoto acababa corriendo más que cualquiera de los demás.

Una vez, en mitad de la noche, Ozu y el resto oyeron unos gritos salvajes cerca de la salida de las barracas.

—¿Has ido al bidón sin avisar?

Oyeron a Yamamoto deshacerse en disculpas por su error. Entonces les llegó el sonido de Yamamoto cayendo al suelo. Le habían tumbado.

—¿Qué es eso? ¿Qué ha pasado? —El comandante del escuadrón se impulsó con los chanclos y fue hasta la puerta.

—Ya veo. Se lo dejaré muy claro, déjame a mí.

Acabadas las negociaciones, los sonidos cesaron por fin.

«No se quedará sin castigo», pensaron Ozu y los demás, hundiendo la barbilla debajo de las mantas.

Se confirmaron sus temores. Al día siguiente, dos oficiales antiguos le golpearon hasta que se le cayeron dos dientes. Se le hinchó la cara como una granada.

Cuatro meses después del ingreso, corrió el rumor en las barracas de que iban a enviarlos al extranjero.

El rumor se hizo realidad una noche que viajaron en tren vestidos de militar y después subieron a unos buques de carga. Para evitar que los submarinos enemigos los interceptaran, no se les permitió decirle a nadie del exterior la fecha en la que partirían a su nuevo destino. Los enviaron de repente, sin darles la oportunidad de ver a sus familias.

El barco flotaba arriba y abajo sobre el océano negro, y caía una lluvia helada. La bodega del barco apestaba a pintura y al olor corporal de los soldados.

A través de las portillas veían el océano, que parecía inclinarse. Ozu lo contempló hasta que se quedó dormido. En su sueño aparecieron el campo de atletismo de la Escuela Secundaria Nada y el lecho blanco del río Sumiyoshi.

—Como veis, Turner... —murmuraba La Sombra caminando por la clase—. Como veis, Turner era un gran hombre, ¿sabéis?

Fletán estaba de pie, con sus ojos adormilados, junto al profesor de matemáticas.

—¿Qué clase de respuestas son éstas? Lee las respuestas que escribiste en el examen —gritaba el profesor ante Fletán, que se sentía apabullado—. ¿No vas a leerlas?

—Sí, señor.

—¡Nada de «sí, señor»! ¿Cómo respondiste a la pregunta?

—Está bien, lo leeré. Respondí... «Así es, yo también lo creo».

Un estallido de carcajadas recorrió la clase. Las risas despertaron a Ozu.

El ruido sordo del motor. El océano subiendo y bajando a través de la portilla. Los oficiales veteranos estaban durmiendo. Ozu volvió a cerrar los ojos.

El océano. Nubarrones flotando. Fletán y Ozu estaban nadando en el mar en Ashiya. Sentían la libertad de las vacaciones de verano y se salpicaban el uno al otro, nadaban y escupían agua salada.

—¡No te hagas pis en el agua! —decía Fletán—. ¿Te has tirado un pedo alguna vez mientras nadabas?

—No.

—¡Prueba! Es como un lanzamisil. Pop, pop, pop, ¡y te ayuda a nadar más rápido!

Todas las cosas que se habían perdido. Los recuerdos de su juventud ya no parecían recuerdos. Formaban parte de otro mundo al que no podría volver a agarrarse.

—¿Estás pensando en lo mismo? —le preguntó Ozu a Fletán, que había aparecido ante sus ojos.

—Sí —respondió Fletán con tristeza—. No hay nada que podamos hacer. Sigue insistiendo.

—¿Estás haciendo algo peligroso?

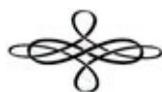
—No puedo. No hacen más que pegarme.

—A mí también, pero tenemos que aguantar. Tenemos que conseguir volver vivos.

—Yo... no estoy seguro de eso... De si volveré vivo o no...

¿Por qué había dicho eso Fletán? Incluso después de que Ozu abriera los ojos y se diera cuenta de que había sido un sueño, la expresión de dolor que había visto en la cara de su amigo no se desvanecía. No era sólo la cara. Incluso la voz seguía resonando en sus oídos.

«No estoy seguro de eso... De si volveré vivo o no...».



El regimiento de Ozu desembarcó de repente en Dairen. Más tarde, Ozu y los demás soldados estudiantes supieron que los habían enviado a Manchuria como sustitutos para permitir a la infantería desplegar en el sur una división de tropas de élite del ejército de Kantō.

Al bajar del buque de carga que había atracado bajo la lluvia en el muelle de Dairen, Ozu y sus compañeros contemplaron el paisaje extranjero. En el muelle habían apilado una montaña de carbón, y un grupo numeroso de culí estaba trabajando cargados con un saco gigante a sus espaldas. La policía militar japonesa supervisaba la actividad.

El regimiento se colocó en formación y marcharon hacia la ciudad de Dairen. Al contrario que en las calles derruidas de Japón, aquí había filas de mimosas exuberantes de color verde, y en las calles habían construido edificios limpios de estilo occidental.

Al llegar allí, las tropas se reagruparon en tres filas. Una estaba destinada en Port Arthur y Dairen; las otras dos vigilarían la frontera del norte de Manchuria.

En lo más profundo de su corazón, Ozu esperaba poder quedarse en Port Arthur o Dairen. Por suerte, su fila se quedó en Dairen, como había deseado.

Pero el entrenamiento aquí se volvió aún más estricto. Los oficiales veteranos de la élite del ejército de Kantō los dejaban secos, como si hubieran estado esperando a

que llegaran unos soldados estudiantes enclenques.

Ozu pensaba cada vez menos en Fletán. El estricto entrenamiento y la vida en las barracas ocupaban su mente de tal forma que no tenía tiempo de ensimismarse en el pasado. Los soldados estudiantes no sólo tenían que soportar el entrenamiento para convertirse en soldados hechos y derechos; por la noche tenían que prepararse por su cuenta para convertirse en aprendices de oficiales.

Al fin, dos meses más tarde, llegaron cartas de Japón.

Ozu recibió una misiva de su madre. Le contaba novedades sobre su padre y sus amigos, pero parecía ocultar algo que no quería decir. Entonces Ozu pasó a la segunda página de la carta y se quedó petrificado.

«Y ayer supimos que Fletán ha muerto de una enfermedad que contrajo en el campo de batalla. Su hermana nos llamó para contárnoslo. No sabemos más detalles todavía. Sabía que esto te afectaría, y no sabía si decírtelo o no. Pero como habéis sido amigos durante tanto tiempo, decidí contártelo. Por favor, cuida de tu salud y haz lo que puedas por tu país. Ahora...».

Bajo la luz tenue de las barracas, Ozu leyó esa parte de la carta una y otra vez.

La noticia había sido tan inesperada que no sentía nada. Parecía estar leyendo y releendo la carta para poder emitir algún tipo de respuesta emocional.

¿Fletán? ¿Muerto?

No estaba conmocionado ni sorprendido. Todo se desvanecía en la funesta suerte de esta funesta época. Él mismo podría ser uno de los que se desvaneciera.

—¡Eh, Ozu! —un soldado de élite que estaba a su lado se dirigió a él—. ¿Cómo es que estás tan decaído por la carta? ¿Ha pasado algo?

—Sí. Acabo de enterarme de que uno de mis amigos ha muerto de una enfermedad en el frente.

—¿Ah sí? —La voz del soldado era más suave que de costumbre—. Bueno, no dejes que te afecte. Todos tenemos que morir en algún momento.

Ozu avisó de que iba a las letrinas y salió. En estas barracas, el lavabo era el único sitio donde se podía estar solo. Allí, en el baño, Ozu derramó sus primeras lágrimas...

ONCE

EL EXPERIMENTO

Kurihara no dijo nada acerca de la prueba de hígado que le habían hecho a Aiko Nagayama. No sólo se negó a hablar del tema, sino que había comentado que el jefe del dispensario seguramente querría discutirlo con Eiichi.

¿Qué está pasando? Eiichi volvió al dispensario, receloso.

El lugar estaba desierto. Incluso Kurihara, con quien acababa de hablar por teléfono, había desaparecido. El sol grisáceo de la tarde brillaba a través de las sucias ventanas, proyectándose en las mesas y los libros y los vasos de precipitación.

Eiichi se sentó en una silla y escribió una receta para su padre.

Sonó el teléfono. Lo descolgó con el cigarrillo todavía apoyado en los labios.

—Ah, ¿eres tú? —Era la voz del jefe del dispensario—. Imagino que Kurihara habrá hablado contigo. ¿No hay nadie en el dispensario ahora mismo? Perfecto. ¿Te importa esperar ahí?

Mientras esperaba al jefe del dispensario, Eiichi observó el humo del cigarrillo que se elevaba desde los dedos. Tenía una sensación incómoda en la boca del estómago.

En ese momento se fijó en una postal que había colgada en la pizarra pequeña junto a la puerta.

Era una postal de Tahara. Se dirigía a todos los miembros del dispensario.

«Ya hace dos semanas que llegué aquí. Al principio tuve que habituarme a todo, y me sentía muy perdido, pero ahora creo que por fin me he acostumbrado. Me alegro mucho de haber venido. Empiezo a creer que mi misión en la vida era venir aquí y hacer todo lo posible por los pacientes que no habían tenido la suerte de recibir un buen tratamiento médico. Gracias por todo lo que habéis hecho por mí durante mi estancia en el hospital...».

Eiichi recordó la figura desgarbada de Tahara. Era poco probable que volvieran a llamarlo del dispensario. Se había desviado del camino al éxito, cambiando de rumbo. Incluso los colegas más jóvenes que habían simpatizado con Tahara en su momento habían dejado de hablar de él. Un compañero que habían olvidado...

Tal vez... Un dolor atravesó el pecho de Eiichi. Tal vez el motivo de que el jefe quiera hablar conmigo... es porque van a quitarme de en medio como hicieron con Tahara...

El cigarrillo se había consumido entre sus dedos y lo apagó en una lata vacía de algún medicamento. Estaba intentando eliminar de su mente esos pensamientos maliciosos cuando entró el doctor Uchida sin hacer ruido.

—Siento haberte hecho esperar. Esos tipos del Ministerio de Bienestar Social son unos tercos de cuidado. No se puede hablar con ellos. El otro día, cuando fuimos a

jugar al golf, hablaban como si todo estuviera listo, ¡pero ahora vuelve a estar todo en el aire! —Cuando dejó de refunfuñar sobre estos temas que Eiichi no conocía, dijo—: Bueno... siéntate. Verás, la razón por la que le hicimos esas pruebas de hígado a la paciente Nagayama hoy... —Hizo una pausa y miró hacia la puerta—. La verdad es que nadie sabe nada de esto salvo el doctor Ii y yo, y Kurihara. Así que, por ahora, no se lo comentas a nadie del dispensario.

—Sí, señor.

—Cuando el doctor Ii cenó con el padre de Kurihara el otro día, debatieron algunos aspectos de nuestro Centro de Investigación para el Cáncer. Y el padre de Kurihara nos pidió que hiciéramos algunas pruebas más de la nueva medicación anticancerígena que han desarrollado. Esperamos un alto rango de efectividad a nivel experimental, pero el problema es que afecta el hígado.

Eiichi hizo memoria. Yoshiko le había dicho que ella y su padre iban a cenar con Kurihara y su padre. Debió de ser entonces cuando tuvo lugar esa conversación.

—Y... estamos planteándonos probar esta medicación para controlar el cáncer en la paciente Nagayama. —El jefe del dispensario miró a Eiichi—. Siendo honestos, y estoy seguro de que ya lo sabes, es demasiado tarde para poder hacer algo por la señora Nagayama. De hecho, también pensamos en el paciente de cáncer de pulmón que estás tratando, el señor Tajima. Eh... el ejecutivo. Pero su hígado a estas alturas ya estará medio muerto. —El doctor Uchida echó un vistazo rápido a su reloj—. Bueno, eso es lo que quería decirte. No deberíamos haber hecho la prueba de las células del hígado sin avisarte, pero estoy seguro de que lo comprendes. Si esta nueva medicación es efectiva, queremos que nuestro departamento de cirugía anuncie su descubrimiento en los círculos médicos. Kurihara y tú os encargaréis de eso. El padre de Kurihara dice que nos proporcionará los fondos de investigación necesarios... —Se levantó de la silla—. Por ahora todo esto es un secreto. Lo entiendes, ¿verdad?

—Lo entiendo. —Eiichi inclinó la cabeza y observó cómo el jefe del dispensario salía de la sala.

Así que era eso.

Estaba encantado de que lo hubieran incluido en la camarilla reinante del dispensario. Si no hubieran decidido incluirlo, no había razón para que el jefe del dispensario le revelara un secreto como ese a un empleado joven como Eiichi.

«Si esta nueva medicación es efectiva, queremos que nuestro departamento de cirugía anuncie su descubrimiento en los círculos médicos». La voz del jefe todavía resonaba con fuerza en sus oídos. Eiichi se imaginó a sí mismo de pie frente a una pizarra y una pantalla de proyección, anunciando los datos del experimento.

Entonces sus ojos se dirigieron sin querer a la postal de Tahara en la pizarra. Sentía que el rostro entristecido de Tahara le estaba acusando.

¿Tan ansioso estás por triunfar en la vida que piensas llegar tan lejos?

Eiichi trató de reírse burlesco. La cara triste de Tahara siguió:

Lo que te estás planteando hacer no es muy diferente de usar un medicamento inútil como el Bethion.

Las circunstancias son diferentes. Esta medicación que vamos a probar es *nueva*.

¿Acaso no estás experimentando con conejillos de Indias humanos?

¡Enséñame un solo médico al que no le gustaría experimentar con un ser humano! Si no probáramos las nuevas técnicas de operación y las medicinas nuevas en humanos, ¡no habría avances en medicina!



Cuando Eiichi volvió a casa aquella noche, su padre estaba leyendo el periódico vespertino. Estaba de buen humor.

—¡Bienvenido a casa! Gracias otra vez por lo de esta mañana. ¿Has cenado?

—Ya he comido. —Miró a su padre sintiendo un extraño afecto. Todo lo que le había dicho el doctor Uchida le había puesto de buen humor.

—Aquí tienes tu medicina. —Eiichi la sacó del maletín—. Tómatela media hora después de cada comida. —Se dispuso a levantarse.

—Oye, ¿por qué no te tomas un té conmigo? —Su padre lo detuvo.

Su madre y su hermana salieron de la cocina.

—Tu padre dice que hoy ha echado un vistazo a tu departamento del hospital. — Su madre dio unos golpecitos en la tetera—. No ha hablado de otra cosa esta noche.

—Tu padre te adora. —Su hermana le sacó la lengua y se rio.

—Eiichi es un hombre importante en el hospital. Cuando iba de camino al vestíbulo con él, se le acercó uno de los pacientes y le dio las gracias por toda su ayuda.

—Ah, a ese hombre le extirpamos un pulmón en nuestro departamento.

«¿Cuántos años habían pasado desde que Eiichi había hablado con tanta soltura con su familia? Todavía nos reuníamos como una familia cuando Eiichi estaba en el instituto», pensó Ozu.

—La medicina es una buena profesión. Me imagino que te será muy satisfactoria. Curar con tus propias manos a gente que sufre...

Eiichi hizo una mueca. Su viejo lo veía todo desde una perspectiva completamente optimista y sentimental. Ese era el «humanismo» insoportable de la generación de su padre.

—No curo enfermedades con las manos. Esa época ya pasó. La medicina de hoy es más metódica.

—Pero la felicidad de un paciente curado es la misma que antes.

—Claro, pero los pacientes van y vienen. No hay tiempo para establecer relaciones con ellos. No somos como los médicos de las películas o la tele.

Ozu abrió la boca para responder, pero se contuvo. No quería estropear la noche con otra discusión con su hijo.

—Supongo que no. Pero... hoy, cuando estuve echando un vistazo en tu departamento, había una paciente en una silla de ruedas. Una enfermera la llevó al ascensor. Tenía muy mala cara.

La expresión de Eiichi, que de repente se había tornado ligeramente airada, volvió a la normalidad cuando Ozu cambió de tema.

—Ah, es una paciente que se ha hecho unas pruebas hoy. Vamos a operarla pronto.

—¿Es una de tus pacientes?

—Sí, pero no soy el único médico que la está tratando. Es una viuda. Se llama Aiko Nagayama. Dice que perdió a su marido en la guerra o algo así.

Eiichi notó que su padre se lo había quedado mirando.

—¿Pasa algo?

—¿Cómo has dicho... que se llama la paciente?

—¿La paciente? Aiko Nagayama. ¿La conoces?

—No. —Ozu meneó la cabeza.

No había duda. Debía de ser ella. Pero la mujer que había visto al otro lado del pasillo esa mañana se veía exangüe. La joven que nadaba en el mar en Ashiya. Ya no recordaba el aspecto de la mujer que había visto hoy.

—A esta mujer... —preguntó a Eiichi su madre—, ¿qué le pasa?

—Eh... es cáncer. Cáncer de estómago.

—Si es cáncer de estómago, puede curarse, ¿no? —interrumpió su hermana.

—Si está en la fase inicial, sí. No hay problema si lo encontramos en las membranas mucosas, pero cuando se extiende, resulta muy difícil.

—¿Se ha extendido en la señora Nagayama?

—Sí.

—Entonces, ¿no serviría de mucho operarla?

—No lo sabremos hasta que abramos.

Eiichi había dejado de interesarse por el tema. Se bebió la taza de té, cogió el periódico que acababa de leer su padre y le preguntó a su madre:

—¿Está listo el baño?

—Ya puedes meterte. Si está fría el agua encenderé el gas.

Se levantó y se dirigió a la puerta, pero de pronto su padre le dijo:

—Quiero que cures a esa mujer.

Eiichi se giró sorprendido.

—Asegúrate de que se cure.

—Papá, hay un cáncer que se puede curar y un cáncer que no tiene remedio hagas lo que hagas. Un médico nunca lo sabe hasta que abre al paciente.

Ozu oyó a su hijo subir las escaleras, volver a bajarlas y abrir la puerta de cristal del baño.

—Oye... —la esposa de Ozu lo miró y le preguntó—: ¿Conoces... a esa mujer?

—¿Por qué lo dices?

—Por nada. De repente me dio la sensación de que la conocías...

Ozu no dijo nada y encendió el televisor. En la pantalla apareció un cantante con una sonrisa profesional en la cara.

«Fletán ha vuelto a invocarla, —pensó Ozu—. Creyó que no volvería a ver a Aiko, pero quizás había vuelto porque Fletán, desde la otra vida, había hecho que lo hiciera. ¿Pero por qué? ¿Por qué?»

—Me gusta esta canción —murmuró su hija Yumi mirando la televisión—. A lo mejor compro el disco.

—¿Vas a tomarte la medicación? —Su esposa le llenó un vaso de agua y se lo trajo—. Eiichi dijo que te la tomaras media hora después de comer.

La medicina le supo amarga. Bebió más agua.

Si Fletán aún siguiera vivo, ¿estaría así sentado, rodeado por su familia, mirando la televisión y charlando para pasar el rato?

Tenía la misma edad que Ozu, pero había muerto en la guerra. Y ese tipo de vida no se le concedía a los que morían de una enfermedad en el campo de batalla. ¿Pero eran felices los supervivientes?



Una tarde, días después, el jefe del dispensario, Kurihara y Eiichi esperaron a un hombre en una sala de juntas del hospital. El hombre era un investigador de la compañía farmacéutica que pertenecía al padre de Kurihara. Venía a hablar de la nueva medicación.

—Y me gustaría realizar la operación de la señora Aiko Nagayama la próxima semana... —explicaba Kurihara al jefe del dispensario, agarrado al respaldo de una silla—. Y para estudiar la eficacia de la medicación nueva después de la operación, me gustaría dejar de administrarle FU-5 y Mitomicina unos cinco días antes de la operación.

—Sí. —El doctor Uchida asintió con el dedo meñique metido en la oreja—. Dejaré esos detalles en vuestras manos. Habladlo y poneos manos a la obra. Llegar tarde, ¿no? La cita era a las cuatro, ¿verdad?

—Sí. Dijeron que ya había salido, pero tal vez haya mucho tráfico.

—Será eso.

—¿No va a venir el doctor Ii? —preguntó Eiichi.

El doctor Uchida sonrió irónicamente.

—El Ministerio de Bienestar Social otra vez. No lo han dejado escapar. Ah, Kurihara, me enteré de que fuiste a jugar al golf con la hija del doctor Ii.

—Sí. —Kurihara se sonrojó un poco y dirigió una mirada rápida a Eiichi—. Me lo pidió ella, así que fuimos juntos a su clase.

—Era su primera clase, ¿no?

—Sí, pero parece que ha pasado mucho tiempo practicando.

—¿Cómo es su técnica?

—No está mal.

El jefe del dispensario se levantó, colocó las manos delante y le demostró su técnica a Kurihara.

La débil luz del atardecer brillaba a través de las ventanas, algo sucias, de la sala de juntas, proyectando sombras en las largas mesas y las sillas.

Eiichi giró la cara, rígido, y miró por la ventana. Intentaba controlar los celos y la rabia que crecían en su interior porque Yoshiko había intimado con Kurihara más que nunca.

Seguro que... están pensando en casarse.

«Pero no dejaré que te salgas con la tuya tan fácilmente», murmuró para sí. Tengo cierta fotografía en el cajón. No te resultará tan fácil casarte con ella si Yoshiko ve la foto y descubre la relación entre Kurihara y la enfermera Shimada. Pero el problema era cuándo y cómo enseñársela...

Se abrió la puerta. Entró un hombre medio calvo que llevaba un maletín. Al inclinarse vieron que tenía la frente bañada en sudor. Era el investigador de la compañía farmacéutica.

—Siento llegar tarde. El tráfico estaba imposible.

—Ya nos lo imaginamos —el jefe del dispensario sonrió amigablemente—. Por favor, siéntese.

Una vez sentado, el investigador se afanó en apilar documentos y diapositivas encima de la mesa.

—Esta nueva medicina es una nueva versión de la Adliamicina D que ya conocéis... —empezó a explicar—. Pero en ésta no aparecen la pérdida de pelo, la inflamación de la boca ni la disminución de glóbulos blancos que provoca la Adliamicina. —Manipuló el proyector y siguió explicando—. Estas imágenes son de nuestros experimentos con animales... —Ilustró los cambios en los tumores después de dos semanas, tres semanas, luego un mes, y siguió—: Creemos que este nuevo medicamento es más efectivo que la Adliamicina, el FU-5 o el Z-4828.

—¿Habéis pensado algún nombre para el medicamento?

—No, todavía no. En el laboratorio la llamamos Blialamicina.

—Suenas como una combinación de Blaomicina y Adliamicina. —El doctor Uchida se echó a reír, pero el investigador se mantuvo serio.

—A la hora de prevenir el inicio del cáncer, ha resultado ser más efectiva que el FU-5 en los experimentos con animales.

—¿Y con humanos?

—El problema es que perjudica el hígado... —El investigador encendió las luces y volvió a secarse el sudor de la frente con un pañuelo.

La conversación duró una hora.

—Parece que lo mejor sería usarla junto con el MMC y el FU —dijo el doctor Uchida, mirando a Kurihara. Pensaba que era más efectivo combinar medicamentos

anticancerígenos que utilizarlos aisladamente.

—Pero si los usamos juntos, ¿no se cuestionará la efectividad de esta nueva medicina? —Kurihara meneó la cabeza—. Me gustaría intentar utilizar esta medicación sola con la señora Nagayama.

Si combinaran la medicina con otras, no tendrían información aislada sobre ella a la hora de presentarla a las convenciones médicas.

El débil sol de la tarde que antes se había proyectado en la sala se había alejado de la ventana.

—Bueno, ¿lo damos por terminado? —El jefe del dispensario le dio unas palmaditas a Eiichi en el hombro con la mano derecha—. Volveremos a reunirnos y hablaremos con detalle de la presentación de la investigación.

Eiichi se levantó y le abrió la puerta de la sala de juntas al investigador, que había recogido todos sus materiales y estaba listo para salir.

—¿Qué vais a hacer vosotros dos? ¿Venís a tomar algo con nosotros? —El jefe del dispensario invitó a Kurihara y Eiichi. Pero Kurihara se inclinó y respondió:

—Lo siento, hoy tengo que volver a casa temprano...

—¿Una cita?

—No, no es eso...

—Puedes contárnoslo.

Los tres hombres salieron al vestíbulo. Cuando llegaron al otro lado del pasillo desierto, Kurihara volvió a pedirle disculpas al doctor Uchida. El jefe del dispensario observó cómo el cuerpo masivo de Kurihara desaparecía pasillo abajo en dirección al departamento de cirugía.

—Tiene una cita. Seguro que es una cita. —Sacó la lengua.

Al salir del ascensor, Eiichi comentó que tenía trabajo pendiente y volvió al dispensario. Había reprimido durante varios minutos la necesidad imperante de seguir a Kurihara. Opinaba lo mismo que el jefe del dispensario: Kurihara había quedado con Yoshiko.

Descolgó el teléfono del dispensario y llamó a la sala de enfermeras del departamento de cirugía.

—¿Hola? ¿Ha pasado por ahí el doctor Kurihara?

—Acaba de irse —respondió la enfermera inocentemente.

—¿Ah sí? —Con los zapatos en la mano, Eiichi apagó las luces del dispensario. Recorrió a toda prisa el pasillo polvoriento y se dirigió a la entrada.

Vio a Kurihara a unos quince metros de la entrada principal. Caminaba cabizbajo, agarrando los zapatos como Eiichi.

Eiichi se detuvo. Kurihara se dirigía a la parada de autobús que había enfrente del hospital.

—¡Maldita sea! —dijo Eiichi. Kurihara sabía que Eiichi siempre cogía el tren, y no el autobús. Pensaría que pasaba algo raro si Eiichi iba a la misma parada—. ¿Por

qué estoy haciendo esto? —Eiichi se reprendió a sí mismo—. Me sentará muy mal ver a Kurihara con Yoshiko.

Sabía que le molestaría. Heriría su orgullo profundamente ver a Yoshiko saludar a Kurihara con alegría o con una sonrisa. Entonces, ¿qué le había llevado a seguir a los dos?

Kurihara esperó en la parada durante un rato, y de pronto se encaminó a la parada de taxis que había junto a la estación de trenes. Eiichi aceleró el paso cuando vio a Kurihara subirse a un taxi.

—¿Puede seguir ese taxi, por favor? —preguntó Eiichi cuando el conductor bajó la ventanilla.

—¿Ha olvidado algo? —inquirió el conductor.

—¿Qué?

—¿El tipo del otro taxi olvidó algo?

—Sí.

El taxi bajó por Aoyama. «Seguramente cenarán juntos en algún restaurante pijo de Aoyama», pensó Eiichi. Al no estar familiarizado con ese tipo de sitios, se sintió miserable y desharrapado. El pecho le ardía de celos.

Pero al llegar a los jardines exteriores del Templo Meiji, el taxi de Kurihara giró a la derecha y condujo por una calle en la que había alineados unos *ginkgos*.

—¡Pare! —gritó Eiichi al conductor.

—¿Quiere que pare?

Eiichi le pagó y fingió bajar por la calle de los árboles. Estaba vigilando el taxi de Kurihara, que se aproximaba a una galería de arte.

El taxi se detuvo, pero Kurihara no salió. En vez de eso, una mujer que estaba esperando en los escalones de piedra de la galería se subió rápidamente al taxi.

No era Yoshiko.

Cuando la mujer se subió al taxi, se dirigió a Harajuku a toda velocidad.

Si no era Yoshiko... ¿podría ser Shimada?

No podía saberlo con seguridad, pero Eiichi estaba contento con el resultado de su persecución. Había visto a Kurihara acompañado de una mujer que no era Yoshiko.



En la sala de enfermeras había una pizarra con las fechas de las operaciones y los nombres de los pacientes apuntados con tiza. Al día siguiente, apuntaron el nombre de Aiko Nagayama.

La vida de un paciente se torna muy agitada cuando se decide la fecha de la operación. Se repiten los cardiógrafos y las pruebas de capacidad pulmonar, y el laboratorio central de investigación obtiene otra muestra de sangre de la oreja. Esto se hace para determinar el tipo de sangre, pero también para analizar el tiempo que tarda

la sangre en coagular cuando el paciente empieza a sangrar. Se absorbe la sangre de la oreja en un trozo de papel hasta que deja de manar.

El informe que emitió el laboratorio central de investigación sobre Aiko Nagayama concluyó que, aunque había posibilidades de que el corazón presentara dificultades, su condición física en general permitía que se realizara la operación.

—Doctor.

Cuando Eiichi fue a verla cuatro días antes de la operación, Aiko estaba sentada en la cama escribiendo una carta. Al verlo, apartó el bolígrafo y el cuaderno.

—Han dejado de darme la medicación —dijo con sorpresa.

—Ajá —Eiichi asintió con indiferencia—. Usaremos un medicamento nuevo, así que hemos dejado de darle el otro por ahora.

—¿Un medicamento nuevo?

—Sí. Lo usaremos después de la operación. ¿No se lo había dicho el doctor Kurihara?

Aiko agitó la cabeza, pero no pareció sospechar nada acerca del cambio de medicación.

—Me explicaron que tendré una sed insoportable después de la operación —dijo sonriendo.

—Eso dice todo el mundo, pero todos pueden soportarlo, así que usted también podrá.

—Oh, eso no me preocupa.

—¿Le preocupa la operación?

—No me preocupa cuando pienso en la guerra. Estábamos tan acostumbrados a sufrir en aquella época. Una operación no parece gran cosa.

Había aumentado el número de macetas en la habitación. Al parecer le gustaban las flores. Eiichi la había visto a menudo regándolas.

—¿Vendrá su familia para la operación?

—No tengo marido ni hijos. —Volvió a sonreír—. Pero vendrán algunas amigas.

—Ah, es verdad. Su marido murió en la guerra, ¿no?

—Sí. Murió en la Armada.

«¿Y ha estado sola desde entonces?, quiso preguntar Eiichi, pero se contuvo».

—Eh... —empezó a decir, dirigiéndole una mirada suplicante—. ¿Cree que podría salir del hospital durante tres horas o así antes de la operación?

—¿Salir del hospital? Es un periodo crítico. Si coge frío, traerá muchas complicaciones. ¿Tiene algún recado importante?

—Quería arreglar la tumba de mi marido antes de la operación.

Eiichi la miró sorprendido. ¿Arreglar la tumba de su marido antes de la operación? La idea le parecía inútil y sin sentido.



Llegó la mañana de la operación.

Una enfermera le administró a Aiko un sedante suave y una inyección.

—No se levante. Algunos pacientes se toman esto y creen estar bien, y entonces se levantan y se caen en redondo.

Aiko sonrió y asintió, cubriéndose con la manta hasta la barbilla. Iban a operarla pronto, pero no parecía estar muy nerviosa.

—¿Te entra sueño? —Las dos amigas que se habían colocado junto a su almohada la miraron con atención.

—No, aún no. —Guiñó los ojos, sin dejar de sonreír—. Ayer fue muy divertido. Vino un anestésista joven a examinarme...

—¿Sí?

—Y me preguntó con una cara muy seria: «¿Cuánto sake bebe?».

—He oído que los anestésistas tienen dificultades lidiando con grandes bebedores.

Aiko asintió.

—Entonces la anestesia debería haberme hecho efecto enseguida... ¡pero todavía no noto nada!

—No creo que eso fuera la anestesia. Seguro que te pondrán la anestesia real en la sala de operaciones. ¿Has dormido bien?

—Sí... y he soñado con los años que pasamos en Kōnan.

Aiko y sus dos amigas empezaron a hablar de la época en que asistían a la escuela femenina.

—Estaba aquel viejo tren ruinoso que bajaba la carretera en el que se montaban los chicos de la Escuela Secundaria Nada. Siempre olían a sudor...

—Me pregunto qué ha sido de todas nuestras compañeras. Seguramente estén casadas y con hijos.

—Esos chicos nos seguían todo el tiempo.

—Es verdad. Pero nunca sabían qué decirnos.

—Y si les decíamos algo nosotras, se ponían rojos como un tomate y se quedaban mudos. Qué inocentes éramos, ¿verdad? Cuando estábamos en la escuela.

—Menuda diferencia con los estudiantes de instituto de ahora. Como mi hijo... Se pasa horas hablando por teléfono con sus amigas como si nada. ¡Incluso cuando estamos nosotros sentados al lado!

—Me está entrando sueño. —Cuando Aiko cerró los ojos, sus dos amigas se acercaron a la ventana y miraron el cielo. Estaba nublado. A lo lejos oían el rumor distante de los coches y los camiones.

—Le dije que era una pena que no pudiera visitar la tumba de su marido —susurró una de las amigas a la otra.

—No me gusta que este hospital sea tan estricto con las reglas. No habría pasado nada si la hubieran dejado salir.

—Es verdad.

Oyeron pasos en el pasillo. La enfermera que había estado allí antes volvió a entrar acompañada de otra. Traían una camilla.

—Bueno, señora Nagayama, es hora de ir a la sala de operaciones —dijo la enfermera tras situarse junto a la almohada de Aiko—. Relájese. La pasaremos a la camilla.

Aiko sonrió a sus amigas.

—¡Nos vemos en un rato!

—¡Buena suerte! Esperaremos aquí en la habitación. ¿Necesitas alguna cosa?

—No, nada —empezó a decir Aiko, pero entonces vio desde la cama las macetas que había alineadas en la habitación—. Bueno, sí. ¿Os importaría regar mis plantas?

Al llegar a la sala de operaciones percibió el sonido del agua fluyendo. Limpiaba continuamente el polvo del suelo y la sangre de los pacientes. Los bisturís y las pinzas emitían un sonido estridente al chocar con la mesa de cristal. Detrás de ella había una enfermera que llevaba una bata azul de cirugía y una mascarilla grande.

El anestesista se dirigió a Aiko.

—No hay nada de qué preocuparse. Se dormirá enseguida. Cuando se despierte, la operación ya habrá terminado. —Le pidió a Aiko que empezara a contar.

—Uno, dos, tres —murmuró con una voz débil y lánguida. No tardó en caer en un sueño profundo.

Volvió a hacerse el silencio en la sala de operaciones. El flujo del agua, que reflejaba la luz de las lámparas astrales, no hacía más que intensificar la calma.

Unos diez minutos más tarde aparecieron el doctor Uchida, el jefe de cirugía y sus dos asistentes, Kurihara y Eiichi. Llevaban las batas blancas abiertas y debajo tenían unos delantales de goma y sandalias en los pies. Después de que las enfermeras les pusieran los guantes esterilizados, se pusieron en fila junto a la paciente dormida.

—Bien —dijo el jefe del dispensario en voz baja—, comencemos la operación. ¿Se han hecho todos los preparativos?

—Ya están listos los calibradores de tensión y los tubos intravenosos —respondió Eiichi.

La enfermera cogió un trozo de algodón con las pinzas, lo empapó en tintura de yodo y embadurnó el cuerpo de Aiko.

—Bisturí.

El doctor Uchida se inclinó hacia delante con el bisturí eléctrico en la mano derecha. Se oyó un chisporroteo. Apareció una línea de grasa blanca, y en ese instante Eiichi vio cómo fluía un chorro oscuro de sangre. Kurihara grapó las venas rápidamente, provocando un repiqueteo, y Eiichi las ligó con hilo.

Insertaron una aguja intravenosa en la pierna de Aiko, y a través de la goma se le suministraba continuamente un líquido que contenía vitaminas y adrenalina.

—¿Presión arterial?

—Normal.

Ya había abierto el xifoideas. El médico detuvo el bisturí a la derecha del ombligo invertido de Aiko. Procedió a abrir el peritoneo.

—¿Presión arterial y corazón?

—Sin cambios.

Estaba nublado. En el hospital, los pacientes externos esperaban en la sala de espera como siempre, con una expresión cansada. Se oían llantos de niños y bebés. En la habitación de Aiko, las dos amigas seguían charlando en voz baja.

—Y entonces empezó a ahogarse. Aquel estudiante de Nada...

—¿No sabía nadar?

—Supongo que no. Fue un espectáculo... Parecía gustarle mucho...

—¿No sabía que Aiko ya tenía novio?

—No creo. Al fin y al cabo, apenas sabía nada de ella.

—Claro. Cuando te paras a pensar en cómo eran los estudiantes de la Escuela Secundaria Nada en aquella época... —Miró el reloj—. Todavía no han pasado ni dos horas.

DOCE

LA ESTILOGRÁFICA

Medio año después de que finalizara la guerra.

Ozu volvió a Japón, cruzando el mismo océano negro que había visto a través de la lluvia cuando lo enviaron al frente. El sucio buque de carga estaba abarrotado de soldados japoneses. Todos tenían la misma expresión alicaída. Les habían quitado las armas e incluso las insignias del cuello que indicaban sus rangos, perdiendo toda dignidad y orgullo. Los soldados, agotados, estaban en cuclillas en la cubierta del barco, agarrándose las rodillas.

Sin embargo, podían sentir cierto alivio por el hecho de que había sido el ejército comunista chino el que los había capturado. Los que pertenecían a las mismas barracas y habían sido enviados al norte de Manchuria habían sido capturados por las tropas soviéticas, y habían acabado en Siberia.

Llegaron a Maizuru un día lluvioso. Después de que los inspeccionaran en los cuarteles de desmovilización, los metieron en unos trenes que parecían transporte de ganado y los enviaron a sus respectivos hogares.

Por todas partes, el paisaje era un páramo chamuscado. Desde la estación, donde se detuvo con un chirrido el tren abarrotado, los soldados lograron ver ruinas carbonizadas y hombres y mujeres que llevaban mochilas a la espalda.

—Nunca pensé que acabaríamos así —susurró un amigo a Ozu. Su rostro se debatía entre la risa y las lágrimas.

Ozu se despidió de su amigo y volvió a casa desde la estación Osaka.

Su casa había tenido la suerte de sobrevivir al bombardeo, pero estaba mucho más deteriorada de lo que había imaginado sentado en las barracas.

La huerta que había adquirido su padre en el pasado ahora era un simple terreno vacío. Los refugios antiaéreos aún seguían en pie. Algunas partes del muro que rodeaba la casa se habían caído a pedazos. Le dijeron que los fuertes vientos lo habían dañado cuando bombardearon una fábrica de aviones cercana el año anterior.

—Nos llevamos un susto tremendo aquel día —dijo su madre mirando la parcela, aún cubierta de nieve—. Oí un sonido como el de un expreso cruzando un puente de acero, y entonces la casa empezó a temblar como si hubiera un terremoto, y el muro se derrumbó ante mis ojos. Tu padre había salido y yo estaba sola. Ni siquiera pude correr hasta el refugio antiaéreo.

Aunque Ozu había sido soldado, al haber estado posicionado en Dairen, no había tenido contacto directo con las batallas y los combates aéreos. Las fuerzas soviéticas habían ocupado Dairen momentáneamente, pero después se lo cedieron a los comunistas chinos. Podía considerarse afortunado en muchos sentidos.

En la universidad aún no habían empezado las clases, ya que más de la mitad de los edificios de la escuela se habían quemado.

Las operaciones del mercado negro empezaron a ocupar las calles de Osaka y Kobe. Allí, los hombres como Ozu, ataviados con sus uniformes de repatriados, deambulaban de un lado a otro con sacos de comida cargados al hombro. El agotamiento, la desesperanza y la futilidad estaban grabados en sus rostros.

Un día, de improviso, Ozu visitó la casa de Fletán. Pero el vecindario en el que se erigía la pequeña vivienda que recordaba tan bien ahora era un desierto de cenizas. El viento invernal esparcía los restos de los escombros.

Se sentó en una pila de desechos y pensó en cada una de las cosas que había perdido.

Fletán. Ese amigo suyo de ojos adormilados. Al recordar que ya no vivía, Ozu de pronto no pudo reprimir las lágrimas que derramaron sus ojos.

No era mal tipo. No era muy brillante ni destacaba especialmente, pero había sido uno de los mejores amigos de Ozu. «No. Era mi único amigo», pensó Ozu secándose las lágrimas con la palma de la mano.

Ozu apenas tuvo ocasión de holgazanear antes de que empezaran las clases.

Muchos de sus camaradas repatriados habían perdido sus casas, reducidas a cenizas. Ozu se enteró de que algunos habían conseguido un trabajo a tiempo parcial y siguió su ejemplo.

Había todo tipo de trabajos disponibles. Se unieron y formaron una Unidad Sociocultural de Alumnos. En Osaka y Amagasaki se abastecían de jabones atípicos, teteras y hornos de pan de las fábricas, y caminaban por las calles vendiéndolos. En aquella época se vendía cualquier cosa de utilidad que hubiera disponible, así que había una demanda muy alta de sus artículos.

Ozu y sus amigos se dedicaron a eso. Llevaban una mochila a la espalda donde guardaban todos sus utensilios y los llevaban a los mercados negros. Envolvían los jabones de aceite de pescado en un papel con palabras impresas en un idioma extranjero y escribían «MADE IN USA» en el paquete. Solían confundirlo con «MADE IN U. S. A.», de modo que el jabón se vendía bien.

Ozu se convirtió en una cara conocida en los mercados negros, y se habituó a beber sake con sus amigos. Los bares de biombos rojos cubrían los callejones detrás de los mercados negros, y allí los repatriados, sin uniformes, apilaban carne de ballena frita en sus platos y bebían vasos de sake barato.

Al anochecer, Ozu solía sentarse con sus amigos en los bares de los biombos rojos, observando el ir y venir de la multitud ruidosa mientras sorbía el sake, de fuerte olor. Y pensaba en Fletán y en Aiko. De vez en cuando aparecía en los mercados negros o en los bares la policía militar, con un casco blanco de metal en la cabeza. Estaban vigilando a los transeúntes.

Fue un día de marzo.

Ozu y un amigo habían acabado la jornada laboral en sus trabajos a tiempo parcial. Estaban, como siempre, tomando algo de pie en uno de los bares de biombos rojos. De pronto se oyó el clamor de unas voces y el sonido de unos pasos.

—No podemos hacer otra cosa... ¡No tenemos qué comer!

El golpeteo de los pasos se mezcló con los gritos de un hombre y unos chillidos femeninos. Dos mujeres entraron en el bar precipitadamente.

—¿Una redada? —preguntó el viejo camarero—. ¿Son los americanos? ¿O la policía japonesa?

—La policía —respondió una de las mujeres—. Han descubierto que teníamos escondido un poco de arroz del mercado negro.

De vez en cuando había redadas en los mercados negros. Ozu y los demás estudiantes estaban a salvo, porque no comerciaban con arroz. Pero las personas que llevaban el arroz del mercado negro desde las granjas, guardado en alforjas o en pañuelos, se veían expuestas a las redadas policiales y se las podían acabar llevando.

Las dos mujeres enterraron las caras en unos pañuelos y se colocaron en cuclillas en una esquina del bar, dando la espalda a los clientes. Ozu y sus amigos permanecieron a su lado, ocultándolas a la vista, y siguieron comiendo sus brotes de soja fritos.

Dos policías fueron de bar en bar, caminando con pasos pesados, pero al cabo de un rato parecieron rendirse y desaparecieron.

—Ya ha pasado todo.

—Gracias, señor.

Las dos mujeres que se habían tapado con el pañuelo se sacudieron los pantalones por la altura de la rodilla. Le dieron al camarero veinte yenes para agradecerle que las hubiera escondido y salieron por la puerta.

Justo en ese momento, los ojos de una de las mujeres se encontraron con los de Ozu.

—¡Oh! —exclamó, parándose en seco—. ¡Señor Ozu!

Era la hermana mayor de Fletán...

—¡Y pensar que ha tenido que verme así! —Se quitó el pañuelo de la cara. La hermana de Fletán se sentía avergonzada por los pantalones masculinos que llevaba. Pero el mismo Ozu vestía con un uniforme andrajoso de repatriado—. No imaginé que volvería a verlo.

—Fui a su casa, pero el fuego ha destruido toda la zona. ¿Está bien su madre?

—Sí, ahora vive conmigo.

El amigo de Ozu y la mujer que acompañaba a la hermana de Fletán esperaron en la parte delantera del bar y escucharon la conversación.

—Es un amigo de mi hermano, de la época del colegio. Perdona, Toshi. ¿Por qué no te adelantas? —dijo la hermana de Fletán. Cuando se quedaron solos, le preguntó a Ozu—: Está muy sucio pero... ¿le gustaría venir a mi casa? Me gustaría darle algo que perteneció a mi hermano.

Un tren retumbó al atravesar la vía elevada. Por debajo fluía una corriente de agua turbia que recorría un muro de cemento. Había un vagabundo apoyado en el muro, observando con aire ausente a los transeúntes.

—Si mi hermano aún estuviera vivo, seguramente me reñiría, pero... no puedo ocuparme de mi aspecto cuando soy la única que puede cuidar a mi madre.

La hermana de Fletán aún se sentía incómoda por su atuendo y por el hecho de ser una vendedora ambulante. Ozu recordaba su aspecto la noche que sirvió sake en la fiesta de despedida cuando reclutaron a Fletán.

—Me dijeron que murió de una enfermedad en el frente... ¿Qué enfermedad era? —preguntó Ozu.

—Neumonía. Recibimos una carta de un hombre del mismo regimiento... Decía que Fletán murió dos días después de ingresar en el hospital del ejército.

—Así que era... neumonía.

Se imaginó el cuerpo débil de Fletán. Los soldados jóvenes corrían de un lado para otro en el frío mientras los oficiales veteranos entraban en calor junto a las estufas en las barracas.

—El viento debió de ser muy frío en Corea. —Ozu dejó escapar un suspiro involuntario. Los inviernos también eran duros en Dairen, que se parecía mucho a Corea. El frío allí era más que «frío». Lo cierto es que resultaba incluso doloroso.

—Lo intentó con todas sus fuerzas. —No encontró más palabras de consuelo para la hermana de Fletán. Mientras paseaban, ella mantenía la esquina del pañuelo contra la boca, intentando reprimir los sollozos.

Tras pasar por una zona completamente quemada, la hermana de Fletán lo llevó a una casucha débilmente iluminada. La habían construido junto a los muros de un garaje que se había quemado, y tenía un tejado de zinc.

—¡Madre! —llamó desde la entrada—. ¡Madre!

Ozu reconoció el rostro de la madre de Fletán en la ventana, pero su pelo se había vuelto blanco como la nieve.

—¡Lo recuerdo, señor Ozu! Es el señor Ozu, ¿verdad? —Perdió la compostura y las lágrimas llenaron sus ojos.

La hermana de Fletán le hizo pasar.

—Me da vergüenza cómo está todo. Está tan sucio... —Recogió rápidamente las tazas y los palillos de la mesita de té y apartó el brasero de carbón que habían colocado al lado. Vio una foto de Fletán fijada a un panel de madera en la pared.

—Si ese chico estuviera vivo ahora... no habríamos acabado así —se lamentó la madre de Fletán, sentada junto a Ozu.

—Madre, ¿cuántas veces tengo que decirte que dejes de repetir esas tonterías? —replicó la hermana de Fletán en voz alta—. Señor Ozu, éstas son las cosas que dejó mi hermano.

Sacó un fardo con un estampado de cuadros desteñidos. El nudo estaba atado muy fuerte. Cuando lo deshizo bajo la tenue luz, aparecieron una cartera y el traje y la

corbata que había llevado Fletán el día de su ingreso en la milicia.

—También hay otras cosas que nos trajo uno de sus amigos del ejército.

Ozu juntó las manos instintivamente, de forma reverencial, encima del traje de Fletán. Visualizó a su amigo llevándolo con orgullo al bajar del tren en la Estación Sannomiya.

—Su amigo del ejército nos trajo la estilográfica y la libreta que usaba.

—¿Su estilográfica? ¿Puedo verla?

—Claro. —Se levantó y abrió una caja que había encima del escritorio pequeño de la esquina—. Aquí está.

Era la pluma que recordaba. No habría podido olvidar esa pluma ni aunque lo hubiera intentado.

—Ah —dijo en voz baja—. Fletán la usaba... mucho.

—Por favor, llévesela. —La hermana de Fletán miró a Ozu fijamente—. No hay nada más que pueda quedarse como recuerdo... Por favor, llévese esto, señor Ozu.

—No hace falta...

—No pasa nada. Creo que a mi hermano le habría gustado que la usara.

Ozu levantó la pluma hasta su frente con reverencia y después se la guardó en el bolsillo.

—Entonces la acepto.

—¿Por qué no se lleva también la libreta?

Ozu negó con la cabeza. No podía llevarse dos de las pocas pertenencias que aún conservaban el olor de Fletán. Pero la hermana de Fletán insistió:

—No, en serio. Nos resulta muy doloroso tener esta libreta cerca. Nos recuerda mucho a él.

Ozu ojeó la libreta bajo la tenue luz. La mayoría de las páginas estaban en blanco, salvo la sección de direcciones, donde había escrito el nombre y la dirección de sus conocidos. También había varias páginas que parecían un diario.

Entonces, en una de las páginas, Ozu vio una especie de mapa dibujado por Fletán.

Era el área del río Ashiya. Ozu descifró algunos garabatos que decían «Pinos», «Puente» y luego, «Casa de Aiko».

Ozu dejó la libreta.

Ya era noche cerrada cuando salió de la casa de Fletán, llevando consigo la estilográfica y la libreta. El viento soplaba atravesando las ruinas chamuscadas. Al levantar la vista al cielo, vio que las estrellas de invierno brillaban con fuerza. Una desesperación indescriptible le oprimió el pecho. No lograba imaginar qué había provocado esta ola de desesperación.

¿Por qué tienen que morir los tipos buenos como Fletán? Tuvo que reprimir la ira que sentía, imposible de descargar. Pero esa rabia venía motivada por algo más.

¿Por qué tiene que morir gente tan pura y simple como Fletán? Pero esos sentimientos no eran el origen de su desesperación.

Un tipo sencillo y modesto. Un tipo astuto, posiblemente, pero que además, en alguna parte de su corazón, alojaba una pureza que le hacía atesorar el primer amor de su juventud. Seguramente existían tipos así en todo el mundo, pero éste en concreto había muerto en la guerra, dejando atrás únicamente el traje que había llevado, una estilográfica y una libreta.

¿No es eso... triste? Ozu quería gritarle a las estrellas en el cielo.

No me apena que un hombre fuerte o un héroe muera. Pero lamento que un tipo como Fletán lo haga. Es triste, insoportable, precisamente porque era la clase de hombre que te encuentras en cualquier parte.

El vagabundo, apoyado como antes en el muro de cemento, junto a la corriente de agua turbia que fluía por la vía férrea elevada, se había quedado dormido. Más allá del paso elevado había un soldado vestido de blanco apoyado en un bastón de madera de pino. Estaba tocando el acordeón.

*«La manzana no dice nada,
Pero sé cómo se siente la manzana.»*

Ozu se apresuró a llegar a la estación oyendo el eco de esa voz cansada detrás de sí. Sacó la estilográfica bajo las luces tenues de la plataforma. El color no se había desgastado, y se veía igual que el día en que se la dio Aiko, salvo por las marcas de tinta negra en la punta.

Echó un vistazo a la libreta y en primer lugar se detuvo en el apartado de direcciones. Fletán había garabateado descuidadamente el nombre de Ozu y su dirección. Buscó el nombre de Aiko, pero por algún motivo no lo encontró.



Declaraciones del soldado de primera Uchiyama después de las maniobras.

Reunión a las 14:30

Punto esencial de las instrucciones: regulaciones estrictas y espíritu luchador.



A lo largo de las páginas había garabatos indescifrables como éstos:

La plataforma estaba casi vacía. Sólo un empleado de la estación bajó las escaleras y caminó hasta el principio de la plataforma.

«AMUZAOKIA».

Las letras llamaron la atención de Ozu de repente. Inclino la cabeza ante esa palabra desconocida. Era como un código telegráfico. Pero no tardó en resolver el

misterio.

Aiko Azuma. Fletán había escrito su nombre al revés con mucho cuidado. Seguramente había considerado la posibilidad de que el jefe del escuadrón o un oficial superior descubrieran su libreta.

Idiota...

De pronto, Ozu sintió la obligación de devolverle la estilográfica a Aiko, por muy difícil que resultara. AMUZAOKIA. Tenía que hacerle ver a Aiko el dolor que había soportado Fletán, escribiendo a escondidas esas nueve letras sentado en su barraca, con la inminente posibilidad de recibir otro golpe por parte de sus oficiales superiores.



En los últimos tres años no había vuelto a bajarse del tren en la parada de Nigawa. Pero la estación y los alrededores no habían cambiado mucho en ese tiempo. El pequeño río blanco que fluía frente a la estación, las casas de color crema que se alineaban junto al río y el redondo monte Kabuto en el lado contrario seguían igual que siempre.

No se había olvidado del camino. Después de avanzar un poco a través del bosque de pinos, llegaría a un estanque. Recordó que alguien que estaba en la panadería, enfrente de la estación, le había dicho que la casa de los Nagayama estaba justo al lado del estanque.

No se veía un solo bote en el estanque, estropeado por las inclemencias del invierno. Al parecer no lo habían cuidado durante la guerra. El letrero que decía «Estanque Benten» y la casa de al lado estaban hechos un desastre.

Y el nombre en la casa de Aiko era diferente. No podía determinar si había alguna relación entre la familia Nagayama y los Uchiboris cuyo nombre aparecía en la puerta.

Deambuló por el vecindario durante unos minutos y después decidió llamar al timbre. Lo pulsó varias veces, pero nadie abrió la puerta. No parecía que hubiera nadie en casa.

Volvió a la estación y empujó la puerta de cristal de la panadería.

—¿Quién es? —respondió desde el interior una voz débil, tal vez la de alguien que acababa de despertarse. Ozu echó un vistazo a la tienda, pero no vio ningún pan. Sólo había una bicicleta aparcada en la entrada.

Salió una mujer de mediana edad.

—Ya no funciona la panadería —explicó con pesar, abriendo un poco el vidrio—. Aún no podemos conseguir los ingredientes.

—No, verás, había una casa que pertenecía a los Nagayama cerca del estanque, ¿verdad? ¿Sabe dónde viven ahora?

Pensó en un cuento infantil titulado *Buscando a Mamá* que había leído cuando era pequeño. Un niño que había sido separado de su madre iba de un lado para otro buscándola. Pero cada vez que llegaba a una ciudad, su madre se había ido a otro sitio...

—¿Nagayama? Murió en la guerra, según me dijeron...

—¿Murió en la guerra?

—Sí. En la Armada, ¿no?

Ozu recordó la cara bronceada del cadete naval, vestido con un uniforme blanco, que llevaba una espada corta aquel día en el puente del río Ashiya.

—¿Entonces su mujer ha enviudado?

—Así es. Muy triste, ¿verdad?

—¿A dónde fue su mujer?

—A dondequiera que la evacuaran, supongo.

—¿La evacuaron?

«Ahora tengo que partir a otro sitio lejano», pensó. Después de visitarla en el mismo lugar aquella vez, murmuró para sí mismo: Se acabó. ¡No pienso hacer nada más por él!

Pero incluso ahora parecía oír la voz de Fletán, con sus ojos adormilados, rogándole detrás de él: «Por favor, no digas eso. Por favor, lleva la estilográfica a donde sea que la hayan evacuado».

La mujer de la panadería entró para buscar una postal que le había mandado Aiko. Recordaba que había escrito la dirección en ella y que había llegado hacía un año y medio. Resultó ser un pueblo minúsculo llamado Shūzan, al norte de Kioto.



Varios días después, Ozu se subió por la tarde a un autobús que salió de Kioto y atravesó las colinas del Norte. Su destino era el pueblo de Shūzan, donde todavía vivía Aiko con sus padres después de la evacuación.

Unas nubes densas cubrían el cielo. De vez en cuando brillaba el débil sol de invierno por encima de las montañas. Cuando el autobús abandonó la periferia de Kioto y entró por fin en un desfiladero, ya había oscurecido. Ambos lados estaban cubiertos por una espesa capa de cipreses de Kitayama. Las laderas aún estaban cubiertas por copos de nieve ennegrecidos.

Hacía frío en el autobús. Los pocos pasajeros que viajaban en él habían adoptado una expresión sombría, dejándose llevar por el vaivén del vehículo. La carretera serpenteante era estrecha e irregular. Se sentían como si estuvieran entrando en una región montañosa.

Ozu levantó el cuello de su abrigo desgastado y miró fijamente los riachuelos cubiertos de hielo que recorrían el valle y los bosques repletos de cipreses delgados de Kitayama que se hacían visibles de tanto en tanto.

Pasaron por varios pueblos pequeños de montaña. Entre las casas de tejados de paja o tablillas había serrerías que parecían establos. Mujeres y hombres trabajaban juntos en ellas.

Tras avanzar con lentitud por la carretera de la montaña durante casi una hora, el autobús llegó por fin a la cima. Ozu todavía no podía creer que Aiko viviera ahora en esta recóndita montaña tan oscura y desolada. De vez en cuando metía la mano en el bolsillo y tocaba con los dedos la pluma.

Cuando el autobús atravesó la cima y volvió a bajar, vio un pueblo situado en una cuenca bañado por la débil luz del sol. Era Shūzan, donde vivía Aiko.

El autobús condujo a través de la cuenca y a lo largo de una carretera rodeada por colinas hasta tal punto que parecía la entrada de un valle. Si la dirección que le había dado la mujer en la panadería de Nigawa era correcta, Aiko vivía ahora en esta carretera, cerca del templo Jōshōkō.

El viejo autobús dejó a Ozu solo y volvió a ponerse en marcha, dejando una estela de polvo tras de sí. Ozu subió por una carretera empinada, abriéndose paso entre la nieve helada que aún cubría los bordes.

Ante sus ojos apareció la puerta principal del Templo Jōshōkō. Los escalones de piedra del templo podían verse esporádicamente en una ladera rodeada de árboles. Ozu no conocía la historia de este templo.

Cuando por fin llegó a una granja que tenía la puerta a un lado, miró el reloj. Si perdía el autobús de regreso a las cuatro, no podría volver a Kioto.

Al oír sus pasos, un perro negro que había atado en un jardín empezó a ladrar.

Alertada por los ladridos, una anciana que llevaba un delantal abrió la puerta de cristal de la granja y salió al exterior.

—¿Es ésta la casa de los Nagayama? —preguntó Ozu.

—La señora Nagayama vive ahí detrás. ¿Está buscando a la señora? Fue al templo hace un rato. Está copiando los sutras.

Ozu le dio las gracias a la mujer y subió los escalones de piedra que conducían al templo. El aire frío se extendía como la cuerda de un arco entre la arboleda. De vez en cuando se oía el canto agudo de un pájaro.

Al llegar a lo alto de la ladera, vio un estanque y una estatua pequeña de Kannon consagrados allí. El techo del templo era visible aún más arriba.

Había empezado a subir los escalones del templo cuando de pronto apareció una mujer arriba.

Era Aiko. Llevaba unos pantalones sencillos y tenía un fardo de tela en la mano.

—¡Ah! —exclamó Ozu. Ella se detuvo y lo miró con cautela. Una expresión de asombro cruzó su rostro mientras permanecía allí de pie.

Los dos se miraron en silencio durante un instante a través de los escalones de piedra.

—Soy Ozu. ¿Te acuerdas de mí? —gritó.

—Sí —respondió ella.

—Fui a tu casa a buscarte y me dijeron que estabas en este templo... Tengo que volver en el autobús de las cuatro. Me gustaría darte una cosa.

Se metió la mano en el bolsillo y subió los escalones despacio.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo Aiko, inclinándose educadamente.

Allí de pie, vestida con esos pantalones raídos, no se parecía en nada a la Aiko joven. La angustia invisible de su vida se reflejaba en la cara y las manos que sostenían el fardo.

—Esto es... —empezó a decir Ozu, pero se tragó las palabras—. Me dijeron que tu marido falleció.

—Sí.

—¿Y has estado aquí... desde...?

—Sí, éste ha sido mi hogar desde antes de que terminara la guerra.

El sol débil volvió a brillar entre las nubes. De alguna parte cayó un copo de nieve diminuto. Aiko levantó la cabeza como si fuera a coger la nieve y miró al cielo.

—¿Trabajas en el campo? —preguntó él impulsivamente al ver las heridas de sus dedos.

—Mis padres son muy mayores. Pero tú has vuelto de la guerra, ¿no? —Desvió la mirada hasta las botas militares de Ozu.

Bajaron los escalones y se sentaron en un banco junto al estanque. El viento atrapó otro copo de nieve pequeño, que voló junto a ellos.

—Hace frío aquí, ¿verdad? —murmuró Ozu.

—Sí. La cuenca está rodeada de montañas.

—Has cambiado, ¿verdad, Aiko?

—No he sido la única. La guerra fue larga.

—Cuando estaba en el ejército pensaba mucho en la Escuela Secundaria Nada. Ella sonrió y guardó silencio por un instante. Entonces murmuró:

—Me pregunto si todavía funciona aquel tren que pasaba por la carretera.

—¡Funciona! Está más viejo y va más lento que nunca.

—Echo de menos el tren, y el vecindario en el que estaba la escuela.

—Nunca imaginamos que acabaríamos así, ¿verdad? Éramos tan despreocupados.

—Ajá.

—¿Cómo está tu hijo?

Aiko movió la cabeza con tristeza al oír la pregunta de Ozu.

—Murió de neumonía...

—¿Neumonía?

—Sí.

A Ozu le pareció que todo origen de la felicidad humana se había evaporado durante la guerra. No había un solo japonés que no hubiera perdido algo. Todos habían visto sus casas quemadas, la muerte de sus padres y la desaparición de sus familiares.

—¿Te acuerdas de... Fletán?

—Sí. ¿Qué es de él?

—Está muerto. Él también.

—¡Oh no! —La sorpresa y el dolor nublaron sus ojos.

—Murió de una enfermedad en el campo de batalla en Corea. —Ozu buscó la estilográfica en el bolsillo, envuelta en papel, y la sacó—. ¿Te acuerdas de esto...?

Tenía la mirada perdida en dirección a la superficie del lago. La noticia de la muerte de Fletán debía de haberle recordado el día en que murió su marido.

—¿Te acuerdas de esto? —repitió Ozu, y ella se recompuso al fin—. Es la estilográfica. La que le diste a Fletán. La guardó como un tesoro hasta el día en que murió...

Se le ensombreció el rostro y escuchó con atención las palabras entrecortadas de Ozu.

—En... en su libreta... dibujó un mapa de la zona del río Ashiya. Las hileras de pinos. Y el puente. Y tu casa. ¿Sabes por qué? Era un idiota. Cada día penoso que pasó como soldado..., así era como se consolaba a sí mismo. Dibujando mapas de Ashiya con la pluma que le diste...

Un fino copo de nieve rozó el hombro del abrigo desgastado de Ozu y aterrizó en la mejilla de Aiko. El cielo, débilmente iluminado por un instante, volvió a oscurecerse al cubrirse de nubes.

—Esto... te pertenecía... Ahora es un recuerdo suyo.

Ella cogió el pequeño paquete en silencio.

—Me siento mejor ahora... —Ozu forzó una sonrisa.

Esta estilográfica pequeñita ha pasado de Aiko a Fletán, ha ido desde Japón hasta Corea, ha regresado a Japón y ahora había vuelto a Aiko.

—Han pasado muchas cosas, ¿verdad? —Ozu miró su reloj—. Es hora de coger el autobús. Tengo que irme.

—Muchas gracias. —Aiko se inclinó inesperadamente—. Gracias por venir desde tan lejos hasta las montañas.

Bajaron los escalones juntos, atravesaron la puerta del templo y se encaminaron hacia la parada de autobús.

Más allá de los campos y las colinas aún cubiertos de nieve podían divisar las colinas del Norte, frías y desoladas. La única forma de volver a Kioto era cruzar esos picos cubiertos de cipreses oscuros.

—¿Volverás a la región de Hanshin?

—La verdad es que no lo sé.

Vislumbraron a lo lejos el autobús que avanzaba con lentitud hacia ellos. «Nunca volveré a verla», pensó Ozu. No volvería a verla, igual que nunca podría volver a ver a Fletán.

—Cuídate —dijo Ozu cuando el autobús se detuvo.

—Tú también —respondió Aiko.

Se subió al autobús, donde sólo había dos pasajeros, y se alejó con rapidez. Al otro lado de la ventana mugrienta, Aiko sonreía con tristeza. No tardó en desaparecer de su vista...

TRECE

EL NUEVO MEDICAMENTO

Se abrieron las puertas de la sala de operaciones y apareció una camilla custodiada por cuatro enfermeras. Las bolsas de transfusión y los tubos de oxígeno hacían que Aiko, todavía dormida, se asemejara a la pieza de una máquina.

La camilla avanzó en silencio por el pasillo largo e iluminado. A su paso, las personas que habían venido al hospital se alineaban contra las paredes, como si se estuviera aproximando una criatura temible.

Las dos amigas de Aiko esperaban impacientes en la puerta de la habitación.

—Muchas gracias. —Una de ellas se inclinó ante las enfermeras.

—Aiko está bien, ¿verdad?

—Estará bien ahora.

Pero en la cara pálida de Aiko no se movió ni un músculo. Una enfermera introdujo un tensiómetro por debajo del plástico que cubría la cama y lo colocó rápidamente en el brazo de la paciente. Trajeron otro tanque de oxígeno.

Después de quitarse el uniforme de cirugía y darse una ducha, Eiichi fue a verla. Escuchó sus latidos con el fonendoscopio y le dio unos golpecitos en la mejilla.

—Señora Nagayama. ¡Señora Nagayama!

Aiko abrió ligeramente los ojos, medio dormida.

—Ya ha terminado la operación.

—Gracias... —murmuró, moviendo sus labios sedientos—. Muchas... gracias.

Aiko volvió a perder el conocimiento. Eiichi le inyectó Blialamicina en el brazo. Según el laboratorio de investigación de la compañía farmacéutica, una inyección intravenosa diaria de cien a doscientos miligramos de este nuevo medicamento sería efectiva.

«¡Funciona, por lo que más quieras!», pensó Eiichi con gravedad al insertar la aguja hipodérmica en el brazo blanco y delgado de Aiko. Tenía que ser más efectivo que la Blaomicina o la Adliamicina. Entonces me recordarán en los círculos médicos... ¡como la primera persona que utilizó este medicamento!

Una vez más, visualizó la enorme sala de conferencias donde se anunciaría el descubrimiento. Los oyentes llenarían las gradas hasta abarrotar la sala. Al frente, una fila de médicos procedentes de distintas universidades. Se oirían voces sorprendidas mientras él y Kurihara presentaban sus hallazgos. A partir de ese momento, su nombre quedaría grabado en la memoria de cada uno de esos médicos.

—Estaré aquí en el hospital toda la noche. —Le entregó la aguja hipodérmica a una enfermera y se dirigió a las amigas de Aiko—. No hay nada en absoluto de qué preocuparse, así que podéis iros a casa. Una enfermera veterana vendrá a verla cada media hora.

—Pero ya habíamos decidido turnarnos para estar con ella.

—¿Ah sí? Bueno, en ese caso, si veis algún cambio, pulsad ese interruptor de ahí. Y, sólo por precaución, no le deis nada de agua.

—De acuerdo.

Eiichi y la enfermera salieron de la habitación.

—Es bueno, ¿verdad? —suspiró una de las amigas de Aiko—. Es muy joven, pero sientes que puedes confiar en él... Ojalá me hubiera casado con un médico.

—Sí, lo sé. Es un alivio oírle decir que no hay de qué preocuparse.

Esa noche, Eiichi pasó a ver a Aiko dos veces cada tres horas. Alrededor de la medianoche, volvió a despertarse de la anestesia, pero todo parecía normal. Se le suministraron inyecciones de alcanfor y glucosa según lo estipulado.

—¿Por qué no os vais a descansar? —Eiichi volvió a animar cordialmente a las amigas de Aiko antes de volver a la sala del turno de noche. Estaba subiéndose las mangas de la camisa blanca para lavarse las manos cuando sonó el teléfono.

Era Kurihara.

—¿Cómo se encuentra? No me has dicho ni pío, así que me imaginé que no habría ningún problema. —Kurihara reprendió a Eiichi por no ponerse en contacto con él y le pidió detalles del estado de Aiko—. Ya veo. Son buenas noticias. No olvidaste administrarle el nuevo tratamiento, ¿verdad?

—¡Por supuesto que no!

—Buen trabajo. —Kurihara elogió por primera vez a Eiichi. Entonces, como si de pronto se hubiera acordado de algo, añadió—: ¿Sabes que Tahara estará hoy en la ciudad?

—¿Tahara?

—Sí. Creo que fue eso lo que le dijo al doctor Uchida en una postal.

—¿Para qué vendrá?

—¿Quién sabe? Para informar de cómo va su trabajo, supongo.

Eiichi perdió el interés en Tahara. Ni siquiera la noticia de que Tahara volvía a Tokio después de una larga ausencia evocó algún sentimiento de nostalgia en él. Tahara ya no tenía nada que ver con la vida de Eiichi, pero le enfurecía verse obligado a trabajar en el turno de noche y tener que informar por teléfono de los progresos a Kurihara, que siempre se mostraba condescendiente. Pero así funcionaban las cosas en el dispensario, de modo que no tenía elección.

Cuando se despertó después de una breve siesta en la sala del turno de noche, ya había amanecido. Para una paciente que acaba de operarse, y para sus amigas, que han pasado una noche larga y dolorosa, no hay nada que agradezcan más que los primeros rayos de luz proyectándose en las ventanas al salir el sol. Cuando Eiichi entró en la habitación, las dos amigas de Aiko se levantaron como si se sintieran enormemente aliviadas.

—¡Doctor!

—Ha tenido fiebre toda la noche.

—No pasa nada. Después de una operación suele ser frecuente. —Eiichi leyó el historial médico que había colgado encima de la cama—. Está progresando favorablemente —las consoló—. ¿Ha pedido agua?

—No, nada de nada. Parece que lo está llevando bien.

«Es una mujer perseverante», pensó Eiichi. La mayoría de los pacientes tienen ansias de beber agua después de una operación. Los hombres en especial eran muy insistentes. Pero la enfermera había anotado que Aiko no había pedido ni agua ni una inyección para aliviar el dolor.

Eiichi salió de la habitación. Aiko, que había permanecido tumbada con los ojos cerrados, le dijo en voz baja a sus amigas:

—Gracias.

—¿Estabas despierta? Todo va bien, así que no te preocupes.

—He soñado con mi marido.

En el sueño, Aiko había visto a su marido solo, de pie en la cubierta de un crucero, atravesando el mar embravecido. Llevaba su uniforme blanco puro y permanecía quieto, con las manos en las caderas. Miraba el horizonte con el rostro serio. Aiko lo llamaba, pero él no se giraba hacia ella.



Avanzó por el pasillo repleto de gente de vuelta al dispensario.

En medio de la multitud de enfermeras y pacientes, Eiichi vio a Tahara, que se dirigía hacia él.

Hacía tiempo que no lo veía. Tahara seguía vistiéndose con la misma ropa desgastada y llevaba en la mano los mismos zapatos maltrechos. Pero en su rostro había cierta alegría que no tenía cuando lo desterraron de la ciudad.

Tahara avanzó sin ver a Eiichi hasta que éste le gritó: «¡Eh!». Entonces Tahara parpadeó sorprendido y sonrió, dejando al descubierto una mella.

—Ha pasado mucho tiempo. —Eiichi le estrechó la mano—. Kurihara me dijo anoche que ibas a venir, pero no pensé que nos fuéramos a encontrar tan pronto.

—Esta mañana a las seis cogí el tren nocturno hasta Ueno. Acabo de pasarme por el dispensario, pero me dijeron que ayer tuviste una operación.

—Sí. Estómago —respondió Eiichi con imprecisión—. ¿Cuánto tiempo estarás en Tokio?

—Cuatro o cinco días. Tengo varias cosas que hacer. Nuestra enfermera jefe se marchó y tengo que buscar una sustituta. Y también conseguir un equipo de rayos X... —La voz de Tahara sonaba animada. A juzgar por su tono alegre, era evidente que el hospital del noreste, por pequeño que fuera, le había encomendado a Tahara un trabajo que requería responsabilidad, y también que él sentía que tenía un propósito real al hacer ese trabajo.

—¿No has encontrado una enfermera jefe allí?

—Nos gustaría una de Tokio que tuviera experiencia. Y para colmo, los médicos y las enfermeras escasean en las provincias.

—Hasta nosotros andamos cortos de enfermeras. ¿Has encontrado a alguien?

—Kurihara me ha dicho que aquí hay una muy buena. Está en otorrinolaringología ahora mismo, pero ha trabajado en medicina interna y en cirugía. Se apellida Shimada... ¿La conoces? —preguntó Tahara inocentemente. Siendo tan inocente como era, no detectó el brillo de sorpresa en los ojos de Eiichi.

—¡Shimada! —exclamó Eiichi.

—Eso es. ¿La conoces?

—No... No la conozco.

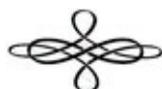
—Se supone que tiene experiencia, según Kurihara.

Eiichi recordaba perfectamente la conversación que había mantenido con Kurihara por teléfono la noche anterior. Se había comportado como si no supiera nada acerca de la intención de Tahara de venir a Tokio o del tema de las enfermeras.

Así que era eso. El muy canalla... ¡Como ahora la enfermera Shimada se interpone en su camino, quiere que salga del hospital!

Usando el pretexto de recomendarla como enfermera jefe, Kurihara, muy hábilmente, estaba sacándola del hospital. Porque sería un estorbo. Porque era un obstáculo para casarse con Yoshiko.

«Tiene cara de niño... pero es más astuto de lo que pensaba. No te saldrás con la tuya», pensó Eiichi tragando saliva y bajando la vista. Rápidamente, pensó cuál sería la mejor forma de actuar. En ese instante, su mente ideó un plan ingenioso.



Como le había tocado el turno de noche el día anterior y Aiko progresaba adecuadamente, esa noche Eiichi invitó a Tahara a un restaurante que servía *oden*, cerca del hospital.

La cara amable de Tahara se puso roja después de dos o tres vasos de sake.

—Si te soy sincero, al principio estaba muy abatido, pero ahora me alegro de haber ido al noreste. —Tahara repetía estas palabras una y otra vez a lo largo de la conversación. Eiichi se dio cuenta de que hablaba con sinceridad, y que no era el típico perdedor aguafiestas.

—Es verdad eso de que «la fortuna aguarda más allá de los dominios del hogar». —Tahara se sirvió otro vaso de sake que no podría beberse de un trago—. El campo me sienta bien. Claro que, cuando vas a un lugar en el que escasean los médicos, tienes que lidiar con ancianas y las quejas de las esposas, pero... ¿qué puedo decir? Allí hay algo que consigue que se unan los corazones.

Eiichi asintió con la cabeza, preocupado por la hora.

—Oye —le dijo a Tahara, que estaba lamiendo sus palillos—, ¿cambiamos de escenario?

—¿Eh?

—En este restaurante no hay ambiente. He oído que han abierto un bar genial al otro lado de la carretera. Vamos allí.

—Me siento fuera de lugar en los sitios de clase alta como ese.

—No te preocupes. Has venido hasta Tokio y yo acabo de hacer una operación. Llamamos a una enfermera y nos vamos los tres a tomar algo. —Miró el reloj y pensó que Keiko aún seguiría en el ala de medicina interna. El motivo real por el que invitaba a Tahara era poder traer a Keiko.

La llamó por teléfono. Como suponía, Keiko estaba en la sala de enfermeras, en el ala de medicina interna.

—Date prisa. Te acuerdas de Tahara, ¿verdad? Estamos tomando algo y hemos pensado en ir al bar ahora.

Keiko dio un grito de sorpresa al oír la invitación de Eiichi, pero accedió a unirse a ellos enseguida. Eiichi volvió a su asiento.

—¿A quién has llamado? —preguntó Tahara.

—A Imai, de medicina interna. ¿La conoces?

—Ahora lo veremos. Supongo que la reconocería si la viera...

Cuando llegó Keiko, los tres salieron a toda prisa del restaurante y se dirigieron al bar nuevo.

—Tahara... —estaban caminando hombro con hombro cuando Eiichi rompió el silencio de pronto, adoptando deliberadamente un tono alegre— ha venido a Tokio en busca de una enfermera jefe para su hospital.

—Es casi como buscar esposa. —Tahara no tenía ni idea de por qué había sacado el tema Eiichi.

—¿A ti te gustaría? —Eiichi se burló de Keiko.

—¿Y tú eres tan amable como para recomendarme? —respondió Keiko mordazmente. Eiichi sabía exactamente lo que estaba pensando.

—¡Me rindo! —Eiichi agitó la cabeza de forma exagerada—. Porque Kurihara ha recomendado a la señorita Shimada. Creo que ya está decidido. —Hizo una pausa—. Corre el rumor de que Kurihara podría casarse con la hija del doctor Ii —añadió bruscamente. Keiko volvió la cara hacia él rápidamente.

¿Cómo afectará mi suerte a esta pequeña apuesta? Rezó para que las cosas salieran como esperaba.

Eiichi no dijo nada más sobre el tema. Keiko, como siempre, fingió que no había ocurrido nada.

—En las provincias vives todo tipo de experiencias. —Incluso en el bar, Tahara no mostró ningún interés en el ambiente elegante y siguió parloteando sobre su hospital—. Digamos que pones a una anciana con tuberculosis en el hospital de la prefectura. Allí recibe un tratamiento impecable, pero por otro lado, la recuperación es más lenta. Eso es porque las ancianas se sienten muy incómodas cuando pasan

cada día en un hospital grande, aséptico e imponente. Eso las agota. Así que, cuando las envías de vuelta al campo, ¡se recuperan enseguida!

—Puede ser —asintió Eiichi, reprimiendo un bostezo. Tahara ya no le servía para nada. Había traído a este tipo sólo para poder decir lo que le había dicho a Keiko...

—¡Es así! Por eso siempre me ha parecido que la medicina no es una cuestión de medicamentos y destreza técnica. ¡Tiene que ver con el corazón! Hace poco llegué a la conclusión de que un buen médico es aquel que puede ayudar a un paciente sin esperanza a morir felizmente. Tenemos esos médicos en nuestro hospital de Fukushima. Ningún pez gordo de los círculos intelectuales los conoce, pero tengo que quitarme el sombrero cuando los veo tratar con los pacientes.

—¿Qué quieres decir?

—Es... porque son compasivos. Si un paciente tiene un médico así trabajando en él y, aun así, no hay esperanzas, no le importará morir.

Eiichi pensó de repente en Aiko Nagayama. Este nuevo medicamento *tiene* que hacer efecto. Y él en los círculos médicos...

—Bueno, tengo que irme.

Cuando salieron del bar, Tahara cogió un autobús, dejando solos a Eiichi y Keiko.

—El hombre apropiado en el lugar apropiado. Ese es Tahara —murmuró Eiichi—. Te has aburrido, ¿verdad?

—¡Nada de eso! —respondió Keiko con sarcasmo—. No me he aburrido en absoluto. Enseguida me di cuenta de por qué me habías invitado.

Eiichi fingió no saber de qué estaba hablando y se llevó un cigarrillo a la boca. Un taxi se detuvo junto a ellos y siguió su camino al ver que no se subían.

—Querías que le dijera a la enfermera Shimada lo de Kurihara y la hija del doctor Ii, ¿verdad?

—No sé de qué me hablas.

—Eres horrible. Acosas a tu presa como una víbora. Odias al doctor Kurihara, ¿verdad? Quieres quitarlo de en medio. Quieres arruinar sus planes de matrimonio, ¿no es eso?

—No tiene gracia. No dejes que tus delirios absurdos me conviertan en un villano.

—Realmente querías enviarme al noreste, ¿eh? Como lo está haciendo el doctor Kurihara con la enfermera Shimada...

—Oh, vamos. ¿Cómo puedes decirme eso?

Keiko se detuvo y miró a Eiichi.

—Las mujeres son tan tontas. No puedo dejarte, a pesar de saber lo despreciable que eres.

—Si me quisieras... —murmuró Eiichi, casi para sí mismo, mientras aplastaba con el zapato el cigarrillo— me ayudarías a hacerme un nombre.

—Vale. Se lo contaré todo a la enfermera Shimada. A cambio quiero...



La tarde del tercer día después de la operación, Aiko empezó a sentir náuseas. Los ojos no se le habían puesto amarillos, así que no podían saber si era un síntoma de ictericia. Eiichi estaba seguro de que era una reacción provocada por la nueva medicación anticancerígena.

—¿Qué hacemos? —Eiichi habló con Kurihara para decidir si deberían seguir inyectándole el medicamento nuevo o no.

—Vamos a ver. —Kurihara movía la cabeza con incertidumbre—. El Viejo hace las rondas mañana, ¿verdad?

—Sí.

—Pues sigamos con las inyecciones durante el resto del día. Si sigue con náuseas, se lo diremos al Viejo cuando venga y dejaremos que sea él quien tome la decisión.

Eiichi no podía saber lo que pensaba Kurihara. Al igual que él, Kurihara quería que este tratamiento funcionara. Quería seguir con las inyecciones aunque el paciente presentara reacciones adversas, clasificando esa reacción como algo independiente de la medicación.

Al día siguiente, el doctor Ii hizo sus rondas. Siguió su rutina de siempre: con una mano metida en el bolsillo de su bata blanca, caminó por delante del jefe del dispensario y los empleados, visitando cada habitación y sosegando a las pacientes angustiadas o riñendo a los pacientes jóvenes que no se tomaban en serio el periodo de convalecencia. Mientras tanto, los supervisores internos observaban nerviosos el procedimiento.

Al entrar en la habitación de Aiko, el doctor Ii se detuvo y admiró a propósito las flores de las macetas que rodeaban la cama.

—¡Se están poniendo muy bonitas!

—Le encantan las flores —comentó una de las amigas de Aiko.

—¿No tiene dificultades para respirar con el olor tan fuerte de las flores? Podría sacarlas al pasillo por la noche —dijo con amabilidad. Lentamente, sacó el fonendo y abrió el cuello de la bata de Aiko.

—¿Se le está administrando el medicamento nuevo?

—Sí. —Eiichi informó de la cantidad y la frecuencia de las inyecciones.

—¿Síntomas postoperatorios?

—La fiebre postoperatoria ha remitido, pero ayer sentía un poco de náuseas.

—¿Ah sí? —Agitó la cabeza con firmeza, como indicando que no había nada de qué preocuparse—. Todo va muy bien, señora. —El médico tranquilizó a Aiko y sus amigas—. Las náuseas no tienen importancia.

El Viejo sonrió, inclinó ligeramente la cabeza y salió de la habitación. El doctor Uchida y los empleados lo siguieron.

—Kurihara. —En el pasillo, el médico no se dirigió a Eiichi sino a Kurihara—. ¿Cómo de serias son las náuseas que siente?

—Por ahora parecen ligeras, pero si es una reacción a la medicina nueva, no podemos ser muy optimistas...

—No soy especialmente optimista.

—Sí, señor. Entonces, ¿seguimos con las inyecciones?

—Seguid. Todavía no sabemos si es la medicina nueva la que provoca las náuseas. Podría ser hepatitis, a causa de las transfusiones... Hacedle una prueba de hígado y suministradle glucosa por vía intravenosa.

—Sí, señor.

Eiichi sentía que lo habían ignorado. Había sido él quien había examinado a la paciente después de la operación y al día siguiente. Había sido él quien había detectado los síntomas. Pero Kurihara acababa de responderle al médico como si lo hubiera hecho todo él, y en ningún momento nombró a Eiichi.

Esa tarde, Aiko experimentó una oleada de náuseas aún más intensa. Pero, siguiendo las indicaciones del médico, Eiichi le suministró glucosa por vía intravenosa, junto con otra inyección del medicamento nuevo.



El domingo de aquella semana, Ozu fue a unos grandes almacenes a comprar papel, un pincel y tinta negra. Varios días antes, el director ejecutivo de su empresa le había enseñado un libro de caligrafía, y al instante se le ocurrió probarlo.

Su mujer y su hija se rieron de él cuando les comentó la idea.

—Siempre abandonas las cosas. Una vez te ilusionaste con una colección de piedras, pero no tardaste en dejarlo.

Los grandes almacenes estaban repletos de gente joven. En la sala de exposiciones de la séptima planta había una muestra de la pintora Naomi Sekiya, que acababa de volver de Francia. Ozu observó las imágenes de los escalones de piedra de Montmartre y las cafeterías, y sintió una envidia inmensa de los jóvenes. Cuando tenían la edad apropiada para viajar al extranjero y empaparse de todo tipo de experiencias, él y Fletán estaban en el ejército, limpiando suelos, sacando brillo a los rifles y recibiendo golpes. La mujer que llevaba unos pantalones blancos y que estaba sentada junto a la entrada hablando con un visitante debía de ser la artista. Su perfil era hermoso, con ese pelo largo y oscuro.

Además del pincel y la tinta, Ozu compró el *Ensayo sobre caligrafía*, de Sun Kuo-t'ing. Ozu se sintió atraído por los símbolos simples y espontáneos. Se sentó en el restaurante abarrotado de los grandes almacenes y sorbió su té negro mientras miraba los símbolos. Hacía mucho que no pasaba un domingo tan relajante como éste.

El cielo de la tarde aún estaba despejado. Un globo publicitario sobrevolaba el cielo. De camino al autobús, Ozu lamentó un poco tener que volver a casa.

—¿A dónde puedo ir?

Una idea le cruzó por la mente. Podría ir al hospital de su hijo.

Hoy no trabaja, pero...

Ozu sabía que Eiichi había salido, pero que no iba al hospital. Aunque su hijo no estuviera allí, quería ir igualmente, porque estaba preocupado por Aiko desde la operación.

—¿Ha ido bien la operación? —le había preguntado a Eiichi tres días antes, fingiendo menos interés del que sentía.

—Ella está bien. —Recordó la respuesta de Eiichi con cierto enfado.

Si la operación había ido bien, a estas alturas, una semana más tarde, ya podría caminar por el hospital. Incluso podía ser que se cruzara con ella. Habían pasado tantos años que seguramente no lo reconocería. No la había visto desde aquel día en el templo Jōshōkō.

«No importa», pensó Ozu al sentarse en el autobús. Da igual que se haya olvidado de mí, de Fletán y de la estilográfica. Entraría discretamente en el hospital, y aunque no la viera, o aunque se cruzara con ella en el vestíbulo, volvería a salir en silencio.

Se bajó del autobús y entró en el hospital. El patio y la entrada, donde normalmente iban y venían sin parar los pacientes y las enfermeras, estaban desiertos. A veces llegaba un taxi, dejaba a un visitante y volvía a marcharse.

Los zapatos de Ozu resonaron por el largo pasillo a medida que avanzaba en dirección al ascensor. Recordaba el ala en la que trabajaba su hijo.

Entró en la zona y se acercó a la habitación de Aiko. En alguna parte había un televisor encendido retransmitiendo un partido de béisbol. No se percibía ningún otro sonido.

De repente salió una enfermera de la habitación de Aiko. Corrió hasta la sala de enfermeras, visiblemente preocupada.

Ajeno a la emergencia que se había producido en el pasillo, el televisor que había encendido en la sala grande continuó con la retransmisión.

Dos enfermeras se acercaron a trompicones. Las seguía un médico joven con pinta de universitario, agarrado a su estetoscopio. Entraron a toda prisa en la habitación de Aiko. Ozu estaba seguro de que el estado de la paciente había cambiado.

Retrocedió hasta la pared tambaleándose. Cuando salió de los grandes almacenes y decidió de improviso acudir al hospital, nunca se imaginó que encontraría una situación como esa.

¿Qué está haciendo Eiichi? ;...Eiichi...!

Sintió la necesidad de avisar a su hijo, que estaba en algún otro sitio y no sabía lo que estaba pasando. Fue corriendo al teléfono de pago al final del pasillo y llamó a casa.

—¿Qué pasa con Eiichi? ¿Ha vuelto a casa?

—No, todavía no. —Su hija Yumi se asustó al oír el tono agitado de la voz de su padre—. ¿Dónde estás, papá?

—Da igual. ¡Si llega Eiichi a casa, dile que llame al hospital enseguida! —Colgó y sacó un pañuelo del bolsillo para limpiarse el sudor de la cara.

—¡Doctor! —Otra enfermera salió del consultorio y llamó al joven interno con pinta de universitario, que en ese momento estaba saliendo de la habitación de Aiko—. El doctor Tahara está en la sala de enfermeras del ala de medicina interna.

—¿El doctor Tahara?

—Sí, el doctor Tahara que fue al hospital del noreste.

—Por favor, pídele que venga enseguida. Dile que soy un interno y no puedo manejar esto.

—Vale.

Ozu se sentó en un sofá que había cerca y volvió a secarse el sudor de la frente.

¡Ayudadla! ¡Ayudadla!, rogaba mientras colocaba las manos en las rodillas. ¿Qué está haciendo Eiichi? ¡...Eiichi...!

De pronto se abrieron las puertas del ascensor que había junto a la sala de enfermeras, dando paso a un hombre anodino, algo mayor que Eiichi. Ozu supuso que sería el doctor Tahara.

El médico, que ni siquiera llevaba puesta la bata, entró en la habitación de Aiko. Unos minutos más tarde, una enfermera salió lentamente de la habitación. Ozu dedujo por su ritmo pausado que todo estaba bajo control.

—Saque una muestra de sangre dentro de un rato y envíela para hacerle una prueba de hígado —ordenó el doctor Tahara a otra enfermera al salir de la habitación—. Está bajo control, pero no sabemos cuándo podrá sufrir otro ataque. Avise a Kurihara y Ozu de inmediato. El pulso es muy débil. Me da la impresión de que es una reacción violenta a algún medicamento. ¿Qué le están dando?

—Es un medicamento nuevo.

—¿Un medicamento nuevo? ¿Cómo se llama?

—No lo sé. El doctor Kurihara y el doctor Ozu nos lo dieron para que se lo suministráramos a la paciente.

—¿Puedo ver el historial médico? —La enfermera dudó y Tahara la miró enfurecido—. Me hago plenamente responsable.

Ozu esperó un instante mientras Tahara entraba a mirar el historial de Aiko. No guardaba ninguna relación con ella, así que sería impropio por su parte preguntar por Aiko, pero no podía irse sin más.

Parecía que, a juzgar por lo que había dicho el doctor Tahara, el empeoramiento de Aiko estaba causado por un medicamento que su hijo le estaba dando. Y en este preciso instante, su hijo estaba en alguna parte divirtiéndose, dejando a su paciente abandonada. Mientras permanecía sentado en el sofá, esperando, Ozu sintió la necesidad de disculparse ante Aiko y estrangular a Eiichi.

Oyó la voz del doctor Tahara.

—Bueno, estaré abajo hasta que el doctor Kurihara y los demás vengan. Llámeme si me necesita.

—Muchas gracias, doctor.

El médico anodino avanzó por el pasillo y Ozu lo siguió.

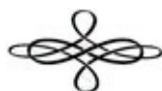
—¡Disculpe! —Tras decir esto, Ozu no supo cómo continuar—. Esa mujer... ¿se encuentra bien?

Sorprendido, Tahara se volvió hacia Ozu.

—El pulso es débil y tiene el hígado inflamado... pero yo no trabajo en este hospital... —Parpadeó como si le costara pronunciar estas palabras—. El médico asignado llegará enseguida. Espere aquí y no se preocupe.

Cuando Tahara se marchó, Ozu bajó las escaleras. Esa tarde de domingo había varios sofás vacíos enfrente del dispensario, que estaba desierto. Se sentó como si quisiera esconderse en uno de ellos.

Esperó casi una hora hasta que por fin se detuvo un taxi en la puerta de cristal de la entrada. Eiichi salió de él a toda prisa. Seguramente había acudido rápidamente al hospital nada más recibir el mensaje. Ozu vio cómo su hijo entraba en el ascensor. Entonces soltó un suspiro de alivio y salió del hospital, secándose el sudor de la frente. En su interior, empezó a notar un dolor de estómago por primera vez en semanas.



Al salir del ascensor, Eiichi se detuvo en la sala de enfermeras. Las dos enfermeras exclamaron «¡Ah!» y guardaron silencio por un instante.

—Hemos intentado localizarle en varios sitios.

—Es domingo.

—El doctor Tahara se ocupó de ella. Ahora parece estable, pero ha vomitado varias veces. Podría ser hepatitis.

—¿Cómo sabéis vosotras que es hepatitis? —La voz de Eiichi sonó inesperadamente hiriente.

—El doctor Tahara lo dijo. Miró el historial médico y...

—¡Tahara miró el historial! —A Eiichi le cambió el color de la cara—. Sabéis que Tahara ya no trabaja en este hospital. ¡No tenéis ningún derecho a enseñarle el historial de un paciente sin permiso! —La mirada penetrante de Eiichi estaba llena de reproche.

—¡No teníamos elección! —respondió una de las enfermeras de forma histérica—. Un interno, el doctor Hori, fue a buscar al doctor Tahara. Y el doctor Tahara dijo que se hacía responsable al mirar el historial. ¡Llámelo y pregúntele!

Eiichi se fue de la sala de enfermeras sin decir palabra. Echó un vistazo a la habitación de Aiko. Su pálida paciente estaba dormida, con la aguja del suero

intravenoso insertada en el brazo delgado y blanco. La habitación aún olía a alcohol, y en el suelo había un trozo de algodón manchado de sangre.

Cuando Eiichi salió de la habitación, Tahara estaba de pie en el pasillo, mirándolo.

Eiichi controló sus emociones y le dirigió una sonrisa forzada.

—Parece que te hemos causado algunos problemas. Ahora está bien, gracias a ti.

Tahara miró impávido a Eiichi a los ojos.

—Sólo he tomado medidas provisionales. Pedí a las enfermeras que me dejaran ver el historial médico.

—Eso he oído. —Eiichi asintió tranquilamente—. Todo está bajo control. Nos ocuparemos de todo... No sabía que seguías en Tokio.

—Cogeremos el tren de vuelta pasado mañana.

—¿Te llevas a la enfermera Shimada?

—Sí, se viene conmigo. Tenemos pacientes esperándonos.

—¿Ah sí? Bueno, cuídate. —Eiichi le tendió la mano a Tahara, como si no hubiera pasado nada. Pero Tahara no se movió.

Eiichi se dirigía a la sala de enfermeras cuando Tahara le dijo:

—¡Eh! ¿Cuál es el medicamento nuevo que le estáis dando a la paciente?

—¿Eh? —El rostro de Eiichi permaneció inexpresivo—. ¿Medicamento nuevo? Oh, eso. No es nada.

—¿Cómo se llama?

—Pregúntaselo al jefe del dispensario o a Kurihara. Yo recibo las órdenes de arriba.

—Esa paciente... por lo que he podido ver, ha sido la reacción a esa medicina lo que ha dañado tanto el hígado. ¿Habéis hecho pruebas?

—¡No es asunto tuyo! —Finalmente, se desató la cólera de Eiichi—. ¡Ya no tienes nada que ver con el dispensario! No me interesa obedecer tus órdenes...

La réplica de Eiichi habría silenciado al antiguo Tahara. Durante sus discusiones médicas pasadas, Eiichi siempre lo había dejado sin respuesta.

Pero esta vez Tahara agitó la cabeza. Respondió en voz baja.

—No te lo estoy preguntando como miembro de este dispensario. Te lo estoy preguntando como médico.

—Entonces —respondió Eiichi—, me gustaría que mostraras un poco de respeto hacia la posición de otro médico y sus tratamientos.

—¿A eso lo llamas tratamiento? ¡Estás experimentando con tu nuevo medicamento en un ser humano!

—El doctor Ii y el doctor Uchida han aprobado el tratamiento.

—¿De veras? Ni siquiera a un matasanos como yo se le ocurriría probar un medicamento nuevo peligroso en una paciente con un hígado tan débil.

—El deterioro del hígado podría tener su origen en una hepatitis del suero sanguíneo. Hemos estado haciéndole transfusiones.

—Pero según el historial, habéis... Bah, qué demonios. Da igual. Después de todo, fui yo al que pusieron de patitas en la calle los médicos de este dispensario que dan a sus pacientes medicamentos inútiles como el Bethion. Sé cómo hacéis los informes aquí. Podréis engañar a otros, pero a mí no me tomáis el pelo.

Las dos enfermeras de la sala hicieron un esfuerzo por oír lo que estaban diciendo Eiichi y Tahara.

—Oye, Tahara, vamos a hablar allí. —La voz de Eiichi sonó servicial al cederle el paso a su oponente, cuya determinación era de lo más inesperada—. Los pacientes podrían oírnos.

Juntos, Eiichi y Tahara se alejaron y se subieron al ascensor. Aguardaron en medio de un silencio helado hasta que el ascensor bajó a la primera planta.

—No puedes hablar así ahí arriba —murmuró Eiichi mientras avanzaban por el vestíbulo.

—Lo siento. Me dejé llevar.

—Pero piensa en mi situación. Cuando el doctor Uchida o Kurihara me dicen que utilice un medicamento nuevo, no puedo negarme. Soy el último eslabón del equipo del dispensario... —Su objetivo era apaciguar a Tahara y llevarlo fuera—. Cuando el doctor hizo las rondas el otro día, les dije a él y a Kurihara lo del hígado. Pero... —Modificó el tono de su voz para conseguir que Tahara simpatizara con él— tanto Kurihara como el Viejo me dijeron que continuara usando el medicamento nuevo por ahora, y que ya veríamos cómo reaccionaba ella.

—¿Han probado este tratamiento en algún otro hospital?

—No tengo ni la más remota idea.

—Así que lo estáis utilizando sin ningún tipo de información.

—Claro que hemos analizado la información de la compañía farmacéutica.

Tahara se detuvo bruscamente.

—Ah, la compañía farmacéutica. Supongo que es la compañía del padre de Kurihara, ¿no?

—Ajá.

—Entonces... ésta es la primera vez que se prueba el medicamento, ¿verdad?

—No puedo hablar de eso.

—¡No puedes hablar de eso! ¿Y si esta paciente fuera alguien de tu familia? ¿Probarías con ella este tratamiento nuevo? ¿Y si fuera tu madre? ¿O tu hermana?

—Sí, seguramente lo haría —respondió Eiichi desesperado, tras un silencio—. No importa de qué medicamento estemos hablando. Necesitas un paciente para utilizarlo por primera vez, para poder mejorarlo y analizar su efectividad.

—No somos como Jenner cuando descubrió la vacuna. Cuando probamos un medicamento nuevo, tiene que ser porque el anterior ya no hace efecto, o cuando el paciente nos da su consentimiento voluntariamente. Una de dos. ¿Os ha dado ella su consentimiento?

—Éste no es un buen momento para que me aprietes las clavijas. En América prueban los medicamentos nuevos en presidiarios...

Tahara miró a Eiichi sorprendido. Entonces, la tristeza asomó a sus ojos lentamente.

—¿De verdad te crees eso?

—No quiero seguir hablando de esto. —Eiichi agitó la cabeza y sonrió de manera forzada. No tenía sentido continuar con la discusión. Pensaban de forma diferente, y por mucho que hablaran nunca se pondrían de acuerdo.

—Somos médicos. Como somos humanos, tenemos ambiciones y queremos obtener reconocimiento... pero un médico... —Tahara habló en voz baja, como si se dirigiera a sí mismo— ¡Un médico es un médico ante todo! Alguien que se supone que ayuda a los demás.

—Sí. Tengo trabajo, tengo que irme.

—Supongo que no volveré a verte —murmuró Tahara con tristeza bajo la mirada de Eiichi.

—No. —Eiichi negó con la cabeza y le dio la espalda a su amigo de la escuela—. No puedo hacer nada al respecto. No mientras sigas pensando así.

CATORCE

SILBANDO

Aiko tuvo un sueño.

Iba a visitar la tumba de su marido. Desde que había ingresado en el hospital, su gran anhelo había sido arreglar la tumba antes de la operación.

Compraba unas flores y cogía un cubo y un cepillo pequeño. Caminaba a través del cementerio, que estaba completamente en silencio.

Por algún motivo, en el sueño era otoño. Se fijó en unos crisantemos que decoraban algunas lápidas desperdigadas. En otras florecían cosmos.

«Debería haber plantado cosmos para él», pensó. Los cosmos crecían con fuerza en el jardín de la familia de su marido en Nigawa. En otoño, aquel jardín se llenaba de flores rosas y blancas. Unas abejas diminutas zumbaban de flor en flor, en busca de néctar.

A veces su marido volvía de la base naval de Kure. Le gustaban mucho los cosmos.

—En realidad no los plantábamos en casa... El viento traía las semillas de alguna parte, y se convertían en esto —le decía su marido. De hecho, todas las casas del vecindario tenían cosmos en el jardín. Las semillas, ligeras, flotaban en el viento, floreciendo por todas partes en la carretera.

Arrancó las malas hierbas que rodeaban la tumba, las barrió y vertió agua en la lápida.

—No podré venir durante un tiempo. Me van a operar —le susurró a su marido, uniendo ambas manos—. Perdóname.

—¿Te van a operar? —respondió su marido al oído. La voz pertenecía a un hombre joven, tal y como hablaba antes de que lo mataran.

—Sí.

—En la vida siempre llega un momento en que hay que librar una batalla. Ahora te ha llegado a ti la hora de ir a la guerra. Tienes que seguir adelante y ganar, ¡sin importar lo mucho que te duela!

—Sí. —Tenía fe en su propia capacidad de perseverar, de sobrevivir, de aguantar—. Puedo hacerlo. Fui capaz de salir adelante cuando me evacuaron a Shūzan.

—Sí, así es.

Apareció la cara de su marido. Su rostro, masculino y bronceado, sonrió y asintió. Al sonreír mostró sus dientes blancos, resplandecientes.

—Trabajaba muy bien en el campo. Incluso los granjeros me felicitaron. Las verduras que planté eran tan buenas que me habría gustado que las hubieras probado.

Pensó en sí misma blandiendo una azada. Nunca antes había utilizado una azada, pero tenía tanta fuerza de voluntad que pudo soportar la experiencia. Al pensar en su

difunto marido y hablar con él, recordó cada día que había pasado cultivando los campos, golpeando con su azada. Trabajaba hasta la extenuación, hasta que el sol de la tarde se ponía por detrás de las Colinas del Norte. Era la mejor forma de olvidar su dolor.

—¿Mi muerte fue lo peor para ti? —preguntó su marido.

—Sí. Eso y cuando esperamos demasiado para tratar la neumonía del bebé. No sé cómo pedirte perdón...

—No pasa nada. Aquello ocurrió porque el médico no venía.

Aiko meneó la cabeza, intentando no recordar la agonía de aquel día...

Aiko sintió la presencia de alguien y abrió ligeramente los ojos. Había una enfermera de pie en la puerta de su habitación. Llevaba una cesta con flores en la mano derecha.

—¿Cómo se encuentra, señora Nagayama?

Aiko sonrió débilmente, un esfuerzo que requería toda su energía.

—Alguien le ha enviado estas flores. ¿Las dejo fuera?

Cuando el estado de Aiko empeoró, sacaron al pasillo todas las macetas que ocupaban la habitación. Tenía dificultades para respirar a causa del olor de las flores.

—Sí, —respondió débilmente—. ¿Quién las manda?

La enfermera cogió la cesta de flores y sacó un sobre pequeño.

—¿Cómo se lee esto? ¿Heimoku? Eso es lo que pone. Heimoku... Las pondré en el pasillo. El doctor llegará enseguida. Si necesita algo, pulse el interruptor...

¿Heimoku...? No. Era Fletán^[2]. Un recuerdo del pasado tomó forma en su mente. Fletán. El estudiante de Nada. El joven que siempre las seguía a ella y a las otras chicas.

¿Por qué iba Fletán a...?

Soñolienta, recordó el día en que un amigo del joven había ido a visitarla. Recordó que le había dicho que Fletán había muerto en la guerra. Después se había sacado del bolsillo una estilográfica.

¿Por qué me enviaría una cesta de flores... alguien que murió en la guerra...?

Pero estaba demasiado cansada como para buscar un motivo. Ya no era capaz de distinguir entre los que estaban vivos y los que no. La muerte había empezado a cubrir el rostro de Aiko, como una sombra proyectándose a través de la ventana de la habitación del hospital.

Tuvo otro sueño. Era la noche en que había perdido a su hijo en Shūzan.

El doctor aún no había llegado. El hombre que habían enviado a buscarlo volvió y les dijo que el médico había ido a atender a un paciente a su casa en otro pueblo, y que tardaría unas dos horas en llegar.

El niño estaba dormido en su cama diminuta, con la cara enrojecida. Tenía los ojos ligeramente abiertos. Desesperado, daba bocanadas intentando respirar. Aiko le puso toallas húmedas en la frente, cambiándolas tan pronto como las colocaba.

El frasco de medicina que había encima del brasero hizo un sonido agudo. El suegro de Aiko estaba de pie en el pasillo junto a la puerta de cristal.

—Está nevando —murmuró con tristeza.

Se levantó una niebla gris nocturna. Aiko veía los copos grandes y blancos bailando en ella.

—¿Qué pasa con el médico? —murmuraba su suegro una y otra vez.

En su sueño, Aiko sintió que le levantaban el brazo izquierdo. Volvió a abrir los ojos.

Junto a su almohada se encontraban el doctor Uchida y el doctor Kurihara. Al parecer pensaban que Aiko seguía dormida.

—Dejad las inyecciones.

—Sí, señor.

—¿Le habéis dado un antipirético?

—Hace dos horas.

—Bueno, lo peor puede suceder en los próximos dos días.

Los sentidos agotados de Aiko captaron fragmentos de la conversación.



Una vez más, esa noche, Eiichi volvió a casa bastante tarde. Ozu vio cómo su hijo se lavaba las manos de forma desganada en el lavabo. Dedujo que el estado de Aiko no era bueno.

—Buenas noches. —Eiichi abrió unos centímetros el *fusuma* que conectaba con la sala de estar y asomó la cabeza. Ozu llamó a su hijo cuando éste empezaba a subir las escaleras.

—¿No quieres tomar un té?

—No, tengo cosas que hacer.

—Oh, vamos.

Eiichi miró a su familia con cierto descontento y entró en la sala de estar.

—Pareces cansado.

—Lo estoy. —Eiichi cogió la taza que le ofrecía su madre y sorbió el té ruidosamente.

Los ojos de Ozu estaban fijos en su hijo.

—¿Cómo está tu paciente?

—¿Mi paciente?

—¿Es grave?

Eiichi dejó la taza.

—Supongo. Parece cáncer terminal.

—Qué triste —suspiró su madre—. ¿No puedes operarla?

—La operamos, pero ni siquiera las operaciones sirven cuando la enfermedad está tan avanzada.

La manera de hablar de Eiichi normalmente no irritaba a Ozu, pero ahora estaba enfadado por el tono irresponsable de la voz de su hijo.

—Si sabías que no serviría de nada, ¿para qué la operaste? —preguntó.

—Porque operar a los pacientes los tranquiliza, al menos por un tiempo. Y podemos determinar cuánto ha avanzado la enfermedad mucho mejor abriéndolos que utilizando rayos X y otros instrumentos. Y nos da una información más detallada para investigar.

—¿Entonces... la operaste para obtener información para investigar?

Ozu notaba el enfado en su propia voz.

Eiichi miró a su padre con recelo.

—Esta paciente... Aiko Nagayama. ¿La conoces?

Ozu se dio cuenta de que no sólo su hijo, sino también su esposa y su hija lo estaban mirando. Era demasiado tarde.

—Sí, la conozco —respondió en voz baja—. Cuando iba a la Escuela Secundaria de Nada, ella iba a la Escuela Femenina de Kōnan...

—¿Cómo sabías que estaba ingresada en el hospital de Eiichi? —preguntó Nobuko a su marido, incrédula.

—Cuando fui al hospital, vi su nombre en la puerta. Eso es todo.

—¿Estás seguro?

Ozu hizo una mueca y cogió su taza.

—El marido de la señora Nagayama era un oficial importante en la Armada. Murió en el campo de batalla, y ella sufrió mucho después de eso.

—No sabía nada.

—No había necesidad de contártelo.

Nobuko estaba malinterpretando la situación. Hay quien piensa que, cuando un hombre y una mujer se conocen, tiene que haber algo oscuro en su relación. Nobuko parecía ser una de esas personas.

Sonó el teléfono. Eiichi se levantó y fue a la entrada.

Desde la sala de estar le oyeron responder brevemente «Sí» y «¿En serio?», y no tardó en volver a la sala.

—Tengo que salir. Volveré más tarde.

—¿Te vas ahora? —Su madre lo miró sorprendida. Consternada, lo siguió hasta la puerta, donde Eiichi estaba poniéndose los zapatos—. ¿Qué ha pasado?

—Tengo que ir a ver a Kurihara.

—¿A esta hora? ¡Son más de las diez!

Eiichi abrió la puerta sin responder. Salió a la calle y, tras un instante, paró un taxi.

—¡Estamos metidos en un lío tremendo! —Aún podía oír la voz preocupada de Kurihara al teléfono.

—¿Qué pasa? —El nombre de la enfermera Shimada le pasó por la mente, pero lo que preocupaba a Kurihara era algo distinto.

—¿Puedes venir ahora mismo? Los periódicos saben lo del nuevo medicamento anticancerígeno.

—¿Cómo se han enterado?

—No lo sé. ¡Pero ven rápido! —Kurihara le dio la dirección de su apartamento en Azabu. Era un apartamento privado, alejado de sus padres, donde podía llevar a cabo su vida despreocupada de soltero.

Eiichi siguió las instrucciones de Kurihara y pasó por el Colegio anglojaponés Tōyō. Encontró la vivienda a la derecha, bajo una colina. Era un edificio pijo, del tipo en el que Eiichi esperaba no vivir nunca por muchos años que pasaran.

Bajó del taxi y atravesó las puertas automáticas de la entrada. Kurihara estaba sentado en el vestíbulo con un hombre a su izquierda. Este hombre debe de ser el periodista.

Cuando Kurihara vio a Eiichi, le presentó al hombre con frialdad. «Éste es Ozu, del mismo dispensario». El periodista sacó una tarjeta del bolsillo y se la dio a Eiichi. El nombre que aparecía en ella era Yuke.

—He estado reuniendo información sobre esta nueva medicación anticancerígena que habéis usado en una paciente llamada Nagayama —comentó Yuke, mirando directamente a Eiichi—. Hemos oído que habéis sido los primeros en utilizarla en un paciente.

Eiichi lanzó una mirada rápida a Kurihara. «Sí», asintió.

—Me han informado de que fabricaron este medicamento en una compañía que pertenece al padre del doctor Kurihara. ¿Es así?

—Sí.

—¿Y esta paciente sabía de antemano que ibais a usar esta medicina?

—Perdona —dijo Eiichi—, pero ¿has hablado con el doctor Uchida?

—No. Pensaba verlo más tarde.

—Oh. Pues, como sabes, es un medicamento nuevo, y como nosotros no somos más que empleados del dispensario, no podemos decir nada sobre él sin el permiso del director del centro...

Eiichi hizo un cálculo rápido y pensó que era mejor adoptar la posición de un miembro de bajo rango del dispensario que no tiene ningún tipo de responsabilidad.

—Pero —insistió el reportero—, vosotros dos sois los médicos que supervisan a la señora Aiko Nagayama, ¿no es así?

—Sí, así es.

—Tengo entendido que el estado de la señora Nagayama ha empeorado a causa de este medicamento.

—¿Qué? —Eiichi fingió no saber nada—. ¿A causa de la medicina? ¿Quién te ha dicho eso?

—No puedo revelar mis fuentes. —Tras guardar silencio por un instante, el periodista continuó—: Bueno, hablaré con el doctor Uchida. Si os da permiso, ¿estaríais dispuestos a ofrecer una explicación de todo esto?

—Sí, por supuesto —asintió Kurihara—. Pero dejemos una cosa clara. Utilizamos este medicamento anticancerígeno porque pensamos que beneficiaría a la paciente. Espero que no haya malentendidos en ese aspecto.

—Entonces, ¿confías en que la señora Nagayama se recupere?

—Sí.

El periodista parecía algo desconcertado.

—Ya veo. Bueno, eso cambia las cosas. A decir verdad, la información que hemos recibido indicaba que la señora Nagayama era un caso perdido, y que esa era la razón de que experimentarais en ella con este medicamento... —Se guardó la libreta en el bolsillo y se levantó—. Siento haberos molestado a estas horas. Mi trabajo a veces me obliga a hacer preguntas irritantes. Por favor, perdonadme. Espero que la señora Nagayama se recupere pronto. —Hizo una reverencia.

Kurihara acompañó al periodista hasta las puertas automáticas. Volvió al vestíbulo con el ceño fruncido.

—¿Tienes idea de quién puede haber hablado de esto con la prensa?

—Ni la más remota idea. —Eiichi negó con la cabeza—. ¿Qué vamos a hacer? Creo que no deberías haberle dicho que se va a recuperar...

—¡Pero no podía decir otra cosa! —espetó. Empezó a morderse las uñas con nerviosismo.

Eiichi se levantó.

—¿Deberíamos llamar al doctor Uchida y contarle lo que ha pasado?

—Sí.

Eiichi se dirigió al teléfono que había en una esquina del vestíbulo y levantó el auricular. En ese momento cruzó por su mente la idea de que una enfermera pudiera haber revelado esa información a la prensa.

—Un momento, por favor. —Cuando respondió la mujer del doctor Uchida, Eiichi avisó a Kurihara y le pasó el teléfono.

—Tenemos un problema enorme. —Kurihara bajó la vista con aire sombrío mientras agarraba el auricular. Su cuerpo era robusto, pero cuando se presentaba una crisis, toda su timidez parecía revelarse en esa pose característica.

El vestíbulo estaba oscuro y desierto. Eiichi daba caladas a un cigarrillo mientras esperaba a que Kurihara colgara el teléfono.

«Si esto sale a la luz —pensó— los que saldrán peor parados serán seguramente la compañía del padre de Kurihara y el doctor Ii. Yo soy un simple empleado, así que no soy responsable. Puedo librarme de ésta diciendo que estaba obedeciendo órdenes de arriba. Así es como tengo que tratar este asunto».

Pero si resulta que esa medicina no es buena, ¿significa que no podré presentarme ante los círculos médicos?

Era lamentable. Había pasado los días imaginando cómo se colocaría ante los representantes de todas las facultades médicas sentados en las gradas de la sala de conferencias para dar a conocer la nueva medicación.



Eiichi y Kurihara estaban debatiendo su problema en el pasillo a oscuras cuando un tren nocturno se preparaba para partir en dirección al noreste en una vía de la Estación Ueno.

—Aquí tienes algo de cenar. —Keiko le tendió una caja de metal y un poco de té a la enfermera Shimada—. El doctor Tahara llega tarde, ¿no? —murmuró. El reloj de la estación indicaba que quedaban tres minutos para la salida—. Me escribirás cuando llegues, ¿verdad?

—Sí —asintió la enfermera Shimada, que pocas veces tenía algo que decir.

—Olvídate de todo lo demás y trabaja duro —dijo Keiko, mirando su reloj—. ¿Podrás olvidar lo que ha pasado en Tokio?

Justo en ese momento, el insulso Tahara apareció con una maleta en la mano. Debía de haber subido las escaleras a toda prisa, porque tenía la frente empapada en sudor.

—Ay, siento llegar tarde. ¡Lo siento! —se disculpó, intentando coger aire.

—Doctor, por favor, cuide bien a la enfermera Shimada.

Tahara respondió con un gruñido y añadió:

—Es reconfortante tener una enfermera jefe de confianza a tu lado, tanto para los médicos como para los pacientes.

—Hará un gran trabajo.

Sonó el silbido que indicaba la salida del tren. Tahara dejó pasar a la enfermera Shimada primero y después se subió al tren.

—Dale recuerdos a todos.

—¿Quiénes son «todos»?

—Los empleados del dispensario, evidentemente.

El tren avanzó lentamente. Keiko dio cuatro o cinco pasos, saludando con la mano y sonriendo a la enfermera Shimada, que estaba de pie en la plataforma que había entre los vagones y miraba a su amiga con tristeza. Su cara triste y la figura del doctor Tahara no tardaron en desaparecer.

—No volverás a Tokio durante una temporada —le dijo el médico a la enfermera. Ella mantenía la mirada fija en las luces de Ueno—. Yo también me sentía solo cuando me fui de Tokio. Fue muy doloroso. Estaba desanimado. Pero cuando lleguemos, pronto harás el mismo descubrimiento que hice yo. La gente de allí necesita de verdad a los médicos y las enfermeras.

—Hum.

Una a una fueron desvaneciéndose las luces de neón. La alta torre publicitaria, el letrero de neón del cabaret, la pantalla electrónica que mostraba las noticias. El tren aceleró, como cuando se arranca la cinta de celofán de una caja de bombones.

—¿Quieres tomar algo? —Tahara sacó una botella pequeña de whisky que guardaba en el bolsillo—. Yo no quiero, pero la bebida es una buena forma de sustituir los somníferos cuando vas en tren.

—Doctor...

—¿Sí?

—¿Ha oído el escándalo que se ha armado por la nueva técnica anticancerígena del dispensario de cirugía? —La enfermera Shimada levantó la cabeza de repente y murmuró—: Los periódicos dicen que es un experimento con conejillos de indias humanos...

—Eso he oído. Pero prefiero no decir nada sobre el tema. Después de todo, fue en ese dispensario donde lo aprendí todo.

—La persona que habló con la prensa... —La enfermera miró fijamente a Tahara a los ojos y susurró—: era yo.

Los ojos de Tahara se abrieron como platos. La mano se quedó petrificada a medio camino, sujetando el vaso de whisky que se estaba llevando a los labios.

—¿Por qué...?



En el dispensario flotaba una atmósfera opresiva. Los empleados no hablaban del tema abiertamente, pero todos mostraban mucho interés en ver cómo se desarrollaría la situación.

Dejaron de administrarle a Aiko Nagayama la nueva medicación anticancerígena, pero su estado no mejoró en absoluto. Empezaron a ponerle inyecciones de morfina para aliviar el dolor. Como resultado, pasaba la mayor parte del día en estado comatoso.

Las plantas y las flores que había junto a la puerta de su habitación se marchitaron y las mujeres de la limpieza acabaron tirándolas. Las flores de la cesta que había enviado Ozu en secreto con el nombre de Fletán también se marchitaron, y acabaron en el basurero del hospital. La lluvia empezó a caer sobre los restos de las flores desechadas.

—Parece encontrarse bien hoy —dijo una enfermera mientras le tomaba la tensión a Aiko, antes de ponerle una inyección.

—Sí, así es. —Las mejillas de Aiko estaban demacradas—. Mucho mejor que ayer.

—Eso es estupendo. Hoy dará el primer paso hacia la recuperación.

—Eso estaría muy bien. —Aiko sonrió débilmente—. Esto... me gustaría pedirle un favor.

—¿Cuál?

—¿Podría lavarme el pelo? Está tan sucio que no aguanto más.

—Por supuesto —asintió la enfermera. Ayudó a Aiko a sentarse en la cama y colocó una almohada detrás de su espalda. Después le peinó el cabello—. Enseguida traigo champú y agua.

Cuando la enfermera se dirigía a la puerta, Aiko recordó otra cosa que quería hacer. Su recado de treinta minutos se convirtió en una hora.

Al fin, preparó el champú de Aiko y volvió a su habitación. Aiko estaba dormida, con los ojos cerrados sobre su cara pálida.

—Señora Nagayama. ¡Señora Nagayama! —llamó la enfermera. Pero no respondió.

Cuando recibieron la llamada de la sala de enfermeras, Kurihara y Eiichi acudieron a toda prisa desde el dispensario hasta la habitación.

Kurihara contempló el rostro de su paciente y le ordenó enfadado a la enfermera: «¡Prepara el oxígeno!». Eiichi insertó en su delgado brazo una aguja hipodérmica con alcanfor.

—¿Se repondrá? —preguntó Eiichi a Kurihara, que permanecía de pie junto a él, escuchando con su estetoscopio.

—No lo sé.

—¿Deberíamos llamar a sus familiares?

Kurihara asintió en silencio. Este resultado era inevitable, pero si Aiko moría hoy, significaría algo más que la muerte de un paciente cualquiera. Sin duda, el periodista Yuke conectaría su muerte con la nueva medicación.

Cuando Eiichi salió apresurado de la habitación, Kurihara se acercó a la ventana y contempló la llovizna que rociaba el patio.

La lluvia caía suavemente en el tejado del ala y en el jardín florido del patio. Estaba desierto.

«Cuando llegue ese momento... —pensó Kurihara con aire ausente— tendré que dimitir. Si me quedo en el hospital, esto me perseguirá durante el resto de mi vida».



Aquel día lluvioso, Ozu entró en una floristería de camino al trabajo. Era la misma floristería en la que había comprado las flores para Aiko de parte de Fletán.

—Buenas tardes —saludó el dependiente con una sonrisa cordial, tal vez porque le recordaba—. Tenemos unas flores preciosas.

—No, creo que hoy me llevaré una maceta. —Ozu se agachó y examinó las macetas de flores que había alineadas en el suelo. Como eran para una persona enferma, descartó las flores de colores vivos.

En la tarjeta que le dio el dependiente, escribió: «Nunca te des por vencida. Fletán». Para Ozu, era un intento supremo de tener sentido del humor.

—El mismo hospital, ¿no? —dijo el dependiente con complicidad—. Llegarán en dos horas, como un servicio especial para usted.

Ozu se subió a un autobús y volvió a casa. Todavía tenía algo de tiempo antes de la cena, así que empezó a practicar caligrafía con el pincel que había comprado.

Su esposa Nobuko hacía el mismo ruido de siempre en la cocina mientras preparaba la cena. Su hija Yumi había salido y aún no había vuelto.

—Yumi dice que quiere un tocadiscos —dijo su mujer desde la cocina.

—¿Un tocadiscos? ¿Para escuchar música?

—Ajá. Ha estado dándome la lata durante un tiempo para que le comprara uno.

—¡Ya tenemos un tocadiscos!

—Dice que quiere uno para ella sola.

—Y supongo que se pasará todo el día oyendo esa absurda música jazz, ¿no?

Ozu estaba animado. Yumi volvió a casa justo cuando la cena estaba lista. Ozu le tomó el pelo durante un rato y después le prometió comprarle un tocadiscos para su cumpleaños.

—Cuando te cases —dijo Nobuko a su hija— tu padre será el que más lamente que te vayas.

Sonó el teléfono. Aquellas llamadas misteriosas ya habían terminado.

—¿Puedes cogerlo, Yumi? Podría ser Eiichi.

Yumi se levantó obedeciendo a su madre y se dirigió al recibidor.

—Ajá... ajá... vale —respondió brevemente, y volvió a la sala de estar.

—Era Eiichi. Hoy no le toca el turno de noche, pero dice que a lo mejor se queda en el hospital hasta mañana.

—¿Para qué?

—Dice que la señora Nagayama está en estado crítico.

Ozu se levantó de la mesa bruscamente. Entonces, dándose cuenta de lo que acababa de hacer, volvió a sentarse.

—¿Eiichi ha dicho que está en estado... crítico?

—Sí.

Guardó silencio y siguió comiendo. Yumi encendió el televisor, donde apareció un concurso.

—Cuando en Tokio es verano, ¿en Melbourne es primavera, verano, otoño o invierno?

Nobuko miró el rostro sombrío de su marido.

—Ve al hospital.

Ozu dejó los palillos y asintió.

Se levantó de la mesa en silencio. Nobuko lo siguió y entraron en la habitación contigua. Abrió el armario y sacó una camisa blanca. Ozu se vistió sin decir palabra.

—Aquí tienes la cartera.

—Gracias.

Eran las primeras palabras que intercambiaban.

—Llegarás tarde, ¿verdad?

—Quizá —Ozu asintió, mirando a Nobuko—. Lo siento —se disculpó en voz baja. No le había contado los detalles de su relación con Aiko, pero al mirar a Nobuko a la cara, supo con seguridad que lo entendería todo cuando se lo explicara.

Nobuko lo acompañó a la puerta. Caminó hasta la calle principal, mirando al cielo. Una, dos, tres estrellas brillaban en él, algo poco común en Tokio. Ozu se detuvo y las miró con atención. El reino en el que estaba Fletán. Fletán y todos los que habían muerto. Se sintió abrumado al darse cuenta de que Aiko dejaba este mundo y se dirigía a ese reino. La breve vida de Fletán. La vida de Aiko. Su propia vida, que se había cruzado con la de ellos.

Ozu paró un taxi y se bajó enfrente del hospital. Por la noche el edificio parecía un barco flotando en el mar. Unas luces débiles brillaban en algunas de las ventanas del edificio silencioso y oscuro. Oyó sus propios pasos al avanzar por el pasillo largo y frío. Ahora que sabía que Aiko se estaba muriendo sentía más resignación que tristeza. Primero Fletán se había ido a ese mundo de los muertos; ahora Aiko se dirigía hacia allí y, tarde o temprano, también él entraría en ese reino. Estos pensamientos llenaron su corazón mientras llamaba al ascensor.

El ala estaba desierta. A esas horas de la noche, todas las habitaciones estaban a oscuras y los pacientes dormidos. Sólo las luces tenues del pasillo ofrecían algo de iluminación. En la sala de enfermeras brillaba una luz con fuerza.

—Disculpe. —Se asomó a la sala.

Una enfermera joven se giró hacia él sorprendida.

—He oído que la señora Nagayama había... empeorado.

—¿Es un familiar?

—No, un amigo...

La enfermera se levantó de la silla y murmuró con lástima:

—La señora Nagayama... ha fallecido. Hace una hora o así...

Ozu permaneció inmóvil junto a la puerta, aturdido.

—¿Ha muerto?

—Sí. Los médicos y yo hicimos lo que pudimos, pero...

—Ha muerto... ¿Y ahora?

—Su cuerpo está en la morgue. Dos amigas tuyas están allí... ¿Le gustaría bajar?

Ozu asintió. La enfermera le dio indicaciones para llegar hasta allí.

—Encontrará un auxiliar. Dígale que era amigo de la señora Nagayama.

Ozu le dio las gracias a la enfermera.

—¿La señora Nagayama... sufrió mucho?

—No. Estuvo en coma durante bastante tiempo, así que no creo que sintiera dolor.

Siguiendo las indicaciones, Ozu bajó a la primera planta del ala desierta y salió al patio.

Todo estaba completamente oscuro. El hospital se alzaba ante él como un muro. La mayoría de las luces de las habitaciones estaban apagadas. Sólo había movimiento en las salas de enfermeras de cada planta. Este lugar donde se crea la vida, y donde la

vida muere. A menudo las personas se preguntan cuándo morirán, pero nunca se cuestionan *dónde* lo harán. Cuando Aiko gozaba de buena salud, por ejemplo, ¿alguna vez se imaginó el lugar en el que moriría? ¿Alguna vez imaginó esa solitaria habitación de hospital por la noche?

Ozu atravesó el patio y se acercó a un edificio cuadrado de cemento rodeado de árboles. Era la morgue. El auxiliar estaba leyendo un libro en una sala pequeña junto a la entrada.

—Soy un amigo de... la señora Nagayama.

El auxiliar miró a Ozu y le dio una ficha de madera a través de una ventana diminuta.

—Subiendo las escaleras a la izquierda. Por favor, devuélvame esto cuando se vaya.

Los peldaños olían a cemento al subir. Una lámpara iluminaba la habitación. Había dos mujeres sentadas en unas sillas pequeñas. Al otro lado de las velas había un ataúd de madera sin barnizar. El humo del incienso subía en espirales.

Ozu se inclinó ante las dos mujeres. Juntó las manos para rezar delante del ataúd y encendió una barra de incienso.

«Aiko. Soy yo, Ozu —murmuró para sí—. Volvemos a encontrarnos. La última vez que te vi, hace veinte años, no pensé que nos veríamos de nuevo de esta forma».

Pensó en Aiko vestida con sus pantalones, subiendo lentamente los escalones de piedra del templo Jōshōkō, en Shūzan. Ozu tenía veinticuatro años entonces. Aiko, veintitrés.

La morgue carecía de adornos. Las paredes eran de cemento puro. Las sombras que proyectaban las llamas de las velas parecían manchas en las paredes. Ozu se sentó cerca de las dos mujeres, que al parecer eran amigas de Aiko.

Cerró los ojos y, escena por escena, recordó el pasado. Aiko con su uniforme de marinero en el tren. Se da cuenta de que Ozu y Fletán la siguen por el camino que hay junto al río Ashiya y se marcha con la cabeza bien alta. Aiko en bañador, salpicando a sus amigas en el océano, en Ashiya. Hacía sólo una hora, su vida, una tela de retales de todas estas escenas, había llegado a su fin.

—Disculpe. —Ozu abrió los ojos al oír una voz—. ¿Va a estar aquí mucho rato?

Era una de las amigas de Aiko. Era bastante mayor, pero Ozu tenía la sensación de haberla visto hacía mucho tiempo.

—Sí.

—Queremos llamar por teléfono para avisar de que Aiko ha muerto. Volveremos en media hora o así... Se lo agradeceríamos mucho.

Cuando Ozu se levantó de la silla, una de las mujeres lo miró sorprendida.

—Perdone, pero... ¿no iba usted a la Escuela Secundaria de Nada?

—Sí.

—¿Se acuerda de mí? Siempre iba a clase con Aiko en el tren procedente de Ashiya. Me llamo Nakamura.

Ozu parpadeó y asintió varias veces. La cara de pez de Fletán apareció ante sus ojos.

Cuando las mujeres se marcharon, Ozu colocó las manos unidas en las rodillas y observó el humo del incienso que ascendía en un hilillo, y después la llama de la vela que se agitaba de vez en cuando. Éstos eran los únicos símbolos de luto para Aiko.

«Pronto vendrá el enterrador y se llevará el cuerpo. Tal vez la difunta ni siquiera se acuerde de este tipo que está sentado junto a sus restos», pensó Ozu.

No, Ozu no había formado parte de su círculo de amigos. Pero esta noche estaba velando sus restos mortales. No había sido por azar. Ozu percibía el sentido de la vida oculto en alguna parte.

«¿Qué significó esta mujer para Fletán y para mí?», se preguntó Ozu, mirando sus dedos entrelazados.

Algunas personas no dejan huella en tu corazón, aunque las veas a menudo durante tu vida. Pero hay otras que se cruzan contigo una única vez y no puedes olvidarlas jamás. Aiko había sido una de ellas para Fletán. Y Fletán había sido ese tipo de amigo para Ozu.

—Pero tú apenas eras consciente de que Fletán y yo existíamos, ¿verdad? —dijo Ozu a los restos de Aiko—. Supongo que será una molestia tener a alguien como yo a tu lado en estos momentos. Pero, por favor, intenta aguantar.

Ozu no encontraba las palabras para expresar las emociones tan profundas que dominaban su pecho.

«Si no hubiera estallado la guerra, ahora Fletán tendría una esposa, y quizás habría tenido varios hijos».

En alguna parte del camino, las palabras que se dirigía a sí mismo se transformaron en el dialecto de Kansai que hablaba cuando estudiaba en Nada.

«Si no hubiera estallado la guerra... probablemente no habrías tenido que morir aquí sola...»

»Por eso no puedo separaros a ti y a Fletán de mi mente —le dijo Ozu a Aiko—. Los dos compartís el mismo destino. Yo sigo vivo, pero Fletán está muerto, y ahora tú también te has ido».

—Algún día yo también me dirigiré a vuestro mundo.

No había flores que adornaran los restos de Aiko dentro de esas paredes de cemento duro. En medio del silencio, Ozu cerró los ojos y las lágrimas empezaron a brotar lentamente. Eran lágrimas que la generación de Eiichi nunca podría entender. Eran lágrimas que sólo podría comprender una generación que había perdido a sus familiares y seres queridos en la guerra.

«Esta habitación es demasiado deprimente —dijo, girándose hacia Fletán—. No hay flores, no hay familiares...».

«Bueno... —susurró Fletán, con su rostro flotando entre las lágrimas de Ozu—, ¿por qué no silbas un poco para nosotros? Se te daba muy bien en Nada. Hazlo por ella y por mí».

Ozu frunció los labios e intentó silbar, pero de su boca sólo salió un sonido débil y entrecortado.

QUINCE

TRIUNFO

El doctor Uchida estaba sentado en la misma sala de conferencias donde se habían reunido con el investigador de la farmacéutica. Tamborileaba en la mesa con los dedos, intentando poner en orden sus pensamientos, pero no lograba aplacar la sensación desagradable que le recorría el pecho.

Alguien llamó a la puerta.

—Adelante.

Eran Kurihara y Eiichi, vestidos con sus batas blancas. Inclinaron la cabeza y se sentaron el uno enfrente del otro. Guardaron silencio por un instante.

—Nadie... os ha visto, ¿verdad? —preguntó el jefe del dispensario, sin dejar de tamborilear en la mesa.

—No, nos hemos escabullido.

—Ah. —Hubo una pausa breve—. Es tarde, ¿no? El Viejo...

—Debería llegar en cualquier momento.

El pomo de la puerta se giró y entró el doctor Ii, con una pipa en la mano. Los tres se levantaron para saludarle.

El jefe del dispensario se inclinó ante el doctor Ii.

—Queremos disculparnos por la absurda metedura de pata que hemos provocado con nuestra irresponsabilidad.

—No es culpa vuestra. —El Viejo chupó la pipa, que se había apagado—. Pero contadme cómo están las cosas.

—Aquel periodista, Yuke, me ha llamado varias veces. No podía seguir evitándole, así que he organizado un encuentro con él para esta tarde.

—¿Y...?

—Y me gustaría pedirle su opinión acerca de lo que debería contarle.

—Ya veo. —El doctor Ii suspiró y cerró los ojos—. Primero dime lo que tienes en mente.

—Una posibilidad sería seguir insistiendo en que la muerte de la paciente no la ha provocado el nuevo tratamiento. El problema es que, si decimos eso, es posible que la historia no acabe ahí.

—¿Qué quieres decir?

—Los periódicos parecen menos interesados en la causa de la muerte que en el hecho de que utilizáramos el medicamento sin el consentimiento de la paciente.

—¿No puedes decirles que contábamos con el consentimiento verbal de la paciente?

—Lo pensé —asintió el doctor Uchida—, pero ¿no traería eso más problemas si investigaran los motivos por los que dejamos de usar los otros medicamentos

anticancerígenas y optamos por utilizar sólo el nuevo?

—¿Crees que lo investigarán?

—A este periodista, Yuke, le encanta la polémica... Al parecer ya ha hablado con algunas autoridades sobre cuidados médicos y ha acumulado bastantes conocimientos.

Kurihara y Eiichi escucharon la conversación en silencio. La consternación del doctor Ii era evidente. Al darse cuenta de que su pipa se había apagado, sacó un encendedor del bolsillo y se puso a jugar con él.

—Supongo que no hay forma de evitar que se publique ese artículo, ¿no?

—Consideramos esa posibilidad, pero... —El doctor Uchida movió la cabeza ligeramente—. Sería un lío tremendo.

—Sí...

—El personal de medicina interna parece haberse enterado del asunto. Están encantados. Supongo que creen que ahora podrán arrebatarlos el control de nuestro Centro de Investigación del Cáncer.

Todo el mundo sabía que los departamentos de cirugía y medicina interna del hospital universitario se estaban disputando el control del nuevo centro de investigación. El doctor Ii y el dispensario de cirugía acabarían siendo perjudicados si este escándalo se hiciera público. Esa simple idea era suficiente para hacer las delicias del personal de medicina interna. El doctor Uchida temía que vencieran al dispensario de cirugía.

Los cuatro hombres guardaron silencio durante un rato. A todos ellos se les había ocurrido la misma solución, pero ninguno se atrevía a ser el primero en decirlo.

—Kurihara. —El doctor Uchida habló, incapaz de poder aguantar más—. ¿Tienes alguna idea? —Miró atentamente a Kurihara a la cara. Era una señal para que expresara lo que estaban pensando todos.

—Doctor —Kurihara levantó su enorme cuerpo de la silla y respondió con una voz ligeramente aguda—. Si... me permite decirlo, el nuevo medicamento se fabricó en la compañía de mi padre. Así que, buena parte del delito, digamos, tiene que ver con la compañía de mi padre. Por lo tanto... —Bajó la vista y tragó saliva, buscando las palabras correctas—. Por lo tanto, me gustaría hacerme responsable de todo lo que ha ocurrido con este tratamiento.

Ni el Viejo ni el doctor Uchida hicieron amago de interrumpir a Kurihara. Eran conscientes de lo que iba a decir a continuación.

—Quiero anunciar públicamente que utilicé este medicamento nuevo por iniciativa propia, sin consultarlo con ustedes. Permítanme hacerme totalmente responsable como médico supervisor de la paciente. He decidido que, si las circunstancias lo requieren, abandonaré el dispensario.

—Espera un momento... —El doctor Uchida movió la cabeza—. No queremos que cargues con toda la responsabilidad.

Era evidente, incluso para Eiichi, que estas palabras no salían del corazón del jefe del dispensario.

—No. Por favor, no se preocupen por mí. Mi padre me ha pedido otras veces que trabaje con él en su empresa...

—¿Ah sí? —La respuesta del doctor Uchida era entre un suspiro y un jadeo—. Entonces, ¿te importaría solucionar este asunto de ese modo?

—De acuerdo.

—En cualquier caso, nos encargaremos de asegurar tu futuro, así que ten paciencia por ahora, ¿vale?

—Sí.

—Gracias. —El jefe del dispensario colocó las manos en las rodillas e inclinó la cabeza ante Kurihara. Todo era una simple farsa, pero el Viejo y Uchida habían interpretado su papel como si estuvieran profundamente conmovidos.

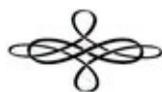
«¡Victoria! —murmuró Eiichi para sí—. De esta forma, yo salgo indemne y Kurihara se larga del dispensario. Ahora el Viejo dejará de plantearse la idea de casar a su hija con Kurihara».

Pero Eiichi aún tenía que representar un gran papel en este drama. Adoptó una expresión trágica y dijo:

—No creo que Kurihara deba cargar con toda la responsabilidad solo. Como yo también era su médico supervisor, debería...

Kurihara movió la cabeza con tristeza.

—No hace falta. No hace falta.



Al día siguiente, Eiichi se despertó antes de lo normal. Estaba ansioso por ver el artículo que aparecería en el diario de la mañana.

Su familia no estaba suscrita al periódico en el que trabajaba Yuke.

—Voy a dar un paseo —le dijo a su madre, que estaba preparando el desayuno, y a continuación salió.

Fue a un quiosco del centro comercial y compró el periódico que estaba buscando. Lo abrió apresuradamente por la página de noticias locales, pero no había ningún artículo. Se sintió aliviado y ansioso al mismo tiempo. Le preocupaba que Yuke incluyera su nombre junto con el de Kurihara.

Aquel día, cuando llegó al dispensario, Kurihara acababa de entrar. Miró a Eiichi sin decir nada.

Poco después de las nueve, el doctor Uchida convocó una reunión con sus empleados y declaró:

—Seguramente saldrá en los periódicos esta tarde, así que todos os acabaréis enterando. Tiene que ver con una paciente, la señora Nagayama. Lamentamos que haya ocurrido esto. Es posible que la opinión pública malinterprete los hechos. El

señor Kurihara se hace responsable de este malentendido y ha anunciado que abandonará el dispensario. El doctor Ii y yo hemos hecho lo posible por disuadirlo, pero no quiere echarse atrás. No tenemos más remedio que aceptar su dimisión. —El jefe del dispensario miró a todos los empleados a la cara, buscando su comprensión—. Pero todos vosotros estáis en la misma posición que Kurihara, y creo que sois conscientes de que actuó de acuerdo con su conciencia como médico. Los hechos presentes han supuesto un duro golpe para Kurihara y el resto del dispensario, pero no podemos permitir que eso destruya la unidad que tenemos aquí. Estamos seguros de que en un futuro próximo Kurihara podrá volver de forma triunfal con nosotros. Le esperaremos con los brazos abiertos cuando eso ocurra.

Mientras escuchaba el discurso del jefe del dispensario, Eiichi se acordó de repente de la fiesta de despedida de Tahara. El doctor Uchida había pronunciado unas palabras similares en esa ocasión. Había dicho que creía que llegaría el día en que Tahara podría volver al dispensario. Pero todos sabían que Tahara nunca volvería al hospital.

«¿Exilio eterno? —Eiichi miró de reojo el rostro tenso de Kurihara—. Pero Kurihara no tiene que preocuparse por la procedencia de la comida de mañana. Su padre tiene influencias. Hay una compañía farmacéutica dispuesta a cubrirle las espaldas. Si esto me hubiera pasado a mí, las cosas no me habrían salido tan bien».

Al pensar en eso, el atisbo de compasión que había sentido por Kurihara en una esquina de su corazón se desvaneció con una rapidez abismal.

—Señor Mine. —Después del discurso, el jefe del dispensario adoptó un tono más animado y se dirigió a un empleado llamado Mine—. ¿Querría ocuparse de organizar la fiesta de despedida del señor Kurihara? Debería hacerse con estilo.

El artículo apareció en el periódico vespertino. A Eiichi le sorprendió la precisión con que describía los tratamientos anticancerígenos y la medicación nueva. Incluía la opinión del periodista: utilizar el tratamiento sin el consentimiento del paciente era un tipo de experimentación con conejillos de indias humanos. También añadía las opiniones de distintos médicos y expertos en medicina, y los comentarios del jefe del dispensario y la defensa de Kurihara. Pero el nombre de Eiichi no aparecía en el artículo.

«He escalado una montaña; ahora tengo que conquistar la siguiente», pensó Eiichi. Aún no sabía cuántas montañas tendría que escalar, pero una vez las hubiera conquistado todas, contemplaría desde arriba la amplia meseta, donde brilla el sol con fuerza. Una meseta iluminada por el sol. Para Eiichi, eso significaba poseer una silla de médico en este hospital universitario.

Kurihara se iba del dispensario. Esa era una montaña que había atravesado Eiichi. Ahora debía emprender la conquista de la siguiente.

Esperaba con ansia la mañana del sábado siguiente. Sabía que el doctor Ii iba a cenar con unos oficiales del Ministerio de Bienestar Social la noche del sábado.

El sábado por la mañana llamó a Yoshiko. La doncella respondió. La voz que provenía del otro lado del receptor parecía carente de fuerzas.

—Ha pasado mucho tiempo —dijo ella con amabilidad—. ¿Cómo está?

—¡Genial! —La voz de Eiichi sonó entusiasmada deliberadamente—. Además, es sábado. ¡Y el cielo está tan despejado y hermoso! No se me ocurre ningún motivo para quedarme encerrado. Salgamos por ahí.

Ella tardó en responder.

—Yo... no he tenido muchas ganas de salir últimamente.

Eiichi ignoró el comentario.

—La esperaré a las cuatro en el vestíbulo del Hotel Imperial. —Colgó sin esperar a oír su respuesta.

Había un motivo para invitarla de esta manera tan tiránica. Sabía que a las mujeres les gustaba que les dijeran «Vamos a salir» en vez de «¿Te gustaría salir?». Tenía la emoción de una apuesta. Así podría determinar hasta qué punto Yoshiko estaba interesada en él dependiendo de si se presentaba o no en el vestíbulo del Hotel Imperial a las cuatro.

«¿Vendrá? ¿O no vendrá?».

Deambuló sin rumbo entre el hospital y el dispensario hasta las tres aproximadamente. Pero para variar, trabajó con ganas. Estaba ansioso por saber el resultado de su apuesta.

«¿Cómo debería manejar la conversación?», se preguntaba mientras almorzaba en la cafetería.

Uno de los superiores de Eiichi en el dispensario, un hombre que se enorgullecía de poder conseguir a la mujer que quisiera, le había dicho a Eiichi una vez: «Verás. Cuando le hables a una mujer, se rendirá a tus pies si le dices estas palabras al oído...». Y a continuación le susurró a Eiichi dos palabras que estimularían el orgullo de una mujer. Mientras comía su arroz con curry, Eiichi se acordó de pronto de aquellas palabras y se rio entre dientes. «Si tengo ocasión, hoy intentaré susurrarle a Yoshiko esas dos palabras, a ver cómo reacciona», pensó.

—¿De qué te ríes?

Eiichi alzó la vista. Umemiya, un empleado del dispensario, estaba de pie junto a él, con una taza de café en la mano.

—Oh, de nada...

—Es deprimente, ¿verdad? Primero el asunto de Tahara, y ahora lo de Kurihara. El dispensario es un lugar pequeño, pero supongo que, existiendo una jerarquía, no puedes sorprenderte de que pasen estas cosas...



Eiichi se sentó en un sofá en el vestíbulo del Hotel Imperial, pasando la mirada de su reloj a la entrada y de la entrada al reloj.

«¿Vendrá? ¿O no vendrá?».

Al principio se sentía confiado. Pero aunque al llegar había dado por hecho que Yoshiko aparecería, apenas diez minutos después su corazón empezó a latir por miedo a que no viniera.

«Supongo que... en realidad no le importo».

Entonces, como le suele ocurrir a los ególatras como Eiichi, de las profundidades de su orgullo herido emergió un ataque de ira contra Yoshiko.

«En ese caso, pagaré por esto. ¡Le bajaré un poco esos humos!».

A las cuatro y veinte estuvo a punto de levantarse.

«No, esperaré diez minutos más. Esperaré diez minutos y si para entonces no ha aparecido...», se dijo.

Volvió a cruzar los brazos y cerró los ojos. «No esperaré más de diez minutos, se repitió a sí mismo».

Pasaron varios minutos. Cuando abrió los ojos, vio a Yoshiko de pie al otro lado del vestíbulo, vestida con unos pantalones blancos. La vio justo cuando ella lo localizaba.

—Lo siento. Tenía miedo de que se hubiera enfadado y se hubiera marchado. El taxi se topó con un atasco... Estaba muy preocupada.

—Pensaba que no vendría. —Pero la rabia que sentía se evaporó rápidamente.

«¡Estás patinando! —Se reprendió a sí mismo por su sentimentalismo—. Tienes que manejar la situación siguiendo el plan». Eiichi volvió a repasar los planes que había ideado la noche anterior. Eran los que había hecho para inclinar el corazón de Yoshiko en su dirección.

—Vayamos arriba.

En la última planta del Hotel Imperial había un bar elegante con vistas al Palacio Imperial. Irían allí primero. Se mostraría amable y comprensivo por el apuro que había pasado ella.

Entraron en el bar en la decimoséptima planta. La vista que se extendía ante ellos al otro lado de las ventanas estaba hecha a medida. El sol amarillo anaranjado del atardecer empezaba a ocultarse, proyectando sus rayos en el bosque alrededor del palacio, el foso y la carretera que rodeaba el foso.

—¿Ha pasado algo malo? —preguntó Eiichi, fingiendo no saber nada—. Me sorprende que no quisiera salir un sábado como hoy.

—Estoy agotada.

—¿Es el ojo otra vez?

—No —sonrió con tristeza—. Agotada emocionalmente.

—En ese caso, como médico suyo, empezaré ahora mismo a curar su agotamiento. La paciente seguirá el tratamiento prescrito por el médico. ¿De acuerdo? —Llamó al camarero y pidió sake.

—Tomaré un zumo de frutas o algo...

—No. Ésta es su medicina. —Eiichi movió la cabeza y sonrió—. ¿No estaba de acuerdo en seguir las órdenes de su médico? Bébase esto. Piense que es una medicina...

Era evidente, a juzgar por los lóbulos respingones de las orejas, ligeramente colorados, que el sake empezaba a hacerle efecto a Yoshiko.

—¿Cuántos años cree que tendrá cuando muera? —dijo Eiichi con sobriedad.

La pregunta cogió a Yoshiko por sorpresa. Lo miró asombrada.

—No tengo ni idea.

—¿Ochenta?

—¡Cielos, no! No quiero vivir tanto para convertirme en una mujer tan mayor...

—Entonces digamos que setenta y cinco. Verá, tengo algo que pedirle. ¿Me haría el favor de vivir setenta y cinco años y cuatro horas más?

Yoshiko no entendía qué quería decir, y miró a Eiichi con perplejidad.

—¿Quiere que viva cuatro horas más?

—Eso es.

—¿Qué sentido tiene vivir cuatro horas más? ¿Por qué me pide algo así?

—Porque hoy quiero disponer de esas cuatro horas. —Eiichi rio—. No le importa desprenderse de esas cuatro horas, ¿verdad? Como no le importa ese periodo de tiempo, ¿por qué no derrocharlo divirtiéndose? Considérelas como cuatro horas que ni siquiera formarían parte de su vida. Estas cuatro horas no tendrán nada que ver con su vida, así que, durante ese tiempo, olvide todos los malos recuerdos o las cosas desagradables que le preocupan. Pasemos el sábado como si fuéramos otras personas.

Yoshiko miró a Eiichi directamente.

—¿Me está diciendo esto... como médico?

—En efecto. Porque es una paciente.

—Señor Ozu... es muy amable —susurró Yoshiko, con los ojos inundados en lágrimas—. Gracias.

Eiichi vio que su estrategia progresaba de acuerdo con el plan. Tenía que usar todas las tácticas posibles para hacer que Yoshiko fuera suya. Ganarse su confianza era lo principal.

—Sabe que he roto mi compromiso con el señor Kurihara, ¿verdad?

—Pues sí.

—¿Y conoce el motivo?

—Puedo intuirlo.

—Eso pensaba. Nunca imaginé que... el señor Kurihara tendría otra mujer.

—Se ha ido al noreste. Kurihara la mandó allí para poder casarse con usted. —Eiichi habló con indiferencia, observando la expresión de Yoshiko para ver el efecto que hacían sus palabras.

—Lo siento por ella...

—Yo también. Pero eso demuestra las ganas que tenía Kurihara de casarse con usted, ¿no?

—No querría casarme si eso perjudicara a otra persona.

—No hablemos más del tema. Beba un poco más de sake. Estamos aquí para convertirla en alguien diferente durante estas cuatro horas...

El sol se ocultó poco a poco. Se iluminaron los edificios y los automóviles que pasaban debajo de ellos empezaron a encender los faros.

Cuando salieron del Hotel Imperial, Eiichi propuso a Yoshiko ir a ver una película.

Eiichi sabía que era de mal gusto invitarla a un lugar como el cine, pero quería estar solo con ella en la oscuridad.

Una de las películas era la historia de una relación entre un médico y una mujer casada. Era el relato de un hombre de mediana edad y una mujer que se encontraban cada sábado en una estación de tren en las afueras de Londres.

Era una película antigua, así que Eiichi sugirió ver otra. Pero Yoshiko dijo que le gustaría ver una historia de amor. Había pocos espectadores.

—¿Qué ha dicho? —susurró Eiichi en su oído, presionando ligeramente el hombro contra el suyo. Ella no se apartó, de modo que Eiichi se quedó donde estaba.

En la escena en la que los dos se despedían, Eiichi oyó a Yoshiko sollozar. «Estará pensando en Kurihara», pensó Eiichi, y la miró de reojo para ver su reacción.

Ella sacó del bolso un pañuelo pequeño y se sonó la nariz.

—¿Pasa algo? —preguntó Eiichi.

—No. No es nada.

—¿Se ha puesto triste por algo que ha recordado?

Yoshiko no respondió. Eiichi intentó consolarla.

—Sea valiente.

Puso la mano con delicadeza encima de la suya.

Aquel movimiento podría haberse interpretado como el de un hombre mayor intentando consolar a una chiquilla llorosa. Pero su mano se quedó inmóvil encima de la de Yoshiko.

«Hay esperanza...

»Si no le gustara, habría apartado la mano. Pero no lo ha hecho, así que no debe de tener mal concepto de mí», pensó.

Cuando terminó la película y se encendieron las luces de la sala, se fijó en que todavía brillaban las lágrimas en sus ojos.

—Siento haberla traído a ver una película como ésta —se disculpó. Pero en su fuero interno se dio cuenta de que esta actividad improvisada le había favorecido a él—. Vámonos. Debe de estar hambrienta.

Al salir a la calle, Eiichi dijo:

—Fue una negligencia por parte de su médico llevarla a una película que la hiciera llorar.

—Eso... no es verdad.

—Pero hoy la invité a salir para hacerla sentir mejor... Hemos retrocedido dos pasos con la película.

—Fui yo la que insistió... Lo siento.

—Me... —empezó a decir una de las frases que se le habían ocurrido el día anterior—. Me gustaría curar las heridas de su corazón.

—No podría permitir...

—No. Quiero hacerlo. Por favor, déjeme hacerlo.

Eiichi la acompañó a casa después de la película y la cena.

—¿Quiere entrar un momento? —Yoshiko invitó a Eiichi al bajar del taxi.

—No. Si su padre descubre que la he invitado a salir sin decírselo... —Eiichi sonrió y movió la cabeza—. Mañana me reñiría en el hospital. Por favor, no le cuente lo de esta noche.

—Papá no es así. Pero si tiene que trabajar...

—Tengo algo de trabajo, así que tendré que despedirme. Pero, ¿volveremos a vernos? —preguntó, mirando a Yoshiko fijamente a los ojos. En cierto modo estaba preguntándole qué sentía por él—. Volveremos a vernos, ¿verdad?

—Sí —asintió Yoshiko, estrechando la mano que le tendía Eiichi.

«¡Bien hecho!». Vio cómo entraba por la puerta y después se dejó caer en el asiento del taxi, gritando de alegría por dentro. Aún podía sentir el tacto de su mano. Yoshiko todavía no era suya, pero sentía que esa noche había dado un paso importante para lograrlo. Ahora sólo tenía que perseverar. Perseverar, perseverar, perseverar.

—¿A dónde? —preguntó el taxista.

Empezó a decir «Estación Shinjuku», pero pensó que sería ridículo gastar tanto dinero en un taxi sin estar Yoshiko presente, así que se corrigió a sí mismo.

—No, a la estación de metro más cercana.

«Me pregunto si le contará a su padre lo de esta noche. —Eiichi se sintió algo inquieto en el metro—. Pero no creo que diga nada que pueda hacerle enfadar. Después de todo, no hice nada inapropiado... No hay motivos para que pueda enfadarse».

Eran poco más de las diez cuando llegó a casa. Como siempre, asomó la cabeza a la sala de estar, saludó a su padre, que estaba solo practicando caligrafía, y se dirigió al lavabo.

—¡Eh! —llamó su padre.

—¿Qué pasa?

—Siéntate —ordenó Ozu a su hijo, con una expresión más seria de lo normal—. ¿Fuiste hoy al funeral?

—¿Funeral? ¿De quién?

—El funeral de Aiko Nagayama. Era tu paciente.

Eiichi hizo una mueca involuntaria.

—Un médico no puede ir al funeral de todos sus pacientes.

—Yo he ido —dijo Ozu en voz baja—. Pensé que estarías allí. Pero no. ¿Fue alguien del hospital?

—Lo dudo. Pero... eres muy raro, papá. Ir a un funeral así como así.

—¿Lo dices en serio? Tú eres parcialmente responsable... de su muerte, ya sabes.

—¿Yo? No seas ridículo...

Ozu miró a su hijo con furia. Nunca había estado tan enfadado con Eiichi como en aquel momento.

—¡No dejaré que te salgas con la tuya diciendo sin más que no eres responsable! Yo no sé nada de medicina, pero según el periódico...

—¿El periódico? ¡Ah, ya! Eso es una tontería. No murió por culpa del medicamento.

—Si no fue por culpa del medicamento... ¿por qué murió?

—¡Te lo he dicho mil veces! ¡Tenía cáncer terminal!

Ozu no supo qué responder. Como no era médico, no podía rebatir la opinión de su hijo de que el medicamento no había provocado la muerte de Aiko.

—Pero en el periódico decía que tu dispensario utilizó ese nuevo tratamiento con ella como un experimento, sin su consentimiento...

—No sé nada de lo que dice ese periódico.

—¿Estás negando haber utilizado esa medicina?

—¡No, sí que la usamos! ¡Pero ni que la hubiéramos envenenado! Utilizamos una medicina que supuestamente iba a curar a la paciente. Los que son unos irresponsables son los que nos critican por algo que hicimos de buena fe. Además, yo no fui el que le administró el medicamento. Cuando eres el último eslabón como yo, aplicas el tratamiento siguiendo las órdenes de los directores del dispensario. Fue mi superior, Kurihara, el que utilizó ese medicamento —insistió Eiichi, con una sonrisa burlona en los labios. Al ver que su padre guardaba silencio, añadió—: En cualquier caso, me gustaría que dejaras de entrometerte en asuntos sin conocer las circunstancias. De todas formas, ¿qué significaba esa mujer para ti?

—Nada en absoluto.

—Si no significaba nada, ¿por qué te molestaste en ir al funeral? No tiene ningún sentido.

Ozu no dijo nada, pero seguía insatisfecho. La lógica respaldaba a su hijo, pero había algo que no encajaba.

—Estoy muy enfadado. Vengo a casa cansado de trabajar y de repente me atacan. ¿Qué derecho tienes de hablarme así? Hace tiempo que quiero decirte esto, pero... no estoy de acuerdo con tu forma de pensar. A partir de ahora, no quiero oír nada de lo que tengas que decirme sobre lo que hago. —Eiichi escupió las palabras y salió de la sala de estar dando fuertes pisotones.

Nobuko y Yumi habían estado escuchando la discusión conteniendo el aliento desde la habitación contigua. Se asomaron furtivamente.

—No deberías haberle dicho nada esta noche —dijo Nobuko, vacilante—. Últimamente ha estado muy cansado e irritable.

—Ya... —asintió Ozu, conteniendo su agitación. Se dio cuenta de que entre él y su hijo se extendía un abismo infranqueable—. Eiichi no tiene ni idea de por qué estoy tan enfadado con él esta noche. Y nunca lo entenderá.

Cuando Eiichi entró en su habitación en la segunda planta, contuvo su enfado.

«Un día tengo que irme de aquí —pensó—. Esta casa, y mi familia, ya no tienen nada que ver con mi vida o mi carrera. Sólo son un estorbo».



Varios días después de que Kurihara dejara el dispensario, el doctor Ii empezó a hacer sus rondas por primera vez en mucho tiempo.

Fieles a su costumbre, los miembros del dispensario se reunieron en la entrada del primer piso, saludaron al Viejo y al jefe del dispensario con una reverencia, y esperaron a que el Viejo se subiera al ascensor después de que un miembro del grupo pulsara el botón.

Fueron por todas las habitaciones de la cuarta planta, tomando notas de cada reconocimiento que hacía el Viejo.

—¿Se encuentra bien?

—Sí.

—Está evolucionando bien. No hay nada por lo que deba preocuparse.

Éstas eran las mismas palabras que empleaban los miembros del dispensario, pero cuando las decía el Viejo, hacían eco como un objeto de quinientos kilos y el paciente sonreía entusiasmado.

Entraron en varias habitaciones hasta que se toparon con la puerta de la habitación que había ocupado Aiko Nagayama dos semanas antes. Eiichi observó la expresión del Viejo, pero su rostro no reflejaba la más mínima emoción.

La habitación no había cambiado. Las pequeñas manchas en la pared, las ventanas algo sucias, la cama... Todo seguía igual que antes. Pero las macetas que tanto le gustaban a Aiko habían desaparecido, y el paciente que se sentó en la cama para que el Viejo lo examinara era un caballero de mediana edad que llevaba un pijama nuevo.

—Estará aburrido. ¿Hacemos unas pruebas? —El Viejo le ordenó a Mine, el médico supervisor, que efectuara las pruebas—. No hay ningún cambio, así que todo va bien. —Guardó el estetoscopio en el bolsillo y charló con el paciente.

Era como si no hubiera pasado nada en esta habitación dos semanas antes. Las caras de los trabajadores del dispensario eran inexpresivas, y no había ningún motivo por el que este paciente pudiera saber lo que había ocurrido en la habitación antes de que la ocupara. Fuera, el cielo estaba parcialmente nublado, y en la distancia se oía el ruido de los automóviles.

—Bueno, cuídese...

Los empleados del dispensario se reagruparon y avanzaron por el pasillo.

Al mediodía, una vez terminadas las rondas, Eiichi estaba a punto de salir del dispensario cuando llegó un mensajero con una carta urgente.

El nombre que ponía en el remite era Yoshiko Ii. Con el corazón latiendo con fuerza, Eiichi abrió el sobre.

«Muchas gracias por lo del otro día. Para mí, todos los días eran tristes, pero ahora, gracias a ti, puedo volver a respirar el aire de fuera. Soy muy feliz y te estoy muy agradecida por haberme animado cuando estaba deprimida. Prometo ser una paciente buena. Por favor, hazme más chequeos en el futuro. No consultaré a ningún otro médico.»

Era una carta breve, pero Eiichi captó lo que estaba intentando decirle. Una sonrisa de triunfo asomó a sus labios involuntariamente.

«No consultaré a ningún otro médico».

Eso quiere decir que no saldrá con otros hombres.

«Prometo ser una paciente buena. Por favor, hazme más chequeos en el futuro».

Salgamos juntos con frecuencia, quería decir.

¡Bien hecho! Eiichi recorrió el pasillo muy animado. Pero todavía faltaba una montaña. Estaba el problema de qué hacer con Keiko Imai. Si descubre que voy en serio con la hija del doctor Ii...

¡No meteré la pata como lo hizo Kurihara!

¿Cómo debería tratar con ella? En cualquier caso, confiaba en poder manejar la situación de forma hábil.



Varios meses más tarde...

Ozu estaba en Kansai, en un viaje de negocios. Se reunió con varias personas en Kobe y Osaka durante dos días. Cuando terminó sus compromisos laborales, aún le quedaban cuatro horas antes de subir al tren bala que había reservado. No le apetecía volver al hotel, así que, después de pensarlo, se le ocurrió una idea.

Decidió hacerle una visita a su alma máter, la Escuela Secundaria Nada.

Habían pasado muchos meses y muchos años desde la graduación. Desde entonces no había vuelto a su vieja escuela, ni había ido a una sola reunión de las que se organizaban en Kansai.

Pero había oído que habían reconstruido los edificios de la escuela junto al río Sumiyoshi, y que los habían transformado por completo. Y sabía que, al contrario que su alma máter de antaño, ahora la escuela reunía a los estudiantes más inteligentes de todo el país, erigiéndose como la primera o segunda en número de graduados que accedían a la Universidad de Tokio.

Pero a Ozu no le interesaban demasiado esos detalles. Quería visitar su antiguo colegio para revivir los recuerdos de Fletán y los demás. Su juventud perdida. Quería volver a mirar con sus propios ojos los restos de la escuela y el campo de atletismo, donde pasaban los días él y los demás alumnos atrasados que nunca estudiaban.

Se subió a un taxi y le pidió al conductor que lo llevara a la parada del río Sumiyoshi, junto a la carretera.

—¿La carretera?

—Sí. Hay un tramo en que el tren y la carretera avanzan en paralelo.

El tren marrón desvencijado flotó ante sus ojos. Aquel tren tan lento que él y Fletán cogían cada día.

Aiko y las otras chicas de Kōnan cogían el mismo.

—Oh, se refiere a ese tren —dijo el taxista cambiando de marcha—. Ya no existe.

—¿No funciona?

—¡Nadie viajaría en un viejo tren tan lento como ese!

Pero la carretera que se extendía desde Kobe hasta Osaka seguía allí. A ambos lados, lo que antaño fueron lotes y cultivos, ahora eran filas y filas de tiendas y oficinas.

—El río Sumiyoshi sigue allí, ¿verdad?

—Sí.

Pensó en el río, y en las onagras vespertinas que se alineaban junto al lecho. Pero cuando apareció ante sus ojos el río Sumiyoshi, no pudo alcanzar a ver el lecho. En su lugar, había un enorme e insípido canal de drenaje de cemento.

Vislumbró los edificios de la Escuela Superior Nada. En su día, un pinar rodeaba el espacio entre la escuela y la carretera. Pero habían derribado la mayoría de los pinos para construir casas.

Cuando el taxi se detuvo en la puerta de la escuela, Ozu le pidió al conductor que esperara unos diez minutos y entró por la puerta. El primer edificio, que alojaba la sala de profesores y el pabellón de judo, estaba viejo y ennegrecido, pero aparte de eso no había cambiado nada. Al contemplarlo, Ozu sintió un dolor en el pecho, como si una mano enorme lo estuviera ahogando.

«Fletán. Éste es el único sitio que no ha cambiado», murmuró, como si Fletán estuviera a su lado.

Dos o tres alumnos vestidos de uniforme negro salieron del edificio. Parecían muy inteligentes. Ninguno tenía la expresión bobalicona pero amable que caracterizaba a los estudiantes en su época.

Entró en el edificio en silencio. Se abrió la puerta de la sala de profesores y salió de allí un hombre que parecía ser un profesor.

El pelo, peinado hacia atrás, era canoso. Su chaqueta brillaba como la de un artista.

Ozu encontró en su mente una versión más joven de este profesor. Sí... era su profesor de Lengua. Ozu recordó que le gustaba la novela *La cuchara de plata*, y que

le había hablado de ella a sus estudiantes.

Pero su nombre estaba atrapado en alguna parte de la mente de Ozu y no conseguía encontrarlo. Su apodo era...

¡Etiopía!

Eso era todo lo que logró recordar. Le pusieron ese mote porque en aquella época su cara estaba negra como el carbón.

—¿Es el padre de alguno de nuestros estudiantes? —preguntó el profesor a Ozu.

—No —Ozu negó la cabeza. Le había pillado por sorpresa—. Venía a esta escuela hace mucho tiempo... Estoy en la ciudad por un asunto de negocios.

—Vaya... ¡esto trae viejos recuerdos! —El profesor miró a Ozu a la cara, como si estuviera intentando recordarlo de joven—. ¿En qué clase estaba?

—En la clase novena. Me llamo Ozu.

Pero el profesor no parecía recordar su nombre.

Oían las voces de los estudiantes haciendo ejercicio a lo lejos. Desde la ventana, Ozu vio los edificios nuevos de la escuela, desconocidos para él.

—Esta escuela ha cambiado mucho, ¿verdad?

—Sí, mucho —asintió el profesor—. Es muy diferente a la antigua Escuela Secundaria, porque ahora los alumnos estudian voluntariamente. Y hemos renovado los edificios... ¿Se acuerda de mí?

—Sí, pero no recuerdo su nombre.

—Hashimoto. Ahora mismo, los que llevamos más tiempo aquí somos el señor Katsuyama, el director y yo.

El señor Hashimoto condujo a Ozu al patio. Ozu se mostró agradecido. Se acordaba. En su época había una pajarera y una plataforma con barras para hacer gimnasia.

—Los alumnos de hoy en día estudian bien, pero también hacen actividades del club y atletismo —dijo el señor Hashimoto con alegría—. Los tiempos han cambiado, ¿sabe?

—Sí... —murmuró Ozu, sintiendo cómo un torrente de emociones invadía su cuerpo—. Los tiempos han cambiado.

Le dio las gracias al profesor y volvió a la entrada de la escuela. El taxista seguía esperando pacientemente.

—¿A dónde vamos ahora?

—Hay un colegio femenino que se llama Kōnan, ¿verdad?

—Sí. ¿Quiere ir allí? ¿Trabaja en el Ministerio de Educación?

El taxi subió una pendiente, giró por una calle residencial, y volvió a subir por otra pendiente.

—¡No, Kōnan no está por allí!

—La trasladaron. Mire, ahí está. Es ese edificio grande de color blanco.

Se acercaban a un edificio blanco, parecido a un hotel, con un césped verde. Un grupo de alumnas bajaban por la colina en coche. Iban de casa al colegio y del

colegio a casa en un automóvil familiar.

Ozu le pidió al taxista que se detuviera. Contempló el amplio césped más allá de la puerta que rezaba «Universidad Kōnan para chicas». Un grupo de jóvenes volvían a casa riéndose. Llevaban vestidos de varios colores, muy diferentes de los trajes de marinero que usaban Aiko y sus amigas. Esta generación no había conocido la guerra.

—Ahora a Ashiya —dijo Ozu al taxista.

La vía férrea ya no se utilizaba, pero Ozu reconoció la carretera que conducía a Ashiya. Los locales vacíos y los campos que antes llenaban ambos lados se habían convertido en tiendas y gasolineras. Pero los letreros de la estación seguían en pie, evocando en el pecho de Ozu una nostalgia y una tristeza insondables.

«Fletán —murmuró, presionando la cara contra la ventanilla del taxi—. ¿Te acuerdas de la estación? El nombre no ha cambiado».

Sí. Esta carretera y los nombres de las estaciones seguían siendo los mismos. Pero los jóvenes que habían ido a la escuela en ese tren desvencijado ya no estaban.

«Fletán. Habían pasado tantas cosas».

Entonces el joven Fletán, de ojos soñolientos, le murmuró al oído: «¿Qué significaron esos días para nosotros? ¿Aquellos días en la Escuela Secundaria Nada?».

El taxi subió lentamente por una cuesta. Cuando el viejo tren llegaba a este punto, crujía y le costaba avanzar.

El pinar. Unas emociones indescriptibles llenaron el corazón de Ozu al ver los pinos junto al río Ashiya.

—¿A qué parte de Ashiya quiere ir? —preguntó el taxista.

—A la playa.

—¿A la playa?

—Sí.

—Allí no hay nada.

Ozu no respondió. Miraba fijamente las casas a ambos lados de la carretera. Habían desaparecido las grandes mansiones con sus tejados negros y las vallas negras. En su lugar se erigían unas casas alegres de estilo occidental y unos apartamentos de clase alta. En el pinar habían construido un pequeño campo de tenis. Había varios jóvenes jugando.

Llegaron a un puente. Era ese puente.

—¡Cruce el puente! —exclamó Ozu impulsivamente—. Vale. ¡Siga recto por esta carretera!

La casa de Aiko Azuma. La casa en la que habían merodeado él y Fletán, pasando los dedos por la valla. La vivienda había desaparecido. En su lugar se erigía un simple edificio blanco de apartamentos.

Ozu le pidió al taxista que se detuviera. Mantuvo la mirada perdida en dirección a los apartamentos. Había dos niños extranjeros jugando al bádminton.

—Suficiente —le dijo al taxista con tristeza—. Lléveme a la playa.

El mar. El mar de Ashiya. Las vacaciones de verano. Los nubarrones enormes flotando sobre sus cabezas mientras nadaban en el mar azul. El mar. El mar de Ashiya.

—Ya hemos llegado. —El taxista frenó frente a un feo terraplén de cemento.

—¿Es esto? ¡Aquí no hay ningún mar!

—Lo sé. Le dije que lo habían vaciado.

No soplaban las corrientes marinas. No olía a mar. Ozu se subió al terraplén de cemento y soltó una exclamación de sorpresa.

A lo lejos, el mar se había convertido en un desierto. Dos hormigoneras atravesaron el tramo desolado de tierras recuperadas. Más allá de ese punto no había nada. ¿Dónde estaba el lugar en el que Fletán, zarandeado por las olas, había seguido a Aiko y a sus amigas aquel día? ¿Dónde estaba la playa por la que habían corrido Aiko y sus amigas, riendo sin parar? El mar había desaparecido. La playa blanca había desaparecido. Pero no era sólo esto. Las cosas hermosas, las cosas que habían atesorado durante el pasado, estaban desapareciendo por todo Japón. Fletán y Aiko ya no estaban en este mundo. Sólo él seguía vivo. En ese momento, Ozu entendió el papel que habían jugado Aiko y Fletán en su vida. Ahora, cuando todo se había perdido, entendía el significado que le habían dado a su vida.



SHUSAKU ENDO nació en Tokio en 1923. Poco después sus padres se marcharon a vivir a la zona japonesa de Manchuria. Tras el divorcio de sus padres, Endo y su madre volvieron a Japón para vivir en la ciudad natal de la madre, Kobe. Su madre se convirtió cuando él era pequeño, por lo que fue criado como católico.

Endo fue bautizado en 1935 a la edad de 12 años, con el nombre cristiano de Paul. Durante la Segunda Guerra Mundial su mala salud impidió que fuera reclutado. Estudió Literatura Francesa en la Universidad de Lyon desde 1950 hasta 1953. Sus novelas reflejan muchas de las experiencias de su niñez. Éstas incluyen el estigma de ser un forastero, la experiencia de ser extranjero, la vida de un paciente en el hospital, y la lucha contra la tuberculosis.

Su fe católica puede verse de alguna forma reflejada, y es a menudo una característica principal. La mayoría de los personajes luchan contra complejos dilemas morales, y sus elecciones a menudo provocan resultados trágicos. Su obra ha sido comparada con la de Graham Greene. De hecho, Greene catalogó personalmente a Endo como uno de los mejores escritores del siglo xx.

Durante sus últimos años sufrió una grave enfermedad y murió en septiembre de 1996.

Notas

[1] Según el sistema educativo japonés anterior a la guerra, los niños pasaban cinco años en la escuela secundaria. A partir de ahí entraban en el mundo de los negocios o seguían estudiando en un nivel superior que correspondía a la universidad de hoy en día. Después de la guerra, las antiguas escuelas secundarias se convirtieron en escuelas superiores, de ahí que la Escuela Superior Nada provenga de la Escuela Secundaria Nada. (*N. de la T.*) <<

[2] Los símbolos chinos que corresponden a «Fletán», un nombre extraño y poco común, se leen «Hirame» en japonés. A causa de su rareza, los dos caracteres serían prácticamente imposibles de leer para una persona normal. «Heimoku» es una tentativa basada en otras lecturas de los mismos símbolos. (N. de la T.) <<